La Reina del Noroeste
Javier Montes

La Reina del Noroeste

Javier Montes

Para cualquier información adicional sobre los libros del autor, comentar la obra, consultar puntos de venta, adquirir el Ebook, contactar con el autor, etc. No dude en consultar www.javiermontes.com.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la reproducción de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

©Javier Montes Gómez, 2013

El bosque narrativo, colección.

Diseño de portada: Lucas Rodríguez

www.javiermontes.com

Dedicatoria

PRIMERA PARTE. OTOÑO – INVIERNO 2003.

1- El caso de María Guzmán.

La encontraron en la cuneta tirada como un perro después de ser atropellado, su cuerpo apenas se sostenía en una postura poco acrobática para mantener el equilibrio, pues sus caderas ayudadas por los antebrazos cargaban con la mayor parte del peso. Las nalgas se mostraban separadas apenas sosteniéndose en alto apoyadas sobre los talones. A través de su desnudez se leían claros signos de violencia corporal, pequeños rasguños sobre la piel así como unos hematomas cerca del nacimiento de los muslos, la falda había sido arrancada de cuajo, igual que su ropa interior. Después de una larga búsqueda en un radio de dos kilómetros trazado en torno a la escena del crimen: no se encontró rastro de las citadas prendas. Su sexo rasurado a pesar de su edad adolescente, nos mostraba sus labios vaginales ligeramente doblados hacia el exterior. Aquel cabrón o cabrones habían entrado a saco en la pobre chica, sin pararse a evaluar los efectos y el daño causado por su vandálico comportamiento sobre la víctima.

El joven cabo de la Guardia Civil, Nicolás Gallardo jamás imaginó que una barbaridad semejante pudiese perseguirle hasta un lugar tan remoto, como los alrededores del grupo escolar de Montederramo. Últimamente la violencia se servía a la carta a través de la televisión por cable y era capaz de llegar hasta los extremos más inconcebibles de nuestro planeta. En una sociedad que se escuda en sus propias creencias y religiones para provocar guerras inverosímiles, atentados terroristas y homicidios sin sentido todo era posible.

Nicolás Gallardo se quedó de pie al borde de la calzada observando a la joven durante largo rato. Todavía faltaba media hora para que llegaran el juez y el chico de la científica. Debido a la ausencia por vacaciones del cuartelillo del sargento Ramón Da Silva, y a falta de otro guardia de mayor rango, Nicolás era el máximo responsable por el momento de todo aquel tinglado.

El cadáver lo había descubierto una compañera de clase que,

hacía el mismo recorrido cada día de camino a la escuela, había dado el aviso a la Guardia Civil sobre las nueve de la mañana. La pobre todavía no se había recuperado del susto, Nicolás la envió con sus padres acariciándole la mejilla con un gesto paternal. No pudo reprimir el deseo irremediable de meter cuanto antes entre rejas al energúmeno que había cometido semejante atrocidad, Nicolás también había sido sometido a abusos de tipo sexual durante su infancia. Ahora al contemplar el cadáver de aquella pobre chica, era como si todos los fantasmas de su pasado enterrados hace tiempo, salieran de nuevo a saludarle a plena luz del día. El corazón le latía al trote, como si solo mantuviese las constantes vitales mínimas activas. Volvió de nuevo la mirada hacia la víctima, se quedó allí clavado como un mástil en medio de la niebla, contemplando la desnudez de la chica en versión panorámica. La hermosura de sus curvas era casi angelical, sus pechos a pesar de su adolescencia eran de gran tamaño, ligeramente caídos hacia ambos lados; le daban el aspecto de una musa. Sobre ellos también había marcas de magulladuras y varios hematomas.

Un nuevo acceso de ira y rabia invadió a Nicolás. Si no fuese por lo violento de la situación, su libido, al contemplar la belleza catatónica de aquella joven se habría disparado como un resorte. Siguió allí, inmóvil, mientras el frío viento de la mañana le golpeaba en la cara, su ayudante el cadete Guillermo Troutia le alcanzó una linterna. Nicolás se acercó todavía más al cadáver para examinarlo más de cerca, sus cabellos eran oscuros. Prendió la linterna fijando su haz de luz en el rostro de la víctima, tenía los labios carnosos llenos de pequeñas grietas que, los dotaban de una extraordinaria sensualidad. Si ella todavía pudiera hablar, le susurrarían dulces palabras al oído. Sus ojos grandes, permanecían abiertos bajo los párpados, conservando el mismo aspecto que en vida. Estaban encendidos, llenos de un brillo especial, parecían mirarle directamente; buscándole la mirada con aflicción. Nicolás trató de sostenérsela, como si se comunicase con la muerta; al fin y al cabo aquella muerta era suya, le pertenecía. Su primera muerta en dos años de servicio. Bajó la linterna hacia su cuello, las marcas dactilares del asesino permanecían allí impresas, extendiéndose hasta el mapa de su garganta. Muerte por asfixia, dictaminaría horas más tarde el forense, de ahí las magulladuras y las marcas en el cuello.

Recolectar objetos perdidos en el lugar que se ha cometido un asesinato es una ardua tarea, pero siempre es bien agradecida, si además la búsqueda concluye con la entrega al cabo de turno de la documentación completa de la víctima. Esta fue sustraída por el

cadete Guillermo Troutia de una mochila marrón, que encontró entre la maleza a pocos metros de la escena del crimen.

NOMBRE: MARÍA GUZMÁN PASCUAL

NACIÓ EN MONTEDERRAMO, EL 8 – 6 – 1989 PROVINCIA: ORENSE

DOMICILIO: CALLE PRINCIPAL, 2 LOCALIDAD: MONTEDERRAMO

PROVINCIA: ORENSE HIJO/A DE MARGARITA Y JUAN.

Catorce años es una edad muy temprana para alimentar gusanos. Al cabo Nicolás le consoló saber que sus padres habían decidido incinerar el cadáver. Agradeció la rápida llegada del chico de la científica: Alto, moreno, de fuerte complexión, ojos vivos y calculadores bajo una frente curvada. Sergio Estévez procedió a realizar su metódico trabajo rastreando huellas, recogiendo todo tipo de restos de ropa, que todavía quedaban de la indumentaria escogida por María Guzmán Pascual para lucir aquel ocho de Noviembre del 2003. Poco después llegó el juez de turno para levantar acta, se trataba de su señoría Manuel Marquina, treinta y dos años, pelo acastañado, un portentoso y atlético físico acompañado de una mente privilegiada y un saber estar que imponía. En cuanto terminó su tarea ordenó cubrir el cadáver con una manta. Eso ocurrió a las 10:00 horas. El cadáver había sido hallado sobre las 9:00 horas. El de la científica calculó que llevaría tres horas muerta. Por lo tanto María había sido violada y asesinada sobre las 6:00 de la madrugada, una hora muy temprana para ir al instituto. El cabo Nicolás se despidió de Sergio Estévez y Manuel Marquina y se dirigió directamente a casa de los padres de la víctima acompañado de su inseparable ayudante el cadete Guillermo Troutia en un Nissan Patrol, el único vehículo disponible del cuartelillo.

El pueblo salpicado de callejas en su zona más antigua, ve perturbado su encanto por la carretera general que, convertida en su arteria principal divide la población en dos. En medio de la cual destaca por su imponente tamaño, un gigantesco monasterio, perteneciente a la orden de San Benito y posteriormente a la de Cister. Durante siglos se consideró uno de los monasterios gallegos de mayor poderío económico y social.

En un pueblo pequeño como Montederramo, las noticias llegan

antes que la Guardia Civil. Para cuando llegaron a casa de María Guzmán, su madre Margarita Pascual lloraba desconsolada. Su marido Juan Guzmán trataba de consolarla. Al cabo Nicolás le hubiese gustado esperar a que tuviesen lugar los funerales para entrevistarse con los padres de la víctima, pero la investigación a falta del dictamen del forense no podía esperar.

— ¿Tienen la menor idea de quién ha podido ser? — preguntó el cadete Guillermo Troutia, dirigiéndose a la madre de la víctima, sin ningún tipo de tacto y preámbulos. Su superior agradeció que le librase a él de tan ardua tarea.

—Mi niña —. Sollozaba la madre desconsolada. — ¿Quién iba a ser? Fue ese hijo puta con el que salía, Abel Piñeiro, él la mató, a mi niña. Se lo dije, no quiero que salgas con ese drogadicto, pero fue inútil. La pobre estaba atontada con él. La teníamos castigada, por eso salió de madrugada. Escapó por la ventana la condenada.

Acompañaron a Margarita Pascual hasta la habitación de su hija. El cabo Nicolás giró la manilla y la abrió: el clásico dormitorio juvenil. Al fondo había una ventana, bajo la cual, una laberíntica parra le habría servido a María para descender, antes de saltar al jardín. Su madre parecía decir la verdad; pero en un crimen como aquél los padres nunca dejan de ser sospechosos hasta que se encuentra al verdadero culpable. Aunque esa hipótesis parecía lejana por el momento. Se despidieron de ellos y se dirigieron hacia las afueras del pueblo en el Nissan Patrol en busca de Abel Piñeiro; lo localizaron cinco minutos después en el taller mecánico de su padre, donde le ayudaba en ocasiones cuando no tenía que ir al instituto. Después de informarle de lo ocurrido les dejó sorprendidos su reacción.

De pronto el joven al que Margarita Pascual acusaba del asesinato de su hija, se quedó pálido como el vidrio de una bombilla. Las piernas le temblaban y sus ojos estallaron en gotas de lluvia. Un espantoso llanto se apoderó de su rostro, el cabo Nicolás tuvo que sujetarlo para evitar que cayera al suelo.

—¡No puede ser! —exclamó—. Aún estuvimos juntos ayer, ella acababa de regresar de Viana de pasar el fin de semana con su primo y un amigo.

—Sí, lamentablemente es cierto —dijo el guardia Troutia.

—¿Es cierto que salíais juntos? —preguntó su superior.

—Solo soy seis años mayor que ella. No estoy haciendo nada malo. Además, nuestra relación nunca pasó de la más pura formalidad. ¿De verdad está muerta? —peguntó Abel.

—Sí —contestó el cabo Nicolás.—¿Sabes quién ha podido hacerle a tu novia algo así?

—No lo sé. Todo el mundo la quería — dijo Abel Piñeiro con tristeza.

—¿Discutisteis por algo anoche? —intervino el cadete Guillermo Troutia.

—Jamás discutíamos, le juro que es la persona más buena de este mundo.

—Todas las parejas discuten alguna vez.

—Si acaso, en broma y por tonterías pero nunca por nada importante.

—Entonces —continuó Guillermo, que le había robado la iniciativa a su superior,

—¿Puede decirnos por qué la madre de María lo acusa del crimen? — Por un momento Abel se quedó sin voz como si meditase antes de responder.

—Apenas conozco a sus padres. Creo que no les caía bien, porque toco el bajo en un grupo de rock. Supongo que no me veían un buen partido para su hija y no les culpo por ello. Pero jamás movería un dedo en contra de María.

—¿Tiene alguna idea de quién ha podido hacerle algo así? — Esta vez el cabo Nicolás impuso sus galones.

—Ni la más mínima. Le juro que soy inocente.

—Eso ya lo veremos —, añadió Nicolás—. El que haya hecho esto ha dejado tantas huellas que hasta un perro ciego le encontraría. Mientras no obtengamos los resultados de la policía científica, siento informarle de que deberá acompañarnos. Es usted nuestro único sospechoso y no podemos correr el riesgo de que huya.

—Iré con ustedes, pero si la han matado sobre las seis de la

mañana, yo estaba durmiendo en mi casa a esas horas. A las ocho entro a trabajar; tendría que estar loco para ir allí a verla en plena noche, asesinarla y regresar de madrugada al taller mecánico para trabajar como si nada.

—El mundo está lleno de locos —añadió el cabo Nicolás mientras lo esposaba, por primera vez en su vida, Abel Piñeiro sintió el frió contacto del metal aprisionando sus muñecas.

El cabo Nicolás lamentó tener que detener a aquel pobre chico, pero a falta de los resultados de las pruebas eso calmaría a los padres de María y a media población de Montederramo que, a esas horas, ya estaba exigiendo justicia, frente a la casa consistorial. En prisión sin duda estaría más seguro. Lo metieron en la parte de atrás del Patrol y tomaron rumbo a la cárcel de Pereiro de Aguiar; aunque disponían de celda en el cuartelillo, allí no tenían personal suficiente para ocuparse de él.

— ¿Teníais amigos en común? —. Interrogó el cabo Nicolás mientras Guillermo conducía.

—No, apenas llevaba dos semanas saliendo con ella. Nos enrollamos un domingo por la tarde en la discoteca, aquel día la acompañaba su primo Elíseo, es un buen amigo mío. Él nos había presentado dos días antes en la peluquería de su madre.

—Supongo que hicisteis migas desde el principio —intervino Guillermo.

—Sí. Aquel día ella llegó antes que yo a la peluquería, debía venir del colegio. Era viernes por la tarde, casi coincidimos en la entrada, en ese momento quedé deslumbrado por su belleza, luego entré tras ella. Elíseo, que estaba sentado en los sillones de la entrada, me saludó. Entonces fue cuando me la presentó, me quedé de una sola pieza. Mis ojos tardaron unos segundos en procesar tanta belleza. A partir de ese momento todo ocurrió muy deprisa. ¡No sé!, había una química especial entre nosotros.

—¿Tomas drogas? —Preguntó el cabo—. Si no quieres no tienes por qué contestar. Te recuerdo que tienes derecho a un abogado.

—De vez en cuando me meto alguna rayita de cocaína, ya sabe para alegrar un poco la noche.

— ¿Y bebes alcohol?

—Johnny Walker con limón, pero solo el fin de semana e igual que la coca, lo tomo con moderación. Solo en pequeñas dosis, para coger un puntito. No soy un adicto ¿Si es eso lo que piensa?.

—Yo no pienso nada. —Nicolás no se inmutó—. Se ha cometido un homicidio. Yo solo trato de encontrar al culpable.

—¡Ojalá encierren a ese hijo de puta para siempre! — Sentenció Abel.

La sinuosa carretera descendía entre un frondoso bosque de robles, castaños y tejos; después de describir varias revueltas y dejar atrás varias poblaciones, comenzaron a remontar la ladera que conducía al centro penitenciario. El último tramo del recorrido lo hicieron en silencio. Sobre las doce entregaron al joven a los guardias de la prisión.

La siguiente pista les llevaba directamente hasta el primo de la víctima, al parecer Elíseo y Abel eran buenos amigos, Abel lo llamaba todos los días para mantenerlo al tanto de sus conquistas; en poco tiempo se había convertido en su único confidente. Eliseo ejercía de profesor de Primaria en el grupo escolar de Montederramo, por lo que les resultó fácil localizarlo y concertar una cita con él. El grupo escolar de construcción moderna, carente del atractivo de la arquitectura de las antiguas escuelas, era un edificio de ladrillo con varios pabellones rectangulares donde se distribuían las aulas. Recorrieron un largo pasillo antes de dar con su despacho, una vez lo encontraron se colaron dentro. El rostro de Elíseo se iluminó como un letrero de neón al verlos. Les invitó a tomar asiento. Después de las respectivas presentaciones se limitó a narrarles con pelos y señales todo lo que sobre la relación de Abel Piñeiro y María Guzmán, Abel le había contado.

Según les contó un viernes por la tarde, Abel se acercó a la peluquería donde, Maria trabajaba en ocasiones echando una mano a su madre, con el propósito de rebajar el tamaño de su cuero cabelludo. Se encontraba a pocos metros del local cuando la imagen de María Guzmán se interpuso en su campo visual. Sus cabellos morenos y su figura delgada de eterna adolescente, con los vaqueros apretados a su estrecha cintura juvenil; le causaron una gran impresión. Llevaba un plumífero rojo y desapareció de su vista con el guarda lluvias a través de la puerta de la peluquería. Luego, le sonrió al entrar, como en un film de la universidad, chica sonríe a chico y chico se enamora de chica. Pero la chica ya se había ido a atender a otro cliente mientras el chico permanecía sentado,

pensando en invitarla al próximo baile en el instituto ¿Por qué no? ¡Él también quiere estar enamorado de la chica morena, de ojos marrones y cara de ángel! ¿Por qué no iba a ir a ese maldito baile? Quería sentir sus dedos enjabonando su cabeza. El agua estaba demasiado caliente pero daba lo mismo. Luego estaba la otra, la chistosa de las tijeras, un corte por aquí, otro por allá. ¡Cuidado con las orejas! Llevaba el pelo cubierto por unas rastas de lana. Molaban más que las de Serena Williams. Pero él se centraba en la morena, con su cara de niña buena, se llamaba María y tenía unos ojos preciosos.

¿A qué hora sales hoy? ¿Por qué no vamos al baile? Pensó en preguntarle. Pero eran horas de volver al colegio, el corte ya estaba perfecto. La vio más tarde en el patio del instituto, estaba con otro tipo; un cachas de los del último curso, Abel creía que no eran novios ni nada, por si acaso debía asegurarse antes de dar ningún paso en falso. Más tarde Eliseo le contó que eran solo amigos. ¡Qué guay! ¡No salía con nadie!

Estaba sola, sentada entre sus libros. No necesitaba esos libros, sino a él. Tan solo a él. Así que se lanzó y se lo pidió ¿Quieres venir conmigo al baile? María aceptó con una sonrisa que le hipnotizó el alma. Fue así de sencillo. El baile tendría lugar el próximo domingo en la discoteca Zepelín. Se despidieron con un beso con sabor a champú anticaspa. Acudió a ese baile, por supuesto, oliendo a colonia barata, con un trajeado conjunto de Roberto Verino, que le encajaba como a Marlon Brando en “El Padrino”. Estaba tan atractivo, que nada más verlo María Guzmán se había enamorado perdidamente de él. La velada fue perfecta a pesar del empeño del pinchadiscos en torturarles con aquella música del diablo.

Al fin, vencidos por el peso de la monotonía, pactaron dar un paseo por el pueblo. Caminaron cogidos de la mano dirección suroeste a través de interminables tramos de baldosines cuadriculados, que componían las aceras de la villa, terminaron por detenerse en un pequeño parque compuesto por una fuente, decorada por un par de delfines esculpidos en hierro y tres bancos de madera, tomaron asiento en uno de ellos.

Él sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo, tras ofrecerle uno a ella; volvió a guardarlo. Fumaron en silencio. Al acabar dejaron caer las colillas al suelo. A pesar de su corta edad María ya era una experta fumadora, besar tampoco se le daba mal según pudo comprobar Abel, después de haberle robado la iniciativa, la chica besó al chico. Fue un beso mágico, con lengua incluida, capaz de

amansar a las bestias. Abel aprovechó el momento para intentar acariciarle el pecho por encima del jersey, pero ella le apartó la mano con suavidad; apenas se conocían, deberían ir con cautela.

—El próximo domingo me voy a Viana con un amigo. Te llamaré desde allí, te lo prometo —dijo Maria

Aunque no le atraía la idea de no volver a verla la próxima semana, y de que saliese con otros chicos, Abel trató de no hacérselo notar.

— ¡Pásatelo bien y no te olvides de llamarme!

Más tarde regresaron a la disco, se hacía de noche y María debía volver a casa, no sin antes despedirse de su chico con otro largo y húmedo beso.

El domingo siguiente por la tarde, solo unas horas antes de su muerte, María Guzmán le llamó desde su móvil mientras la lluvia caía incesantemente sobre sus cabellos. En esos momentos Abel se encontraba con Eliseo en su coche.

—Hola, estoy aquí en Viana con Julián —. La sensual voz de ella inundó de pronto el auricular.

— ¿Qué estáis haciendo? —preguntó Abel

—Estamos dando brincos con los Boteiros celebrando el carnaval, Julián les llama moteiros ¡Es más simpático!

En la radio del auto sonaba la canción del grupo madrileño Hombres G “Sufre mamón, devuélveme a mi chica.” Abel imaginó la cara aplastada de Julián contra el parabrisas de su coche. Conteniendo sus celos habló con ella durante un rato y luego se despidió enviándole un beso.

Los limpiaparabrisas sacudían el agua de la vidriosa pantalla del auto con fuerza.

En el tiempo que estuvieron juntos, —según Eliseo les contó— después de hablar con María, Abel no paro de quejarse de su comportamiento.

— ¡Ya está bien! Ella no me conoce, se va enterar de quién soy yo. Voy a cargarme a ese tipo ¿Quién coño es ese Julián? ¿Qué hace en Viana con mi chica sin mi autorización? —. Eliseo trato de

calmarlo, rogándole que se comportara con ella como es debido.

Abel le prometió hacerlo, simplemente a veces los celos le dominaban. Luego se fueron juntos haber un partido de futbol.

Al finalizar el encuentro, para su sorpresa María le telefoneo de nuevo: ya se encontraba en Montederramo, llovía mucho y había decidió regresar a casa.

— ¿Podemos vernos ahora si quieres? —le preguntó María.

—Espérame en el parque, llegaré enseguida —Contestó Abel.

Eliseo confesó verlo muy feliz, cuando lo dejó sobre las ocho de la tarde en compañía de María. Lo que ocurrió después entre ellos Eliseo lo ignoraba. Llegado a este punto el relato de Elíseo Perfecto se perdía en vaguedades demasiado inconclusas y carentes de interés. El cabo Nicolás Gallardo le dio las gracias por su tiempo, se despidieron de Elíseo con un fuerte apretón de manos.

—Elíseo, si me permite una última pregunta.

—Dispare sargento.

—¿Cree que Abel lo hizo?

—Yo no soy quién para opinar, pero lo cierto es que lo conozco hace tiempo y ahora que lo dice siempre ha sido un chico problemático, aunque jamás imaginé que llegase hasta estos extremos. ¿Si es un asesino o no? Tendrán que descubrirlo ustedes.

Mientras comían en un conocido restaurante de la zona dos menús del día trataron de poner en orden el rompecabezas que se les mostraba, hasta ahora todas las combinaciones indicaban que el móvil del asesinato habían sido los celos. Tan solo unas horas antes de su muerte, María Guzmán se paseaba por Viana do Bolo con su primo y un desconocido de nombre Julián.

Ayer al citarse con María: Abel Piñeiro, movido por su carácter posesivo y violento era posible, que no hubiera aceptado de buen grado el comportamiento de su chica. Convenció a esta después de una larga discusión para citarse a las seis de la madrugada en un lugar a las afueras del pueblo donde nadie pudiese verlos.

Era posible que discutiesen nuevamente y durante algún momento de la discusión, Abel perdiese los nervios y tratase de

mostrarse con ella más cariñoso de lo que las pautas del Sagrado Catecismo marcan como recomendable. Ante las negativas de ella de participar en el juego, él se habría violentado todavía más, perdiendo totalmente el control. Tras violarla tal vez tuvo miedo de que ella lo delatase y decidió quitarle la vida estrangulándola. O quizás la mató antes de violarla, cometiendo una necrofilia; de una forma u otra, pronto el análisis del forense le delataría. Esas eran las hipótesis que tan ingenuamente el cabo Nicolás hizo constatar en su informe, tratando de ganar puntos ante el comandante Ferreira de cara a un posible ascenso.

«Caso cerrado» pensó el cabo Nicolás, mientras imaginaba los titulares de la prensa del día siguiente: «Hábil agente de la Guardia Civil, tras una laboriosa investigación, detiene a un joven como principal sospechoso de un horrible homicidio». Después de tomar café, el cabo Nicolás y el cadete Guillermo Troutia se despidieron hasta la jornada siguiente. Su trabajo por aquel día había finalizado.

A primera hora de la mañana el fax del cuartel escupía varios pergaminos, con los informes de los resultados de los análisis del forense y la científica, al parecer no encontraron restos de semen en la vagina de la víctima, ni signo alguno de que fuese forzada; todo indicaba que los diversos desgarros, así como demás lesiones internas, habían sido provocadas por un arma blanca. Las huellas sustraídas del cuerpo de la víctima pertenecían a dos personas diferentes. Por su tamaño y forma todo indicaba que los asesinos eran de sexo femenino, eso exculpaba a Abel Piñeiro del crimen.

—En el fondo —dijo el cabo Nicolás, dirigiéndose a su ayudante el guardia Guillermo Troutia—me alegro que no fuese él. Parecía buen chico a pesar de lo que nos contara ese sibarita de su primo.

—Lo que más me duele —repuso Troutia—es que nos hemos dejado engañar por una madre recelosa, que nos ha conducido a un callejón sin salida, olvidándonos de lo más importante.

—Me deslumbras, Troutia. ¿Qué es eso tan importante?

—Lo más importante de un crimen y el centro del mismo no es buscar al culpable entre una enorme lista de posibles ejecutores, sino analizar el núcleo del crimen.

—Sí, pero ¿cuál es el núcleo del crimen? —se impacientó Nicolás.

—Lo realmente importante de un crimen es la víctima. Verás,

ayer por la tarde no contento con lo que habíamos avanzado en la investigación, me decidí a hacer horas extras. Me acerqué a la ciudad a echarle un vistazo a los archivos de la Policía. Mi sorpresa fue descomunal al comprobar que nuestro querido fiambre a pesar de su corta edad, ya había sido detenida un par de veces para ser interrogada por la brigada de estupefacientes. Entonces me pregunté: ¿Por qué su adorada madre, no nos dijo que su hija tenía antecedentes por traficante?

—¡Hostia puta! —Exclamó el cabo Nicolás—. ¡No me jodas Guillermo!, si solo se trata de una niña.

—Sí, una niña, mi cabo, que se sacaba un sueldo de ejecutivo distribuyendo maría, hachís y farlopa por todo el grupo escolar de Montederramo.

— ¿Quién era su proveedor?

—¡Adivine mi cabo!

—No tengo ni idea Guillermo.

—Lucía Márquez, la famosa narco más conocida por La Reina. En estos momentos está pendiente de una condena de ocho años de prisión ¿La conoce, mi cabo? —insistió Guillermo.

—La verdad, nunca he visto fotos suyas. Solo de oídas. Dicen que es muy guapa.

—Un compañero que trabaja en estupefacientes había visto su ficha policial y me dijo que es preciosa. Hasta ahora nunca se ha dejado fotografiar en público. Por eso las únicas fotos que existen de ella que sepamos son las de la comisaría. Después de su relación con el político Carpintero, las revistas del corazón se pelean por conseguir una exclusiva con ella.

—Sí, pero a esa gente no le interesa salir en la prensa, Guillermo, porque así la policía lo tiene mucho más difícil para dar con ellos.

Las huellas de las chicas que cometieron el crimen no figuraban en los archivos de la policía; que por otra parte no solía demostrar demasiado interés por estos casos. El mismo se cerró dos meses después por falta de pruebas y pasó a engrosar una larga lista de asuntos sin resolver, pertenecientes la mayor parte de ellos a ajustes de cuentas entre narcotraficantes y reyertas de similar calibre.

2 — ¿Quién es el culpable?

Era su último día en la ciudad, apenas le quedaban veinticuatro horas para su ingreso en el penal de Pereiro de Aguiar. Lucía no podía evitar pensar en quién de sus contactos o amistades había dado el soplo a la policía: Pudo haber sido Diego Suances, más conocido como el sueco por sus aires de chulo albino, sus asquerosos brazos, tatuados con dos enormes águilas imperiales, mirándole todo el tiempo con esos aires de superioridad, atiborrándose con sus chicos de comida basura en un Burger King de mala muerte. Apestando a tabaco barato y mascando chicle Trex sin azúcar, con esa mirada de rebeldes a lo James Dean. Sin embargo, el Sueco ganaba demasiado dinero fácil con ella. ¿Por qué iba hacerlo? Además, él y los suyos eran unos cabezas de chorlito, les faltaba ambición para traicionarla.

«No, él no pudo ser...» pensó Lucía. Era demasiado ingenuo para traicionarla. «¿Quién sería el verdadero culpable?», se preguntaba frente al espejo que le devolvía ensimismada su imagen. «Tú eres la única culpable, presuntuosa arrogante, con tu manía de fastidiarla, por confiar en todos ellos; en vez de buscar otra clase de vida, lejos del tráfico de drogas, porque eres una cínica. Te creías la dueña de la ciudad, todo lo tenías controlado. De repente, ¡¡¡Puff!!! Te has llevado tu merecido, has tenido muchas oportunidades de salir adelante y has escogido el camino más fácil.»

Ahora el espejo de su conciencia la torturaba por su pasado, apuntándole con el revólver del destino a la sien, Lucía se acercó furiosa hacia su propia imagen para maquillarse con avidez. Al fin y al cabo, esta sería su única noche en libertad en los próximos ocho años, debería disfrutarla en vez de atormentarse con estúpidas conjeturas. Terminó de pintarse con la tiza del lápiz de labios con sabor a presidio. Se calzó unos pantis, una minifalda negra y una cazadora de ante, cuya alargada sombra se perdió frente a la taza del bidé.

Salió del cuarto de baño mascullando maldiciones, no sin antes meterse un último tiro de polvo blanco sin balas de fogueo. Ella no era adicta, no solía consumir la mercancía con la que traficaba; pero aquella noche estaba tan cegada por el miedo... Todo valdría con tal

de no pensar en la poderosa tormenta que se avecinaba.

Lucía salió a la calle. El tráfico parecía moverse con ocho años de ventaja sobre su sombra, como si después de pasarlos encerrada en la cárcel, aquel fuese su primer día de libertad, pero en realidad todavía ni siquiera había ingresado en prisión. «Hubiese sido mejor haber cometido un asesinato», le había dicho su abogado. «Saldrías antes en libertad condicional». Sintió que su suerte se había acabado.

Se encontró con Mireia, su vieja amiga periodista en la cafetería Alaska: no se habían visto desde hacía meses. Ambas se fundieron en un profundo y húmedo abrazo, cargado de melancólicas alusiones a un lejano pasado anclado en la infancia. Como un obús, una configuración de sensaciones pareció recorrerla de arriba a abajo. La vida las había visto crecer juntas, Mireia había elegido el camino más difícil, pero el correcto, basado en el trabajo constante y diario con la honradez por bandera, mientras que Lucia se habría decantado por el más fácil, el de la corrupción y la violencia.

—Ya te advertí que debías cambiar de vida, todas te lo dijimos.

—Iba a hacerlo, te lo juro Mireia —contestó Lucía—. Pero tenía algunos negocios pendientes, decidí esperar a reunir el dinero suficiente, luego alguien dio el soplo y ¡¡puff!! Me cazaron.

Se quedaron sentadas, recordando tiempos mejores, una frente a la otra, con los sus rostros reflejándose en el negro café y las miradas perdidas en una vieja acuarela de Zumel que colgaba de la pared del local. Se trataba de un tenebroso paisaje pintado en el exilio: una vieja barca sin remos se balanceaba a la deriva, situada en la mitad del cuadro sobre un mar serpentino y embravecido por un furioso viento; el agresivo oleaje parecía remover los pigmentos, mezclándolos, daban la sensación de confusión y desorden. Lucia llegó a la conclusión de que el artista debía poseer un mundo interior muy convulso, igual que el suyo en aquellos momentos. Se quedó largo rato observando la barca, era tan estrecha que parecía una canoa; en el casco apenas legible, se intuía un nombre: “Libertad”. Lucía se imaginó por un momento navegando sobre ella, parecía mareada por el fuerte oleaje. Todo a su alrededor parecía moverse, mientras ella desaparecía en el mar, tal vez arrastrada por su larga condena. A lo lejos en el horizonte parecía distinguirse la luz de un faro.

— ¿Te encuentras bien? — le preguntó Mireia.

—Sí. Solo es un mareo. Dicen que quien mira esa pintura siente como si se lo llevara el mar.

Podría ser la historia de un preso, tratando de huir en una pequeña barca llamada “Libertad”, que un golpe de mar inesperado lo arrastrase al fondo del océano, quedando la barca abandonada a la deriva, sobre un mar de tonos lúgubres, descrito por Zumel con pinceladas negras y verdosas. Es sin duda un mar melancólico, tenso, enrabietado con los que se han desviado del buen camino, como la ira de Dios. Lucía se vio sumergida en esas aguas, arrastrada por las corrientes subacuáticas hacia las profundidades del océano. Cualquier lugar parecía mejor de la cárcel, prefería revolverse inquieta en aquellas aguas, buceando entre corales y peces diminutos a la penumbra de una celda.

Arriba, en la superficie, la luz del faro le hacía guiños indescifrables, como destellos lanzando señales en código Morse, con el mismo repetitivo mensaje, una y otra vez: «Huye, márchate». Pero huir era lo que había hecho toda su vida. Huir de sí misma, de su propia tragedia. Era hora de coger el toro del destino por los cuernos y mirarle directamente a los ojos y hablar con él. Pero por otro lado, estaba asustada. No podía dejar de pensar en lo que le esperaba tras esas largas barras de acero.

—Yo también pienso abandonar la ciudad, voy a dejar mi trabajo —dijo Mireia.

—Pero, ¿por qué, si te va bien en el periódico?

—Estoy cansada de ejercer de periodista; además necesito aire puro. Me iré a algún lugar más tranquilo a hacer lo que más me gusta: escribir una novela.

—Me alegro por ti —dijo Lucía.

—Todavía no tengo claro a dónde iré, estoy cotejando varias opciones. Cuando sepa algo iré a visitarte al trullo.

—No, no vengas, ¡maldita sea! No vengas nunca, no quiero que me veas en ese antro, con un maldito traje a rayas. Quiero que me recuerdes libre. Si te veo alguna vez por allí no te perdonaré nunca, ¿me oyes?

Mireia asintió con la cabeza.

—Tienes que prometérmelo. Algún día saldré, entonces yo te

buscaré a ti. Mientras tanto te mantendrás lejos. Eres mi mejor amiga y te quiero con toda mi alma; pero si quiero sobrevivir en la cárcel debo vivir mi vida, día a día, minuto a minuto, mecánicamente, sin albergar ningún tipo de esperanza. Nunca miraré el reloj ni pensaré en el tiempo de condena que me queda por cumplir. Allí no tengo amistades, estaré desprotegida, más sola que nunca. Seguro que las más sanguinarias tratarán de golpearme, incluso violarme, pero me haré respetar. Buscaré a alguna reclusa olvidada, solitaria, sin amigas, que no pertenezca a ninguna banda. Una pobre inocente condenada por algún delito menor, alguien de poca monta. La esperaré escondida en los lavabos, esperaré a que entre. Entonces correré el cerrojo y le pegaré una paliza muy dura. Nadie la reconocerá cuando salgamos. Así el resto de las reclusas sabrán que sí, estoy sola, pero también loca, y me dejarán en paz o me ofrecerán unirme a alguna de sus bandas. Así obtendré respeto y protección. En todas las cárceles hay alguien que a cambio de dinero te consigue lo que quieras, por eso necesito un contacto en el exterior.

—Yo podría ayudarte —se ofreció Mireia.

—No, Mireia. Tú estás limpia y eres una chica con un gran porvenir. Te quiero fuera de todo esto. De todas formas he decidido dejar este oficio para siempre. Tal vez cuando salga ya no tenga ganas de vivir.

—No digas eso, Lucia por Dios, eres todavía muy joven.

—Mi padre será mi contacto en el exterior. Es la única persona de la que me fío por el momento. La verdad es que estoy cagada de miedo, ¡maldita sea! Tus amigas las Amebas estarán contentas, nunca me soportaron. Creo que Susana se alegrará especialmente, siempre quiso verme entre rejas. He leído algunos de sus artículos en el periódico, se notaba que disfrutó haciéndome trizas durante el juicio. Tal vez escriba un libro sobre mi vida y por fin consiga el Pulitzer que tanto desea.

—Deberías huir, así le darías un motivo para seguir escribiendo —propuso Mireia.

—Me cazarían seguro.

—No te imagino vestida de gris. Seguro que estarás muy sexy —dijo Mireia tratando de animarla.

—No lo sé.

Lucía tenía el extraño presentimiento, de que tal vez su padre la convenciese en el último momento, para huir mañana cuando fuese a recogerla en su coche para llevarla a prisión.

Huir. Huir hacia ninguna parte. Huir de sí misma. Huir de su pasado.

O eso, o la cárcel. Y aún le quedaba una tercera opción. Esa era la más tétrica, pero seguro que sería la más digna: auto eliminarse. Al fin y al cabo, ella era responsable de la desgracia de miles de toxicómanos. Aunque, ahora que ella se borraba del mapa, seguro que pronto otro ocuparía su trono en el hampa de las drogas. Eso no la consolaba, miró el cuadro de Zumel por última vez, el mar se mostraba más embravecido que nunca. La canoa estaba a punto de volcar. El viento aullaba con la fuerza de un jaguar en medio de una espesa selva asfáltica. Era el sonido del claxon de Alberto y no el del viento él que estaba escuchando. Había quedado de recogerla a las cinco en punto y ya eran y cuarto. Pensaron que no aparecería pero no fue así, allí estaba con su media melena, media sonrisa, su media naranja. Lucía se lanzó a sus brazos, pobrecillo, estaba más asustado que ella misma.

—No tienes por qué ir —dijo.

Pero lo haré, es mi obligación.

Lucía ya no se fiaba de él. Cuando entró la benemérita en su apartamento, un bestia de sargento había echado la puerta abajo de una patada. Venía con una orden de registro, bla, bla. Se cansó de llamar al timbre. Como nadie contestó, actuó de oficio, porque según él, sabía lo que venía a buscar y dónde encontrarlo, y así era. Encontró la cocaína escondida en la muñeca de trapo y cartón situada en el fondo del último cajón de la cómoda. «¿Tenía que haber sido él? ¿Quién sino lo sabía?». Pero, ¿por qué? Ella lo mantenía, le había dado una vida fácil a cambio de nada, no lo comprendía. Algo no encajaba en aquel rompecabezas de sospechas.

3 – El perdón.

Habana, esquina Concejo. Alberto para el coche. Me despido de Mireia. Un beso, otro beso. Cuídate mi vida, hasta siempre mi amor.

—Aparta, conduzco yo.

Alberto va a decir algo.

—Calla la boca. Nos vamos.

— ¿A dónde?

—Donde no haya casas.

Carretera vieja de Ponferrada. Pongo un casete. Miradas frías al pasar frente a la gasolinera de Castadón. Pongo la calefacción. Al llegar a la recta de La Derrasa giro a la izquierda. Justo al pasar la curva un letrero rectangular de color blanco con letras rojas: "Monte Chaira". Más adelante otro de similar aspecto: "Prohibido verter lixo". Le obligo a bajarse del coche. Hay una vaca salvaje que nos mira desde una señal triangular. Me desabrocho la cazadora y saco un arma de la funda de la sobaquera. Saqué la semiautomática negra de formas rectas, como en las películas de espionaje. Le apunté a la cabeza con el dedo pulgar, presionando suavemente el percutor.

—Oh nena, lo siento nena.

El pajarraco enseguida comenzó a cantar.

—Yo no quería hacerlo pero me presionaron. Me dijeron que tú les habías contado que yo estaba implicado. Me faltan dos años para graduarme en derecho. Estaba en juego mi carrera.

Ahora Alberto sollozaba como un crio. Sentí lástima. Ni siquiera había quitado el seguro del arma. Noté cómo se mojaba los pantalones. No dije nada. Guardé el arma, monté en el coche y desaparecí camino de la ciudad, mi carrera como narcotraficante se había acabado y no pretendía empezar otra peor como asesina. Por eso le perdoné la vida, pasaría mi última noche sola. Mis días en

libertad estaban contados.

Regresé a casa. Me acomodé apaciblemente junto a una taza de café. Me sentía sola e ignorantemente estúpida. Había tocado fondo y lo sabía. Toda mi vida se derrumbaba frente a mí, como una inmensa Torre de Babel, construida con naipes. Y yo me quedé allí, absorta viéndola caer sin hacer nada, con los brazos cruzados, jugando con los naipes un solitario, cuando sonó el teléfono. Era papá.

— ¿Cómo estás, hija?

—Bien.

—Fue mi culpa, no debí meterte en esto cuando murió mamá. No supe educarte. Ella no lo permitiría.

— ¡Basta ya, papá! Tú no tienes la culpa. Fue Alberto el que me delató.

—Pero él te quiere. Lo presionaron seguro... El pobrecito es débil. ¡No le hagas daño!

—No, ¡por Dios papá! No soy una psicópata.

—Mañana pasaré a recogerte a las diez.

—Está bien...

— ¿Seguro que no necesitas algo?

—No, estaré bien.

—Si no quieres no tienes por qué ir.

—No sé, depende. Lo decidiremos mañana. Ahora estoy cansada.

Colgué el teléfono. Miré el reloj. Puse un DVD: “Erase una vez América”. Era una película de gánsteres. Vestidos con esas gabardinas tan elegantes, caminaban sobre las calles de Nueva York como reyes. Corrían los tiempos de la prohibición, cuando beber era ilegal. La gente lo hacía en locales clandestinos. Había un tipo que se parecía a Robert de Niro el actor. Menuda clase tenía con aquel traje tan elegante, junto a James Woods. Esa gente sí que tenía estilo. No como yo que siempre fui una comemierda, traficando con la basura urbana.

Así había acabado aquel tipo. También lo habían encerrado en el trullo, pero cuando salió todavía estaba más guapo y eso que tenía treinta años más. En la calle de la pantalla estaba lloviendo. Entonces abrió uno de esos flamantes paraguas negros como un tejado de pizarra para no mojarse el traje, mientras contemplaba a tres fiambres en la calzada. Por supuesto, los pringados de la policía no llevaban paraguas. Parecían pingüinos, con aquella ajustada gorra y los chubasqueros negros. A Mireia le hubiese encantado la película, lástima que no estuviese allí, a mi lado. La echaba de menos.

Abrí la ventana. Ahora afuera llovía más fuerte que en la televisión. Me puse el camisón y encendí la calefacción de la nostalgia, me encantaba esa sensación de calor interior, como si mis intestinos fueran realmente conductos de cobre conectados a los radiadores del alma. Bajé la persiana. La lluvia desapareció por arte de magia. Conecté el despertador y me perdí en un profundo sueño. Las pelis siempre habían sido para mí un magnífico somnífero.

4 — La huida.

El 18 de octubre, Lucía se dirigía con su padre hacia la prisión estatal de Pereiro de Aguiar para cumplir condena. Pero el Mercedes de Antonio nunca llegó a su destino.

—Buscaremos un lugar —le dijo a su hija—donde nadie te conozca, en otra región, otra frontera donde nadie haga preguntas.

—Pero me encontrarán, siempre te encuentran—replicó Lucia

—Sí, ¡si vuelves! Todos vuelven, por eso los encuentran. Pero tú no lo harás. Eres fuerte. Llegaremos al sur, a algún pueblo perdido de Andalucía. Dicen que hay buen tiempo todo el año y grandes campos plantados de olivos. Buscaremos un bar y pediré dos wiskies. Hace mucho tiempo que no bebo pero esta vez me tomaré una copa contigo, lo haremos despacio saboreando la malta, hasta que nos queme la garganta y luego me marcharé. Nos daremos un último abrazo y yo regresaré a casa. Tú empezarás una nueva vida, lejos del tráfico de drogas, como debías haber hecho hace tiempo. No contestarás demasiadas preguntas, ni darás pistas sobre tu pasado. Te cortarás el pelo y lo teñirás de otro color. Serás fría y despectiva con los demás.

Llevarás una vida discreta, te acostarás temprano. Buscarás un empleo en algún bar, un trabajo donde paguen en efectivo, con unos jefes que no te hagan demasiadas preguntas. Te aprovecharás de ese don que tienes de hacer amigos donde quiera que vayas, trabajarás duro, mantendrás los ojos abiertos y la boca cerrada. Allí conocerás amigos nuevos. Eres gallega, eso no lo cambiarás nunca. Llevas Orense en la sangre. Pasarás el resto de tu vida en el sur pero seguirás siendo orensana.

Echarás de menos a tus amigas, las Amebas, a tu novio Alberto, pero eres dura. Tienes los genes de tu padre. Aprenderás rápido a olvidar. Eres fuerte como yo. Busca los contactos apropiados y consigue nuevos papeles, un carnet de identidad con otro nombre, Nuria por ejemplo. Olvídate de tu anterior vida. No puedes regresar, escribir o llamar. Cualquier paso atrás será tu perdición. Créate otra nueva identidad y vívela a tope y quién sabe, con el

tiempo descubrirás una nueva vida, tal como debía haber sido siempre.

Es algo peligroso, pero quizás antes de morir vaya a verte alguna vez. Por entonces conocerás a un chico maravilloso que tal vez se llame Julián y seas feliz con él para siempre y te deje embarazada, mientras celebráis el Año Nuevo. Tendréis varios hijos.

Edúcalos seriamente. No cometas los errores que yo he cometido contigo y a lo mejor algún día dentro de muchos años, cuando yo esté muerto y enterrado, reunirás a toda tu nueva familia y le contarás toda la verdad, como fue tu infancia, la verdadera historia de tu otra vida. Quien eres. De dónde vienes, como te enriqueciste a cuenta de las desgracias de los demás. Mírales a los ojos y pregúntales si se dan cuenta de la fortuna que tienen de estar contigo. Faltó tan poco para que todo eso no sucediese nunca. Habías tomado un camino equivocado y gracias a la sabiduría de tu santo padre, fuiste capaz de eludir a la justicia y vivir una nueva vida, formando una familia. En vez de destrozar las vidas de centenares de hogares, llevándoles el dolor y la vergüenza, arrebatándoles las vidas de sus hijos, a cambio de unos gramos de esa asquerosa pólvora blanca.

Lucía decidió no huir al sur tal como le aconsejó su padre, pues allí sería desenmascarada rápidamente por su acento gallego; Debería ocultarse en un lugar en ninguna parte, un sitio que se pareciese lo más posible al fin del mundo. En un sitio, como Chandrexa, donde pasaría desapercibida entre los paisanos en su mayoría desertores del arado, pegados a sus tractores marca John Deere y las cabezas de ganado, que la observaban como a través de un casco vikingo con vacuna parcialidad. Lucía compraría un utilitario discreto, para pasar desapercibida en aquella zona del rural. Nada tan discreto como un Land Rover Santana de tercera mano que le vendió un lugareño de la zona. Lucía se despidió de su padre con un fuerte abrazo. Ambos derramaron lágrimas a modo de despedida. «Adiós mi niña, cuídate mucho». «No llores, padre, encontraremos una solución». «Sé dura, no necesitas de nadie». «¡Vete ya, padre, por favor!».

Él partió rápido en el auto dejándola allí, en aquel punto escogido al azar en medio de la nada, cargando a la espalda una de esas enormes mochilas de viaje. Lucía comenzó a caminar despacio a través de la oscuridad. Su reloj de pulsera marcaba las 2:10 de la madrugada. A lo lejos se divisaban las luces de Santa Cruz, una pequeña aldea, desde la que se descendía a través de una sinuosa

carretera hacia el embalse de Chandrexa. Le costó mucho trabajo convencer a su padre para que la trajese hasta allí. Lucía se negó a abandonar la provincia. Necesitaba tiempo para poder pensar, poner sus ideas en orden. ¿Quién iba buscarla allí, en medio de la meseta Central orensana? Prendió un cigarrillo. Hacía un frío del diablo, puso en funcionamiento la linterna. Hasta ahora una media luna blanquecina y pálida había sido su única guía en medio de aquella penumbra. De pronto escuchó el ronroneo de un motor a su espalda. ¿Quién demonios circularía a esas horas de la madrugada por aquellas carreteras del diablo? Un sudor frío la invadió. Quien si no, un coche patrulla de la Guardia Civil. El vehículo estaba cada vez más cerca. Sintió un mal pálpito en su interior, como si una especie de rayo luz con poderes extra sensoriales salido de la pistola de un enorme tubérculo de origen extraterrestre empeñado en eliminar a los habitantes del planeta, le atravesase el corazón de un fogonazo. El ronroneo del motor anunciaba la inmediata llegada del vehículo. ¿Debía pensar algo rápido? Enfocó el haz de luz de la linterna hacia el lado derecho de la calzada. Un frío sudor la invadió con fuerza, piensa, piensa, ¡maldita seas!

Un terraplén repleto de maleza se precipitaba hacia el fondo de un abrupto barranco. ¡Maldita sea mi suerte! Tomó impulso y se lanzó a bocajarro hacia aquel vacío de un salto, en ese momento, durante unas milésimas de segundo, se sintió como si flotara en el aire, el tiempo pareció detenerse: si alguien le disparase podría contar las balas, una a una, antes de que estas se precipitasen cayendo por su propio peso al suelo sin lograr alcanzar su objetivo. Pero en vez de ello sintió un fuerte golpe en el costado. El peso de la mochila le había hecho perder el equilibrio, provocándole una difícil caída. Sintió un fuerte dolor en las costillas. ¡Dios mío!, si he hecho algo malo en la vida creo que lo estoy pagando con creces.

El Nissan Patrol de la Guardia Civil se detuvo al borde de la calzada, de su interior se bajaron dos agentes. Lucía se quedó allí quieta, más inmóvil que una momia, atrapada en un zulo. Por suerte la maleza era muy espesa en aquella zona y le proporcionaba una especie de camuflaje, que le protegía a duras penas del haz de luz de las linternas de los agentes.

—¿Seguro que has oído algo? —, comentó uno de los guardias.

—Me pareció oír como un golpe, mi cabo.

— ¿No será, Guillermo, que ves demasiadas películas de miedo? —preguntó Nicolás

—Podría ser, mi cabo. Pero hasta ahora siempre he creído tener un buen oído.

—No dudo de ello, compañero. Seguro que ha sido algún animal, posiblemente un jabalí o un rebeco —dijo Nicolás.

—¡No sé!, pero desde que han puesto esos asquerosos eólicos en lo alto de la vieja moheda, dudo que esos bichos se acerquen tan cerca del pueblo.

—No eres el único que odia la energía eólica, que está destrozando la natural belleza de los paisajes de nuestra tierra, pero así es este asqueroso mundo. Bueno, hace un frío de cojones. ¿Nos vamos o seguimos buscando a tu amigo el jabalí?

—Lo que usted mande, mi cabo —respondió Guillermo

Cuando se marcharon los agentes, Lucía respiró con alivio, se había dado un buen golpe. Al menos parecía no tener ninguna costilla rota. Además notó un agudo dolor en el tobillo izquierdo, parecía solo un pequeño esguince. Abrió la mochila, buscó en su interior una camiseta, la cual hizo jirones improvisando un vendaje que aplicó sobre la zona dolorida atándolo con un fuerte nudo. Trepó como pudo hasta alcanzar de nuevo la calzada y continuó la marcha todavía presa del pánico. «Por poco», pensó, «quizás la próxima vez me atrapen». Unos minutos más tarde al fin alcanzó el puente. El cielo estaba bastante despejado para estar a finales de octubre, solo un par de nubarrones oscuros se empeñaban en ocultar varias constelaciones de estrellas. Escuchó el rugir del río Návea a sus pies. Le extrañó que en el mapa figurase con el nombre de río Queixa, cuando en aquella zona todo el mundo lo conocía como río Návea. A la derecha del puente, el encoró todavía conservaba gran parte de su belleza paisajística, anterior a la construcción de la presa hidráulica y la pista forestal que conducía a la vieja Herrería.

Al otro lado del puente el paisaje era espantoso en comparación con antaño. La proximidad de la presa había provocado el desbordamiento del río y la desertización de sus orillas, convirtiendo un paraje propio de un paraíso de cascadas y arroyos en un lodazal de aguas estancadas y porquería.

Lucía se dirigió hacia el bosque, a través de la pista forestal que bordeaba el cauce del río. Mientras caminaba regresaban a su memoria como pequeñas partículas, fotogramas de los instantes de

felicidad compartidos el verano pasado con su amiga Mireia, durante los días que habían pasado juntas en la casa que esta había heredado de su abuela que se encontraba situada frente a la vieja herrería, en la actualidad abandonada; donde el abuelo de Mireia ejerció durante años de improvisado alquimista e inventor. El negocio le iba viento en popa. Llegó a tener más de diez empleados en plantilla; tenía fama de ser capaz de transformar el hierro en oro, aunque nunca nadie llegó a probar tan gran disparate. Su abuelo trabajaba duramente en la herrería, mientras su abuela se encargaba de las tareas del hogar. La casa se había construido al mismo tiempo que la herrería —huyendo de cualquier forma ostentosa—, utilizando piedras sustraídas del río. La madera para realizar los trabajos de carpintería fue traída de la ciudad, evitando así talar ninguno de los árboles autóctonos que se elevaban hacia el cielo, ejerciendo de improvisados centinelas. Resultó preciso usar todo tipo de medios de carga para transportar los materiales, siendo el tiro con bueyes el más efectivo para franquear la espesa maleza. El paso de los carros fue abriendo el camino, que con el tiempo terminaría comunicando la casa con el resto de la civilización.

Lucía y Mireia solían bañarse desnudas al crepúsculo, aprovechando los últimos rayos del sol y la soledad del paraje junto al arroyo, que se formaba cerca del puente —donde confluían los ríos Edreira y Queixa— que unía la herrería con la casa. Se dejaban inundar por el torrente de agua, refrescando sus cuerpos bajo la cascada, profirieron gritos de entusiasmo empapadas en aquella líquida delicia. Durante esos baños se hacía frecuente el paso de algún pastor recogiendo el ganado que, en vez de deleitarse con la nitidez refrescante de la imagen de los cuerpos desnudos de aquellas hermosas jóvenes, pasaba impasible, tal vez tomándolas por un par de chifladas. En una ocasión Mireia salió a saludarle. El pastor, al contemplarla en cueros se asustó y dándole la espalda, se esfumó con las vacas fustigándolas a varazos, camino del pueblo. Desde aquel día los habitantes de los pueblos colindantes bautizaron aquella charca con el sobrenombre, de la poza de las “Mozas Desnudas”. Durante el último de aquellos baños, decidieron bracear durante casi una hora hasta que los miembros, gélidos bajo la fría corriente ya no les respondieron. Solo entonces se colocaron bajo el torrente, alcanzando por unos segundos una especie de iluminación temporal, dejando la mente carente de un solo pensamiento y sintiendo los cuerpos inertes e insensibles a cualquier tipo de flotación, como si una aureola de bienestar les protegiese de cualquier mal pensamiento. Fue entonces cuando el pastor, venciendo la timidez de días anteriores, se acercó hacia ellas

deteniéndose al borde de la pista; las saludó alzando el brazo como aceptando la extravagancia de las desconocidas.

Ellas le sonríen abrazándose a los últimos rayos de sol, devolviéndole el saludo agitan los brazos. El pastor se quedó por unos instantes allí clavado, inmóvil, mientras ellas corren hacia las toallas. Luego dando media vuelta, desapareció persiguiendo el ganado: si el verano durase mucho más terminaría sentándose a charlar con ellas sin ningún tipo de pudor. Solo el tiempo y la rutina de lo conocido genera la confianza suficiente para terminar uniendo seres de mundos diferentes.

Lucía alcanzó la casa donde había pasado tantos ratos agradables con su amiga Mireia, lástima no tener llave. El frío le estaba calando hondo. La mochila pesaba horrores, parecía llevar un país cargado a las espaldas ¡Dios mío! ¡Ocho años por unos saquitos de farlopa!, ¡Qué estúpida! Ahora mismo ya se habría redactado una orden de busca y captura hacia su persona. Menos mal que en la foto de la ficha policial llevaba el pelo muy largo. En cuanto tuviese la ocasión lo cortaría. Eso les confundiría. Su padre había quemado el resto de las fotos menos en las que era muy joven.

Se internó en el bosque aprovechando la luz de la luna, apagó la linterna en un intento de ahorrar pilas. Buscaría un lugar en lo alto del monte, lejos de las miradas de los pastores, donde anclar la tienda de campaña. Lucía trepó sobre aquel bosque tenebroso. El peso de la mochila le estaba destrozando la espalda. El corazón le latía cada vez más deprisa. A pesar del miedo de caminar por aquel paraje infranqueable casi a oscuras sacó de su interior su olvidado años atrás espíritu juvenil de excursionista, arrancando una rama de un árbol. La utilizó de improvisado bastón.

Mañana las agujetas la matarían pero eso era lo de menos, debería alcanzar el alto de la loma como fuera, aunque tuviese que gatear para lograrlo. Notó como la rama de un Tejo le rasgaba la camisa al pasar, trepando sin inmutarse a pesar del dolor, el corazón le latía deprisa; ascendió por la colina hasta que la inclinación del terreno la obligó a caminar a cuatro patas; se agarró a los arbustos para seguir avanzando entre aquella selvática maleza, cuando de repente asomó un hocico, tras el cual apareció un cuerpo con formas de puerco mirándola de frente. El susto fue mutuo. Lucía se dejó caer bajo el peso de su mochila yendo a parar de bruces al suelo. El marrano ciego de pánico desapareció monte abajo ¡Jodido animal! Se había llevado un susto de muerte. Hasta

ahora Lucía nunca había visto un jabalí de cerca, salvo en los tebeos de Astérix y Obélix, cuando los osados guerreros galos se daban con su pueblo aquellas tremendas paparotas. Los nervios de Lucía se encontraban en tensión, le pareció que no conseguiría pegar ojo en días. Observó los ojos de un búho, mirándola desde lo alto de un árbol. A partir de allí esos extraños seres que tanto la asustaban serían sus únicos amigos, aparte de ella misma.

Una vez un gurú hindú le dijo que no había nada que buscar dentro de uno mismo. Si uno busca en su interior solo encontraría vísceras, sangre, el corazón, los riñones... porque solo somos eso, materia orgánica. Solo hay que dejarse arrastrar por las fuerzas que nos rodean disfrutando a cada momento y saboreando los preciados instantes de vida que nos concede el destino, en nuestra corta existencia y experimentando al máximo los afluentes de sensaciones, que nos recorren mientras vivimos. Salvo porque su vida era un auténtico lodazal. Lucía estaba de acuerdo con aquel gurú, que decía huir de sus propias experiencias, pues a través del conocimiento no se alcanzaba la felicidad, había que arriesgar —haciendo una reflexión de carácter ontológico—, probar caminos nuevos, saber absorber los miedos, propios como ajenos, en vez de enfrentarse a ellos directamente. Observarlos, como si estos temores no fuesen propios. Analizarlos desde un estado de conciencia lejana a ellos, para así llegar a comprenderlos mejor y sortearlos con seguridad.

Lucía apenas creyó en todas aquellas chorradas que le explicara aquel demente con cara de iluminado; pero ahora con el pulso a mil, perdida entre aquellos arbustos decidió poner en práctica sus teorías para tratar de tranquilizarse. Se miró a sí misma como una tercera persona perdida en aquel bosque. Trató de reaccionar como lo haría esta de forma cabal. En vez de ello, siguió avanzando a cuatro patas como un topo a través de las retamas que le salían al paso. Ahora la pendiente era cada vez más inclinada, ya casi podía divisar la cima cuando una enorme ave rapaz de pico curvado levantó el vuelo ante sus ojos. La reconoció por el tamaño de sus alas, se trataba sin duda de un águila real: un hermoso ejemplar. Para ella la más grande y bella de las aves. Desde aquel punto se podía contemplar un cielo plagado de estrellas, como gemas rodeadas de diamantes y piedras preciosas decoraban con su luz el firmamento; mostrando un espectáculo inaudito ante sus ojos.

Una vez en lo alto de la loma, aflojó los hombros dejando caer la mochila al suelo. Montó la tienda, no tardó en entrar en calor, metiéndose dentro del saco de plumas. Mañana trataría de buscarse

un contacto, que le procurase una identidad y papeles falsos. Más tarde alquilaría una casa apartada de la aldea y comenzaría una nueva vida.

5 — Un lugar en ninguna parte.

Dobló cuidadosamente toda su ropa, que fue colocando con milimétrico orden militar en su mochila de montaña. Allí guardó también sus recuerdos de familia, las mejores fotos de una acortada infancia por los problemas familiares y los continuos viajes sin una residencia fija. Pero ninguno de ellos se podría comparar al que estaba a punto de realizar ahora; un viaje a un lugar desconocido, hasta para los más osados aventureros; un viaje a la tierra de los sueños. Eso al menos pensó Mireia, que no dudó en abandonarlo todo ante la llegada del frío invierno. Dejando atrás sus últimos años de amarga existencia, en aquella horrible y herrumbrosa ciudad, en busca de un nuevo e ilusionante horizonte.

Chandrexa así se llamaba el lugar al que se dirigía. Chandrexa de Queixa, un lugar en ninguna parte. Lo bastante lejos de la ciudad como para olvidarla completamente, olvidar el agua de las Burgas, así como las altas temperaturas en verano; las ataviadas compras en el Centro Comercial, que algún despiadado amigo suyo había bautizado como “Cutrosa” y aquel viejo Puente Romano, desde el que había observado durante años con tensa monotonía el aburrido vuelo de las gaviotas. Justo a su derecha, se alzaba como un castillo la verja negra del colegio de los Salesianos. Don Juan Bosco y María Auxiliadora siempre la acompañarían guiándola a través de sus rezos a una nueva frontera que, daría sin duda el giro que su triste vida necesitaba.

Se subió a su Freelandeer, después de cargarlo con sus bienes, giró la llave de su Rangers con ligera firmeza y esta vez no tomó rumbo hacia la costa como en repetidas ocasiones en busca de la curativa caricia del viento de las marismas, sino que se dirigió hacia las montañas, lo más lejos de la civilización humana, dirección Chandrexa de Queixa. En busca de la última frontera, cargada con un cargamento de sueños y la música de Vivaldi en su Robert CD. Era el momento de dejar atrás su pasado para siempre, vio a este alejarse a través del espejo retrovisor, según hundía su pie en el pedal del acelerador.

Saludó con la mano derecha a la mujer rubia de largos cabellos plantada como un seto en el paso de cebra: una vieja conocida, una

fea cara del viejo mundo, el que ahora ella estaba a punto de abandonar para siempre. Mireia medía un metro setenta, pesaba sobre sesenta y dos kilos, su media melena dorada le cubría un rostro perfectamente alineado, bajo la sombra del para soles del auto. En muy pocas horas, Mireia abandonó su piso de sesenta y tres metros cuadrados útiles, sin llevarse ni un solo mueble que le recordase lo que había sido su más reciente pasado. Ni siquiera los electrodomésticos, que durante una época habían llenado con su tintineante ruido de bullicio y alegría la vivienda y que con el tiempo dejaron de ser imprescindibles para su felicidad, incluida la cabina de hidromasajes, que tantas tardes de placer pocas veces compartidas, le había regalado junto los demás utensilios la sociedad de consumo.

Mientras, en su habitación se quedan los recuerdos pegados a las sábanas de tantas noches solitarias, huyendo de la desgarbada compañía masculina, insana e impropia de ella. Una solitaria solterona autosuficiente amiga de los DVDs. Al principio de los ochenta, esperanzadores films de amor, cuando todavía predominaba el VHS, como “La chica de rosa”: una chica de clase baja, dependienta de una tienda de discos interpretada por Molly Ringwald, la pelirroja de moda de las películas de amor para adolescentes de la época se enamora del chico guapo y adinerado de su clase; y todo eso sucede durante un margen de no más de diez segundos, mediante un simple cruce de miradas.

Mireia se preguntaba ¿Por qué no le sucedió lo mismo con el chico de las cartas?, al cual se comió con los ojos en varias ocasiones, pero ante la persistencia de su mirada siempre terminaba agachando la cabeza, tal vez fuese demasiado tímido, como casi todos los chicos que merecían la pena en esta ciudad. El rostro de su Land Rover no tardó en aparecer por la vieja carretera de , husmeando el asfalto con aspecto de fiereza y totalmente descapotado; arrancaba de la calzada señales de optimismo.

Le esperaba la casa rural que pretendía restaurar y que había heredado de sus ancestros, sentía el peso de su pasado sobre sus hombros como una intrigante carga aplastante ¿Por qué había llegado a esto? ¿Qué sentido tenía su vida?, todo por lo que tanto se había esforzado en conseguir, un buen trabajo bien remunerado con tres pagas extras, así como una vivienda propia con todo el lote burgués incluido, como seguro dental y el pago de una pensión vitalicia. Todo cancelado de repente, atreviéndose a hacer un breve paréntesis, para dedicarse por entero a hacer realidad un viejo sueño de su infancia. Aparcar por un momento su trabajo en el

periódico, acometiendo como una atrevida alpinista la ascensión a una cima más alta: la siempre difícil subida al mundo literario.

Ese era su sueño, ser escritora, sobrevivir de la dura labranza de las palabras entrelazadas con el único propósito de cosechar un relato. Su verdadera narrativa estaba a punto de despegar atravesando el simbiótico mundo rural. Chandrexa de Queixa era el lugar más hermoso, que jamás habría imaginado. Su nuevo hogar descansaba sobre una loma a orillas del río Edreira, frente a un puente de troncos que apenas abarcaba el ancho de su Freelander; seis kilómetros al noroeste se extendían las ruinas de lo que había sido un poblado, donde se refugiaron los "maquis" durante años tras estallar la Guerra Civil.

La casa era enorme, compuesta por dos plantas. En la planta baja, se disponía la cocina. Provista de una barbacoa central, donde durante años como era costumbre en todas las casas gallegas de finales de siglo, se reunían todos los miembros de la familia al acechar la noche, cercando un fuego enorme que les mantenía calientes durante los largos y cruentos inviernos. Alrededor de aquella vieja chimenea se cruzaron durante años largas conversaciones. Las voces de los más ancianos se hacían notar; relatando historias que contaban hechos generalmente ocurridos hacía mucho tiempo, durante su juventud y que servían de entretenimiento sobre todo a los más jóvenes. Mientras, entre cuento y cuento solían lanzar algún tronco a la chimenea.

El resto de la planta baja que, antiguamente había sido un establo, había sido reformada los últimos años para transformarla en un garaje, donde guardaría el Land Rover; escudado por una pequeña bodega que albergaba las mejores vinos de la zona, reposando en barricas de roble para ser ingerido, en la posteridad con el entrañable sabor de lo añejo. Ahora Mireia había decidido utilizarla de trastero, aunque todavía se planteaba si más adelante la recuperaría como el salón de vinos que fue antaño. La planta alta de la casa, se componía de seis habitaciones atravesadas por un largo pasillo que conducía a un gran ventanal, Mireia escogió una de las habitaciones cuyas vistas daban hacia el río, para montar su estudio y empezar a escribir su primera novela.

Pero sobre qué escribir..: ¿Intriga, aventuras, sexo, política...? ¿Qué tal todo mezclado con un poco de salsa de incoherencia, una novela sin sentido?, ¿Por qué no? Acaso su vida no era un completo sin sentido, si no, qué hacía ella allí en aquel lugar abandonado de la mano de Dios, más que delinquir contra la coherencia y la

cordura humana. Sería una locura, desnudarse a sí misma y en un acto reflejo literario, retratar su yo interior, su lado perverso y maquiavélico a la vez, como corriendo desnuda a través de un pantanoso campo de girasoles, cuyo límite fuese el mismo cielo. Corrió una fina cortina en sus pensamientos y se dirigió al dormitorio con la intención de acicalar sus auguriosos sueños.

Antes de quedarse dormida pensó en sus amigas “las Amebas”: pretendían sonsacarle información sobre un amigo íntimo de ambas, un tal señor Rodríguez, dueño y señor de la multinacional orensana de producción láctea, “Leite Fría”, destripándolo vivo en la prensa rosa, para la que ese par de víboras trabajaban desde hacía unos meses día y noche, sin sentir el mínimo respeto hacia la intimidad del personal. Solo tuvieron que invitarla a un par de tequilas para que su inocente amiga cantara como un pajarito, cierta relación del susodicho empresario con una conocida narcotraficante de la zona, traicionando la confianza que Lucia tenia depositada en ella; aquella noche les contó que Lucia y Carpintero tenían un lio.

—Esto, que quede entre nosotras—les dijo Mireia—, pero ese tío de cuyo exitoso matrimonio habláis, se lo está montando con esa nécora de Lucía. Parece ser que su modosa y recatada esposa es más estrecha en la cama, que una monja del convento de San Patricio, y el tal señor Rodríguez necesita de los favores de «la dama de la cocaína.»

Su confidencial confesión salió a la semana siguiente en la revista Interviú en primera plana. «Famoso empresario, candidato a la alcaldía de la ciudad, ha sido cogido in fraganti con su nueva amante, Lucía Márquez en la suite 316 del Hotel Auriense por nuestras famosas reporteras más conocidas por las Amebas, Susana y Ruth, mientras cometían premeditados actos de sadomasoquismo, —como en Sodoma y Gomorra—, ocultos en su lujoso cuarto.»

Al menos esas víboras habían tenido la decencia de no revelar la procedencia de su fuente de información y Mireia pudo conservar sin problemas su empleo. Días más tarde fue publicado un desmentido en el periódico, “El País”, en el que Rodríguez Carpintero, candidato por el Partido Socialista a la alcaldía de Orense, aclaraba que se había reunido con la controvertida Lucía, en secreto, tan solo para negociar un posible cesión de parte de sus acciones de “Leite Fría” para la formación de una nueva empresa dedicada a la creación de muñecas de diseño, fabricadas y moldeadas a escala respetando los bustos y medidas de las más

famosas top models. Lo que no desvelaron a la prensa fue que dichas muñecas estarían construidas por supuesto con cocaína prensada, que se disolvería de inmediato en contacto con el agua.

Quizás el mayor error de Lucía, fue su secreta relación con Carpintero, desconocida incluso para sus más allegados. Para ella sus secretos encuentros eran como uno más de sus juegos, para saciar su voraz apetito sexual. Aunque más bien lo utilizaba en beneficio propio, aparte de ser un experto amante. Le proporcionaba la cobertura legal que ella necesitaba en sus negocios. Su error fue no caer en la cuenta de la doble peligrosidad de esa arma política, pues, al ser descubierta por las amebas, él se había echado a la oposición encima, incluso a pesar de que su relación nunca fue probada. Altos cargos del partido socialista relegaron de su puesto a Carpintero para evitar posibles escándalos electorales, nombrando a un nuevo candidato a la alcaldía orensana. Esto dejó a Carpintero sin peso en su propio partido. La escalera de naipes que Carpintero había construido para acceder al poder, se había venido abajo dejando a Lucía Márquez con el culo al aire, convirtiéndose en un blanco fácil para las miríadas de pajarracos, aves de carroña y demás buitres de la urbe, en busca de carne fresca para llenar las despensas de los juzgados y cárceles de la ciudad.

Sus rivales estaban ansiosos por hacerse con su reino, qué mejor manera de lograrlo que ayudarles a atrapar a “la Reina del Noroeste”. La policía no cesó de vigilar sus pasos después de la publicación del artículo. Las amebas, antiguas compañeras de clase, habían conseguido, sin que ella apenas se delatara, complicarle la vida de forma atroz. Además, habían logrado poner en entredicho su supuesta fidelidad, ante los ojos de su novio Alberto y por tanto debilitar seriamente la credibilidad de él en la susodicha relación, hecho que aprovechó la Policía secreta para presionarlo durante los interrogatorios anteriores a la detención de la contrabandista.

Junto a la casa, a escasos metros, pero al otro lado del puente formado por varios troncos de madera, justo al lado de las ruinas de lo que había sido en tiempos la vieja herrería, se extendía un mar verde de prados sin vacas. Estas se habían vuelto salvajes y se movían libremente a sus anchas. Podías encontrártelas por los caminos, todo un pelotón marcando el paso ascendiendo a lo alto de los peñascos hacia la cima de la sierra, pastando furtivamente por el rasurado monte incendiado, muerto, sin vida, calcinado adrede por los pastores, para que el ganado se alimente de la hierba de los prados y no busque en las cimas el sabroso manjar de los peñascos,

rodeados ahora de muerte y cremación. Al anochecer regresa el pastor, alpinista forzado, escalando sobre las fauces de la sierra asesina. Se expresa en un lenguaje extraño, profiriendo gritos ininteligibles: «Vaca, beii, rubiaa, moreeenaa», tópicos típicos de un idioma alienígena, traspasado de generación en generación, hasta llegar a nuestros tiempos.

La casa se encuentra ubicada frente la herrería, el río Návea discurre entre ambas. Entre las sierras de San Mamed y Queixa, hay un delicioso paseo. A través del fango cubierto de rocas, como si fueran diamantes —aunque la esquizofrenia de la naturaleza se empeñe en que la zona sea de pizarra—. Al final del paseo encontramos un viejo caserío abandonado, lejos del tránsito de ganado. Pero antes de llegar a él, hay que caminar un largo trecho desde la vieja herrería, a través de un espectacular bosque, peleándose con el cauce del río, plantado de milenarios robles, confundidos con enormes tejos de espinosas hojas. «Son impresionantes, nunca los he visto de este tamaño», pensó Mireia, mientras un abedul le sobrevuela con su reflejo a su izquierda. Aquella zona era la más hermosa que había visto hasta ahora en toda la provincia. Mireia siguió caminando, sigilosamente, sobre aquel pantanoso camino, protegida por sus botas de Gorotex. Un impresionante sauce de unos diez metros de altura se elevaba frente a ella cortándole el paso, viéndose obligada a abandonar el sendero y caminar a la deriva por los marcados márgenes del río, trotando entre rocas calizas y un montón de guijarros.

6 — La visita.

En la primera visita de las Amebas a Chandrexa de Queixa, Mireia preparó tres grandes chuletones de seiscientos gramos cada uno que acompañarían con un Terras Gaudas, peleándose con la costumbre española de tomar tinto con la carne, obviamente son las opciones de un Rioja o un Mencía más aconsejables a la hora de dicho menester. Pero Mireia y las Amebas siempre prefirieron el blanco, pues se les hacía más digestivo y les cargaba menos el estómago. Cenaron con parsimonia. Entre sorbo y sorbo de vino le contaron sus últimas hazañas periodísticas y su deseo de practicar el sexo con uno o más miembros de una secta satánica. Ella las escuchaba atónita, no dando crédito hasta que punto su locura carecía de límites. Antes de que llegaran, había dado vueltas dentro del armario buscando un vestido decente que ponerse esa noche. Entre su colección de harapos de monte, vaqueros, camisas de cuadros pasadas de moda y toda clase de prendas que eran de todo menos femeninas; al fin halló una prenda antigua pero que daba el pego. No creía que se acordaran que era el mismo vestido que se había puesto en el baile de graduación hacía casi ocho años.

Susana vestía unos tejanos azules muy ceñidos al cuerpo, bien conjuntados con una camiseta de color naranja, que dejaba entrever la hermosa oquedad de su ombligo. Desde su metro ochenta, podía presumir de un estilizado cuerpo conservado a base de horas de atletismo y gimnasio. Ruth, sin embargo no era tan amiga de maltratar el cuerpo con el ejercicio como su amiga. Al ser más bajita y ancha de caderas que esta, tampoco lo veía necesario; lucia un escotado yérsey de punto de color rosa, donde nadaban ocultos sus pechos como un par de vergonzosas protuberancias apenas sostenidas por un escaso sujetador de lino. Ninguna de ellas sabia del paradero de Lucía; aunque intuían, que no se encontraba lejos. Era cuestión de tiempo que la Guardia Civil terminase atrapándola.

—No me explico cómo Lucía pudo tener la desfachatez de engañar a su novio con un político de tan baja calaña, como Rodríguez Carpintero —dijo Ruth

—Por lo que se dé Alberto, es aficionado a visitar ciertos locales nocturnos de alterne, de todas formas dudo, que eso excuse su

relación con Carpintero —comentó Susana.

—Esas chicas que trabajan en clubs, no hacen más que ganarse el pan; Si le atas una soga al cuello a todos los hombres que frecuentaran alguna vez ese tipo de locales de lujuria, se salvarían tan solo cuatro mojigatos de tres al cuarto.

—Tal vez —intervino Mireia—, pienso que la relación de Lucía con Carpintero obedeció más a motivos de interés económico; necesitaba protección política para mover mayores cantidades de droga por la provincia, que a una verdadera atracción física.

Mireia llevaba razón, a sus cuarenta y seis años, Rodríguez Carpintero seguía conservando parte de su atractivo. Pero no era ningún Robert Reford. Si Lucía lo pretendiese podría conseguir muchos amantes más atractivos y jóvenes que Carpintero; aunque por otra parte. Tal vez no poseyesen la serenidad o experiencia, que da el haber acariciado diferentes pieles, deslizarse a través de un mar de muslos, haber saboreado multitud de labios, y deleitarse paladeando un cielo de rosados pezones, perdidos entre los cuerpos de decenas de amantes. Hasta el punto de confundir en la memoria sus caras, siendo incapaz a veces de asociarlas con los cuerpos; en los que de una forma u otra habían quedado marcadas sus huellas, sobreviviendo al paso del tiempo.

Durante la cena las Amebas devoraron ansiosas los langostinos, vieiras y demás entremeses, que la ostentosa Mireia esa noche había preparado para la ocasión. Al terminar, antes de servir el segundo plato, —unos deliciosos chuletones de ternera que crepitaban en la sartén—, mientras les rellenaba las copas de vino blanco, les contó a sus amigas una bonita historia.

Hace muchos años, tantos que ya nadie lo recuerda, vivió en Montederramo un conde muy rico, cuya única descendencia directa eran sus dos hijas. La mayor de nombre Felicidad, tenía veinticuatro años y un carácter frío y reservado como su madre, mientras que por extraño que parezca, su hermana de nombre Tristeza, era alegre, divertida y zalamera. Dos años más joven que su hermana, ya poseía el doble de pretendientes que esta. Entiéndase que ambas mozas, debido a su alto nivel social y económico, no estaban al alcance de cualquier rufián impertinente. Solo caballeros de alto linaje o miembros de la Corte, pues eran aquellos tiempos de señores y esbirros, todos al servicio de Su Majestad Felipe II, el más glorioso de nuestros reyes. El caso fue que las dos hermanas, aparte de su parentesco, siempre desde pequeñas habían compartido una gran amistad, tan fuerte que para inmortalizarla una

noche decidieron hacer un juramento de sangre. Rasgándose la piel del antebrazo con una daga, juntando las heridas, juraron que ningún hombre jamás las separaría y siempre permanecerían juntas hasta la muerte.

Durante años cumplieron la promesa, hasta que un día su padre contrató a un joven bufón de nombre Federico, muy sagaz y simpático según cuentan las habladurías. Pronto consiguió hacer eco en el corazón solitario de Felicidad, no pudiendo esta llegar a plasmar su aprecio, por miedo a las represalias de su padre y su hermana, pues el tal Federico no era hombre de sangre real. Tan solo era un comediante, cuyas ingeniosas gracias no eran suficiente recaudo para ser merecedor del amor de tan sublime princesa.

Un día, decidieron dar rienda suelta a sus sentimientos huyendo de aquellas hidalgas tierras a la vecina y salvaje Chandrexa, tierra de campesinos y bandidos, rompiendo la promesa hecha a su hermana. Felicidad escogió el camino más difícil y abandonó a Tristeza para siempre, renunciando a las riquezas de su acomodada vida. De poco sirvieron las explicaciones que se tornaban en súplicas, de Felicidad a su padre Iñigo el Gran Conde de Montederramo. Este le prohibió cualquier tipo de relación con Federico Bahamonte dentro de las tablas del sagrado matrimonio y convivencia diaria. «Él solo es un mero entretenimiento, mi joven hija. Tú te casarás con alguien importante. Eso ayudará a aumentar el prestigio y buen nombre de la familia».

Ella le amaba, pero el amor no contaba en unos tiempos, donde los enlaces matrimoniales eran parte del ceremonioso arte de los terratenientes de aumentar el tamaño de sus posesiones. Y por aquella época Galicia era tierra de terratenientes, puesto que el resto del pueblo vivía en la miseria, aunque nunca faltó un mendrugo de pan en su hacienda para sus súbditos, pues Iñigo a pesar de ser igual de tirano, avaro y egoísta que el resto de los miembros de la realeza, al menos sabía contentar con menudencias, incluidas las buenas palabras, acompañadas de un buen rancho, a sus jornaleros. Al contrario de otros señores hidalgos, Íñigo de Montederramo no permitía que ni un solo vástago de su amplia hacienda pasase ni por asomo el mínimo ápice de hambre, pues aunque sus mejores hombres habían embarcado con las tropas de su majestad hacía tierras lejanas —él mismo subvencionaba con su tesorería parte de aquellas empresas en el Nuevo Mundo—, siendo como era consciente de que el campesinado rendía más con el estómago lleno.

Pronto sus arcas se llenaron con el oro llegado de América para hacerlo más rico de lo que ya era, pero ni todo el oro del mundo le

serviría para comprar el cariño de su hija más inteligente, aunque de carácter reacio y reservado. Ni siquiera pudo evitar su marcha de palacio que él mismo con su indulgencia había provocado. Como podía permitir a un bufón heredar su corona, semejante ignominia jamás salpicaría a su venerable familia.

Al percatarse de la partida de su hija, organizó varias batidas en su búsqueda por toda la meseta central orensana. Los hombres regresaron a palacio sin éxito pues los bosques eran gigantescos, poblados de robles, castaños, hayas, abedules y una tupida maleza sin fin; fácil cobijo para forajidos y demás gentuza olvidada de la mano de Dios, pues la Galicia salvaje seguía siendo una impenetrable selva, transitada por meigas, brujos, curanderos y rateros. Entonces Tristeza, dolida por la traición de su hermana, al romper su promesa de no abandonarla nunca, cayó de pronto en la más profunda y desazonante soledad. Se pasaba noches enteras sin dormir clamando venganza. Para ello contrató a dos viejos soldados de la guardia privada de su majestad, ahora reconvertidos en asesinos a sueldo, rufianes de poca monta dispuestos a repartir acero y escopetazos a cambio de un puñado de monedas de oro. Su misión era encontrar a su hermana Felicidad y su amante Federico, metiéndoles a ambos todo el plomo y acero posible en el cuerpo, hasta terminar con sus vidas.

Los buscaron durante días, preguntando en todas las posadas y albergues que encontraron por el camino. Era como si se los hubiese tragado la tierra, a cada palmo de sierra, bosque o pueblo rastreado solo encontraban huellas de lobos, ciervos o ganado. Hasta que el más alto y fornido de los dos dio con sus huellas. Se trataba de un gran rastreador, ese era su trabajo. Siguieron el rastro marcado por los cascos de los caballos sustraídos del establo del Conde por la pareja, pero lo que no sabían era de la habilidad del bufón con la pólvora y el acero. Federico oculto entre la maleza en lo alto de una loma. Después de cargar bien sus pistolas y cebar su arcabuz, esperó pacientemente la llegada de sus perseguidores. Federico donde ponía el ojo ponía la bala, así, a traición, pues aquellos no eran tiempos de honor. No dudó en volarle los sesos de un escopetazo al más grandullón de sus perseguidores. Cuando el otro, un hombre de poca estatura y muy malas palabras, disparó sus pistolas contra el lugar desde donde había intuido había surgido el fogonazo, Federico ya no se encontraba en aquella posición. Había trepado a un tejo con la rapidez de una ardilla. Encaramado sobre una rama del árbol, se dejó caer daga en mano sobre la espalda de su enemigo, sin apenas darle tiempo a reaccionar, le rajó la garganta de un tajo. El hombre cayó de bruces salpicando con su sangre el fango del camino. Cuando Tristeza se enteró de la muerte de los mercenarios a manos de Federico, desistió de la búsqueda de los amantes para siempre. «¡Allá

ellos!», pensó. «Yo heredaré toda la hacienda de mi padre y seré una mujer rica.»

Pero ni todo el oro de las arcas de su progenitor, consiguió hacer feliz a Tristeza, como lo había sido durante los años compartidos con su hermana Felicidad. De repente su carácter jocoso cambió y se volvió sombrío, triste y reservado. Pasó el resto de sus días encerrada en el castillo de su padre. Cada anochecer pensaba en su hermana preguntándose: ¿Dónde estaría? ¿Sería feliz? ¿Tendrían niños? Y una tristeza infinita la invadía, recordando los momentos pasados juntas jugando en el jardín se preguntaba: ¿Dónde diablos estaba su hermana?, la puta Felicidad.

Colorín, colorado, este cuento se ha terminado.

—Qué historia más bonita —dijo Susana—. No olvidaré contársela a mis nietos cuando lleguen.

Mireia observaba atentamente a sus amigas, mientras devoraban la tarta de piña. Aquellos solitarios días en Chandrexa a punto estuvieron de hacerla enloquecer, se sentía nerviosa y eufórica. No era el mejor estado de ánimo para comenzar una novela, se preguntaba si debía regresar al periódico. Seguro que sus lectores la echarían de menos, eso siempre que no encontrasen otra sección donde entretenerse mejor. Del postre pasaron a las copas, no sin antes tomarse un café bien cargado.

—Escribiré una gran novela, aunque todavía no sé bien sobre qué —dijo Mireia, presa de nuevos bríos, sin duda producto del efecto del alcohol. —Tal vez hable de vosotras mis miserables y golfas amigas, siempre a mi lado. En Orense, Vigo, Coruña o incluso aquí, en el culo del mundo —hizo una pausa—. Gracias por ser unas tías cojonudas, siempre os llevaré en el fondo de mi corazón.

—Por nosotras—, levantó el vaso de tubo Susana. Ruth y Mireia la imitaron.

Brindaron y bebieron toda la noche hasta caer rendidas sobre la alfombra que cubría el suelo del salón junto a la vieja chimenea. Por la mañana Ruth regresó a la ciudad, Mireia y Susana, se habían quedado solas. Susana leía algunos cuentos, que Mireia había escrito para el periódico, cuando termina de leer sus relatos, de pronto busca los ojos de su amiga con una galopante ansiedad.

Los ojos de Mireia en Susana. Los ojos de Susana en Mireia. Mientras el tiempo pesaba como una losa de alabastro. En la casa la

monótona lluvia marcaba con su bullicioso tic, tac, la pesada carga de las horas.

Susana disfrutaba del placer de unas cortas vacaciones, antes de reincorporarse a su trabajo periodístico en la prensa rosa, de la cual estaba empezando a hartarse. Después de haber triunfado con la historia de la contrabandista, Lucía, a la cual, tras ser juzgada parecía habérsela tragado la tierra, pasaba sus días en la oficina, harta de los avatares habituales; llevaba meses reuniendo información sobre la boda del príncipe con su compañera de profesión Leticia.

La boda real no era lo suyo. Necesitaba acción, sangre, corrupción, historias de mafiosos, contrabandistas y mariscales del hampa. Por eso, a pesar de su remunerado sueldo, estaba pensando aceptar la oferta que su agente le envió hacía unos días a través de un correo electrónico. Le ofrecían un contrato por un año con un sueldo fijo de tres mil euros al mes, a cambio de escribir un artículo semanal sobre la vida y el posible paradero de la famosa contrabandista Lucía. Al fin parecía que la suerte llamaba de nuevo a su puerta. Era hora de ponerse en marcha. Nadie como ella sabía tanto de Lucía. Su pasado, sus contactos desde su tierna infancia, hasta su corrupta juventud y no pararía hasta dar con su tapadera y acabar metiendo su corrupto culo entre rejas. Le iba a echar más mierda encima de lo que aquella asquerosa yuppie chupa pollas podría imaginar jamás.

SEGUNDA PARTE. INVIERNO 2004.

1 – Lucía es Nuria.

Lucía buscó un trabajo en una escondida taberna, a las faldas de la carretera comarcal que bordeaba el embalse. Era un lugar poco concurrido salvo por los lugareños, donde trataría de pasar desapercibida, para ello se corto el pelo muy corto y se lo tiñó de rubio. Aunque siempre con el temor de ser reconocida por alguna vieja cara del pasado, mantenía los ojos abiertos las veinticuatro horas del día. Tal vez debería haberse ido al sur, siguiendo el consejo de su padre, pero ella prefería ocultarse en las faldas de la sierra, sirviendo cerveza a los aldeanos. En aquellos momentos, nadie, ni siquiera su padre, sabía a ciencia cierta de su verdadero paradero. Se sentía sola, muy sola, pero feliz, nunca antes lo había sido tanto.

No tenía nada, salvo aquel empleo y una choza que había alquilado, apartada del pueblo lo suficiente para no levantar sospechas; pero sus ojos la delataban y sus modales de niña rica saltaban a la vista, al menos al principio. Luego, a base de encerar suelos y lavar platos, sus humos de marquesa desaparecieron de golpe. Como si nunca hubiese sido una importante narcotraficante, simplemente la camella había pasado a mejor vida para transformarse en una humilde y servil camarera, que se ganaba el pan con el sudor de su frente como todo ciudadano decente. Eso la había transformado en mejor persona de lo que jamás había imaginado poder llegar a ser. Ahora se llamaba Nuria Estévez. La dureza del trabajo diario, que se reflejaba en su rostro le hacía parecer todavía más hermosa. Pronto se ganó el corazón de los clientes y su presencia tras la barra se hizo imprescindible.

—Y no te olvides, a las doce abrimos. Muchos clientes suelen venir aquí a tomar unas copas para celebrar el Año Nuevo —le dijo su jefe, antes de cerrar.

—No te preocupes, Antonio, aquí estaré y puede que esta noche también me anime yo a tomar alguna.

Esa noche la taberna se vestía de fiesta para celebrar el año nuevo. Y allí estaba él, mirándola por encima de las gafas oteando lo desconocido, como un eventual amante no deseado, su nombre era Nicolás Gallardo.

—Nuria, encantada.

Nuria ya llevaba días sintiendo su presencia, sintiéndose perseguida, acosada por él. Sentía que la vigilaba con cautela. Al principio sintió miedo, podría ser policía o periodista, por lo que tuvo que sonsacarle información a Antonio.

—Es un pobre chico, estuvo varios meses en el ejército del cual fue expulsado. Lo trata un loquero amigo mío. El pobre es tímido, por el resto es un buen cliente y por lo que a mí respecta está más cuerdo que la mayoría de los de este pueblo.

Por suerte, Antonio olvidó contarle que en la actualidad Nicolás Gallardo era agente del cuerpo de la Guardia Civil española. De haberlo hecho, Lucía se hubiera visto obligada a cortar cualquier tipo de relación con él.

—Feliz 2004, Nuria —dijo Nicolás—, vamos un rato fuera para charlar—. Era buena idea, un poco de aire fresco les vendría bien a los dos.

La conversación le resultó muy agradable, por lo que decidió, obviar precauciones y pasar a la ofensiva.

—Verás, podríamos quedar mañana para dar un paseo —propuso ella, estaban sentados en el porche de la taberna sobre un banco de madera.

—De veras lo siento, pero debo ir al centro de salud, estoy haciendo una tesis sobre las enfermedades mentales.

Nuria sabía que mentía, realmente donde tenía que ir era a su visita semanal al psiquiatra para continuar con su terapia.

—Está bien, avísame cuando termines con la tesis, tengo que volver adentro a poner copas.

Nicolás ya no volvió a la fiesta, cogió su Volkswagen y desapareció tragado por la noche. Tenía veintiséis años y todavía no había hecho el amor con ninguna chica. Desde que aquel par de lurpias lo habían sacado del orfanato, dejándole claro desde el

primer día cual era su lugar en la casa.

—No eres más que un pobre mocoso huérfano. Te sacamos de la calle dándote cobijo. Tu deber es atendernos y obedecer nuestras órdenes sin rechistar.

—Sí, mamá Flor.

—Sí, tía Dolores.

Horas antes se lo había contado al buen doctor sentado en el diván.

—Ellas me golpeaban por cualquier motivo sin previo aviso, doctor Chopper. Y yo solo era un niño. Un día me olvidé de limpiar la bañera y mamá Dolores me castigó golpeándome con un palo de golf en la espalda y en el abdomen. Siempre me golpeaba en lugares poco visibles procurando no dejar huellas, pero aquel día fue el peor. Me dolía tanto la espalda que no podía levantarme con el dolor. Esto hizo sospechar a la asistenta social y conseguí que les retiraran la custodia. Al fin volví al orfanato, pero por entonces ya estaba roto. Juré que nunca más ninguna mujer me pondría la mano encima.

— ¿Por eso no has salido nunca con ninguna chica? —preguntó el doctor.

—Bueno, en realidad...

—Vamos, ¿Cómo un chico como tú puede guardar tanto odio hacia las mujeres dentro, por algo que pasó hace cuánto... diez años? Creo que hay algo más que escondes en tu interior, debes expulsar ese diablo de ti, si quieres liberarte. Cuéntame ¿Por qué nunca te has acostado con una mujer, un joven atractivo como tú? ¿Acaso eres homosexual?

—No soy marica ¡Maldita sea! —dijo Nicolás fuera de sí, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. —Ella, ella... me tocaba.

—Pero ¿quién? —insistió el doctor Chopper.

—Tía Dolores lo sabía. Ella me castigaba dejándome solo en casa con mamá Flor. Ella me ordenaba bajar al sótano, desnudarme y hacerle cosas. Yo solo le decía: no mamá Flor, no mamá Flor. Ella tenía cincuenta y seis años y yo solo nueve. Yo no quería pero ella

me pegaba. Hasta ahora es el único cuerpo de mujer que he visto desnudo, es horrible ¡Maldita sea! Cuando todo terminaba, corría a casa de mi mejor amigo Juan y él trataba de consolarme. De repente crecí y me hice un adolescente. Es curioso, durante los primeros años de mi pubertad, jamás me masturbé como los chicos de mi edad. El simple hecho de pensar en el sexo me daba asco. Era horrible solo pensar en aquello, doctor.

—Lo comprendo, ven chico y abrázame.

El doctor y su paciente se fundieron en un fuerte abrazo. Por fin Nicolás expulsó de su interior la carroña que le estaba devorando por dentro. Sus lágrimas habían empañado la camisa del buen doctor. Pero daba igual, la terapia había sido un éxito.

—Gracias doctor, ya me siento mucho mejor.

—Gracias a ti, hijo —contestó un doctor Chopper emocionado—, por hacerme mejor médico y persona de lo que soy.

— ¿Puedo contarle un secreto, doctor?

—Adelante hijo.

—Hay una chica que me gusta, pero estoy nervioso, no sé qué hacer.

—Tiempo, amigo, de eso hablaremos en nuestra próxima cita mañana por la mañana. Quiero saberlo todo, seguro que será una chica muy afortunada.

2—Nicolás.

Si ella me quisiera de verdad probablemente todo cambiaría, mi miedo hacia las mujeres desaparecería; mi desprecio hacia el deseo se transformaría en múltiples partículas de ternura. Mamá Flor me había amargado la vida, aquel cuerpo seboso y desnudo, desprendiendo aquel hediondo olor putrefacto a estercolero, todavía se apodera de mis peores pesadillas. Pero yo era un buen chico y si el doctor Chopper da el visto bueno, que estoy seguro de que lo hará, recibiré de sus manos el alta médica y me incorporaré a mi puesto de trabajo como miembro de la Guardia Civil española y mi compromiso con el Cuerpo será firme y para siempre.

Mi deporte favorito era la carrera continua. Nunca me cansaba. Era como el conejito de pilas Duracel, siempre mantenía el mismo ritmo hasta que los músculos cedían. Solo entonces me quedaba absorto y relajado, con la mente en blanco, libre de la angustiosa ansiedad que a menudo me perseguía. Y mi locura desaparecía, desvaneciéndose fulminada en alguna sección oculta de mi mente para dar paso a una extraña lucidez, que solo aparece como una espesa calma después de una terrible tempestad.

Pero a pesar de los abusos sexuales a los que mamá Flor me había sometido durante la época de mi infancia, yo seguía manteniendo la esperanza de encontrar, ¡por fin!, un lugar donde hacer trizas todas mis frustraciones, rencores y recuerdos del pasado; para definitivamente pasar página y comenzar un nuevo ciclo y transformar mi odio hacia el sexo opuesto en un incontenible deseo, basado en el amor y el respeto. Volví a ver a Nuria, bueno, más bien, la esperé a la salida de la cafetería, ella me recibió con una sonrisa ancha como la banda magnética de una tarjeta Visa, mirándome como con sorpresa. Su sonrisa se volvió vertical cuando me decidí a invitarla a cenar.

— ¡Menos mal que te has decidido! —me comentó sin reparos.

—La verdad, siento haber tardado tanto.

Era mi primera cita con una chica en veintiséis años. Estaba emocionado y asustado a la vez, no pude resistir el impulso de

contárselo al señor Chopper. Aunque no estábamos citados hasta mañana a las doce, no pude esperar: me comporté como una colegiala atontada, corrí como un poseso y me presenté al poco rato, fatigado frente al portal de su casa, todo descamisado, el sudor me corría por la sien, pulsé el timbre en el momento menos adecuado, pues eran las doce de la noche. Al doctor no pareció alegrarle demasiado verme allí a esas horas. Su bella esposa, amablemente, me invitó a pasar.

— ¿Qué diablos te ocurre Nicolás para venir a aporrear mi puerta a estas horas, cuando estaba a punto de retozar alegremente con mi maravillosa esposa?

—Lo siento doctor Chopper, pero he venido para contarle que mañana tengo mi primera cita con esa chica y estoy tan emocionado, necesitaba decírselo.

— ¡Por Dios, Nicolás! Y has montado todo este jaleo solo por eso. Despiertas a mis hijas, casi le das un susto de muerte a mi mujer, solo para decirme que tienes una cita. ¡Enhorabuena chaval! Pero como vuelvas a presentarte con esa cara de ángel junto a mi esposa a estas horas, juro que te mataré yo mismo.

—Lo siento doctor Chopper, no volveré a hacerlo. Gracias y hasta mañana.

Esa noche no pude dormir. Me acoplé junto a la chimenea acurrucado sobre un colchón de cojines, mirando fijamente al fuego. Estaba asustado y si algo salía mal... Nunca hasta ahora había estado con una chica tan guapa y simpática. Repasé mentalmente frente al espejo de las llamas, una vez tras otra, la estrategia más adecuada, cuáles serían las palabras con que debería abordar a aquella princesa. El doctor Chopper trató de calmarme al día siguiente en su consulta.

—Verás hijo, antes de una cita importante, dicen que ayuda conversar. Imagínate por un momento que yo soy Nuria y tú eres tú. Solo metafóricamente, claro, no es necesario que te emociones. ¿Qué me dirías?

Aquella idea de hacerse pasar por Nuria del doctor Chopper me hizo sonreír, pues jamás me imaginaría tener una cita con alguien tan feo. Así pues, me senté frente a él y decidí seguirle el juego.

—Hola Nuria.

—Hola Nicolás, ¿Cómo te encuentras hoy?

—Yo bien... uff... ¿Ahora qué le digo?

—Si te bloqueas suele funcionar ¿Qué tal si vamos a tomar algo?

—No es mala idea. ¿Dónde quieres ir?

—¡Me da igual! Donde tú quieras.

—Podemos ir a.....

Así continuamos charlando un buen rato, hasta finalizar el tiempo de la consulta. No sé si la terapia del doctor Chopper había servido de algo, pero al menos salí de la consulta con la sensación de haberme librado de la pesada carga de indecisión, que parecía llevar a rastras desde anoche.

De momento solo pretendía permanecer un mes de baja. El doctor Víctor Ginés Escobar, más conocido por todos como doctor Chopper, poseía una amplia experiencia en casos similares al mío. Había entrado hacia poco en el Cuerpo con la graduación de teniente y los resultados de su trabajo eran irrefutables. Muchos agentes, tras presenciar un crimen sufren una crisis de ansiedad. Si aun encima el paciente había sufrido experiencias de origen traumático durante la infancia como en mi caso, la situación se complicaba. A pesar de ello tenía fe ciega en sus métodos. Por primera vez en mi vida estaba decidido a salir del caparazón y superar mis terrores más ocultos; aunque para ello tuviese que recibir tratamiento psiquiátrico. Algún día cuando me encontrase mejor y tuviese más experiencia en el cuerpo, si todavía no lo habían logrado, esos inútiles de la brigada central, resolveré el crimen de la niña muerta en Montederramo. Jamás podré olvidar aquellos infantiles ojos sin vida, que parecía mantener grabado a fuego un inmenso sufrimiento a la espera de que algún día, un valeroso agente los liberase de ese agonizante dolor para siempre.

3 — Nuria.

Nicolás me miraba como un cachorrillo asustado, pero en el fondo la que estaba aterrorizada era yo. Tenía miedo de ser descubierta, de que mi tapadera junto con mi nueva identidad saltase por los aires y sobre todo tenía miedo de enamorarme de aquel chico. No quería compromisos al menos de momento. Aun así, no pude evitar coger su mano mientras paseábamos sobre los márgenes del río Edreira. Él estaba tenso como un tendido eléctrico, cuya electricidad noté extendiéndose a través de mi columna vertebral como un vertiginoso escalofrío que me dejó helada, atravesando mis piernas, hizo flojear mis rodillas hasta alcanzar los talones.

Era, como si un relámpago me atravesase entera.

En realidad, era como tocar la mano de un enorme muñeco de trapo de dimensiones gigantescas con ojos de cíclope y la mirada perdida; realmente era como un niño jugando a ser mayor, escapando de los fantasmas que parecían perseguirle desde su infancia. Un pasado que parecía a veces atraparle, pero del que con valentía trataba de deshacerse en busca de un futuro más alentador. Pude sentir su lucha interior como parte de mi propia lucha por tratar de enterrar mi pasado, sin llegar a comprenderlo del todo. Tal vez yo también debería ir al psiquiatra. Pero mi actual posición de fugitiva de la ley me lo impedía, por lo cual yo me prescribía mis propias recetas. Una de ellas era, no hablar demasiado con extraños. Sin embargo con Nicolás me sentía cómoda, pues durante las dos horas que pasamos juntos no me hizo ni una sola pregunta sobre mi pasado. Los dos parecíamos tener demasiado que ocultar, pero mirándonos a los ojos los dos sabíamos que lo verdaderamente importante ahora era aquel preciso instante. Me sentía cómoda a su lado. Nos sentamos sobre el césped bajo la sombra de leopardo de un viejo nogal, que nos ofrecía su maternal abrigo. Mientras nos atiborramos de caramelos, sentí el mentol en su aliento. Cuando se acercó a mí en lo que pensé era un impulsivo intento de besarme, todo mi cuerpo se estremeció; en vez de eso, extrajo una mota de polvo de mis pestañas.

—Estarás más hermosa sin esto —dijo.

—Y sin esto también—dije sacando el sujetador por una de las mangas de la camiseta, como en una de las escenas de la película: “Flash dance”.

—¿Cómo diablos lo has hecho?

—Verás, me ha facilitado la labor el llevar puesto sobre la camiseta un jersey de nylon muy flexible. Así puedo meter la mano por aquí, luego por allá y ya está. Ya sabes, cosas de chicas.

—Claro —dijo Nicolás—. Lo has visto en la peli esa de baile... cómo se llama... ¿Fama?

—No exactamente, pero casi —añadí sonriendo a sabiendas de que solo se trataba de una de sus bromas—, consciente de que a un cinéfilo como él, no se le podría escapar la respuesta correcta.

—Estás muy guapa sin sujetador ¡Oye! ¿No sabrás más trucos de esos? —preguntó Nicolás.

En realidad sabía otro. Había visto una vez a una chica quitarse el tanga por la pernera de los Levi´s. El problema fue que los llevaba tan ajustados, que le costó horrores sacárselo, pero yo no llevaba tanga y me moriría de vergüenza sacando mi viejas “Princesa”. Además hoy llevaba falda y no quería que él pensase que era una chica demasiado fácil, ni tampoco demasiado complicada.

—Sé otro truco, si cierras los ojos te lo mostraré —dije.

Él cerró los ojos. Entonces lo besé, suavemente en los labios. Él me sujetó con sus enormes brazos, balanceándome sobre aquel par de mástiles, me besó, esta vez con mayor fuerza y pasión, como nunca nadie lo había hecho antes.

Escuché el sonido de los latidos de su corazón, cuando me abrazó con fiereza contra su coraza pectoral. Le pregunté por sus hermanos; según me dijo eran ocho, él era el noveno.

— ¿Cómo se llaman?

—Héctor, Luis, Manuel, Laura, María, Víctor, Jonás y Eva.

— ¡No puede ser! ¿Estás de broma? ¿Cómo decías que se llamaban?

—Héctor, Luis, Manuel, Laura, María, Víctor, Jonás y Eva.

Me pareció extraño que tuviese tantos hermanos. A mi más bien me parecía un cachorrito abandonado. No sé por qué, pero en aquel instante le creí como una idiota.

—Me gustaría conocerlos.

—Un día de estos te los presentaré.

Me preguntaba qué ocurriría cuando Nicolás descubriese mi verdadera identidad. Cuando fuese consciente de que mi nombre real era Lucía Márquez, en vez de Nuria Estévez y que gran parte de mi vida la había pasado vendiendo droga en las calles; no trabajando tras una barra ¿Cómo reaccionaría? ¿Sería capaz de seguir interesado en mí? Me moriría de desdicha si no fuese así. Un chico tan frágil y tierno como el mirándome con esos ojos melancólicos, ojos que me atrapaban con su mirada, ojos que desnudaban el alma, ojos que unas veces me miraban sin observarme y otras me observaban sin mirarme, ojos lúcidos o ausentes, auscultándome hasta las mismas entrañas, ojos de poeta y narrador, de sobrio y alcohólico, de cazador y presa, de consciente e inconsciente en un mundo de locos. En definitiva, ojos de los que parecía estar enamorándome de verdad, como una tonta por primera vez en mi vida. Debería mantener la calma, actuar con cautela me estaba metiendo en un terreno muy peligroso ¿Qué diablos sabía yo de ese chico? ¿Quién era? ¿A qué se dedica?

Nada de preguntas me había aconsejado mi padre, si no haces preguntas: no estarás obligada a dar respuestas. Mantén la boca cerrada y los ojos bien abiertos, si no quieres que te atrapen. Lo cierto es que a pesar de ser nuestra primera cita, a su lado me sentía como si ya nos conociesemos desde hace tiempo. Quizás en otra vida nuestros caminos se habían cruzaron: Era como si nuestras almas llevasen décadas buscándose, vagando a la derriba hasta el momento de encontrarse. Igual que dos piezas de un puzle destinadas a encajar la una en la otra.

4 — La terapia.

Había mentido a Nuria, en lo de mis hermanos; pero en aquel instante no quería sentirme solo, desnudo, desguarnecido ante su afable mirada. La besé de nuevo y sentí mi caída a mil metros de altura sobre la ciudad de hormigón, sin paracaídas; en parapente, como un pedazo de metal o un resto de excrementos expulsado por un reactor del Ejército.

Desde allá arriba, podía verlo todo mucho más claro: los tejados de las casas de los pueblos, el lago artificial que formaban las aguas estancadas del embalse; todo el paisaje que bordea el embalse de Chandrexa de Queixa, se mostraba ante mí con una claridad sorprendente; en el aire los cuervos alzaban el vuelo, tras la solitaria águila imperial; sobrevolando la sierra. Abajo los cortafuegos, heridas de arma blanca sobre los frondosos terrenos, se extendían separando los bosques de coníferas. Si giraba el rostro a la derecha encontraba una zona de monte bajo cubierta de matorrales y alguna que otra hilera de pinos silvestres. A la izquierda, una amplia zona de prados y pastizales, los puntos naranjas del suelo eran vacas, los pastores las estaban recogiendo. Estaba anocheciendo y yo caía, caía. Mis labios, mi lengua, todo mi ser de mi boca a la suya. Una orgía dental. Nos comimos largo rato la boca sin descanso.

Más tarde entramos en su casa, atravesamos un pequeño hall que desembocaba en un trocito de salón con una mesa de centro, hecha con troncos de abeto canadiense unidos por unos mimbres en los extremos. Una pequeña alfombra persa cubría el suelo entablillado en pino, sobre la que descansaba la mesa custodiada por un par de viejos sillones, cuyo cuero gastado acusaba claramente el paso de los años. Ella me cogió de la mano arrastrándome a través de un estrecho pasillo, que conducía directamente a su habitación. Yo me dejaba llevar sin mediar palabra, siguiendo el ritmo impuesto por sus nalgas hacia lo más profundo de mis pesadillas. A un lugar donde a nadie, salvo a mí mismo, permitiría nunca el paso. Estaba nervioso, indeciso. Ella no soltaba mi mano. Mi corazón latía más rápido que mi pulso, un tam tam enloquecido, salvaje, despertando a los espíritus del Orinoco. Su cuerpo una selva amazónica abriendo un agujero en el tiempo,

comunicándome directamente con el pasado.

Allí estaba mamá Flor en cueros, el diablo vestido de hembra. Su piel hecha de sábanas plegadas por los surcos de la edad, Nuria me besa. No siento sus labios. Ya no estoy allí. Perdido en mis peores pesadillas, solo me veo con Mamá Flor, abusando del niño de ocho años que fui. Trato de alejar los pájaros del pasado de mi cabeza. No puedo. Las lágrimas resbalan por mi rostro. Ella no comprende. Todavía no estoy preparado. Creí estarlo delante del doctor Chopper, colgado en el Diván de la Supremacía todo parece posible, pero la realidad es otra. Entonces ella abre los botones de mi camisa. Descubre mis cicatrices, viejas heridas de guerra. Mamá Dolores me las grabó a base de golpes, siguen allí como pergaminos en el tiempo.

Ella las cubre de besos. Yo la aparto con brusquedad, no puedo seguir.

Me orino en los pantalones, siento una horrible vergüenza. Ahora solo quiero huir. Ella trata de calmarme pero estoy fuera de control. Las lágrimas han dejado de brotar. La procesión va por dentro.

—No tenemos que seguir si tú no quieres.

—Perdona, tengo que irme.

Salgo pitando a toda leche, huyendo como un cobarde, incapaz de distinguir lo real de lo irreal. Seguro que cualquier energúmeno del pueblo pagaría una fortuna por meterse con ella en la cama. Lo peor de todo es que ni siquiera soy gay; si al menos lo fuera no sufriría tanto. Pasé la noche en vela y todo el día sin salir de la habitación, a las doce tenía cita con el doctor. Me sentía incapaz de acudir, le di plantón como un cobarde. La terapia no había dado resultado. Hoy no me sentía con fuerzas para acudir a la consulta.

Estaba atrapado en una trinchera. Si asomaba la cabeza una bala me la volaría en pedazos, tarde o temprano debería salir a luchar a campo abierto. No pensaba perder la batalla, el problema era que no sabía la estrategia más adecuada para superar los traumas de mi infancia: Los abusos sexuales a los que me vi sometido por aquel par de ¡pederastas malditas!, nunca las perdonaría. Jamás, nadie volvería a hacerme daño. Nuria no tenía la culpa, ella no sabía nada de mi pasado. Era demasiado buena para mezclarla con aquella basura. Lo siento amor, estoy en un pozo sin fondo, he caído en él y

no se volver. Lo intento. Lo juro. Pero no puedo.

Sobre las diez sonó el timbre. No abrí. Hice el amago de levantarme del sofá pero la inercia me devolvió a mi asiento. Alguien golpeó violentamente la puerta produciendo un sonido crujiente como una madera resquebrajándose. Sufrí un ataque de histeria. Esta vez salté del sofá como un resorte. La fuerza del impacto a punto estuvo de desencajar la puerta haciéndola saltar de las bisagras.

Abrí la puerta malhumorado, dispuesto a cargarme a hostias al energúmeno que se presentara delante, resultó ser el doctor Chopper. Afuera llovía a cántaros. Estaba empapado y parecía traer cara de pocos amigos. La casa estaba hecha una pocilga, a pesar de ello tuve que invitarlo a pasar. Llevaba puesto un chubasquero verde, que escurrió por toda la tarima de mi humilde chabola. No paró de mirarme fijamente a los ojos mientras me abroncaba.

— ¿Qué diablos te pasa? Te quedaban dos citas para darte el alta y no te presentas. Me has dejado tirado esta mañana ¿Acaso te has vuelto un cobarde?

Pero yo me encontraba con la cabeza en otra parte. Solo acerté a decirle:

—Ella quería hacerlo pero no pude ¡Me asusté! ¡No sé qué me ocurrió!

— ¡Vamos Nicolás! Pues que has sufrido una reacción post–traumática, sufriste unos abusos hace años. Deberías llegar al fondo de la cuestión, deja que el niño que todos llevamos dentro, libere esos fantasmas que tanto le atormentan.

—Me obligaban a desnudarme, luego mamá Flor me golpeaba en las nalgas con una vara de avellano ¡Maldita! Se levantaba la falda cogiéndome por el cuello, me restregaba su vello púbico contra mi cara una y otra vez, violentamente mientras ella parecía enloquecer de placer. Solía gritar como una cerda. Yo terminaba llorando con la cara irritada llena de cortes y pequeñas magulladuras. Apenas me dejaba respirar, aquello no me gustaba nada. Olía horrible, ni siquiera tenía la decencia de lavarse antes. Solo tenía ocho años, pero no quiero pasar el resto de mi vida recordándolo.

—No te preocupes, tal vez todavía no hayas conocido a la chica adecuada. Cuando lo hagas, ya verás como todo será más fácil; nunca antes has hecho el amor, es natural que al principio te

muestres nervioso; es una reacción natural de la psique. A todos nos pasó la primera vez, yo de ti trataría de apartar esos recuerdos de la mente: la próxima vez que vuelvas a intentarlo con alguna chica, no pienses actúa, acaríciala, tócala, empápate de ella, desnúdala cuanto antes, deja que el deseo te invada. Siente la llamada de la naturaleza, olvida de una vez el cuerpo arrugado de mamá Flor, eso es pasado ¿Deseas acostarte con esa chica?

— ¡Sí señor! — contesté. ¡Estoy deseando hacerle el amor!

—Pues hombre, ¡adelante! No sé si será la chica adecuada o no, pero conviene ir cogiendo práctica mientras aparece. Así llegado el momento estarás preparado. Cuando era joven teníamos una criada. Yo solía meterme en su habitación por las noches, un día mis padres nos descubrieron juntos y la echaron. Te aseguro que no estaba enamorado, pero para mí aquella chica fue especial. La primera vez siempre lo es.

5 — Te juro que no sabía nada de tu pasado.

Susana se despidió de Mireia, por fin regresaba a Orense para incorporarse a su nuevo empleo. Aunque la paradoja del destino la llevase lejos del objetivo de su proyecto: la localización y descubrimiento del paradero de la fugitiva de la justicia, Lucía Márquez, nada le hacía sospechar lo cerca que se había encontrado de ella. Tan cerca, que si se hubiese demorado un par de horas en su regreso a la ciudad, se la habría encontrado en los pasillos del supermercado del pueblo. Esto le ocurrió a Mireia mientras cargaba el carro de botes de cacao, tarros de Tulipán, bolsas de espaguetis y botellas de ron Bacardí. La chica del pelo rapado resultó ser su mejor amiga. Un relámpago le recorrió el corazón. No podía ser: la misma nariz, los mismos ojos, idéntica boca.

—Lucía — la llamó.

Una voz del pasado sonó a su espalda, Lucía se volvió sobrecogida por el terror para enfrentarse directamente con sus fantasmas. Una sensación de alivio la invadió al reconocer a su mejor amiga.

—Ahora soy Nuria cariño.

Ambas se abrazaron con pasión como si fueran viejas amantes.

El príncipe de las galletas cayó de bruces en el interior de la cesta verde de Lucía, mientras el gallo de los cereales les miraba furioso desde la cima de la estantería, cuando Mireia robó una docena de huevos del corral de aglomerado. Lucía le cerró el pico introduciéndolo en la canasta.

— ¿Te siguen gustando los cereales? —comentó Mireia.

—Sí ¡Ya ves!

—Hoy te invitaré a cenar y charlaremos, ya me contarás. ¿No te imaginaba por aquí?

—Ni yo a ti en cien años.

— ¿Has empezado a escribir una nueva novela?

—No, de momento estoy escribiendo una fábula para el periódico se trata de la historia de unos pastores de ovejas a los que el lobo les dejó sin rebaño. Pues es sabido que el lobo no se conforma con matar a una oveja para alimentarse, su sed asesina le conduce en ocasiones a matar sin piedad, sin control, solo por el placer de cazar.

—En eso se parece al ser humano ¿No crees?

—Sí, tal vez sea el animal que más se le parezca, de ahí la leyenda de los hombres lobo. Me encanta cuando se transforman en lobos: sus narices se convierten en hocicos, sus labios en alargadas bocas; brazos y piernas en musculosas patas, así sucesivamente hasta completar la transformación. Luego con sus garras desgarran en jirones la frágil piel de las ovejas, ante la fútil mirada del carnero, tratando de desembarazarse de la bestia con inútiles embestidas.

—Por lo que veo, aquí lo que predominan son las vacas, las hay de todas la razas; aunque para mí La Reina es la rubia gallega. Esa clase de vaca conforma el Quinto Elemento. Los otro cuatro, Sol, Agua, Tierra y Aire, se complementan. La vaca fue el primer mamífero en pastar en los prados gallegos. De todas maneras las vacas no impedirán mi marcha de Chandrexa. Me iré al Brasil donde nadie, ni siquiera tus amigas las Amebas, me encuentren. Mi padre me ha conseguido un pasaporte. Esa falsificación es una obra de arte perfecta, imposible de distinguir de un documento auténtico. Me ayudará a salir del país —comentó Lucía. Sacó el salvoconducto del bolsillo interior de la chaqueta y se lo entregó a Mireia.

—Nuria Estévez Lameiros. ¿Quién era?

—Una pobre huérfana sin familia. Desapareció en mayo del año pasado, nunca nadie la reclamó. Murió sobre una alcantarilla de sobredosis.

—Una coartada perfecta, veo que sigues conservando tus contactos en la ciudad.

—El tío Sam y mi padre me hicieron un apaño. Un par de políticos de izquierdas que tenían en el bolsillo tramitaron los papeles. Una auténtica obra maestra.

—Ahora comprendo: los papeles ni siquiera son falsos, los documentos son auténticos; Solo has suplantado la existencia de otra persona adueñándote de su documentación, aprovechándote del fallecimiento de esta para no tener que cargar sobre tus espaldas como una losa, con el peso de sus recuerdos.

—Trataré de aprovechar la vida que ella tiró por la borda, Es mi oportunidad de volver a empezar. Si me quedo, ahora que mi foto comenzará a ser publicada en todos los periódicos de aquí a Lanzarote, alguien cualquier día me reconocerá.

— ¿Cuándo te vas?

—Dentro de un par de días. Antes tengo que despedirme de un chico del pueblo. Se llama Nicolás. Mañana trataré de localizarlo. Si no lo consigo despídeme tú de él.

—No te preocupes. Lo haré con gusto. Si está bueno tal vez haga algo más.

—Lo tienes crudo, pero por intentarlo... Quizás tengas más suerte que yo —dijo Nuria, pensando en la última noche en su habitación de la cual Nicolás huyó aterrado.

Aquella repentina huida la desconcertaba hasta el punto de pensar que no era lo suficiente atractiva para sus ojos. Los ojos de Nicolás parecían haberse vuelto locos, incapaces de centrarse en un punto, cuando ella comenzó a abrirle los botones de la camisa. Luego estaban los moratones en los costados, prueba clara de que alguien lo maltrató en la infancia ¿Por eso quizás iba al psiquiatra?

De repente, se dio cuenta de lo poco que sabía de su vida y lamentó profundamente haber perdido la oportunidad de conocerlo mejor, pues sus horas en Chandrexa eran ahora contadas. Cada minuto que pasaba corría un grave peligro de ser descubierta y lo sabía por lo que decidió adelantar su partida a mañana por la mañana. Se despidió de Mireia con un fuerte abrazo. Lamentó no poder hacerlo de Nicolás pero el pobre ya tendría bastante con intentar salir de su concha. Podría haber optado por quedarse escondida en las, apartada de la civilización pero llegó a la conclusión de que se volvería loca. Ella siempre había necesitado el contacto con la gente, la afectividad era imprescindible para su supervivencia.

Las maletas estaban esperándola como inquietas a la puerta de la habitación. Entonces apareció Nicolás por su espalda. Llevaba los

ojos inyectados de una extraña emoción. Tenían ese profundo brillo. Ella solía distinguirlo. En los fumadores de crack; una extraña reacción química que también hacía el mismo efecto en las personas, víctimas de fuertes síntomas emotivos. Este parecía claramente el caso de este chico. Como una gacela indefensa, lo miró titubeante desde lo alto de la escalera.

— ¿Qué haces aquí?

—Vengo a disculparme por lo de anoche.

—No hay disculpa que valga. A mí me gustas, quería pasar la última noche en Chandrexa contigo. Mañana parto para el extranjero. ¿Por qué no dejas a tus hermanos y te vienes conmigo?

—Yo no tengo hermanos. ¡Maldita sea! Mis padres murieron de accidente cuando tenía diez meses. Nunca llegué a conocerlos. El resto de mi familia sufría graves problemas económicos. Las instituciones se hicieron cargo de mí hasta que fui dado en adopción a unas malas personas que abusaron tanto física como psicológicamente de mí, incluidos, los abusos sexuales. Desde entonces jamás me he atrevido a estar con nadie. ¡Lo siento! Anoche lo intenté pero no pude. La verdad no sé si realmente estoy preparado ni si realmente me he enamorado de ti, para qué voy a engañarte. Lo que tengo claro, es que no voy a hacerte sufrir con más mentiras: no iré a ningún sitio contigo porque creo que no te quiero.

— ¿Por qué no soy lo suficiente buena para ti? —dijo Nuria, que no estaba acostumbrada a ser rechazada por nadie y que se negaba a que lo hiciese la única persona por la que se había sentido atraída durante su corta estancia en Chandrexa.

De repente su aparente fortaleza se vino abajo como un castillo de arena bajo el peso de las olas del infortunio; quizás debido a la tensión nerviosa sufrida los últimos días después de leer una columna publicada en “La Voz de Galicia”, donde salía a la luz en un sombrío artículo, los últimos avances de la Guardia Civil en la investigación a cargo de la brigada antidroga en lo referente a su caso. Por suerte su foto no salía en el diario, de eso se encargaría la estúpida de Susana, “la ameba”. Muy pronto tras leer el artículo, Lucía cayó en la cuenta de que aquellas hectáreas de monte y pastizales ya no eran aptas para su seguridad, menos mal que había tomado la precaución de guardar el dinero sacado del tráfico de estupefacientes en distintas cuentas a nombre de su padre, sus

primos, tíos y amigos de la familia; dejando las cuentas bancarias a su nombre bajo mínimos, además había abierto una nueva cuenta a nombre de Nuria Estevez Lameiros, donde su padre le hacía ingresos periódicos, por un montante modesto que no llamase demasiado la atención. Tras salir en el periódico, Lucía atenazada por el miedo, se puso en contacto con su padre para saber más acerca de su situación. No lo llamó directamente debido al peligro que suponía que las autoridades hubiesen dado la orden de pinchar la línea, lo hizo a través del teléfono móvil de tío Sam, un antiguo proveedor con el que seguía manteniendo buenas relaciones; además de una estrecha amistad, que no tardó en localizar a su padre. Pronto pudo oír su sofocada voz al otro lado del auricular:

—Aquí ya no estás segura. ¡Mi niña!

Sus peores temores se confirmaron al escuchar las palabras de su padre. Ahora, que empezaba a sentirse a gusto en aquellas agrestes tierras: No le quedaba otro remedio que salir huyendo lo más rápido posible del país. Nuevamente la presión de verse sola y abandonada obligada a huir otra vez, le supero: echándose a llorar, rompió en sollozos, desgarrada, desahogó todos sus temores más profundos delante de aquel desconocido e inoportuno joven; osando negarle la ternura, el amor y el apoyo moral tan necesario en aquellos difíciles momentos para ella. Nuria derramó las lágrimas de toda una vida bajo el yugo de una profesión ilegal, tratando de conquistar al único chico que, por mucho que le doliera, se había atrevido a enfrentarse a ella haciéndolo con la verdad por delante y no escondiéndose, como estaba acostumbrada con sus otros novios.

—Te juro que no sabía nada de tu pasado, amor mío. No me importa que no me quieras, yo sí te quiero con toda mi alma. ¡Por favor! Te suplico que no me rechaces. Solo nos queda esta noche. Luego nunca más volverás a verme. Yo me iré para siempre, desapareceré con mis penas de tu presencia. Por eso te prometo que lo de esta noche será especial, nunca lo olvidaremos por mucho tiempo que pase. Estas últimas horas en Chandrexa se nos meterán tan adentro, que su recuerdo nos seguirán allá donde vayamos por muy lejos que estemos. Siempre las recordaremos, cada día, como si fuesen las últimas de nuestra existencia. Ellas estarán presentes, ancladas en lo más profundo de la memoria, resultará infructuoso cualquier intento de borrarlas en los años venideros.

Sin mediar con ella nada más que la mirada, Nicolás respondió a sus súplicas mediante la presión de su mano en la de ella y se dejó arrastrar por la mujer que no amaba, pero que por un extraño rito,

respondiendo a sus instintos más primarios, comenzó a desear alocadamente.

Sintió el deber de darle alguna explicación pero la urgencia de los amantes fue prioritaria a sus sentimientos, buscando su desahogo en la contemplación de sus vacíos y ahuecados cuerpos. Acoplándose el uno al otro mediante un ardiente abrazo, los recuerdos y frustraciones de Nicolás parecieron volar por los aires, fragmentados en miles de pedazos. Vaciló un segundo antes de acercarse a la cama, quedándose de repente petrificado; pero ella reaccionó rápidamente desabrochando con gran dificultad los botones de su camisa, mientras sentía su agitada respiración en el cogote.

—Rómpelos —resopló Nicolás, angustiado, su corazón latía al ritmo cardíaco del espectador, apostado en su butaca durante la filmación de una película de suspense.

—Con calma —le tranquilizó ella, soltando un botón tras otro sin apresurarse, le abrió la prenda. Él encogió el hombro derecho hacia atrás dejando que ella tirase de la manga. Hizo lo mismo con el otro hombro hasta que la prenda cayó al suelo.

Llevaba una camiseta blanca debajo. Esta vez ella la rompió por el cuello con alguna dificultad, emitiendo un gemido, la rasgo por la mitad.

—Esta te costará menos dinero que la camisa —dijo Nuria disfrutando del ansia de verlo desnudo de cintura hacia arriba.

Él sonrió, comenzaba a sentirse a gusto en el furor del combate cuerpo a cuerpo. Ella llevaba un vestido corto colgado de los hombros por unas finas asas. Nicolás comenzó explorando con sus ásperas manos, acostumbradas a sentir el calor de la madera de las culatas de los viejos fusiles del Ejército que, ahora habían cambiado por otros de plástico, más ligeros para el combate; acariciándole con sus llagados dedos el cuello. Las llagas producidas al presionar tantas veces el percutor en los campos de tiro, reaccionaban a los estímulos que le proporcionaba, el acariciar aquella suave y sensual epidermis, que actuaba sobre ellas con efecto emoliente, como si se tratase de una pomada. Retiró despacio las sisas de su vestido, la tela se deslizó por su pecho —aprisionado dentro del sujetador— hasta quedar detenida unos segundos, sujeta en la punta de sus jóvenes y dulces senos, colgando de unos pezones que se mantenían inhiestos ante su fría mirada; casi rasgando la tela que cayó al suelo

por su propio peso. Retiró el vestido igual que una membrana de una crisálida. Luego desabrochando con torpeza el sujetador, saltaron sus pechos de ninfa ante sus ojos y Nicolás pudo comprobar que se sostenían por si solos para su mayor deleite visual. Se sentía fuera de lugar rodeado de tanta belleza, ella no le dio tiempo a pensar; antes de adaptarse a la nueva situación, ya lo había desnudado por completo, sin poder disimular ni frenar su frenético ardor, comenzó a acariciarle el miembro; después se quedó un momento quieta, contemplando su tallado pecho, sus marcados abdominales, el dibujo de sus bíceps; todo un cuerpo esculpido sin duda por la dura vida militar; no exenta del ejercicio físico tan necesario para desempeñar dicha profesión.

Él la miró a ella que, se percató en un instante del despiste de llevar puesta todavía a aquellas alturas del convite, la prenda que ocultaba sus partes más íntimas. La retiró lentamente. Su rasurado vello de antaño, se mostraba ahora ante él, hermoso y espeso como una cola de ardilla deseosa de ser afeitada. Permaneció, un buen rato inmóvil, observándola, sin sentir el más mínimo rozamiento de su piel, cuyos pelos parecían erizarse en sus brazos. Los cabellos negros descansaban sobre sus hombros, los pezones confundidos señalaban direcciones contrarias. El punto de fuga en sus caderas, producía una tenue sombra confundiéndose con la negrura de su sexo. De repente él se encontró tranquilo, sereno, ajeno a sus peores pesadillas.

Ella estaba allí, desnuda frente a él, como siempre había temido verla. Se le antojó atractiva, hermosa. Esta noche le haría el amor con dulzura y suavidad como nadie se lo había hecho nunca. Para ella toda aquella ternura mostrada por él en cada una de sus caricias, era algo nuevo. Por primera vez en su vida se entregaba a alguien, siguiendo los impulsos de su corazón y no los de su codicia. Se quedó quieta, inmóvil, permaneciendo atenta a cada uno de los movimientos de Nicolás, percibiendo cada caricia de sus manos como si, fueran algo inaudito, en realidad lo eran todas ellas. Se sentía cargada de sensibilidad y cariño, pronto los besos la despertarían del letargo en que la habían sumergido las caricias: el milagro había ocurrido. Nicolás había conseguido vencer sus temores y una prominente erección le había sorprendido, entró en ella con suavidad, hundiéndose entre sus muslos. Lucía cerró los ojos y se dejó mecer por aquel suave vaivén de caderas.

6 — Susana Seoane.

El sargento la observó fríamente, exhibía un vestido negro de una sola pieza con un escote que moría en su ombligo, lo suficientemente abierto para dejar entrever el nacimiento de sus senos. Llevaba el pelo suelto. Una oscura y larga melena le caía por la espalda buscando el amparo de su propia sombra. Había reconocido a La Reina en Chandrexa, en un local llamado “La solitaria” o, al menos, eso juraba. El sargento le permitió acompañarlo a la espera de que le aportase alguna pista sobre el paradero de la fugitiva, decía ser periodista, trabajaba para una importante revista.

—Escribo una especie de reportaje semanal sobre la fugitiva.

Se presentó como Susana Seoane, llevaba una Canon colgada del cuello sobre el pecho. Le daba un aspecto sexy, muy profesional, pensó el sargento, mordiéndose el labio lascivamente. Puso el Patrol en marcha. No tardaron en llegar, apenas había mucho tráfico, aparcaron el auto frente a la taberna. Solo estaba el tabernero, un hombre bajo cuya calva relucía como la bola de un oráculo.

—Era su último día de trabajo, mientras estuvo aquí, su comportamiento fue siempre ejemplar —según Antonio le contó al sargento Ramón Da Silva mientras le servía una cerveza —. Se llamaba Nuria. No era como las chicas de por aquí. Ella era más seria, reservada, siempre a lo suyo. Le gustaba el orden y ponía mucho afán en su trabajo y no incomodaba a nadie, le caía bien a los clientes. A serle sincero nunca había tenido una empleada tan eficiente. Estaba pendiente de darme los datos para darla de alta en la Seguridad Social, quería hacerle un contrato indefinido. Llevaba aquí unas semanas a prueba, me contó que tenía los papeles en la ciudad, que me daría todos sus datos en cuanto tuviese tiempo de ir a recogerlos.

—Así que estaba trabajando en situación ilegal. Le va a caer el pelo por eso— dijo en tono amenazante el sargento Da Silva.

—Sí, pero era algo provisional ¡Se lo juro! Ella me prometió que en cuanto pudiese arreglar lo de los papeles tramitaríamos el

contrato.

El sargento le miró fríamente. A su lado una especie de reportera, fotografiaba con minuciosa calma cada centímetro cuadrado del local. El sargento dio un largo trago a la cerveza, luego se volvió hacia el tabernero lentamente.

—Bueno, bueno ¡calma! No le denunciaré si me dice dónde vive.

—Creo que hacia Santa Cruz, en una de las casas que bordean la carretera. No estoy seguro. Ella no era de las que lo cuentan todo. Hoy me sorprendió diciéndome si le podía arreglar la paga, pues le había muerto un familiar y tenía que regresar a la ciudad. Que posiblemente no volvería a trabajar para mí, pues tendría que hacerse cargo del negocio del fallecido.

—Ella siempre ha mentido muy bien —comentó entonces la chica de la cámara de fotos. —La conozco desde que éramos niñas.

Susana y el sargento Ramón intercambiaron sosegadas miradas antes de desaparecer juntos por la puerta de la taberna, no muy convencidos de que el propietario hubiera dicho toda la verdad. El sargento era un hombre de la vieja escuela: Alto, estirado, con el pelo oscuro y brillante peinado hacia atrás. Llevaba tanta gomina que sus cabellos brillaban como la purpurina. Era famoso en el cuerpo por su rigor y disciplina en el trabajo. Si era cierto que Lucía Márquez estaba en Santa Cruz la encontraría pero necesitaría ayuda. Llamó a la central por el walkie-talkie. Los refuerzos no tardarían en llegar. Lucía había mentido a Antonio sobre su lugar de residencia como precaución, por si alguien la descubría. Pero el sargento Ramón no tardaría en atar cabos y dar con su escondite, por muchas precauciones y mentiras que contara la proscrita, los agentes trabajarían incesantemente durante toda la noche hasta dar con su paradero. Sus horas de libertad estaban contadas.

Si realmente era cierto lo contado por la periodista no tardarían en dar con su hogar, pero los agentes debían moverse deprisa. El tiempo jugaba en su contra. Debían capturarla antes de que se largase de Chandrexa. Eso si no lo había hecho ya. Contaban con una ventaja: ella ignoraba que Susana la había descubierto. Eso era suficiente motivo por el momento para continuar la búsqueda; más tarde ya se vería. Por desgracia para Susana sus vacaciones habían llegado a su fin, mañana a primera hora debería presentarse sin falta en la redacción de la revista. Puso cincuenta euros en las manos del Sargento Ramón Da Silva, cuando este la dejó de nuevo

frente a su coche, obligándole a prometerle que le mantendría al tanto de cualquier novedad sobre el paradero de Lucía. Ella ya había hecho bastante, era hora de dejar que los agentes de la ley realizaran su trabajo. Lamentaba tener que largarse justo ahora. Cuando tenía a La Reina tan cerca, casi podía olerla, sentir su respiración de perra rabiosa. Cuanto la odiaba, algún día pagaría por todo el mal que había hecho.

7 — El recluta.

Ella fue la primera en levantarse del lecho nupcial, descorrió las cortinas del deseo para dejar entrar en la estancia la claridad del día. Entonces los vio acercarse a lo lejos levantando una nube de polvo en la calzada a su paso. Supo que venían por ella, así que se movió deprisa. Mientras se vestía despertó a Nicolás. Este la miró absorto sin comprender lo que sucedía a su alrededor.

—No digas nada cariño, ahora no puedo explicarlo. Vienen a por mí —trató de explicarle Nuria.

—¿Pero quién?

—Me voy. Recuerda, apenas me conoces. Si te presionan cuéntales lo que quieras. ¡Hasta siempre, amor mío!

Nuria huyó por la parte trasera de la casa cargada con una pesada mochila a la espalda, desapareció monte a través. Mientras tres todoterrenos de la Guardia Civil se presentaron en la vivienda, doce agentes se bajaron de sus vehículos acompañados por un par de perros de raza Doberman. Al mismo tiempo que los agentes aseguraban el perímetro, el sargento Ramón Da Silva echaba abajo la cerradura del portón de la casa con la culata de su Zeta. Sorprendido al encontrarse a su compañero de cuartel Nicolás Vázquez desnudo, tal como Dios lo trajo al mundo, exclamó:

— ¡Coño, tú aquí! ¿Pero no estaba de baja por depresión?

—Sí lo estoy mi sargento, salvo que el doctor decida darme de alta esta mañana — contestó Nicolás desconcertado por la extraña situación en que se encontraba.

—¿No hay nadie más arriba? —preguntó de nuevo el sargento

—Había una chica del pueblo. Anoche estuvimos juntos. Hicimos el amor, luego me quedé dormido. Esta mañana al levantarme ya no estaba. ¡Es extraño!, como si se la tragara la tierra.

— ¡Coño para el recluta! Acabas de follarte a Lucía Márquez una

narco condenada a ocho años de cárcel. Llevábamos toda la noche pisándole los talones a la hija de puta.

—No fastidie sargento —trató de entretenerlo Nicolás para que Nuria tuviese tiempo suficiente de huir—. Para una vez que uno moja.

— ¡Aparta chaval!, ¡vístete de una vez! Menuda tropa de pirados me han asignado este año. Si el Caudillo viviera para ver en lo que hemos ido a parar. A ver si te dan el alta de una vez. Te necesitamos. Si eres tan bueno con el arma como con la polla el país estará feliz de recuperar una joya como tú.

—Sabe que soy bueno disparando, mi sargento— apuró a contestar Nicolás y salió corriendo a vestirse mientras los agentes volcaban camas y registraban armarios en busca de la fugitiva.

Parecían no fiarse demasiado de la palabra de un agente loco. Pero le daba igual. Él sabía que ella no volvería por allí. Las pruebas encontradas en la casa por la Benemérita no les conducirían muy lejos mientras él mantuviese la boca cerrada. Pensó en delatarla. Al fin y al cabo él se debía al cuerpo aunque hasta las doce no le darían el alta, si es que el doctor creía conveniente hacerlo. Entonces ya sería demasiado tarde y no tendría sentido tirar de la manta, al fin y al cabo se sentía en deuda con ella, gracias a su determinación aquella noche se había estrenado y por fin se sentía más hombre que nunca. Notó de repente al niño asustado que siempre le acompañaba abandonando su cuerpo, dejando solo al ser adulto, maduro y pretencioso, seguro de sí mismo, mientras bajaba las escaleras camino de la consulta del doctor Chopper.

Pensó que se lo debía. Le debía su silencio a Lucía. Si realmente después descubría que ella merecía estar entre rejas, él mismo intentaría con todas sus fuerzas enmendar su error, persiguiéndola campo a través día y noche a todo lo largo de la sierra, pero de momento ella se había ganado a pulso el beneficio de la duda. Una vez en la consulta, Nicolás le contó todo lo sucedido al doctor Chopper en las últimas horas. Este no daba crédito al increíble relato de los hechos expuesto por Nicolás.

—Te daré el alta. Así ya podrás incorporarte esta tarde al servicio. Comprendo y respeto tus sentimientos por esa chica. Pero has de ser consciente de tu condición de agente de la ley, de momento estás de baja. Por lo tanto no tienes ninguna obligación

respecto al Cuerpo. Pero a partir de esta tarde en cuanto vuelvas a enfundarte el uniforme de guardia. Debes dejar de lado esos sentimientos y entregarte en cuerpo y alma a tu trabajo.

—Así lo haré mi teniente.

—Es normal, que en estos momentos estés confuso ha sido tu primera vez con una chica. Eso es lo más importante. Quizás sea la mujer de tu vida o quizás haya muchas más. Todavía es demasiado pronto para juzgarlo. Mi consejo como profesional es que por el momento la olvides, sigue con tu vida como si nada hubiese ocurrido. Conoce a otra chica. Sal con ella, vive la vida, disfruta de su compañía, enamórate perdidamente de ella, regálale una nueva sonrisa cada nuevo día, entrégate a ella sin reservas con la misma intensidad que lo has hecho esta noche con Lucía. Si aun así con el paso del tiempo sigues recordándola, solo entonces, sabrás que ella es realmente la mujer de tu vida.

—Muchas gracias doctor ¿Significa esto que estoy curado?

—No lo sé hijo, tal vez nunca hayas estado enfermo. Tan solo has sido víctima de la crueldad de la vida; quizás solo estuvieses prisionero dentro de tu propia coraza. Lo único que yo he hecho es mostrarte el camino para enfrentarte a tus propios miedos con el tiempo aprenderás a comprenderlos y superarlos.

—Muchas gracias doctor Chopper ¿Puedo volver a visitarlo algún día a su casa?

—Ni se te ocurra cuando mi mujer este sola.

Nicolás liberó parte de la tensión acumulada esa mañana, riéndose de la ocurrencia del doctor. Tras fundirse en un fuerte abrazo. El doctor Chopper le dijo:

—Mi casa es tu casa hijo.

Nicolás ya lo sabía. Pero de todas formas agradeció sus palabras, su amistad iba mucho más allá de la relación médico-paciente. A partir de aquel día la imagen del doctor Chopper suplantaría en parte a la figura paternal en su vida, ayudándole a llenar ese vacío inmenso que arrastraba desde niño. Por desgracia él nunca había tenido la suerte de conocer a sus verdaderos padres, no pudo evitar despedirse del doctor entre lágrimas. Ojala lo hubiese conocido mucho antes, su vida habría sido más fácil.

8 — ¡Que idea!

Nicolás se reincorporó al servicio horas después de la desaparición de Lucía. Varias batidas de la Guardia Civil junto con los de la forestal habían peinado la sierra y el pueblo en su búsqueda. Su detención era cuestión de horas. Nicolás se subió al Nissan Patrol y se forzó a apartar de su mente cualquier pensamiento, que no fuese cumplir con su trabajo y atrapar a la fugitiva; remontó la sierra desde Arnuiz acompañado por el sargento Ramón Da Silva con la esperanza de interceptar a La Reina, que tan solo dos horas antes aprovechando su silencio había penetrado en la Sierra hasta llegar al Alto de las Cancillas. Desde allí le llevó una hora descender hasta la Herrería, golpeó con fuerza la puerta de la casa de Mireia, mientras el terror le galopaba por dentro del pecho: era un miedo frío que le producía angustia. Sudaba abundantemente, cargar con aquella mochila por las faldas de la sierra suponía para ella un gran esfuerzo al que no estaba acostumbrada.

La mochila pesaba sobre unos seis kilos. Llevaba en ella lo imprescindible: un poco de ropa interior, una muda, comida, agua, dinero y algo importante, calzado y calcetines de repuesto; por supuesto de trekking para evitar hinchazones innecesarias en la planta de los pies. Todo muy profesional. Su tardanza, no hizo más que aumentar su angustia ¡Y si no se encontraba en casa! Al rato le pareció oír unos pasos, cuyo sonido fue en aumento, según se acercaban a la puerta. Mireia abrió, llevaba todavía el pijama puesto y los ojos de quien todavía no se ha desperezado, su rostro derivó del bostezo a la sorpresa al ver a su amiga.

—Me han descubierto, he venido corriendo desde casa, lo saben, saben que estoy aquí, alguien me ha visto y me ha reconocido a pesar del cambio de look.

—Creo qué sé quién ha sido.

— ¿Quién? —se sobresaltó Lucía, parecía que Mireia sabía más de lo previsto.

—Susana pasó unos días en la casa conmigo, a lo mejor te ha

visto por casualidad, mientras paseaba por la zona.

«Entonces había sido ella», pensó Lucía. Ella había sentido sus pasos a su espalda en la taberna, se dio la vuelta para atenderla pero cuando lo hizo se había esfumado como si nada. Al principio creyó que sería alguien que tras entrar decidida a tomar una copa, otra idea había invadido su mente, cambiando de parecer y saliendo apresuradamente del local. Luego pensó que la gente no tiene nada mejor que hacer que dar vueltas de un lado para otro, sin darle mayor importancia al asunto. Después de limpiar las mesas barrió el suelo despidiéndose para siempre de Antonio con un fuerte apretón de manos que terminó en abrazo, se fue para casa. Mientras Susana se dirigía al cuartel más cercano a denunciar a la fugitiva.

Nuria o Lucía. Dos personas diferentes, un solo ser. No sabía cuál de las dos dominaba sobre la otra. Nuria era la inocente, trabajadora, buena, discreta, siempre dispuesta a amar y ser amada. Por el contrario Lucía era la mala, rencorosa, arbitraria, traficante de estupefacientes, buscada por la policía, condenada a ocho años de prisión, sucia, provocativa y caprichosa hasta el punto de hacer lo que fuese necesario para lograr sus objetivos, fueran estos, económicos, sociales, sentimentales o simplemente sexuales. A veces una de esas dos mujeres observaba como simple espectadora la conducta y los actos de la otra, sin atreverse a juzgarla. Ahora era Nuria la que contemplaba a Lucía, preguntándose hasta que punto merecía la pena enfrentarse a su destino tratando de huir de él, en vez de entregarse y cumplir condena. Una celda con compañera incluida, calefacción, incluso moviendo algunos contactos probablemente con aire acondicionado, gimnasio, múltiples actividades, dos o tres horas de patio al día, tres comidas gratis con derecho a siesta, televisión por canal. Todo sin el mínimo esfuerzo, incluido el derecho al coito una vez por semana con la pareja amada, aunque esta, se tratase de un miembro de la Guardia Civil.

Nuria incluso se atrevía a decirle a veces a Lucía:

—Deberías pagar por lo que has hecho.

Pero Lucía le contestaba:

—Cada uno se gana la vida como puede, yo no tengo la culpa de la hipocresía de una sociedad decidida a ilegalizar las drogas. ¿A quién le hace daño un pericazo, o fumarse un chino, incluso un poco de maría? Lo único malo es cuando te enganchas y abusas, sobre todo si no tienes dinero para comprar material de primera

calidad.

— ¡Es igual! —, respondía Lucía—. Los mayores placeres de la vida están en otras cosas: disfrutar de la naturaleza, los paisajes, un buen libro, los amigos. Las drogas siempre lo confunden todo. Nada como tener la mente despejada para poder pensar con claridad.

Al final, casi siempre triunfaba la cordura de Nuria sobre la despreciable sinrazón de su amiga.

Lucia se sentó junto a su amiga en el sofá de cuero marrón y le sirvió una taza de café.

— ¡Tengo una idea! —dijo Mireia mirando fijamente a su asustada amiga —. Te entregarás a la Guardia Civil, así no tendrás que huir ni irte a Brasil.

— ¡Menuda idea! —dijo resignada Lucía.

—No, la idea es otra. Escribiré una novela sobre tu vida. Tú me ayudarás con tus dictados desde la cárcel. Será una novela larga, desde tus comienzos en el mundo del contrabando, hasta tu ingreso en prisión y tu posterior arrepentimiento. Será una historia increíble basada en hechos reales. Iremos al cincuenta por ciento en los beneficios de la obra. Mi parte se destinará a mis honorarios, la tuya en conseguir un buen abogado. Reduciremos la condena y es posible que por buen comportamiento en dos años te den la condicional.

—Ya tengo un buen abogado.

—Vamos, uno de verdad, famoso y muy cualificado. Sobornaremos a quien haga falta: jueces, jurado... Serán indulgentes con la protagonista de un best-seller, les dirás que estás realmente arrepentida y decidida a empezar una nueva vida.

— ¿Crees que no lo estoy? ¡Maldita sea! —dijo Lucía mientras meditaba las palabras de Mireia.

Tal vez fuese mejor que irse a Brasil, jugándose la vida en un país extranjero lleno de gente desconocida, con uno de los índices de delincuencia y homicidios más alto del planeta. Qué sabía ella de favelas, samba o carnaval. Si ni siquiera hablaba bien el gallego, mucho peor iba a defenderse con el portugués. Brasil o la cárcel, una decisión difícil de tomar sobre todo ahora que había encontrado en Chandrexa un hogar. Respiró hondo tratando de

tranquilizarse, quedaban solo tres horas para la salida de su vuelo, dirección Brasilia. Allí le esperaba Braulio. Era el contacto que su padre le había buscado para ayudarle a instalarse en la ciudad. ¿Cómo llegar al aeropuerto sin que la mataran? ¿Cómo renunciar a todo lo que con tanto esfuerzo le costó conseguir? Sus amigos, los contactos, casi todo comprado por el dinero que la droga le había aportado. Le gustase o no aquel era su negocio y lo cierto es que a pesar de los riesgos acarreados hasta hace poco le había ido bastante bien. Pero había cometido un terrible error y los errores en su mundo se pagaban caros. Se había dejado coger, no era lo suficientemente lista, en este negocio, casi nunca se es. Había guardado la droga en su propia casa y confiado en su hombre. Demasiado riesgo. Una estupidez. «Si quieres llegar arriba en este negocio nunca pueden pillarte con las manos en la masa», le había advertido el tío Sam. Debes delegar responsabilidades, crear tapaderas legales que lleven a las autoridades a pistas sin salida. Debes comportarte como una reina no como una gregaria. Si quieres llegar arriba sobre todo que nunca te cojan con las manos en la masa, cuídate de tus novios y elige bien tus amantes. Si no lo haces así, si confías en la gente inadecuada no durarás mucho. Te convertirás en carne de cañón para fabricar bistecs de presidio.

Tío Sam tenía toda la razón, de haberle hecho caso no estaría en este lío. Él le solía dar buenos consejos a menudo, siempre había sido su distribuidor más fiel. Tío Sam y sus raperos, con sus cadenas de titanio rodeando sus cuellos, sosteniendo unos labrados medallones de oro macizo sobre sus pechos. Cabalgando sobre sus Harleys cromadas enfundados en sus trajes de cuero, bajo unas chupas de acero en cuyos cosidos forros solían ocultar la farlopa, controlaban sobre todo la parte norte de la ciudad al otro lado del Puente Romano. Solía vérseles a menudo por los bares de la zona vieja; todos llevaban el mismo tatuaje en el culo que los identificaba. Tío Sam se lo había enseñado una vez durante una concentración de motos, se trataba de un gorila empalmado: «Nadie la tiene tan gorda como el Tío Sam, ¡nena!», solía decirle.

—Bien, ¿has decidido algo? — preguntó Mireia mientras sorbía el café.

—Tengo solo tres horas para coger ese avión hacia la libertad o hacia la muerte. Depende de cómo se mire, pues si sigo en el negocio allá puedo conseguir una buena lana, pues el caballo, la farlopa y el hachís se pagan muy bien entre las clases más favorecidas.

—¿Pero no ibas a dejarlo? —preguntó sorprendida su amiga.

—Sí, pero de algo tendré que vivir. Yo no sé escribir, ni tengo una carrera como tú... ¡En fin! Por otro lado tengo miedo. No conozco el modus operandi de las mafias brasileiras. Demasiado riesgo, mucha violencia. Me puedo atragantar de plomo al mínimo descuido. Eso o la cárcel que es muy jodida. Allí estaré expuesta a cualquier tipo de humillación con las celdas repletas de tortilleras, gente de los más bajo de la sociedad.

—Vamos, habrá gente de toda clase. Además, no te vendría mal una buena limpieza de fondos...

—Sí, creo que la necesito.

—Seguro que sí.

Con su afirmación, Mireia consiguió arrancarle una leve sonrisa a pesar de la grave premura de su situación.

— ¿Abandonarías todos tus proyectos para escribir sobre mi vida? —preguntó Lucía sorprendida.

—Desde luego que lo haré. Ya tendré tiempo de desarrollarlos más adelante, ahora es el momento de contar la verdadera historia de La Reina. Mañana mismo, comenzaré a escribirla.

9— La primera noche.

Primero le incautaron sus objetos personales. Poca cosa: una cadena de plata con un medallón de San Epifanio, el patrón de los narcos de la Costa da Morte, el reloj, un pequeño bolso con la cartera, un lápiz de labios y varios accesorios de múltiple uso a fin de su aseo personal. Sus labios besaron el medallón de San Epifanio antes de depositarlo con el resto de objetos en la bandeja de plata destinada para guardar los caudales de los presos. Luego entró en otra sala con el resto de las novatas. Les mandaron quitarse la ropa, la etiquetaron guardándola en una bolsa de plástico que cerraron herméticamente. A continuación, la tradicional ducha con una manguera a presión para amedrentar aún más a las recién llegadas. Sus manos tapando pudorosamente la flor de sus vergüenzas, aquella que tan solo unas horas antes, un agente de la Benemérita había golpeado con fuerza a base de salvajes embestidas, una y otra vez. Echaba de menos aquel sexo grande y torpe entre sus nalgas acometiéndola con fiereza animal. Lo echaba tanto de menos. Resultaba una extraña paradoja, el siempre haber vivido de espaldas a la ley para terminar de cara, tumbada con las piernas abiertas y ofreciéndole lo más profundo de su ser.

La primera noche encerrada en su celda tras apagar las luces, no pudo apartar de su mente la imagen de aquel cuerpo masculino. Su marcado tórax, los músculos de sus pectorales pulidos en bronce, los abdominales labrados sobre piedra caliza. La natural deformación de sus glúteos al penetrar sobre ella. La suavidad de aquellos dedos acariciándola por todas partes con una ternura suprema. Sus muslos de mármol, duros como columnas románicas. El forcejeo y rozamiento de su sexo al entrar en ella, buscándola con suavidad; los labios atrapando su lengua de juguete con la suya, tan varonil gorda y roja.

La espalda de Nicolás era gigantesca como un enorme mapamundi forrado de huesos, que marcaban las líneas de las cordilleras y los sistemas montañosos, bajo su piel bronceada. Dicen que la primera noche en prisión es la peor, para ella no fue así. Se aisló apretándose contra la almohada con fuerza, recordaba cada línea del cuerpo de Nicolás; abrazada a su cintura, acariciando su cogote, leyó en los relieves de su cráneo, la curvatura de un yelmo

perteneciente a una armadura medieval, buscando con sus dedos la rugosidad de sus orejas, la endeble fortaleza de su tabique nasal y la paleolítica estructura de su médula ósea.

Mató los nervios de su primera noche en prisión masturbándose bajo las sábanas blancas con cuidadoso sigilo, tratando de no interrumpir el sueño de su compañera de celda, una reclusa condenada a seis años por asesinar a su marido, revólver en mano, durante el transcurso de una riña marital. A Lucía le había caído bien. Desde el principio, solo trató de facilitarle las cosas. Parecía una niña rica, culta y aburguesada. Era morena, un metro ochenta, ojos claros, sobre unos treinta años. Muy atractiva y simpática. Se llamaba Lorena Vázquez Montalbán. Se veía hermosa y muy femenina, aficionada a la lectura, seguro que se llevarían de maravilla. Por la mañana, Lucía recibió la visita de un nuevo abogado que había contratado su padre. Este había interpuesto un recurso solicitando la inmediata reducción de condena, de ocho a cinco años, por carecer su cliente de antecedentes penales.

—Lo conseguiremos —le dijo Amadeo Montero a Lucía—. Soy especialista en estos casos, ni siquiera llegarás a cumplir dos años. Si no te metes en follones, saldrás pronto en libertad condicional. Ha habido varias irregularidades por parte del juez a la hora de dictar sentencia. Esto que quede entre nosotros pero sabemos que aceptará el recurso porque hemos comprado a ese cabrón.

— ¿Habéis? —preguntó Lucía sorprendida.

—Bueno, más bien ha sido tu padre, tío Sam, el sueco y los jefes de las demás bandas, incluido por supuesto Carpintero. Te echan de menos, según parece desde que no estás, la distribución de las drogas es un desastre: Los correos están descoordinados, las entregas llegan tarde, se corren riesgos innecesarios. El transporte ya no es como antes. Tú siempre sabías cual era el medio más seguro para utilizar en cada entrega. La gente está nerviosa. Dicen que sin La Reina todos salen perdiendo. Hasta la policía te quiere fuera, temen una posible guerra entre bandas. Contigo todo funcionaba mejor, sabías a que polis se podía sobornar; tenías a varios políticos en el bolsillo. Ahora todos están desconcertados, de momento no hay nadie capaz de llenar el vacío que tú has dejado. Todos verían con buenos ojos tu participación desde la sombra en la organización de las entregas. Tenemos buenos contactos dentro de la prisión, podrías seguir trabajando a tus anchas. Por supuesto sin llamar la atención, para ello te hemos recolocado como encargada de la biblioteca, un trabajo sencillo, de los que no hay que

ensuciarse las manos. Con mucho tiempo libre para organizar las entregas, escoger los lugares más adecuados para efectuarlas, elegir los medios de transporte y las rutas más seguras para introducir los cargamentos en la ciudad, las grandes familias, los jefazos de la costa han dado el visto bueno. Ellos controlan las entradas de la mercancía a través de los puertos e incluso los desembarcos clandestinos para evitar controles rutinarios de los agentes de aduanas. Pero una vez que las cargas llegan a la costa, toda la responsabilidad recaerá como siempre sobre ti. Los jefazos no se fían de los nuevos correos, desde tu ausencia dos cargas importantes de hachís y heroína han sido interceptadas por las brigadas de estupefacientes.

— ¡Está bien! —Dijo Lucía—, pero necesitaré un ordenador conectado a Internet con GPS y un teléfono móvil con línea abierta las veinticuatro horas del día. Además necesito a un gregario en el exterior a mi servicio. Por supuesto debe ser alguien de mi total confianza. Me gustaría elegirlo yo misma.

— ¿En quién has pensado? —dijo el abogado. Amadeo Montero era un hombre de unos cuarenta años, pelo castaño, nariz arqueada, los pliegues que se formaban en su frente al hablar le daban aspecto de un hombre inteligente, curtido en muchas batallas. Eso le inspiraba confianza a Lucía, se sentía cómoda a su lado. Le gustaba la seguridad que desprendía cuando le hablaba.

—Mateo Yáñez. ¿Le conoces?

—Sí. Un invertido. Durante años trabajó para los Estupa. Se convirtió en una auténtica pesadilla para las familias, pero estas pronto encontraron la solución, Aurelio Sousa, el primogénito de la familia Sousa, de Vilagarcía de Arousa, le hizo una oferta que Mateo no pudo rechazar. Por un lado triplicó el sueldo anual que Mateo ganaba al servicio de la ley y por otra les perdonó la vida a sus dos hijas, que mantuvo secuestradas durante dos días, si trabajaba para ellos y se unía a la causa del centollo y la nécora gallega (en referencia a la cocaína y la heroína). El caso fue, que después de mucho pensárselo este aceptó la oferta de los Sousa poniéndose totalmente en sus manos. ¿Aunque supongo que esta historia ya la sabías? —preguntó Mateo.

—Sí, por eso lo quiero a él, porque ha trabajado en ambos lados y conoce mejor que nadie los movimientos del enemigo —dijo Lucía, convencida de que aquella partida de ajedrez solo podía ganarla moviendo bien sus piezas.

De todas formas ¿Qué otra salida tenía? Se encontraba atrapada en el sistema, ella sabía por experiencia, que una vez dentro era imposible salir, las familias jamás le permitirían abandonar el mundo de los narcóticos, pues los que ahora la protegían, en cuanto supiesen de sus intenciones de abandonarlos, tratarían de eliminarla, bien por desconfianza o temor a que los delatase, pues ella sabía demasiado, o tal vez lo hiciesen por simple rigor profesional. Si la dejaban salir a ella cualquier otro podría animarse y cruzar la raya como si nada, dejando mermada la organización, ella tenía claro que era más bien por lo primero que por lo segundo. Nadie importante saldría nunca vivo del círculo. Así había sido siempre y seguiría siendo hasta la muerte, una vez dentro es imposible salir, le había advertido al principio su padre. Pero ella nunca quiso escuchar aquella advertencia.

Después de mucho pensárselo había decidido que aquella era su vida, fuera o dentro de la ley, ya daba lo mismo pues no tenía otro camino ni otra salida que cumplir con su trabajo. Le atraía mucho más esa idea que pasarse la vida traficando en Brasil, sola, asustada y follando con algún desconocido mulato de ojos llorones y penetrante mirada. De todas formas ella no tenía la culpa de estar enamorada de su tierra, su trabajo y sus gentes, incluido Nicolás, un agente del enemigo, o más bien, el rival, con el cual tenía que librar batalla, fuera para bien o para mal. Amadeo apagó el cigarrillo en el cenicero plateado.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos. Ya estaba otra vez dentro. El miedo y el terror que le habían acompañado los últimos días se habían esfumado de repente como si nunca hubieran existido. La cárcel se había convertido de repente en su nuevo hogar provisional. Un pequeño viaje por el purgatorio antes de regresar de nuevo al paraíso.

No tardaron más de una semana y menos de cinco días en conseguirle a Lucía lo que requería: un ordenador portátil, un teléfono móvil Nokia 8610, sin cámara de fotos. No estaba allí para retratar a nadie. Se lo instalaron todo en un pequeño cuarto situado a la izquierda de la biblioteca, destinado para archivar las carpetas donde guardaban las fichas de los libros de la biblioteca, era un cuarto para uso exclusivo del bibliotecario por lo que ni los reclusos ni los funcionarios no autorizados tenían permitido el acceso a él. A partir de ahora aquel sería su trono, la base de operaciones donde La Reina, igual que Al Capone en los años veinte, dirigiría desde la oscuridad todo el mapa logístico del hampa del noroeste de la península. Como ayudante escogió a su compañera de celda Lorena.

Esta aceptó encantada. Desde que ingresara en prisión había solicitado continuamente un trabajo en la biblioteca, ella se encargaría de repartir los libros entre los reclusos y también a cambio de pequeñas cantidades de dinero toda clase de estupefacientes. No había droga alguna que con un puñado de euros no pudiese introducirse dentro de la prisión.

Era pues, curiosa la afición de algunas reclusas prácticamente analfabetas, a la lectura. Solían decantarse siempre por los clásicos como “Don Quijote” o “Ulises”, por mencionar algunas de las obras literarias más complejas de la historia, sin olvidar mencionar el contenido escondido entre las hojas de los libros, entre cuyas páginas se podían encontrar desde anfetas, marihuana, coca e incluso hachís. Daba gusto ver cultivarse a aquellas reclusas. Su buen gusto por Miguel de Cervantes, Unamuno, Kafka, Jorge Manrique, incluso había una rusa de nombre Natasha, que se atrevía con la Sagrada Biblia.

— ¿De veras no prefieres “El doctor Zhivago”? —preguntaba en broma Lorena.

—No. La buena hierba sabe mejor si va acompañada de la palabra de Dios.

Un día le había pedido “Metamorfosis” de Kafka. Usó varias de sus páginas para liarse unos chinos. Al día siguiente estaba tan colocada que se quedó varias horas inmóvil, tumbada sobre la cama, convertida en un monstruoso insecto. Cuando su compañera de cuarto trató de reanimarla, solo decía: soy una mosca, una mosca. Desde aquel día jamás volvió a pedir esa obra. Cuando se le pasó el cuelgue y comprobó que sus innumerables patas de insecto y su caparazón volvían a ser de carne y hueso como las extremidades de los humanos, dio gracias a Dios. Desde aquel día en agradecimiento al Señor no pidió otro libro que no fuese la Sagrada Biblia. Lorena como era atea se alegraba de que a partir de ese día utilizase las Sagradas Escrituras para liarse unos porretes, en vez de otras obras literarias de mayor celebridad y a parte más difíciles de conseguir en la cárcel que un libro de corte religioso. Natasha, igual que el resto de las reclusas, no había cometido ningún delito. Lo bueno de estar en la cárcel era que todas eran inocentes y con el tiempo llegaban a creérselo de veras, pensó Lorena. Daba exactamente igual los años de condena, allí entre aquellas rejas nadie quería cargar con el peso de la culpabilidad. Algunas noches las pasaba en vela, mientras Lucía, su nueva compañera de celda, dormía; leyendo novelas de aventuras e

intriga. La última había sido la primera entrega de “Las aventuras del capitán Alatriste” de Arturo Pérez Reverte. Le sorprendió la participación en la trama de famosos personajes de la época, como Quevedo, Lope de Vega, Velázquez o su majestad Felipe IV. Le parecía que la novela estaba muy bien ambientada para ser escrita por un ex reportero de guerra, lo cual lo atribuía a la participación en la misma de su hija Carlota. Según dicen las lenguas se encargó de la ambientación de la obra, ayudada además por el buen conocimiento de la ciudad de Madrid por parte de su padre. Lucía le había comentado que mañana recibiría la visita de una amiga suya escritora y periodista, que pretendía escribir una novela sobre su vida. Lorena temía que no fuera una buena idea, pues lo mejor para Lucía era pasar lo más desapercibida posible. Susana Seoane ya había sacado una buena tajada, escribiendo sobre ella, en prestigiosas diarios y revistas nacionales; tratando de sacar a la luz su lado más oscuro ¿Por qué no iba permitir entonces, que su mejor amiga, tratase de lavar su imagen, a través de una obra narrativa? De momento ya había conseguido hacerla reflexionar lo suficiente, como para entregarse voluntariamente en el cuartel de la Guardia Civil de Montederramo, sin saber que en el fondo le había hecho un gran favor pues en aquella cárcel, salvo por los barrotes, todas las reclusas la trataban con respeto y admiración. No hubiese sentido tanto pánico de saber que ella ya era un ídolo entre las reclusas antes de su ingreso en prisión y estaba exenta de sufrir las típicas novatadas o algún tipo de acoso sexual por parte del resto de las presas. Aunque eso era poco frecuente en condenas de segundo grado, por si las moscas, ella se había hecho con una daga de fino acero toledano, por si tuviese alguna vez que ajustar cuentas. En general se llevaba bien con todos los grupos y diferentes etnias de la prisión, aunque a veces desconfiara de las gitanas, demasiado animosas y abiertas a dar conversación, poniéndose siempre de su parte, alegres y zalameras. Sin embargo no estaba acostumbrada a tratarlas y prefería no darles demasiadas confianzas, marcándolas siempre en corto, al menos hasta conocerlas mejor. Luego con el tiempo ya se vería. Eran buenas chicas de los poblados pero sus normas y costumbres se basaban todavía demasiado en la tradición, dependiendo todavía mucho de sus hombres. Más valía tenerlas como amigas, pero no demasiado cerca por si las cosas se cruzaban. No se veía preparada para meterse en trifulcas con gente que no tenía nada o poco que perder. Por eso siempre procuraba tenerlas contentas, aunque para ello tuviese que poner algo de su bolsillo.

En cuanto a las rusas, eran las más recelosas de todos los grupos. Amparadas en la mafia más poderosa de todo el Mediterráneo, que

se habían expandido por toda la Costa Brava a base de talonario primero y luego amenazas, eran buenas pagadoras. Nadie lo discutía, pero la soberanía de las familias gallegas en la Costa da Morte les ponía nerviosas. Sus maridos eran en su mayoría ex combatientes de las guerras de los Balcanes, introducidos hacía poco en el país. Utilizaban todavía métodos a veces demasiado agresivos, pero efectivos. Todo lo que no podían comprar mediante la ley de la oferta y la demanda, lo conseguían a golpe de bayoneta. Lucía lo sabía, por eso siempre trataba de llevar a buen puerto las negociaciones con ellas. Después estaban las colombianas, puertorriqueñas, brasileñas, argentinas. De todas ellas las primeras eran las más numerosas. Ella las conocía bien. Había viajado varias veces personalmente a su país, para negociar la compra de seis mil kilos de cocaína por encargo de los Sousa. El negocio le había salido redondo, obteniendo un beneficio del doscientos por ciento para la familia y un pequeño porcentaje, sobre unos dieciocho mil euros para ella por las molestias. Las colombianas eran orgullosas y luchadoras, emigrantes a la fuerza, venían de un país complicado, con demasiada pobreza y una situación económica muy desigual, la mayoría viéndose obligadas a prostituirse, trabajando en clubs de alterne. Se fueron haciendo adictas a la coca, otras simplemente habían optado por atracar pisos desvalijándolos, hasta que la policía las atrapó. Simplemente estaban pendientes de ser deportadas a su país, pues se encontraban en España en situación ilegal, por lo que aprovechaban la espera con la esperanza de conseguir algo de droga, que les hiciese más liviana la vida en prisión.

No nos llevemos a engaño. Ni todas las reclusas tomaban drogas, ni la mayoría eran adictas. Simplemente les apetecía darse alguna fiestecita de vez en cuando, para hacer más llevadera la vida en aquel agujero. Lucía sin duda era una gran negociadora. Sabía escuchar a todas, a quienes podía fiarles y a las que no. Sabía que las rumanas eran las más peligrosas de la cárcel, pues la mayoría se basaban todavía en los métodos de la antigua Unión Soviética, cuando el comunismo dominaba el Este. El capitalismo les venía muy grande y no siempre aceptaban la repartición de bienes, acorde con el tamaño del monedero. Algunas eran envidiosas, por lo que Lucía tenía que llenarse de argumentos y agallas para mantenerlas tranquilas. A veces incluso apretando los precios al máximo y por supuesto sirviéndoles una calidad algo inferior en cada dosis, pero igual en tamaño, haciéndoles ver que compraban lo mismo por mucho menos dinero, cuando en realidad al cortar la droga se veía obligada a reducir algo la materia pura, para no perder dinero.

TERCERA PARTE. VERANO 2004.

1 — La operación secreta.

Mateo Yáñez navegaba sobre un mar en calma como un plato llano, un desierto de aguas buscando un poco de viento que lo impulsara para transformarlo en embravecidas olas. Pero hoy la costa de Bayona estaba tranquila, la “Deck Boat”, como corresponde a una embarcación de planeo, navegaba a una velocidad de cuarenta y dos nudos, rizando el mar con la suavidad de un peine. De la proa con forma de ala de gaviota, colgaban dos flotadores: los únicos salvavidas aparte de los chalecos escondidos bajo el asiento del piloto que llevaba la lujosa planeadora. El motor tenía una potencia de 320 CV, la habitabilidad exterior de la embarcación estaba más cerca de un crucero diurno que de una planeadora. Por eso a pesar de su aspecto deportivo era una embarcación muy confortable, los asientos de popa se transformaban en tumbonas según las necesidades de los ocupantes. Bajo esos mismos asientos también se ocultaba una nevera portátil de la que Mireia sustrajo dos cervezas para ella y Mateo, su compañero de viaje en aquel soleado día.

Después de visitar a su amiga Lucía en la cárcel, la escritora decidió acompañar a Mateo con el fin de documentarse mejor de sus operaciones en el exterior, con el objetivo de escribir con más veracidad sobre la vida y los métodos utilizados en el mundo del narcotráfico. Por supuesto, tanto los nombres como los lugares que utilizaría en la novela serían en su mayoría ficticios para no dejar ningún rastro que involucrara a nadie de la organización, las familias estaban de acuerdo mientras se les permitiera leer el manuscrito final antes de ser publicado, por si hubiese que modificar cualquier dato. Varias editoriales, estaban interesadas en hacerse con los derechos de la futura novela. Mireia acababa de firmar con una de ellas, su primer contrato como profesional. “La Reina del Noroeste”, así le llamaría a su proyecto. Este acababa de comenzar a rodar, nadie como ella para contar la historia de su amiga, conocedora de todos sus pasos desde su infancia, pasando por su juventud, hasta llegar a convertirse en la narco más conocida del noroeste de la Península Ibérica.

Sentado al volante de la “Deck Boat”, Mateo repasaba con la mente cada cala de la rocosa costa que bordeaba el faro de Monteferro. Conocía el terreno con la precisión de un trampero, pues trabajando para la Benemérita en un pasado todavía demasiado cercano, había patrullado la zona en busca de pescadores furtivos o contrabandistas. El faro solo era accesible a través de una pista forestal, cuyo firme estaba en muy mal estado, solo apta para vehículos todo terreno o algún que otro temerario atreviéndose con su utilitario, a desafiar todas las leyes de la física y mecánica modernas. Monte Ferro era un lugar propicio para largas caminatas bajo la sombra de los árboles, en su mayoría pinos silvestres y eucaliptos, aunque también podía encontrarse algún abedul en buen estado, aunque su mayor atractivo resultaban ser sus vistas, pues desde lo alto se podía contemplar Patos, Panxón, Playa América, la Ramallosa y Bayona, con su imponente castillo, convertido en parador nacional y su lujoso puerto cargado de ostentosos yates, también podías contemplar con claridad deslumbrante, el contorno de las Islas Cíes; hacia ellas se dirigía la “Nautic”. —Así había bautizado a la embarcación, Mateo una noche de borrachera por las calles de Bayona—. Mateo vestía una camiseta hawaiana de color rojo, sobre una bermuda azul oscuro con bolsillos laterales e interiores. Era rubio, ojos azules, de mirada despistada cubierta por unas Raybat negras, que le daban el aspecto de un contrabandista. Medía sobre un metro ochenta. Era un hombre de pocas palabras, amante del silencio que el océano en su inmensidad le proporcionaba.

A pocos metros a babor, el barco encargado de cubrir el trayecto desde Bayona a las Islas Cíes pasaba cargado, hasta los topes de gente. Estaban en la primera semana de julio, comenzaba la temporada alta. A pesar del alto precio del billete y del accidente del “Prestige”, las Cíes seguían siendo el paraíso natural más apetecible de las Rías Baixas para los miles de turistas que las visitaban cada año. Mateo se había detenido a unos doscientos metros mar adentro paralelo al faro, para explicarle a ella lo importante que podría ser aquel punto para la entrada de cargamentos. Por la noche el faro les serviría de guía, su información era imprescindible para navegar y orientarse en la oscuridad, evitando encallar o chocar contra las rocas.

—Desembarcar de noche tiene una gran dificultad, debemos aceptar que somos animales diurnos en un medio natural, que no es el nuestro, con todas las limitaciones que ello representa. Sobre todo navegando en lanchas neumáticas como las “Zodiac Mark I Classic”, aunque últimamente usamos más las “Zodiac Cherokee”

porque poseen un motor mucho más potente. Aunque para las operaciones de más envergadura que requieren más rapidez y mejor pilotaje las “Zodiac Medline II” superan todavía la potencia de las “Cherokee” con un motor Suzuki 140 H.P. Lo que ocurre es que son unas embarcaciones muy caras como para arriesgar en una operación de poca monta. Solo las utilizamos en caso de cantidades importantes de farlopa. Nunca para transportar hachís, marihuana o tabaco. Para eso están las “Classic” y las “Cherokee”.

— ¿Nunca has utilizado la “Deck Boat” en una operación? — preguntó Mireia.

—No. En realidad la uso como centro de operaciones, desde aquí controlo todos los desembarcos, pero nunca me involucro directamente en ellos. Yo solo lo organizo y superviso todo para que la mercancía llegue sana y salva a la costa. Luego ya es cosa de los narcos.

—O sea, ¿solo te encargas del transporte?

—Exactamente. Yo recibo órdenes directamente de tu amiga Lucía, ella escoge las rutas utilizando cartas náuticas. Luego yo sobre el terreno decido cuales son las más fiables. Así preparamos las operaciones, siempre por las noches para no ser vistos por las patrullas de vigilancia de la Guardia Civil. El problema es que navegar de noche sin apenas iluminación para no ser descubierto, resulta casi una odisea, varias veces debido a la dificultad de las condiciones climáticas hemos tenido que abortar una operación. Por eso este trabajo es tan peligroso.

—Pensé que Lucía solo dirigía las operaciones realizadas por tierra.

—Al principio, sí, luego debido al éxito de sus métodos y mis conocimientos marinos, las familias han decidido darnos carta blanca en la costa.

—Y yo celebro estar aquí bajo este sol maravilloso— sonrió Mireia. Era la primera vez que la veía sonreír y le gustó aquella sonrisa Tecnicolor, utilizando los dientes como corales perfectamente alineados.

—Los rusos quieren que introduzcamos un cargamento de veinticinco toneladas. ¿Sabes lo que es eso? ¿Qué ocurriría si nos cogen? Necesitamos mucha plata para comprar a la guardia costera. Pero esos cabrones ahora están muy controlados y los nuevos no se

dejan sobornar fácilmente. Creo que todo se está complicando demasiado. Lucía, que siempre camina dos pasos por delante del resto, ha propuesto modernizar la flota con la adquisición de lanchas de alta velocidad. Ella ha pensado en concreto en la "Baja 33 Outlaw" ¡No es lista ni nada! Esas lanchas pueden alcanzar hasta los ochenta y cinco nudos con motores de 7.000 rpm, con una aceleración de tiempo de planeo de cinco segundos. Hemos decidido adquirir toda una flota de ellas.

— ¿Nadie sospechará nada? —preguntó Mireia

—Al que se compra un Ferrari no le preguntan para qué lo quiere. Lo mismo podría decirse de este súper deportivo de los mares. Pero yo las adquiriría con cautela, utilizando distintos compradores para no levantar sospechas. Piensa que su venta no es muy habitual ¡Sería una pasada!, volar sobre los mares... Ni la guardia costera posee embarcaciones tan veloces con 575 caballos de potencia. Piensa que con la personificación de los dibujos de las bandas, seremos la envidia de los puertos. Podremos recorrer grandes distancias sin levantar sospechas. Nos tomarán por multimillonarios chiflados —le explicó Mateo.

— ¿Cuánto es lo máximo que habéis transportado en un viaje? —preguntó Mireia

—Nunca más de seis toneladas. Pero ahora tenemos nuevos proveedores. Los rusos pujan con fuerza además de los italianos. Antes solían abastecerse en la costa mediterránea, pasando la mercancía por el Estrecho, pero con la inmigración ilegal ahora esa zona está más vigilada que nunca y muchos traficantes han ido a parar entre rejas o se ganan la vida a cuenta del turismo. Por eso se han visto obligados a buscar otras alternativas como Cantabria, Portugal y por supuesto las Rías Baixas. Ahí entramos nosotros, con una de las mejores flotas y organización del Atlántico norte y, cómo no decirlo, del mundo, obligados por siglos, décadas de miseria, explotación y oscura hambruna a buscarnos la vida al margen de la sociedad y del gobierno, un enjambre de caciques o la madre que los parió a todos.

El caso es que la demanda ha aumentado y con ella los riesgos, por lo que de nada nos servirán las Zodiac, si queremos abastecer a toda esta gente hay que pensar a lo grande. Necesitamos mayores embarcaciones, más modernas. Tenemos las Phantom, capaces de navegar a más de cuarenta nudos, pero eso no es suficiente. Ahora hablamos de cantidades capaces de helar la sangre al más temerario

de los marinos. Mireia se imaginó a bordo de aquella lancha del diablo navegando a la velocidad del sonido sobre la sábana azul burdeos de un mar embravecido. Con marejada no podría pasar de sesenta nudos, aunque daba igual. La “”Baja 33 Outlaw” dejaba tras de sí una estela de espuma como un mar de cerveza extendiéndose tras la popa; ella apretaba más el acelerador, quería llevarla al máximo. Se encontró en su imaginación dando tumbos por el océano bajo un oleaje enloquecido. Llevaría la lancha hasta las últimas consecuencias. ¡Solo se vive una vez!, sin quitar las manos del timón, una rueda clásica de cuero con tres cabillas y casi cincuenta centímetros de diámetro.

Lo malo de la Baja 33 Outlaw es su alto precio. Su ventaja, que puede hacer el mismo recorrido que las otras lanchas en una tercera parte del tiempo, con lo que podría permitirse hacer varios viajes de ida y vuelta. Con una flota de cinco unidades sería suficiente para empezar —comentó Mateo, sacando a Mireia de sus ensoñaciones.

—Vamos a ver si entiendo —dijo Mireia—. De lo que se trata es que la droga sea recogida en Colombia. Desde allí se transporta a través del océano en un buque de dudosa reputación, cuyos oficiales estarán untados. Luego para que el buque no toque puerto por temor a una inspección, es recogida en las lanchas por vosotros en alta mar y traída a la costa en el menor tiempo posible para evitar la intervención de las patrullas marítimas.

Mateo asintió y decidió poner en marcha la Nautic: La “Deck Boat” se deslizaba ahora por las rieras imaginarias de un mar azul con tintes verdosos, camino de las Islas Cíes. Ella se sentó a su lado, dejándose arrastrar por su imaginación, roció el océano de gasolina, prendiéndole fuego, el mar ardió ante sus ojos por unos instantes. Aumentó la velocidad a veinte nudos, perseguida por una enorme serpiente marina. Ella se sintió erguida como un dios griego. Por unos instantes era Afrodita, diosa de la fecundidad, el deseo, hecho pedazos por la rutina, al lado de Aquiles su protector, camino de la amurallada ciudad de Troya. Tal vez Mateo era para ella eso, un viejo guerrero dispuesto a protegerla hasta la extenuación, luchando por ella espada en mano hasta el clímax de la batalla, con el físico y el rostro imperturbable del cuarentón de Brad Pitt, en la pantalla de un cine de barrio que proyectaba la mayor superproducción del año.

Atracaron en el muelle de Rodas, luego bajaron a tierra y caminaron a través de la ruta del Faro da Porta, pasando por el Lago de los Nenos. Pararon un rato a contemplar los peces. Sargos,

castañetas, lubinas y salmones; buscaban el refugio en aquel parque natural, para reproducirse sin temor a los pescadores furtivos ni a los vertidos ilegales. Había grupos de turistas sacando fotos, otros grabando con videocámaras.

Siguieron caminando por la ladera camino del faro. Una vez en lo alto Mateo sacó los prismáticos para peinar la zona, en la subida se habían encontrado con numerosos grupos de gaviotas patíamarillas (Larus Cachinnas), cuyos excrementos habían alcanzado a un guardia forestal despistado en las gafas. Numerosos grupos de mariposas (Zennthya Ruminas) pululaban entre las flores con sus vestidos salteados de pintas amarillas, negras y rojas. Mateo dibujaba con los prismáticos un paisaje abrupto, siguiendo la línea de la costa que se perdía en el horizonte. Un encuadre perfecto manipulado por decenas de gaviotas, planeando sobre el mar, a la captura de valiosas piezas con las que alimentar a sus crías.

Dirigió los anteojos ahora hacia el islote del Ruzo. Dos "Zodiac Classic" cargaban contrabando de tabaco y hachís. Un kilómetro al oeste del islote, mar adentro, anclaría el "Nervión" un pesquero de cuarenta metros de eslora procedente del Caribe, con veintidós mil kilogramos de cocaína a bordo, capitaneado por Tobías, un viejo lobo de mar, de unos cincuenta años. Era una operación de gran envergadura, deberían moverse con rapidez. Las "Bajas 33 Outlaw" estarían listas para su estreno, pero eso no ocurriría hasta dentro de un mes. La mercancía se descargaría en las faldas del Monteferro de noche. Allí sería recogida por una flota de vehículos todo terreno y llevada hasta la playa de Patos, donde los esperarían los rusos con sus furgonetas Wolkswagen. A partir de ahí era cosa suya.

Por supuesto, Mateo no desveló ninguna de esta información a Mireia. No podían correr ningún riesgo a pesar de la confianza que le profesaba la joven escritora. En aquella operación estaba en juego su reputación, junto a la de todo el equipo logístico diseñado como una tela de araña por Lucía. Pero Mireia estaba al tanto de todo, había hojeado su agenda mientras él conducía la embarcación y anotado en su libreta todo tipo de datos sobre la operación, fecha, latitud, longitud, donde andaría el "Nervión" y se realizaría el traspaso de la mercancía, medios utilizados para el traspase de la droga, el croquis de la operación sobre un pequeño mapa garabateado con lápiz por Mateo. Lo había hecho de forma autómata, siguiendo el instinto de su época periodística, sin ningún tipo de maldad, pensando que a él no le importaría y podrían servirle para desarrollar mejor la acción ficticia en su novela.

Simplemente no pudo dominar su olfato y cuando quiso parar ya era tarde. Seguía sin poder resistirse y comportarse como una fisgona. Sintió vergüenza de sí misma al darse cuenta de la importancia de los documentos que había transcrito, vitales para la operación bautizada como Nécora IV. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás y optó por mantener como siempre en su oficio la boca cerrada. Le extrañó la magnitud de la negligencia que Mateo había cometido al dejar esos documentos a su alcance. Lamentó el riesgo que había corrido. Si Mateo la descubriese, ojeando los papeles; podría haberle pegado un tiro y arrojado al mar. Seguía siendo una chica mala, demasiado curiosa para su edad. Cosas de profesión, malas costumbres arraigadas durante los últimos años trabajando para un periódico sensacionalista.

2 — El camino se va quedando sin vegetación.

Se habían cumplido siete meses desde el ingreso de Lucía en prisión, Nicolás no tuvo el valor de visitarla. Lamentaba no poder hacerlo, pero los mandos no lo entenderían. Querían mantener a la prensa lejos de todo aquello. Estaba en juego su integridad como agente. Había desmentido ante las cámaras su relación con Lucía; a pesar de la insistencia de Susana Seoane en atribuirle, una relación sentimental con la reclusa. Nadie entendería que un agente de la ley se acostase con una importante narcotraficante. El departamento se encargó de esconder las pruebas, sus huellas fueron borradas por toda la casa, científicamente su aventura con Lucía no había ocurrido nunca. A cambio de renunciar a volver a verla, Nicolás fue ascendido a sargento y admitido en la brigada de estupefacientes de la Guardia Civil, fue un precio muy caro, pero aquel era su trabajo. Aunque todavía la deseaba y echaba terriblemente de menos, su deber con la sociedad y sus compañeros le obligó a olvidarla. Mientras llevase una placa jamás volverían a estar juntos. Además su trabajo ahora consistía en perseguirla hasta la extenuación.

A pesar de la bolsa de dinero que las familias le habían ofrecido por hacer la vista gorda sobre la investigación que estaba llevando a cabo (un informador le había soplado una posible operación de entrada de droga a gran escala por la costa suroeste de Galicia), él no se había dejado sobornar. Su historial estaba limpio en ese sentido y aunque no le vendría mal un sobresueldo: no era de esa clase de agentes que se venden por dinero. Su vida no había sido fácil y todo lo que era se lo debía al Cuerpo. Disfrutaba con su trabajo, sobre todo desde su ascenso y nadie ni nada le impediría seguir mejorando y escalando peldaños en su carrera como agente de la ley, si alguien se interponía en su camino haría recaer sobre él todo el peso de la justicia.

A solas, en su despacho, el sargento Nicolás trataba de atar cabos. Sus codos reposaban sobre una mesa de formica cuyo color imitaba el veteado tronco de un viejo roble. La mirada perdida en unos documentos extraídos de los archivos de la judicial. Un montón de datos sobre cantidades de diferente cuantía, alijos de cocaína, heroína, hachís, pastillas, tabaco de contrabando, incautados por el Cuerpo en los últimos años y ni una sola prueba

que involucrara a las cinco familias con aquella mercancía. Nicolás sabía que Lucía era la llave dispuesta a abrir la puerta de cualquier investigación sobre el tema. Él se guardaba un as en la manga. Su confidente estaba muy cerca de Lucía. Sabía que La Reina estaba operando de nuevo, desde la cárcel, por lo tanto eso suponía una clara ventaja, pues estaba localizada. Desde allí sería más fácil seguir todos sus movimientos. Al menos sabría contra que se enfrentaba, podría ver o al menos intuir las fichas que su oponente se proponía mover como en un juego de damas. Le había tocado mover las negras, pero la ley siempre juega de última, oculta en las sombras, siempre al acecho, lista para saltar sobre su presa.

Sabía que las familias habían comenzado a hacer negociaciones con los rusos. Estos dominaban claramente el juego y la prostitución en el Mediterráneo. Eran intocables. Ahora querían instalarse en la costa atlántica. Para ello nada mejor que aliarse con las mafias gallegas, conocedoras del terreno y abiertas a hacer negocios. A nadie le interesaba una guerra abierta con los rusos. La mayoría de sus hombres eran soldados ex combatientes de las guerras de Chechenia y los Balcanes. La guerra no beneficiaría a nadie. El mar daba suficiente pesca para todos, pero ¡claro!, el pescado tenía un precio. Los rusos pagaban bien, solo había un problema. Las mafias gallegas tendrían que reorganizarse, aumentar su cuerpo logístico. Ahí entraba Lucía. Era la más capacitada, serena, inteligente de toda la organización del noroeste. Digamos, por explicarlo de alguna forma, que la suma de la capacidad de maniobra de los grupos de inteligencia de todos los grandes jefes de las mafias gallegas, era superada con creces por la imaginación, audacia e inteligencia del equipo que, para tan eventual ocasión había montado sobre la marcha, Lucía en menos de un mes. Nicolás sabía que era la mejor en su trabajo. Solo había un problema. Él también aspiraba a hacer bien el suyo. Sabía que había una gran operación en marcha. Grandes cantidades de heroína y cocaína iban a ser introducidas por la costa, ahora la cuestión era ¿Cuándo?, ¿dónde? y ¿cómo? Esa era una información que de momento no poseía pero, si su contacto no fallaba, antes de llegar el momento lo sabría.

Nicolás compró una casa en una aldea situada a dos kilómetros de la Ferrería, siguiendo el curso del río de Queixa. Había estado muy ocupado instalándose. Eso le ayudó a no pensar en Lucía. El sabor de sus ojos, la mirada de su boca, todo le recordaba a ella. Echaba de menos el aroma de su piel, junto al erizado vello de su sexo, el cual tantas pesadillas le había provocado, antes de convertirse en el objetivo de sus ensoñaciones más eróticas. Habría perdido la razón de no haber conocido a Mireia, la mejor amiga de

su antigua amante: joven, dura, rubia, metro setenta, pecho discreto, ojos vivos, grisáceos y cintura delgada. Estaba pensando en ella, mientras repasaba los informes desplegados sobre la mesa, su sonrisa era encantadora. Hacía solo dos días de su último encuentro. Caminaron durante horas por un bosque de tejos hasta llegar a un gigantesco abedular; la finca vallada de ocho mil metros cuadrados de bosque, era propiedad de la familia Sousa. Mireia le recordó a Nicolás que estaba invadiendo una propiedad privada, cuando este corrió el pasador de la verja y entró en la finca.

Mireia llevaba los pies destrozados de caminar, sus botas ya no le sujetaban los tobillos como antes, comenzaban a hacerse viejas; las suelas estaban demasiado gastadas y para colmo de males llevaba puestos unos calcetines negros de ejecutivo, demasiado finos para andar por el monte. Terminaría con la planta de los pies hinchada de no percatarse que llevaba un par de calcetines deportivos de repuesto en la mochila, junto con la comida, una botella de agua, una camiseta limpia y los prismáticos, además de un chubasquero. A pesar de que hacía un día soleado y el cielo se presentaba totalmente despejado, ella sabía que al monte hay que ir siempre preparados, nunca se sabe cuándo puede desencadenarse una tormenta. En la sierra, era mejor ser precavidos que arriesgarse a llevar sorpresas desagradables. Nicolás caminaba a su lado, sin duda mejor equipado que ella, pues calzaba unas botas de Gore-Tex nuevas, cuyo dibujo de la suela se adaptaba perfectamente a las irregularidades del terreno. Vestía unos pantalones de trekking, desmontables a la altura de la rodilla, color arena, cuya tela de DryLon transpirable, apenas pesaba lo que un penacho de plumas. A su espalda cargaba en su mochila una tienda de campaña por si decidían, como luego ocurrió, pasar la noche en la sierra.

Se encontraban perdidos en medio del bosque de abedules más meridional de Europa. En el abedular no solo había abedules, también acebos, abetos, robles, hayas, helechos y serbales silvestres; mientras paseaban entre los senderos, aprovecharon para recoger moras y otros frutos en un vano intento de recuperar fuerzas, entre unas matas consiguieron divisar la cornamenta de un ciervo. Se detuvieron agotados junto a una pequeña fuente. El viento que antes apenas soplaba ahora parecía susurrar un rap, al menos dentro de la cabeza de Mireia, que llevaba la gorra con la visera hacia atrás, al estilo de los raperos. Se quedaron allí recostados contra la pared del estanque, unos minutos antes de continuar la marcha, sabían que si les vencía el cansancio, la noche se les echaría encima y necesitaban encontrar un lugar donde acampar antes de que eso ocurriera. Cargaron de nuevo con el peso de las

mochilas sobre sus espaldas, caminando a buen ritmo durante un par de horas, apenas podían disfrutar de la belleza del paisaje debido al cansancio. Nicolás a pesar de cargar con un peso mucho mayor sobre sus hombros que su compañera parecía moverse con una increíble agilidad, marcando la pauta a lo largo de todo el recorrido, pero en realidad sus gemelos comenzaban a fallarle; al mismo tiempo que sentía fuertes molestias en los muslos y las rótulas. Se arrepintió por un momento de la absurda idea de cargar con la tienda; aunque más tarde sin duda lo agradecería. A pesar del dolor en ningún momento emitió ningún tipo de queja y siguió su camino como un bravo soldado en el campo de batalla.

El camino se va quedando sin vegetación gradualmente, hasta alcanzar una finca vallada. En el interior hay una caseta de piedra y teja en medio de un extenso prado tupido de hierba fresca, que desciende en picado hacia un riachuelo. Parece no haber ganado a la vista, eso les anima a colarse entre la alambrada, cometiendo una nueva invasión de la propiedad ajena. Deciden montar allí la tienda, Mireia le recuerda a Nicolás la advertencia de un paisano de la presencia de vacas salvajes y toros bravos en la zona, Nicolás sonríe ante la posibilidad de ser embestido por un animal de esas características; pero no advierte movimiento de reses en el lugar. Una vez montada la tienda, ambos se refugian en su interior. Comienza a hacer frío fuera. Sentados sobre un colchón inflable de dos plazas, contemplan el dibujo de la luna mientras comen un bocadillo de sardinas y beben un par de latas de cerveza, marca 1906.

— ¿Por qué no fuiste a ver a Lucia a la cárcel? —preguntó Mireia

—Nada me gustaría más en este mundo que hacerlo. Pero si vuelvo a verla no podría seguir haciendo mi trabajo con dignidad. Mi objetivo es limpiar de drogas las calles. El suyo hacer negocios con el sufrimiento de los demás.

—Es comprensible, uno debe permanecer fiel a sus principios —repuso Mireia con un extraño aire de frialdad.

—En cuanto a tu trabajo de escritora ¿Qué me puedes contar de él? —preguntó Nicolás.

—Pues que, no es otro que el de contar historias desde un punto de vista objetivo, sin apenas emitir juicios. Simplemente trato de narrar situaciones ficticias, lo más cercanas posible a la realidad,

como ves los tres tenemos cometidos muy diferentes en esta sociedad.

— ¿Podrías hacerme una demostración de lo buena narradora que eres?

—Te contaré un relato, se trata de la historia de una emigrante gallega que se encontraba en Manhattan, el día que las Torres Gemelas volaron por los aires —Mireia comenzó a narrar su relato, mientras el viento golpeaba levemente sus cabellos contra su frente:

Ella tenía manos de seda. Era una araña tejedora, que enhebraba su propia tela de araña. Spiderwoman trepando por una cornisa, en lo alto del Empire State en el piso sesenta y nueve a más de 200 metros de altura. Una trapecista sin red, a punto de saltar al vacío. Moviendo sus brazos y piernas y ascendiendo por la pared vertical del deseo, con sus pies descansando en un andamio, pasando el flish flash una y otra vez sobre los sucios cristales hasta que estos quedaban limpios como una patena. Marina había trabajado también en las Torres Gemelas, sin papeles, cuando estas volaron por los aires hechas añicos. Millares de pedazos de vidrio esparcidos por todo Manhattan. Ella estaba en el piso noventa y dos, cuando el primer avión impactó contra la gigantesca figura cristalizada: intoxicada por los gases, trató de abandonar el andamio y alcanzar el alféizar de la ventana; pero de repente la columna vertebral de acero de aquel gigantesco monstruo comenzó a derretirse como si fuese mantequilla. El gigante de hierro empezó a escupir almas que huían del purgatorio del fuego eterno, practicando puenting, pero sin cuerdas de seguridad que detuviesen sus caídas a escasos centímetros del suelo. Entonces Marina trató de ajustar su lanza redes, pero Peter Parker no estaba allí para enseñarla. Aquella era una situación de la que debía salir sola. Había dejado Orense hacía cinco años. Embarcó en Santiago dirección New York con la esperanza de encontrar algo más que un arriesgado empleo de limpia cristales en los más altos rascacielos del mundo. Haciendo footing por Central Park conoció a Mario, el hombre de su vida, que era de Amoeiro pero había pasado media vida viviendo en New Jersey. Después el 11 septiembre. Él fue el único que sabía que ella estaba trabajando allí, en la Zona Cero a las 8:00 p.m. Repasó varias veces la interminable lista de víctimas, pero él sabía que su nombre no figuraba allí. Seguro que habría tenido tiempo de saltar a otro edificio en el momento de la explosión, y ahora estaría ocupada en tejer una laberíntica tela alrededor del doctor Octopus. Con su ajustado top tremendamente sexy, imitando a Angeline Jolie en "Tomb Raider". Él tenía uno de esos impresionantes pósters trepando por la pared de su habitación al lado de Spiderman.

Cuando blandió el cielo el primer Boeing contra la torre sur, unos chicos de color que estaban escuchando en la séptima hip–hop en su loro metálico, saltaron del banco donde estaban sentados, persiguiendo el estruendo de la explosión, como un brusco cambio de ritmo en la canción que estaba escuchando.

—Joder, como mola este tema, tío.

—No es el loro, colega, algo ha estallado —dijo Turner, el más avispado de la pandilla mirando hacia el oxidado cielo de la ciudad.

El relato de Mireia era demasiado surrealista y confuso, pues no aclaraba: Si Marina había logrado salvar su vida o simplemente desapareció arrasada por las llamas dentro de una de aquellas moles gigantescas. De todas formas a Nicolás, el suave sonido de su voz le cautivó profundamente.

—Es una historia increíblemente buena —repuso Nicolás. Luego hizo una pausa antes de hacerle una nueva pregunta con el fin de continuar escuchando el agradable tono de su voz.

— ¿No tienes hermanos?

—Tenía una, pero está muerta. Sucedió durante segundo del desaparecido EGB. Fue entonces cuando perdí a mi hermana Julieta. Un camión se la llevó a un mundo mejor, para siempre, dejando su cuerpecillo repleto de magulladuras en un ataúd de nogal. Recuerdo aquel accidente con tristeza, pena y amarga dulzura: jamás debió cruzar por la parte de atrás de aquel maltrecho autobús escolar, desobedeciendo la amarillenta señal que lo advertía. Pero la infantil ilusión por abrazar a nuestro tío, que acababa de volver de las Islas Canarias, y que le esperaba con los brazos abiertos al otro lado de la carretera, la arrastró hacia la fatalidad. Ni siquiera nuestros padres, íntimos amigos de la familia, fueron capaces de consolar al desencajado tío, por no hablar de Emilio, el camionero, que a pesar de llevar a rastras sobre el neumático quemado aquel gigantesco Iveco cargado a los topes de arcilla, consiguió evitar destrozar el cuerpo de aquella jovencísima desconocida, que podía haber sido su hija, casi de la misma edad que Julieta. Mi tío lloraba desconsolado, esperando todavía el abrazo de su sobrina, que nunca llegaría por mucho que él lo desease. Mientras, yo me la imaginaba a mi lado corriendo entre los campos de trigo de Chandrexa, como solíamos hacer tantas veces al regresar del colegio, sin importarnos el peso de las carteras cargadas de libros. Corríamos sin parar, como si los relámpagos nos

persiguieran, saltando el vallado que separaba el maizal de una finca que habían labrado hacía pocos días. Lo recorrimos despacio evitando pisar en los surcos que había peinado el arado con cuidadoso esmero, sembrado de patatas, el extenso campo, hasta llegar a una cañada por la que transitamos largo rato, evitando pisar las tartas de chocolate que de vez en cuando iba dejando el ganado a su paso. Caminamos luego largo rato, hasta que el camino se precipitaba en una descendiente pendiente, que nos dejaba al borde de un riachuelo donde solíamos sentarnos a merendar y a hacer los deberes: Julieta se encargaba de la química y de las matemáticas, mientras yo dominaba mejor el lenguaje y la geografía, pero entre ambas nos complementábamos. El agua cristalina del riachuelo devolvía la imagen a Mireia de su hermana como un espejo, en el que solían reflejarse ambas a veces. El mismo rostro que su memoria traicionera le enviaba ahora, repleto de la inocencia que solo es capaz de transmitir la más tierna infancia, apareció de nuevo reflejado en sus pensamientos, como una burla mientras contemplaba los ojos de Nicolás, fijos en los suyos que parecían querer engullirla.

—Lo siento en el alma —dijo Nicolás—. Ojalá aquel desgraciado incidente nunca hubiese ocurrido ¡Lo lamento de verdad!

—Dos años después de la muerte de mi hermana, nos trasladamos a vivir a Orense, pero nunca olvidé Chandrexa, por eso he decidido volver a instalarme aquí definitivamente.

De repente, un silencio sepulcral les envolvió. Mireia no quería pensar en nada. Dejó la mente en blanco mientras la noche susurraba un canto de cigarras acompañadas al violonchelo por un cuarteto de grillos. La sinfonía fue magistral cuando entraron en acción los cuervos con un graznar melancólico de opereta, que hasta al mismo Pavarotti le habría sorprendido. Se encontraba relajada. La tensión y el cansancio acumulados tras la larga travesía a través del bosque habían desaparecido. Ahora disfrutaba del sonido de la naturaleza, aquellos músicos eran veteranos, pues conscientes de la necesidad de intimidad de la pareja, interpretaron para ellos una balada. Girando la rueda del mando del amplificador de sus instrumentos, redujeron el volumen de su música hasta el punto que se pudo escuchar de fondo el sonido de las aguas descendiendo a través del riachuelo. Nicolás pensó cómo sería hacer el amor con Mireia. Si se entregaría de forma salvaje y desgarradora como Lucía o, por el contrario, se comportaría de forma pasiva y torpe. Sentía su aliento muy cerca. La sangre le corría por las venas como el agua en una manguera a presión. Pronto, a pesar del

agotamiento que por el momento había frenado su erección, le entraron ganas de besarla y meterse en su piel, sentir su contacto suave y terso y el calor de sus pechos, cuyo sudor dibujaba incompletos círculos en su camiseta. A pesar de ser mayor que él, la periodista le pareció terriblemente atractiva y si contuvo en un primer momento el impulso de besarla, fue por respeto a la persona de Lucía. No le parecía ético acostarse con su mejor amiga, pues bastante daño le había hecho ya condenándola al olvido. Pero dentro de Nicolás se prendió un fuego cuyas llamas no podría apagar ni siquiera su conciencia y dejándose arrastrar por la fuerza del empuje provocada por aquella pasión repentina, nacida de lo más intrínseco su interior se abalanzó sobre ella, que reaccionó atrapando su cintura con sus largas piernas mientras le daba un largo y húmedo beso.

3 – La vigilante silenciosa.

Lorena se sentía feliz, sus días en prisión estaban contados. A pesar de que todavía le quedaban cinco años de condena el sargento Nicolás le había prometido que si colaboraba con ellos la Fiscalía le concedería el tercer grado y en un mes saldría en libertad condicional. Necesitaban nuevas pruebas incriminatorias contra Lucía Márquez. Por eso, que compartiera celda con ella no era mera casualidad sino que obedecía a un plan estratégico planeado punto por punto, con minuciosa paciencia y habilidad por el sargento Nicolás. Aunque la idea original de colocarlas a ambas en la misma celda fue de su subordinada la cabo Redondo, una agente de veintinueve años, hija de un capitán de la Benemérita famoso por su intervención en el "Caso Oubiña", que hoy en día se encontraba retirado con una buena paga por sus anteriores servicios a la patria.

Lorena se había convertido en una auténtica camaleón, cambiando de personalidad como de color según las necesidades de La Reina: si Lucía estaba deprimida ella simulaba un fuerte estado depresivo, para que ella se sintiera más confiada y cómoda a su lado. Si por el contrario se sentía enérgica, Lorena ponía todo lo que estaba de su lado para ayudarle a soltar esa energía. Así, poco a poco, fue ganándose la amistad de Lucía, hasta convertirse en su mano derecha. No había secretos entre ellas. Para Lucía, Lorena era como la hermana pequeña que nunca había tenido. Por eso Lucía no sospechaba que ella estuviera aliada con el enemigo. Sentadas en la celda, Lorena le pasó un canuto: era chocolate del bueno. Lucía parecía mareada. Su rostro tenía un color azul, tal vez fuese de pasarse tantas horas delante del ordenador diseñando la operación Nécora IV.

— ¿Cuándo tendrá lugar? —preguntó Lorena aprovechándose del estado de embriaguez de La Reina.

—El día diez de agosto, a las 2:00 p.m. Veinticinco mil kilogramos de nieve, camino de Monteferro, a bordo de las "Bajas 33 Outlaw", las lanchas más rápidas jamás utilizadas en la historia del narcotráfico. Los verdes se quedarán tiesos, nunca hemos descargado tanta cantidad de droga en toda nuestra historia de una sola tacada.

—Pero, ¿Llevará su tiempo?

—Por supuesto, teniendo en cuenta que solo tenemos cinco lanchas y que cada una llevará una carga no superior a quinientos kilogramos de cocaína, empleando un promedio de entre treinta minutos, entre ida y vuelta; eso si el viento nos es favorable y sin contar los minutos empleados en la carga y descarga de la mercancía. Suponiendo que hagamos unos seis viajes con las embarcaciones a tope, eso supondría un total de ciento cincuenta minutos empleados. Y solo habremos descargado casi la mitad de la carga, unos doce mil kilogramos. Necesitaríamos otras dos horas y media para terminar el trabajo. Pero eso sería demasiado tiempo y no podemos echar cinco horas en descargar toda la mercancía, es demasiado peligroso. He oído rumores de que mi querido y amado sargento Nicolás ahora trabaja para los estupa y le han asignado mi caso. Es el chico más obstinado que conozco y un digno rival. Seguro de que está al tanto de que los rusos han entrado en el juego. Si con su olfato es tan bueno como con el resto, si no nos andamos con ojo, se nos echará encima con toda la Benemérita. El chico quiere ascender a teniente. Es de los pocos que todavía creen que los ascensos se consiguen con coraje y no enriqueciéndose con los sobresueldos provenientes de las mafias.

—O sea, un picoleto de la vieja escuela —añadió Lorena.

—Eso es.

— ¿Y cómo piensas conseguir transportar tanta droga en menos tiempo?

Lorena fue directa al grano con aquella pregunta. Aquella idiota a la que todos llamaban La Reina estaba largando con demasiada facilidad, no entendía lo que las mafias podían haber visto en ella.

Lucía dio una fuerte calada al porro antes de contestar a su pregunta.

—Todo se realizará en un tiempo inferior a dos horas. Para ello las “Baja 33 Outlaw”, no estarán solas, contarán con la colaboración de todas las Zodiacs disponibles, además de cuatro pesqueros furtivos con capacidad para mil kilogramos cada uno.

— ¡Será una invasión! —apuntó Lorena fingiendo un gran entusiasmo.

—Sí, lo más parecido en la historia, ha sido el desembarco de

Normandía —concluyó Lucía, pasándole el canuto a Lorena, mientras expulsaba una bocanada de humo azul. Los barrotes de la celda le parecían ahora barritas de chocolate bajo los efectos del costo. Lucía se acostó en su litera y al poco rato se quedó dormida.

Lorena vigilaba cada paso de Lucía en la cárcel, sin que esta se percatase de aquella maligna presencia. Su mejor amiga y confidente era algo más que una frustrada esposa, que asesinó a su marido por supuestos malos tratos, que en realidad nunca fueron probados. Sin embargo el fiscal logró demostrar, o al menos hacerle ver al jurado, que según las pruebas el verdadero motivo del homicidio, era probablemente la cuantiosa suma de veintidós mil euros, que cobraría la viuda en caso de fallecimiento del cónyuge, correspondiente a un seguro de vida firmado por el inocente marido, un mes antes de ser abatido a tiros por su esposa en el zaguán de su casa.

Pero claro, este no era suficiente motivo para el sargento Nicolás para no facilitarle la libertad si colaboraba con la justicia. Al fin y al cabo ya había pagado con creces su error durante los ocho años que llevaba encerrada en prisión. Teniendo en cuenta que su marido era Julio Corcuera, hijo de Martín Corcuera, jefe de La familia Corcuera, la segunda familia, después de los Sousa, más poderosa de las cinco familias que dominaban el narcotráfico en el noroeste de la Península Ibérica; Lorena sabía que en cuanto pusiese un pie fuera de la cárcel estaría muerta, pues las cinco familias irían por ella con todas sus armas. Pero ella tenía planes. Violar la libertad condicional y salir del país por Padrenda, una pequeña aldea que lindaba con Portugal. Una vez en el país vecino no le sería difícil conseguir papeles falsos, una nueva identidad, que compraría con el dinero cobrado del seguro de vida de su fallecido marido y viajar a Río de Janeiro. Allí jamás la encontrarían. Lucía le había contado que ella no había tenido suficientes agallas para huir a Brasil. Después de tener todo preparado en el último momento se había echado atrás. ¡Menuda cobarde! Ella se la serviría en bandeja a los Civiles. Su leyenda tenía las horas contadas. Ahora, mientras Lucía descansaba sumida en un profundo sueño, ella la observaba en silencio. Era más de media noche, sus ojos escudriñaban cada rincón de la celda invadida ahora por una oscuridad de calabozo.

Una mañana Lucía, recibió de improviso la visita de Mireia. Charlaron amigablemente, Mireia le relató con todo lujo de detalles su travesía marítima a bordo del “Nautic” y, al mismo tiempo admitió haber caído presa de los encantos de su más voraz enemigo y fallido amor Nicolás. El cual, consiguió enredarla con su seductora

sonrisa dejándola embobada y haciéndole el amor varias veces en el interior de una tienda de campaña, rodeados de naturaleza.

—¿Te gusta de verdad? —preguntó Lucía.

—Bueno, la verdad es que me gusta. Parece honesto y simpático. Además es un hombre más de montaña que de mar. Tenemos muchas cosas en común ¿Quién sabe? Tal vez sea el hombre que busco.

Esta última información caló hondo en la moral de Lucía. A pesar del golpe que suponía ver a su mejor amiga atrapada entre las redes, que tan hábilmente había tejido el hombre al que todavía amaba, y por mucho que tratase de borrarlo de su mente, todavía era demasiado pronto para lograrlo. Trató de disimular la aflicción que le invadía enfrentándose fríamente a la mirada de su amiga, repuso:

— ¿No crees que eres demasiado mayor para él?

—No creo. Tan solo le llevo cinco años, además todavía tengo el pecho levantado y las nalgas duras como cuando tenía tu edad.

—Me alegro por ti —mintió Lucía—. Espero que seáis felices. Al fin y al cabo, lo nuestro nunca sería posible. Tan solo fue una noche, pero te aseguro que ese chico tiene algo que se me ha metido tan adentro, que a veces no consigo quitármelo de la cabeza.

—Te comprendo y de veras lo siento, pero tu situación actual no es la más adecuado para alimentar falsas esperanzas con él. Te prometo que si hubiera la más mínima posibilidad de que lo vuestro fuera adelante, no dudaría en quitarme de en medio. Soy tu mejor amiga por encima de cualquier cosa.

Lucía comprendió que Mireia tenía razón. Lo suyo con Nicolás era imposible, por lo que debería alegrarse de que este encontrase amparo en los brazos de la mejor persona que ella conocía, pues Mireia era para ella algo más que una amiga. Se despidió de ella deseándole de nuevo suerte de todo corazón. A pesar de ello más tarde a solas con Lorena, en el reservado de la biblioteca frente a la pantalla del ordenador rompió a llorar, Lorena se sorprendió una vez más de su fragilidad. No comprendía cómo un ser tan débil y sensible podía haber llegado tan alto, en un mundo tan duro y hostil como el de los narcóticos.

4 — Verdaderos profesionales.

El día diez de agosto a las dos de la madrugada, cuatro enormes reflectores de unos cuatro mil vatios cada uno, iluminaban de proa a popa como una dantesca estrella de cine, a una vieja embarcación, que apenas se sostenía en las quietas aguas situadas a dos kilómetros del islote Rouzós, al sureste de la isla del Medio o el Faro, la más grande del archipiélago de las Islas Cíes. El motivo de dicha expectación era desconocida, tanto para su capitán, un canario de treinta y ocho años, como para la tripulación, que parecía haberse despertado de un mal sueño, cubriéndose el rostro con los antebrazos trataron de protegerse de la cegadora luz de los focos. Tampoco comprendía por qué media docena de helicópteros, provistos de proyectores de luz iluminaban toda la costa, en busca de sabe Dios qué, dibujando un enorme cuadrante en el cielo, que abarcaba la zona comprendida desde lo alto de Monte Ferro hasta su buque. Lo más paradójico de aquella dantesca escena, ocurriría unos minutos más tarde, después de que un hombrecillo con voz de Robocop, pegado a un megáfono no se cansase de repetir constantemente la misma letanía.

—Buenas noches, por favor permanezcan con los brazos en alto. Su barco va a ser inspeccionado por la Guardia Civil en breves momentos.

Fue entonces cuando ocurrió: desde el cielo como si este ya no estuviera plagado, de centenares de estrellas y suficiente tráfico aéreo, surgieron nuevas aeronaves, estas de aspecto más militar, semejantes a esos helicópteros de aspecto indio, utilizados en muchas misiones por las tropas estadounidenses desde los tiempos de la guerra del Vietnam. Aquellos tipos parecían verdaderos profesionales, vestidos con trajes especiales de camuflaje y una especie de anteojos de visión nocturna; descendieron de los helicópteros, deslizándose suavemente a través de unas lianas metálicas, hasta caer con suavidad sobre la cubierta del barco. Entonces, sin mediar palabra con nadie ni hacer preguntas, pusieron patas arriba cada metro cuadrado de aquel viejo cascarón, en busca de una mercancía que a cada minuto que pasaba, parecía estar más lejos de ser hallada.

— ¿Puedo ayudar en algo? —se atrevió a sugerir el capitán.

—Sabemos que transportan veinticinco mil kilos de cocaína —dijo un joven sargento de cara afeitada y con muy malas pulgas.

El capitán comenzó a partirse de risa, junto con el resto de la tripulación; pronto una gran carcajada pareció extenderse por todo el océano, como una epidemia de peste en la Edad Media.

—Es pescadilla, no cocaína, lo que traemos, joven. Alguien le habrá informado mal, Doce mil kilos de pescadilla ¡Ja, ja!

Al sargento Nicolás se le revolvieron las tripas, solo de pensar que había invertido tantas horas y esfuerzo en organizar una operación que había terminado con el más rotundo de los fracasos. Tras más de veinticuatro horas de búsqueda exhaustiva, durante las cuales fuerzas especializadas de la Guardia Civil registraron a fondo el Nervión, Nicolás se dio por vencido. Estaba claro que la droga nunca había estado allí. Todo parecía ser un montaje, pues por mucho que el apoyo aéreo peinó la zona una y otra vez, no se localizó ningún movimiento fuera de lo normal, ni rastro de las "Baja 33 Outlaw", ni del resto de la flota de la operación "Nécora IV". En realidad esta nunca llegó a realizarse; al menos esa noche, las razones de ello Nicolás las ignoraba. Un frío sudor invadió su rostro, su ascenso a teniente tendría que esperar después de tan rotundo fracaso.

Se arrepintió de subestimar a su enemiga, la confianza ciega en su confidente había sido su peor error. Ahora ya era demasiado tarde para arrepentirse. Lo más seguro era que aquella no había sido más que una maniobra de distracción, para centrar a todas las fuerzas de seguridad costeras en un mismo punto, dejando así totalmente desguarnecida la vigilancia, o más bien bajo mínimos, en el resto de la costa. Esta estrategia le había permitido a La Reina introducir la droga con facilidad por cualquier otro lugar de las rías gallegas. La jugada había sido perfecta: ellos habían mordido el anzuelo. Tarde se le volvería a presentar una ocasión así para atrapar a Lucia. La había tenido tan cerca. «Tal vez le dimos demasiada ventaja», pensó Nicolás, «como poner a su servicio una línea ADSL y ordenadores de última generación, algo totalmente prohibido en prisión.»

El CESID vigiló desde el principio todos los movimientos de La Reina, tanto los correos electrónicos como las llamadas efectuadas a través del teléfono móvil. Todo estaba pinchado. Los días anteriores

al día diez, las llamadas habían sido constantes, pero no clarificadoras. El servicio de inteligencia, detectó mucho movimiento de Emails, con mensajes en clave provenientes del correo de Lucia, imposibles de descifrar a pesar de contar con varios expertos. Desde luego, La Reina actuaba con un lenguaje inédito, cuyas claves solo conocían las mafias, por lo que pudo diseñar una operación secreta, delante de las narices del servicio de inteligencia, haciéndoles creer, por medio de una llamada de Lorena Vázquez al sargento Nicolás, que la operación se realizaría en la fecha, hora y lugar convenidos. Desde ese momento el anzuelo estaba echado. Luego, solo hubo que esperar a que los tiburones lo mordieran. El lugar por donde se había realizado finalmente la operación era lo de menos, lo importante era que la estrategia había dado resultado.

En los días siguientes todo se revoluciona. Los altos mandos conocedores de la anterior relación del sargento Nicolás con La Reina, desconfían de este y deciden retirarle del caso. Nicolás consciente de su fracaso en la operación "Nécora IV", decide abandonar la brigada y solicita su traslado al departamento de homicidios, donde es aceptado. Nicolás respira aliviado. Por fin, La Reina ya no es asunto suyo. A partir de entonces su trabajo sería otro, los mandos no podrán impedirle reanudar cualquier tipo de relación con Lucía Márquez. Nicolás se alegra de ello. Hace días que su recién comenzada relación con Mireia Martín no termina de funcionar, la sombra de su amiga Lucía Márquez parece pesar demasiado entre ellos; Nicolás no logra borrar la presencia de Lucía de sus recuerdos, imposible olvidarla. Por mucho que Mireia intenta captar su atención, Nicolás se encuentra como ausente. Tan solo nota su presencia durante las largas noches, cuando se acuesta a su lado y trata de acariciarlo con sus torpes manos de escritora. Luego le hace el amor y ambos disfrutan, sus mentes se quedan en blanco por unos breves momentos. En los que Mireia alberga la falsa ilusión de que son una pareja de enamorados más, de que Nicolás es suyo y de nadie más. Pero justo al terminar, el vacío de su mirada la devuelve a la realidad: Nicolás siempre preferiría a Lucia ¿Para qué engañarse? Lo podía leer en sus ojos, cada vez que se metía en su piel.

En cuanto a Lucía, Mireia sabía que lo que sentía por Nicolás era sincero. Nicolás en el fondo nunca tuvo demasiado claro que su trabajo en la brigada de estupefacientes sirviese para algo. Ahora, que se había pasado a la brigada criminal, se le veía más motivado, más seguro de sí mismo, convencido de que resolver crímenes era un trabajo más honesto, que encerrar a unos traficantes por ganarse la vida del único modo que el destino les había procurado.

Nicolás quería saber más de Lucía, más sobre su pasado, le intrigaba todo lo que tuviese que ver con su vida ¿Cómo había llegado a convertirse en tampoco tiempo en La Reina de la droga en Galicia? ¿Quiénes eran sus colaboradores en el mundo del narcotráfico? Nicolás era consciente de que ignoraba demasiadas cosas sobre ella y su gente. Se encontraba ansioso por conocerlas. Seguro que había sido una gánster muy elegante, le intrigaba saber cómo debería haberse sentido, cuando comenzó a ascender en su carrera y el dinero comenzó a lloverle por todas partes. Pero cada cosa a su tiempo. Primero trataría de hablar con sus superiores para que le permitieran abrir de nuevo el caso sobre la niña muerta María Guzmán, que los especialistas de la brigada criminalista de Orense habían cerrado hacía tan solo unos meses por falta de pruebas. Por la noche iría visitar a Mireia para que le contase toda la rumorología, que corría sobre los comienzos de Lucía en el mundo del narcotráfico. Tenía el presentimiento que de alguna forma, alguno de sus colaboradores estaba relacionado con la muerte de la niña bastaría con descubrir cuál de las bandas le vendía la droga a María. Lo demás caería por su propio peso. Parecía existir una especie de mutismo en cuanto al asesinato de la niña, que hasta ahora les había impedido avanzar hacia ninguna parte. Los verdaderos culpables habían construido una fuerte presa de contención, protegiendo las posibles pruebas, que probablemente le llevarían a resolver el caso. Debería encontrar la forma de dinamitar la presa, para ello comenzaría por abrir una pequeña brecha que le condujese hacia la verdad; aunque existía un ostracismo total sobre el caso. Al menos sabía que su muerte estaba relacionada con el mundo de los narcóticos. Comenzaría investigando ese mundo. Tal vez así encontraría la brecha que estaba buscando.

5 — Lucía, niña.

Lucía tenía nueve años cuando presenció un hecho que cambiaría su vida para siempre.

Ocurrió un sábado por la tarde, mientras se columpiaba en un pequeño parque situado al otro lado de la calle, frente al edificio donde vivía con sus padres. Era un bloque de construcción antigua de cuatro alturas. Tenía tres pisos por planta. Lucía vivía en el 2º B. En la planta baja se exhibía reluciente el Jomer un local de quinientos metros cuadrados dedicado al juego, camuflado bajo la apariencia de un elegante café. Su dueño y señor Isaac Jiménez, era conocido por su buena mano con los naipes. Presumía de ser el mejor jugador de póker de la ciudad a pesar de tener solo treinta y dos años, además de ser famoso por ejercer de segundo entrenador de equipo de fútbol Club Deportivo Orense en cuyas esferas era conocido por el sobrenombre de “Peluso”.

Aquella tarde mientras se columpiaba, Lucía vio como Isaac Jiménez aparcaba su flamante Porsche 911 junto al Jomer, dejando tres metros libres entre el morro del Porsche y un viejo furgón marca Iveco, suficientes para que cogiese otro utilitario, sin necesidad alguna de abollar el parachoques del Porsche. Pero antes de que Isaac y su acompañante Diego Suances, más conocido por su aspecto albino como “el Sueco”, pusiesen un solo pie fuera del auto; un macarra de una edad aproximada de cuarenta años y con cara de ganas de bronca había golpeado su Seat 131 Supermiraflori de color blanco bruscamente contra el Porsche de “Peluso”, realizando una brusca maniobra de aparcamiento, más propia de un invidente, que de un adulto con permiso de conducir en regla. Entonces sucedió todo. Isaac se bajó del coche, vestía elegantemente como siempre con un traje de corte clásico de color negro, su mirada nerviosa observó primero a su acompañante Diego Suances que comenzó a desabotonar su cazadora de cuero dejando entrever la culata de su revólver por si había jaleo. Luego se paseó por la calle, a aquellas horas parecía no haber un alma. La gente permanecía en sus casas atareada con sus quehaceres cotidianos. Al fin sus ojos se encontraron con los de Lucía. No era la primera vez que aquella mocosa salía a jugar a la hora de la siesta, salvo ella no había ningún otro niño jugando en el parque.

—La culpa es tuya, por no dejarme suficiente espacio para estacionar, porque tengas un Porsche no pienses que toda la calle es tuya —dijo Rudesindo esgrimiendo un bate de béisbol entre sus manos.

A Isaac Jiménez le entró un ataque de ira al contemplar un faro de su recién adquirido Porsche destrozado.

— ¡Estúpido de mierda!, me has destrozado el coche y aún encima me insultas.

— ¡Claro! ¡Cabrón! ¡Aprende a aparcar! —dijo Rudesindo, blandiendo el bate golpeó con fuerza el reluciente capó del Porsche de Isaac, produciéndole una abolladura insultante.

Aquella acción colmó su paciencia, Peluso asió su Star empuñando el arma con la precisión de un reloj suizo, dirigió el cañón directamente hacia el corazón de Rudesindo, haciendo un ejercicio de equilibrio sencillamente perfecto; presionó el gatillo efectuando tres disparos a quemarropa. Luego recogió el arma, volviendo a guardarla en la funda de la sobaquera, antes de cargar el cadáver en el maletero del Porsche y desaparecer a toda velocidad calle abajo haciendo una brusca maniobra a la izquierda para incorporarse al escaso tráfico que recorría aquellas horas la calle Río Búbal.

Lucía comenzó a mecerse con fuerza sobre el asiento del columpio, como una hoja arrastrada por una fuerte ventisca, intentando olvidar lo que había visto. El arma era especialmente silenciosa por lo que nadie pareció escuchar nada en el interior del Jomer, ni en los edificios colindantes. Salvo Lucía Márquez, que a la temprana edad de nueve años se vio enfrentada a la responsabilidad de ser la única testigo de un crimen.

Rudesindo Estévez era vecino de Lucía Márquez, residía en el 1º B y había denunciado varias veces a Isaac Jiménez por ruidos a horas intempestivas, por lo que Peluso se había visto obligado a hacer cuantiosas reformas en el local hasta lograr insonorizarlo por completo. Su cuerpo apareció al anochecer flotando sobre el río Barbaña boca arriba. La policía encontró su coche aparcado junto al Jomer con el parachoques trasero abollado y los faros traseros hechos añicos. Después de pasar varias horas interrogando al vecindario, nadie parecía haber visto nada. La viuda del difunto le aseguró al inspector encargado del caso que había sido Isaac Jiménez quien lo había asesinado.

Por la mañana el inspector reunió a siete hombres, todos ellos solían ser clientes habituales del Jomer. Lucía conocía a la mayor parte de ellos por haberlos visto entrar y salir del local en compañía de Isaac Jiménez en varias ocasiones. Los hombres estaban tiesos como soldados de infantería alineados en la acera, frente a la cafetería.

— ¡Por favor, señores, miren al frente! —Ordenó tajante el inspector.

Luego, dirigiéndose a Lucía, preguntó:

— ¿Ha sido este?

La niña se quedó mirando hacia el primero de los sospechosos. Era un hombre de unos cincuenta y pocos años, de pelo grisáceo, fino bigote, vestía elegante a pesar de la rudeza de sus facciones, se llamaba Pablo Álvarez Gómez.

— ¿Fue él? —, preguntó el inspector.

—No —respondió Lucía, el corazón le latía con fuerza dentro de su pecho de juguete.

El siguiente era un hombre corpulento de unos cuarenta y cinco años con antecedentes por tráfico de drogas, sobre todo heroína. Era conocido por su apodo, Don Silvio. Su nombre verdadero era Jesús Alonso Aurelio.

— ¿Fue él? —preguntó de nuevo el inspector.

—No —respondió Lucía observando con calma las feroces cicatrices del rostro de aquel hombre.

El número tres era un hombre muy mayor cuyas lentas redondas le daban aspecto de intelectual, había ejercido de periodista deportivo, tras jubilarse Peluso lo había contratado como crupier por su destreza repartiendo cartas. Todos le conocían como Abellás.

Tras reconocerlo, Lucía negó una vez más.

El cuarto era Ramón González, también conocido como Tío Sam era funcionario y entrenador de alevines; además de un consumado especialista en las máquinas tragaperras. Solía traficar con maría en sus ratos libres. Lucía negó de nuevo.

El quinto, era un tipo increíblemente alto y fuerte. Se encargaba de la protección personal de Isaac Jiménez. Lucio Sánchez, además de ejercer de guardaespaldas particular de Peluso era un estupendo corredor de apuestas. Lucía lo miró asustada mientras realizaba un nuevo gesto negativo con su pequeña mandíbula, luego llegaron los dos últimos hombres. Se trataba por supuesto de los mandamases de la banda.

Diego Suances e Isaac Jiménez intercambiaron sendas miradas de temor.

Lucía se colocó frente a Diego. Su corazón ahora latía con tal fuerza que cuando el inspector preguntó, «¿Es este?» estuvo a punto de desfallecer; sin embargo, en vez de ello trató de tranquilizarse. Contuvo la respiración y mirando fijamente a Diego a los ojos negó de nuevo, para encontrarse de repente cara a cara con el verdadero asesino, el hombre que en un futuro cambiaría su vida para siempre. Solo tenía que contestar con un gesto afirmativo y aquel hombre pagaría su crimen. Sin embargo, Peluso era muy guapo. Desde niña había deseado tener un novio como él, vistiendo esos trajes tan caros, con aquellos ojos azules de Robert Redford, conduciendo deportivos de lujo. Era su ídolo, de mayor ella quería ser como él: Un gánster. Por unos segundos Lucía se quedó mirándolo como hipnotizada, por lo que el inspector se vio obligado a repetir de nuevo la pregunta:

— ¿Fue él, Lucía?

—No —dijo Lucía dirigiéndose al inspector.

— ¿Estás segura? —añadió el policía.

Lucía miró de nuevo hacia Isaac. Estaba radiante con sus cabellos dorados rozando su delicado cutis.

—No es él —, dijo al fin tras una breve pausa.

— ¡Vamos, señores! ¡Lárguense! —, ordenó el inspector.

Los hombres se disolvieron perdiéndose en el interior del Jomer. Lucía corrió hacia su casa. Su padre la esperaba en la entrada del piso. Abrazándose a sus rodillas la niña rompió a llorar.

—Sea lo que sea lo que hayas dicho, ¡mi niña!, seguro que ha sido lo correcto. Todos debemos actuar según nuestra conciencia. No quiero volver a verte jugar en ese parque. ¿Has entendido, mi

niña?

—Sí, papá.

A Lucía no le interesaba la forma de ganarse la vida de su padre. Conducir un camión era una manera muy absurda y aburrida de hacer turismo. El colegio tampoco le interesaba demasiado, nunca creyó que se pudiese llegar a algo en la vida mediante sacrificio personal. Los únicos libros que le gustaban a ella eran las novelas de aventuras y policíacas, especialmente las de Agatha Christie. Ella no compartía las mismas aspiraciones que sus amigas Mireia, Susana y Ruth, que de mayores querían ser periodistas; su sueño era llegar a ser ladrona de joyas. Solo abandonaría aquel sueño años más tarde, cuando descubrió que traficando con drogas se ganaba más dinero.

Lucía hizo caso omiso de las órdenes de su padre, respecto a frecuentar de nuevo el parque, mientras su padre se pasaba semanas fuera de casa realizando largas rutas con el camión, ella jugaba con sus mejores amigas a la salida del colegio, especialmente le gustaban los columpios y los toboganes de forma cilíndrica. Pasaron cuatro largos años. Lucía se había transformado en una atractiva adolescente de metro setenta, de facciones delicadas, bañadas por una media melena. Hacía algún tiempo que había dejado de bajar al parque para jugar en los columpios. Ahora lo hacía para sentarse con sus amigas en un banco de madera y fumar a escondidas tabaco rubio e incluso si había suerte algo de costo o maría.

¿Por qué no estudias más? —preguntó Susana una calurosa tarde de otoño a Lucía.

Susana vestía una falda a cuadros y una camiseta negra. Era casi tan alta como Lucía e igualmente atractiva.

—Odio ese asqueroso colegio. Me gustaría ser alguien importante. Nadie se ha hecho millonario trabajando —respondió Lucía.

— ¿Es qué no tienes otros valores? —preguntó de nuevo Susana.

—Para mí lo único que tiene valor es el dinero —contestó Lucía.

Ruth era la más bajita de las tres. Era morena, igual que Lucía y Susana. Mireia a diferencia de sus amigas no fumaba y apenas bebía alcohol. Además era la única rubia de la pandilla y la más alta de las cuatro. Mireia era seis años mayor que sus amigas, por eso, sin

quererlo, se había convertido como una especie de madre para el resto de las chicas.

— ¿Por qué os llaman en clase las Amebas? —preguntó Lucía dirigiéndose a Susana y Ruth.

—Es envidia, contestó Ruth. Como siempre estudiamos juntas, las respuestas que sabe una también las conoce la otra, por lo que siempre sacamos notas parecidas en los exámenes.

— ¡Ah! ¿Por eso os comparan con esas células mutables?

—Sí, un apodo muy científico, que no nos desagrada en absoluto —contestó esta vez Susana—. Somos como hermanas gemelas, harina del mismo saco.

—Yo prefiero tener identidad propia —replicó Lucía.

—Sí, por eso sacas notas tan mediocres. Es más, si no fuera por la insistencia de tu padre ni siquiera sacarías adelante los cursos —la atacó de nuevo Susana.

—Tengo otras aspiraciones más elevadas que sacar matrícula de honor, me conformaré con acabar el instituto. Prefiero emplear mi tiempo en algo más emocionante que acaparar conocimientos inútiles. He pensado en comenzar a trabajar para Isaac Jiménez.

—Estás loca —repuso Susana—. No admitirán a una mocosa como tú entre su pandilla elitista.

—Sí lo hará —añadió Lucía—. Estará encantado, me debe un favor desde hace años y es hora de ir a cobrarlo. Solo os diré que le salvé el cuello una vez. A partir de aquí, no os daré más detalles. Hoy pienso entrar en su local y pedirle trabajo.

—Tu padre te matará —intervino Mireia.

—No tiene por qué saberlo. Mi viejo es un hombre muy anticuado. Yo aspiro a mucho más en la vida que ganarme el pan honradamente. Al que le guste trabajar que trabaje. La gente siempre se empeña en hacerlo difícil. Es mucho más productivo, por ejemplo, ser funcionario o político.

—Sí, pero para eso también hay que estudiar —dijo Susana.

—Sí, pero solo lo necesario. Continuaré con los estudios.

Encontraré la forma de ir superando los cursos, aunque para ello deba sobornar a algún profesor.

— ¿Cómo hiciste con el de química en los exámenes de septiembre? —preguntó Susana.

—No me importa explotar mi cuerpo —contestó Lucía

Aquella tarde ella y Mireia, se dirigieron hacia el Jomer, mientras Susana y Ruth desaparecieron camino de sus respectivos hogares. Lucía vestía unos jeans ajustados, una blusa blanca y una cazadora vaquera a juego con los Levi´s. Mireia llevaba una minifalda negra y una camiseta blanca con la publicidad de Estrella Galicia, se sentaron en la barra en un par de taburetes altos, pidieron dos Coca Colas, ambas fijaron la vista en la mesa del fondo, a través de un pequeño biombo de tela roja apenas se distinguían los rostros de Isaac Jiménez, Diego Suances, Don Silvio y Ramón González. Este último se percató de la presencia de las chicas y avisó a Isaac. Isaac comentó algo con Don Silvio. Este puso su musculoso cuerpo en movimiento. Llevaba una camisa de seda azul y unos pantalones de vestir negros, del cuello le colgaba una cadena con un Cristo bizantino de oro macizo, igual que el resto de la chatarra que adornaba sus dedos.

Se acercó a las chicas sigilosamente y solo se detuvo al encontrarse cerca de la más jovencita. Lucía se asombró de su corpulencia. A pesar de que lo había observado varias veces, nunca lo había visto a tan corta distancia. Debía tener sobre unos cuarenta y cinco años, la piel tostada y los cabellos oscuros.

—Niña, el jefe quiere verte —dijo con voz bronca y varonil, en un tono que parecía, más una orden que no admitía reproches, que una sugerencia amistosa.

Isaac le hizo un hueco a Lucía para que tomase asiento a su lado.

—Esta es mi chica —dijo—. Todos estamos en deuda con esta joven valiente, seguro que su padre estará orgulloso de ella.

Lucía debía jugar bien sus cartas. Llevaba mucho tiempo esperando aquella ocasión y tal vez no volviese a presentarse, así que optó por dejarse de preámbulos y fue directa al grano. Mirando a los ojos directamente a Peluso con una frialdad impropia de una chica de su edad dijo:

—Estoy a tu servicio para lo que haga falta. Lo único que te pido es que me des una oportunidad. Igual que no te fallé hace cuatro años, no te fallaré esta vez. Necesito trabajo. Tú conoces gente importante, puedo mover material. Seré la mejor correo que hayáis tenido jamás. Haré lo que haga falta. También puedo vender, comprar mercancía... ya me entiendes.

Los cuatro hombres quedaron anonadados, como sujetos a sus asientos por unos brazos invisibles. «Aquella mocosa los tenía bien puestos», pensó Diego Suances.

—Este hombre —habló Peluso en referencia a Diego Suances —, es un gran amigo, como un hermano para mí. Él puede iniciarte en nuestros negocios, pero debo advertirte de que no son pizzas lo que repartimos.

—Isaac —dijo Lucía —, te aseguro que no he venido aquí a lavar platos, ni a repartir chocolatinas, ni quiero acabar catorce horas metida en la cabina de un camión como mi padre. Sabré asumir los riesgos, no tengáis dudas.

—De momento —habló Diego—, puedes ocupar el puesto de un correo, que hace tiempo quiero desprenderme de él. Llevarás envíos pequeños. Debes tener cuidado con la familia y con la pasma, te pagaré cinco mil por viaje. Te prestaré una motocicleta. Debes tener claro que a ninguno de los que estamos aquí esta tarde nos conoces de nada. Si te cogen es tu marrón. También deberás darnos un número de móvil. Nunca jamás nos llamarás, ya nos pondremos nosotros en contacto contigo. Si eres una chica inteligente, abrirás una cuenta en un banco y no irás por ahí haciendo gastos fuera de lo normal ni llamando la atención, todavía eres menor de edad. No nos interesan problemas. —Diego hizo una pausa para darle un trago largo a su vaso de agua—. Por lo demás ¡Bienvenida a casa! —añadió alargándole la mano.

Lucía tomó aquella robusta mano de aquel hombre entre sus diminutos dedos. Acababa de cerrar un trato que significaba el adiós a su aburrida e insignificante existencia, por otra mucho más digna y fructífera. Ramón González se secó el sudor de la frente no dando crédito a lo que acababa de presenciar. Tenía la impresión que de seguir así, aquella chica llegaría muy lejos algún día.

—Bueno caballeros —dijo Lucía levantándose de la mesa y despidiéndose uno a uno del resto de la pandilla —. Mi amiga me espera, no conviene llamar la atención. Les dejo mi número de

móvil —anotó el número con un boli negro en una servilleta—. Muchas gracias. Tengo la impresión de que algún día haremos grandes negocios juntos.

—Estamos aquí para servirte, princesa, —dijo Isaac en tono de despedida.

Los cuatro hombres volvieron a sus asuntos. Jamás imaginaron que sus destinos volvieran a cruzarse de nuevo en el camino de aquella joven morena de aspecto tierno y salvaje, que años atrás había librado a Isaac Jiménez de pasar una buena temporada en la sombra, entonces tampoco sospechaban que en un futuro no muy lejano Lucía Márquez se convertiría en uno de los personajes más importantes de la historia del narcotráfico de este país.

6 — Algunos cuentos de Mireia.

Mireia Martín se pasa los días escribiendo a un ritmo frenético. En su cuarto, al anochecer, apaga su ordenador y abandona la herrería para irse a casa de Nicolás. Esta noche retozan juntos como dos gatos pardos sobre el sofá de cuero marrón, mientras escuchan el crepitar del aceite como si fuese el fuego artillero de una brigada republicana, resistiendo el avance de una división falangista desde un observatorio privilegiado, en lo alto de la sierra de Cavall, durante la batalla del Ebro. El enemigo cae frito a balazos. Son dos chuletones de buey los que sufren en sus carnes el peso de la metralla. Nicolás besa con ternura la blandura del cuello de cisne de Mireia. Del techo cuelga una lámpara cubierta de una tela estampada, con las siluetas de tres patos de colores, rojo, azul y amarillo.

Ella abre los botones superiores de su camisa negra azulada, facilitándole el paso al cuello, hasta que deja a la vista el fino hilo de su sujetador. La blancura de sus senos parece explotar en su interior. Luego le acaricia suavemente los cabellos, revolviéndole el pelo con la punta de los dedos, buscando una autopista por la que poder introducirse en su mente. Él besa ahora el canalillo, a través del cual se deslizan reptando diminutos soldados de infantería. Son legionarios, hombres curtidos en muchas batallas. Desde la vitrocerámica les dispararan ahora un batallón de ametralladoras escupiendo balas. Ratatatatata, sin cesar. A Mireia no le queda otro remedio que levantarse para tratar de detener el fuego. Lo hace reduciendo la potencia del fogón. La estrategia ha dado resultado. Pronto los disparos dejan de escucharse, ahora la carne se hace a fuego lento. El crepitar, ahora, se asemeja más al armónico sonido de los motores de un carro de combate. Ella regresa al sofá. Él ha destapado una botella de Albariño. Derrama el contenido en dos copas de color azul vidrioso. Se escucha el chasquido de los recipientes de cristal de Bohemia al chocar. Chin, chin, brindan por un futuro desconocido e incierto, a la vez que vacían las copas de un sólido trago, antes de que sus labios se fundan en un largo y húmedo beso, que se prolonga durante varios segundos.

Luego se levantan. Mientras ella coloca la carne en una bandeja entre un puñado de patatas fritas, él colabora aderezando una

ensalada de atún. Poner la mesa también es cosa de él. El mantel de plástico cuadriculado no hace honor a tan exquisito manjar. Ella se lo reprocha. Él asiente. Todavía está muy lejos de estar a la altura de esos pequeños detalles, que hacen del hogar el lugar más adecuado para una velada romántica. Detalles como un par de velas sobre la mesa, una vajilla adecuada, a ser posible con detalles dorados y sobre todo un mantel de tela bordado a mano. Al menos, tiene la delicadeza de servir la cena. Mireia cree que él no se esfuerza más porque no está realmente enamorado de ella. Una vez más, parece que la sombra de La Reina planea sobre ellos. Pero esta noche Nicolás se muestra especialmente cariñoso. Mientras cenan, charlan amigablemente sobre unos cuentos cuyos protagonistas son Isaac Giménez y sus hombres que Mireia había publicado en el diario "La Región" durante los primeros domingos del 2003. Nicolás estaba muy interesado en volver a leerlos.

—Todavía los guardo en un cajón. Gustaron mucho en el entorno del famoso entrenador Isaac Jiménez; más conocido en el mundo del balón pie por el apodo de Peluso.

Había sido el mentor de La Reina, cuando esta era joven. Su empleo como entrenador de fútbol, se sospechaba había sido desde el principio una tapadera perfecta para sus sucios negocios. Se comentaba un posible oscuro pasado de Peluso, en el mundo del narcotráfico, aunque esto nunca había sido probado. Muchos aseguraban que Isaac Jiménez había sido como un segundo padre para Lucía Márquez. Isaac le había aconsejado en varias ocasiones, que abandonase el mundo del narcotráfico y se matriculase en periodismo, siguiendo el ejemplo de sus amigas. «Nosotros, somos demasiado viejos para cambiar. En cambio tú todavía tienes toda la vida por delante», le había escuchado Mireia, decirle en una ocasión. Tras la cena, Nicolás se acomodó en el sofá para leer los famosos artículos, con tensa calma, mientras Mireia limpiaba la cocina.

La Región, domingo, 5 de enero de 2003

Qué más daba, si tres ex entrenadores de las categorías inferiores del Club Deportivo Orense, Peluso, Ramón González y Diego Suances se transformaban en cuervos, sobrevolando el Monte de Santa Águeda, zafándose del paisaje con acrobática gracia. En busca de una presa fácil en el extenso mapa de la fragua con la que poder alimentar su ya crecido ego. Trazando en el aire agresivas maniobras, Peluso se colocó a la cabeza del grupo, agitando las alas con armónica gravedad como

dirigiendo a su equipo en un entrenamiento matinal, mientras sus admiradoras lo observaban atónitas desde la grada. Peluso era un cuervo muy temperamental, por lo que era raro encontrarlo quieto sentado en el banquillo. Era raro el partido en que no entraba en una lucha dialéctica con el linier, que en ocasiones continuaba en la ducha.

—Pero ¡Por dios!, si fue un fuera de juego como una casa. Si hasta lo vio el acomodador del cine.

—Siéntese y cállese— le advirtió el larguirucho linier con cara de nenaza.

Peluso volvió a sentarse en el banco, refunfuñando. «Luego se quejan de que no ganamos un partido, así no me extraña». No cesaba de dar gritos de ánimo a los suyos con los típicos tópicos: «Ánimo chavales», «con cojones», «arriba», «ya son nuestros».

Una dura entrada sobre un delantero de su equipo, que hasta Stevie Wonder habría visto como claro penalti, fue sancionada por el obtuso árbitro, que parecía sufrir una extraña miopía aquella mañana como falta al portero. Peluso, impulsado por sus cabellos dorados, saltó como un resorte del asiento. Moviéndose nervioso a lo largo de todo el banquillo totalmente fuera de sí, mascullando una serie de injurias en un extraño dialecto, que por suerte el juez de línea no acertó a descifrar. Desde luego si aquello fuese un western el árbitro sería el mayor de los forajidos, pues les estaba robando el partido como si se tratase de lingotes de oro. Peluso echó la mano a la pistolera, para sacar el arma y disparar los últimos cartuchos de su pisoteado orgullo, antes de dar por perdido el partido, cuando solo faltaban cinco minutos para el pitido final.

— ¡Vamos chavales, todos arriba!

Ninguno de los más de doscientos espectadores se explicaba de qué clase de pizarra imaginaria había sacado Peluso las hilvanadas jugadas de estrategia, que hicieron posible la victoria de su equipo aquel glorioso día. El caso fue que aquellos tres valiosos puntos le sirvieron al equipo para mantener la categoría y Peluso fue llevado a hombros hacia el vestuario como Cesar en los tiempos de Roma, pues se había convertido en algo más que en un profeta en su tierra. Él era el verdadero salvador.

— ¡Dios salve a Peluso! —Saludó Pilatos, sin su túnica con el pelo a lo afro y la mirada perdida en las nalgas de una chica de manga —. Eres el auténtico salvador del pueblo. En vez de ese extraño figurín que colgaba en la escuela sobre el encerado, clavado de pies y manos con

una corona de espinas en la cabeza y que tanto le había asustado de pequeño, con todas esas heridas y esa sangre resbalando como gotas de lluvia por su cara y un letrero que anunciaba con letra dorada INRI a sus pies. Aquel día, Peluso hizo algo muy grande, por lo que los demás cuervos lo coronaron rey de Galicia.

— ¡Dios salve al Rey!

—Eres el salvador.

—El único.

—El incomparable.

—Estábamos con un pie en la regional y nos has devuelto a la nacional. ¡¡¡¡¡Oeee, oe, oe, oe, oe, Peluso o rei!!!!!

Se escucharon cánticos a través de toda la ciénaga. Sueco y Moncho, sus colaboradores, se encontraban felices el día de su coronación y Peluso lanzó unos cohetes desde la Plaza de San Juan Bosco, para celebrarlo con su mujer Susana, picoteando en su sobaco, antes de despegar sobrevolando los tejados de la calle Concejo camino de la Plaza del Hierro.

— ¡¡¡¡¡¡Oee, oe, oe, oe, oe Peluso é o rei!!!!!!!

El rey de Galicia presentose galante y orgulloso sobre una rama del colgante Puente del Milenio, para contemplar con orgulloso talante su vasto reino. El reino de la nacional, la máxima categoría de los juveniles en el Fútbol español.

—Y el próximo año la Liga —le canturreó sueco al oído con afanada inquietud. Luego Moncho añadió:

—Eres el Salvador.

—Los verdaderos salvadores son los jugadores —dijo Peluso cansado de tanta adulación. Había tenido a sus órdenes una gran plantilla. Eran unos cuervos estupendos. Los contempló con orgullo, brincando sobre la serpenteante pasarela metálica que bordeaba el puente como una gigantesca anaconda.

La Región, domingo, 19 de enero de 2003

Dos cuervos, garabateando pinceladas sobre lienzo en el resquebrajado azul cielo, reconociendo el terreno, acuarelas de difusos

colores, describían un paisaje de la Galicia salvaje y profunda, dibujado en los pergaminos del tiempo. Don Silvio alza la cola como educada ardilla en señal de cautelosa ¡Bienvenida! Saludando al rey del cielo.

—Buenos días, Don Silvio.

—Buenas Peluso.

— ¿Qué tal todo por ahí abajo?

—Todo bien, como siempre, Don Silvio —. El gran Jefe de los seres trepadores roe con destreza una enorme bellota, que rima con carnota, tiene mucho de poeta y algo de orador.

Pues, por algo es mitad ardilla mitad humano. Sentado sobre una rama conversa con el rey del cielo.

—¿Has leído algo nuevo, poeta?

Peluso está harto de volar por las cumbres, desfiladeros sin nombre y acantilados abandonados.

—He leído algo de Manuel Rivas. Gran narrador y Poeta, desde luego no se le ha sabido reconocer todavía fuera de Galicia como es debido, aunque su grandeza crezca cada día.

Don Silvio muestra varias hojas, garabateadas con agarimo sobre las que se puede leer varias frases de "El lápiz del carpintero".

—Eres un plagiador —añade el rey de los cuervos.

—No, solo trato de sacar algunas frases que me den ideas para acoplar a mis historias. Eso lo hacen todos, pero las modifico y cambio los significados. Así es como puedes llegar a algo. Me pregunto a quién leerá Manuel Rivas ¿Qué métodos utilizará para triunfar? Es difícil meterse en la cabeza de otro. Llevo años escribiendo, he leído a todos.

He copiado frases de todos, que la mayoría terminaban en el fango, pues no se acoplaban a mi historia. Comencé mil novelas, pero me sentía limitado, como prisionero entre las celdas del argumento, las descripciones de los personajes, el entramado mismo de la obra, así como el desenlace final. No eran más que celdas para mí, cuyos barrotes no lograba traspasar. Me sentía como si mi creatividad se agarrotase, como la monotonía de las gotas de la lluvia. Historias de amor, asesinato, intriga, espionaje, sexo. Todas iguales, pocas me impactaron. Hasta que leí "Llamadas perdidas", "En salvaje compañía". Entonces

comprendí. Estaba demasiado ciego con la basura que llenaba las librerías con libros de Stephen King, Anne Rice y las típicas americanadas. No es que fueran malos, todos ellos me enseñaron mucho. Pero al mismo tiempo necesitaba librarme de ellos. Los apilé formando una enorme torre Eiffel y les prendí fuego.

Era hora de romper con mi pasado, dejar de vagar por las ciénagas de la ficción y regresar a la realidad, de vuelta a casa, a los bosques, a los parapetos del tiempo. Así fue como elegí ser ardilla. Y abrió otra hoja Don Silvio sobre la que garabateó un poema: Éramos mitad ardillas, mitad humanos, y estábamos continuamente metiéndonos mano. Peluso y el Sueco lo observaban atónitos: desde luego era un gran orador, un poeta del bosque. Don Silvio alzó la cola. Esta le hizo elevarse como un aeroplano volando sin motor de un roble a otro. Peluso y sueco ya se encontraban sobre los tejados del bosque. El rey del cielo hizo un doble giro en memoria de Rosalía de Castro, la más grande.

Huyendo del fulgor literario, Don Silvio devoraba como bellotas las páginas de una novela de Charles Bokowski, comiéndose la E, luego la R; después de mascarla se tragó la E de golpe, se zampó las dos CC, para terminar con las siguientes letras, que completaban la palabra ERECCIÓN. Iba por la página noventa y cuatro y todavía le quedaban ciento cincuenta más.

— ¡Bah!, puto Bukowski, ¡vaya borracho salido! A cualquier cosa le llaman literatura. Arrogantes yanquis, que se creen los jefes del mundo, pues que se enteren que aquí en Galicia, escondidos en este maldito bosque, moran los más antiguos narradores con más de una centena de siglos de vida. Ocultos entre los castros celtas, como profetas de otro tiempo, y maestros de esta década en la que, Galicia, se une, para reivindicar su independiente, creativa y febril narrativa. Tras los siglos oscuros llegó la hora de devolver el poder a nuestros ancestros — sentenció Don Silvio mientras pasaba las páginas de una obra maestra de Vicente Risco con su peluda cola.

La Región, domingo, 26 de enero de 2003.

A más de treinta metros de altura, Peluso aminoró su velocidad, hasta que el viento no fue más que un suspiro en su cara, susurrándoles dulces palabras de amor a sus veintidós aves secuaces, que formaban la plantilla completa de los juveniles de Club Deportivo Ourense. La mayoría de los cuervos no se molestaban en aprender las maniobras de vuelo más fundamentales, era jugar al fútbol lo que más les importaba:

la técnica del pase y del regate, así como la conocida bicicleta del Sueco, que habían practicado conocidas figuras de la Liga Española, como Ronaldo y Denilson. Pero a Isaac Jiménez, más conocido por todos como Peluso, no le importaba demasiado ser entrenador de fútbol, sino volar, esa era su verdadera afición. Esa forma de pensar le hacía especialmente popular entre sus jugadores, pues dirigía a su equipo desmarcándose de ellos volando a ras del césped, con las patas pegadas con aerodinámico gesto contra su cuerpo, consiguiendo fama de escurridizo: esto le hizo ganarse el apodo de "El Barón".

— ¿Por qué no entrenas como los demás entrenadores? —Le regañaba su ayudante, Sueco—. Mira, volar es muy bonito, pero no se pueden meter todos los goles de cabeza, hay que tocar también el balón con los pies.

Peluso lo intentó obedientemente, así que los siguientes días los pasó corriendo la banda en vez de volando como los demás jugadores, pero estaba ya demasiado gordo para aquello, así que lo olvidó todo y decidió dedicarse solo a dirigir al equipo. No pasó mucho tiempo para que Peluso volviese a dirigir los entrenamientos de su equipo desde el cielo, cambiando la carrera continua por los planeos a una altura de doscientos metros, aleteando con todas sus fuerzas. Sobrevoló los valles de Vilarchao dirección Orense, en menos de ocho segundos voló a más de ochenta kilómetros por hora, velocidad a la que las alas comenzaron a dolerle. Aun así, aumentó su velocidad a ciento veinte, para exprimir más a sus secuaces. Fue entonces cuando debido a su alta velocidad cayó en picado dando bandazos sin control.

— ¡Ya se lo dije yo, jefe, que usted ya no está para estas exhibiciones! —le riñó el Sueco, mientras Peluso caía sobre las tranquilas aguas del Miño dándose un pequeño chapuzón cerca del embalse de Velle.

Se elevó de nuevo para perseguir a Don Silvio, que hizo su aparición en el Puente Nuevo a lomos de su caballo POSEIDÓN, cabalgando entre los coches hasta alcanzar la calle Curros Enríquez. Luego enfiló por la Avenida de la Habana, entrando a trote en el Pabellón Municipal de los Deportes, saltando el control de la puerta para colarse en el túnel que conducía directamente a la piscina; la única de toda Galicia con medidas olímpicas. Se apartaron asustados los bañistas, mientras él por un lado y el caballo por otro, se zambullían en las cloradas aguas, perseguidos por los silbatos de los guardias de seguridad del Pabellón que corrían alucinados.

La Región, domingo, 6 de febrero de 2003.

Don Pablo con su cara de búho, se había convertido en una especie de ave de visión nocturna. Por el día, paseando por la Ciudad Forestal, veía a todas las damas vestidas elegantemente con sus plumíferos y sus corsés. Por las noches, su cambiante visión acelerada por supuesto por su renqueante ritmo cardíaco, contemplaba esas mismas misteriosas aves, desnudas, sin ropa y altamente sexys, con la tensión de un cable eléctrico, su pene de pajarraco se disparaba como un fusil de miliciano.

Escuchaba el tick tack de su corazón como el sonido de un acompasado tam tam, en medio de la espesa jungla del vello púbico de las señoras.

Peluso entró en la taberna del bosque con su señora, alta, delgada, rubia y joven, con los ojos de las muñecas de Famosa y la figura de la cantante mejicana Paulina Rubio, que se desdoblaba dando saltos al vacío sobre el escenario de neón del firmamento televisivo. A Abellás se le erizarían las púas, de ser un erizo, pero al tratarse de una mofeta, extendió su apestoso olor por todo el local, mirando hacia la pantalla en el plano tridimensional, que desprendían los tubos catódicos en el interior de la caja de madera marca Sanyo. Don Silvio se relamía viendo la actuación de la mejicana con sus pantalones de cuero súper ajustados y sus apetecibles huesos, moviéndose sobre las luces de neón del estadio de Riazor.

— ¡Qué buena está! —dijo Manuel Marquina, el juez, con sus ojos de raposo polar sobre la divina cintura de la cantante.

— ¡Tú no entiendes de mujeres! —protestó Don Silvio, cuya ausente novia tenía una cintura que parecía la de un camionero.

—Me comería esos huesos uno por uno, hasta hacer un caldo en un gran pote de erotismo. Voy a tener que dejar de traer a mi mujer por aquí con esas ideas que tienes de pervertido —dijo Peluso a Don Silvio

—No te preocupes, amigo, yo ya tengo a Marisa y con ella ya tengo bastante; aunque sea un poco culona, psicológicamente, es la ardilla más atractiva del bosque. Hasta con minifalda está guapa, con su rostro blanco, como la leche asturiana.

Abellás, que todavía no había encontrado pareja, se pasaba el tiempo ojeando en la revista MAN, las mejores mofetas desnudas del mundo. Pero al mismo tiempo sin quitarle el ojo al escurridizo cuerpo de Paulina a la que le estaba apeteciendo darle un pequeño mordisco.

Nicolás dejó a un lado, la lectura de los relatos de Mireia ¡Eran

fantásticos! Eres la mejor, le dijo al oído, mientras le introducía la lengua en el lóbulo de la oreja izquierda, ella se estremeció, entre suspiros.

— ¿De veras te gustaron mis cuentos? —preguntó Mireia.

—Son maravillosos, dicen que Peluso abandonó el tráfico de drogas por el fútbol — comentó Nicolás.

—Realmente no está claro que lo haya hecho. Por lo que sé sus ingresos se los debía, más a las apuestas y al juego, que al narcotráfico. Los narcóticos eran más cosa de la banda de su colega y ayudante, uno de los camellos preferidos de La Reina, conocido como “el Sueco”, aunque su verdadero nombre era Diego Suances.

—Otro de los personajes de tus cuentos ¿Qué me dices de Don Silvio y el resto de los protagonistas?

—Pienso que están limpios; solo los relacioné con Isaac, porque solían frecuentar el café que este regentaba. Si quieres mi opinión creo que Isaac nunca estuvo demasiado metido en el negocio de las drogas, que este no es más que una leyenda urbana como otras tantas que circulan por la ciudad. Era un tipo con demasiada clase para mezclarse en ese mundo, él, que lo consideraba marginal y peligroso. Él solo se encargaba de presentarle a Lucía a los jefazos, que realmente llevaban el negocio. Así conseguía La Reina sus contactos. A cambio de que nunca se realizasen ventas o transacciones en su local, quería mantenerse al margen de correr cualquier tipo de riesgo y al mismo tiempo beneficiarse de la adicción al juego de muchos de los camellos a los que luego La Reina vendía la mercancía.

—Isaac era inteligente, dudo que dejase de pasar la oportunidad de ganar dinero a cuenta del narcotráfico ¡No seas ingenua! Desde luego es un tipo singular que destaca por su ambigüedad, como una especie de gánster culto: un personaje ideal para tus cuentos, no me extraña que ganases algún premio con ellos —comentó Nicolás.

—Sí, conseguí mezclar realidad y ficción ¿Te imaginas despertarte algún día convertido en un ciervo?

—Eso te ocurrirá algún día como sigas saliendo conmigo —dijo Nicolás en alusión a la cornamenta.

— ¿Por qué?, sigues pensando en ella ¿Verdad? —preguntó Mireia en alusión a Lucía.

Nicolás no respondió. Se hizo un largo silencio, que pareció devorar parte de la luz extendida por la estancia.

—Tranquilo, lo comprendo. Te ayudaré, si eso es lo que quieres. Yo no quiero ser un obstáculo en vuestro amor. Mientras tanto, puedes seguir aprovechándote de mí todo el tiempo que quieras, no sientas remordimiento. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y tal vez no vuelva a ocurrirme nada tan bueno jamás. Si al final vuelves con ella los ratos que hemos compartido no nos los quitará nadie. Nicolás no respondió, parecía encontrarse lejos, inmerso en sus propios pensamientos.

Una hora más tarde, las llamas crepitaban en la chimenea alimentadas por gruesos troncos de madera, proyectando las sombras de los amantes sobre la pantalla de la pared. Ella, montada sobre el cuerpo del chico, aceleró sus movimientos hasta conseguir provocarle el clímax que precede a una fracción de segundo totalmente desprovista de pensamiento, un vacío mental total, unos segundos de clarividencia magistral, desembocando en una cadena de orgasmos, provocando el éxtasis masculino y por supuesto también el femenino. Mireia se separó del cuerpo de Nicolás, quedándose tumbada boca arriba sobre el sofá cama, con los ojos abiertos clavados en la nada del techo. No era la primera vez que hacían el amor en el salón. Les encantaba al finalizar el acto, quedarse allí tumbados boca arriba desnudos como Dios los trajo al mundo, contemplando las llamas, sintiendo el calor del fuego sobre su sudorosa piel.

Nicolás, frente a la posible salida de Lucía de la cárcel algún día, esperaba que no muy lejano; se sentía cargado de energía. Aunque, por una parte le dolía tener que abandonar a Mireia para regresar a los brazos de Lucía. Era una excelente amiga y amante. Sin embargo, le atraía enfrentarse a lo desconocido. Lucía era apasionada, más joven y hermosa que Mireia. Desde luego era difícil escoger entre dos joyas. Ojalá pudiera tenerlas a las dos, una de cada lado de la cama, haciéndolo feliz el resto de sus días. Pero esa posibilidad era algo utópica para ni siquiera llegar a planteársela. Mireia fue la primera en hablar tras la eclosión.

—Te contaré un secreto profesional.

— ¿Cuál?

—Cuando estuve con Mateo en la “Nautic”, cayeron en mis manos unos documentos que creí que carecían de importancia,

sobre un posible desembarco por la costa gallega de veinticinco mil kilos de cocaína.

—Sí, el día diez de agosto. Era un señuelo —la interrumpió Nicolás.

— ¿Cómo?

—Una operación fantasma para engañar a la pasma. La droga debió entrar por otro lugar otro día.

Esa noche, Nicolás le pidió a Mireia que le hablase de los viejos tiempos del Jomer, el viejo local que regentaba Isaac Jiménez, así como de todos los protagonistas de sus cuentos. Mireia todavía recordaba el Jomer con nostalgia. Siempre que viajaba a la ciudad no podía evitar pasarse a tomar una copa por el local. Todavía no lo habían reformado, desde la primera vez que había entrado en él con Lucía hacía doce años. Mireia se alegraba de que siguiese conservando el viejo mobiliario, que tantos buenos recuerdos le traía de épocas pasadas, desprendiendo aquel olor a lo viejo, antiguo, ese aroma que solo conservan las cosas mil veces manipuladas; pero que tienen el extraño don de mantener su encanto a pesar del desgaste que provoca en ellas como una lenta erosión su continuo manejo.

A Mireia le gustaba aspirar ese olor mezclado con el de las velas perfumadas con que Isaac acostumbraba a decorar las mesas del local. Estas eran cuadradas, sus tapas de ocho centímetros de grosor, las patas de haya maciza rectangulares de seis por ocho centímetros, atornilladas directamente a la tapa, casi en línea con las esquinas, respetando las aristas. Las sillas eran de aspecto robusto, construidas también en haya maciza a juego con las mesas e igual que estas eran obra de un carpintero local, amigo personal de “Peluso” y cliente habitual del Jomer. La barra era una mezcla de nogal y cristal a través del cual podían verse diferentes objetos como relojes de bolsillo, medallones de plata, monedas antiguas e incluso viejos artículos de periódico, entre los que figuraban los cuentos que Mireia había publicado en “La Región” y que allí se mostraban como un viejo tesoro escondido en una urna sobre la que se servían cientos de cafés cada día. La barra estaba situada frente a la entrada, tenía forma hexagonal dividiendo el local en dos partes casi simétricas. A su derecha, se extendía una docena de mesas donde se disputaban campeonatos de subastado durante el día e interminables partidas de póker por las noches. Al fondo había tres mesas de billar americano y dos de champolín. Sus tapetes eran de

un verde casi inmaculado. A la izquierda de la barra estaban las máquinas tragaperras. Las había con frutas de todos los colores y sabores, frutas que olían a dinero cuyo sabor no solía frenar el voraz apetito de los jugadores. Entre ellos, Ramón González, que solía pasarse tardes enteras sentado frente a las máquinas. Al principio solía suministrarle maría a Lucía Márquez, luego este dejó de traficar con ella para dedicarse más exclusivamente a la cocaína y la heroína, que aportaban mayores beneficios. Tras las máquinas se encontraban unos reservados, separados por unos biombos con detalles orientales, ideales para realizar reuniones de negocios de diversa índole. Allí solía reunirse Lucía con sus clientes y proveedores más importantes. Tras esos biombos se habían logrado acuerdos políticos y comerciales de diversa índole, que habían supuesto hitos importantes para la economía de la ciudad. Se habían comprado jurados y sobornado a jueces, entre ellos seguramente, Manuel Marquina, el encargado de llevar el nuevo juicio que tendría lugar el próximo diez de octubre contra Lucía Márquez.

El joven juez, Manuel Marquina, además de haber sido cliente habitual del "Jomer" desde su época de estudiante, —lo que por supuesto le unía una fuerte amistad con Isaac Jiménez y el resto de sus colaboradores—, también había mantenido en ocasiones esporádicas alguna aventura de alcoba con la misma "Reina", por lo que era comprensible que, a pesar de su fama de juez rudo y riguroso en el estricto cumplimiento de la ley, en el caso de Lucía Márquez, se mostrase más indulgente que de costumbre. Razones no le faltaban para ello. Era un hombre culto y muy instruido en las artes de lo penal; pero al mismo tiempo débil en asuntos de mujerío, juego o cuestiones etílicas. Ahora, dirigía uno de los juzgados más importantes de la ciudad y con la ayuda de Isaac Jiménez, Diego Suances, los amigos y políticos que estos tenían metidos en el bolsillo, no le resultaría tarea difícil seguir ascendiendo en su trabajo. Aunque para ello tuviese que someterse a pequeños caprichos de algún pez gordo de vez en cuando.

7 — La escena.

Cuando llegué a la escena del crimen, ya se habían ido la forense, la secretaria judicial y el juez. Lamenté no haber llegado antes pero el vehículo que me habían asignado no daba más de sí. Me presenté allí, vestido de paisano con unos vaqueros azules y una sudadera amarilla. Dos guardias me esperaban junto a la escena del crimen; lo que mis ojos contemplaron me dejó atónito. El cadáver de Lorena Vázquez descansaba sentado sobre el suelo de los vestuarios de la prisión, antes de caer había dejado una enorme mancha de sangre en la pared, contra la que alguien le había aplastado el cráneo; en el resto del cuerpo no se observaban signos de violencia de ningún tipo. Su uniforme permanecía impecable, salvo por las salpicaduras de sangre, mientras su rostro se conservaba inmaculado, dibujando una sonrisa como una especie de rictus tras la muerte.

El diagnóstico estaba claro: un número limitado, una o varias personas físicas la había reducido, tras someterla, golpeó o golpearon su cabeza con fuerza contra la pared, hasta desnucarla provocándole una muerte rápida y violenta, al parecer sin más testigos que las taquillas vacías y los platos de ducha ¿Sospechosos? En principio ninguna de las reclusas de esa institución, salvo una, Lucía Márquez, que al parecer tenía una coartada perfecta, pues se encontraba atendiendo la visita de su amiga Mireia Martín en el momento del asesinato. Puestas así las cosas, uno no sabe qué línea de investigación seguir. De momento, esperar a los de la científica a la espera de encontrar alguna huella o huellas, con las que atrapar a la responsable o responsables de semejante barbaridad. Al parecer, según el comisario, un caso cantado, por eso envió a su sargento más novato para que se fuera fogueando en el oficio. Por supuesto omitió un pequeño detalle, que el oficial en cuestión conocía a la víctima y que había mantenido relaciones sexuales con la posible asesina. Me alegré de que eso no fuese así, que Lucía Márquez, salvo que lograsen demostrar lo contrario, no tuviera nada que ver con la muerte de Lorena Vázquez.

—Un ajuste de cuentas —apuntó Joaquín Costa, el director de la prisión, un hombre calvo, con gafas de pasta negra que, le daban un aspecto de científico loco.

—Ojalá solo se tratase de eso. Ella era la mano derecha de Lucía Márquez. Temo que esto tenga algo que ver con el narcotráfico, —apunté al mismo tiempo que sentí como mi pasado en la brigada de estupefacientes por alguna extraña e incomprensible razón se obstinaba en perseguirme.

— ¡Cuánto mejor! —anunció el insípido director, que se esforzaba a marchas forzadas en caerme cada vez peor—. Ellos arreglan solitos sus propias cuentas. Una hija de puta menos en este mundo.

Aquel tipo era repugnante, peor que muchos delincuentes con los que había tratado ejerciendo mi profesión con más o menos honor y suerte. Pensé que porque su muerte estuviese relacionada con el tráfico de drogas no desmerecía ni un ápice de mi atención. Aquel muerto, con tan hermoso cadáver me pertenecía. Su mirada me decía que no descansaría en paz hasta que el culpable o culpables pasasen a disposición judicial y pagasen por el crimen que habían cometido. El caso prometía y me propuse llegar hasta el final, salpicara la mierda hacia donde fuera. Esas cabronas pagarían caro haberse cargado a un ser humano, pues si alguna cosa estaba clara en aquella penitenciaria era que los asesinos eran del sexo femenino, aunque tras analizar al facha del director de la prisión convenía no descartar a nadie. Eso incluía a los guardias o funcionatas que trabajaban entre los muros de la penitenciaria, a la espera de los resultado de los análisis de huellas, decidí aprovechar el tiempo entrevistándome con mi vieja amiga Lucía, más conocida por todos los miembros de esta institución por La Reina. Al fin volveríamos a vernos las caras. El destino se empeñaba en cruzar nuestros caminos sin que pudiésemos hacer nada para remediarlo.

Dicen que uno no habla con los muertos, hasta que los tiene delante, mirándote a los ojos te hacen ver que un día no muy lejano estarás en su lugar, agazapado con el rostro níveo, exangüe, pétreo; contemplando como el último aliento de tu vida se ha esfumado como el viento. Cuando llega ese día nunca estás preparado y menos si todavía eres demasiado joven. Has pasado los últimos años de tu vida en la cárcel y te quedaba todavía toda una vida por delante. A los veintiséis años Lorena Vázquez nos ha abandonado para siempre. No era una mala chica, al contrario, siempre fue una joven muy extrovertida de carácter y espíritu hedonista. Solo cometió el pequeño error de enamorarse de la persona equivocada, pero a quién no le ha pasado alguna vez; yo soy de los que cree que ya había pagado su delito con creces y no se merecía un final así. ¿Quién se lo merece?

Me sentía obligado a hacerle justicia; aunque el consuelo que obtendría con ello sería mínimo en comparación con el esfuerzo a realizar. Pero por mucho que me pesara este era mi trabajo. La satisfacción obtenida por detener a los culpables solo serviría para aliviar mi propia conciencia y reducir en parte el dolor de la familia, aunque realmente no era esto lo que me motivaba para realizar mi trabajo, sino la creencia de que al menos habría conseguido apagar para siempre la sed de justicia que la difunta pudiese albergar en lo más hondo de su alma y pudiese realizar el tránsito al otro mundo sabiendo que los culpables de su agonía habían pagado caro su crimen. Por eso aquella chica se merecía todo mi respeto. Cuesta muy poco tiempo planear y ejecutar un crimen, arrancar de cuajo una vida, que lleva tantos años gestar. Pero al contrario de lo que ellos piensan, la policía no tiene problemas con el tiempo pues tienen todo el del mundo para ordenar y registrar la información, que no es poca la que cae en sus manos. Este punto es el que los criminales olvidan cuando deciden acortar la vida de sus víctimas, dejando un montón de puertas abiertas para la investigación, de ahí la eficacia de los modernos cuerpos de la Guardia Civil a la hora de atar cabos y encontrar a los culpables; aunque a la hora de resolver un crimen no siempre el camino más directo es el más corto. Por eso el rostro de mis colegas de la policía judicial de Orense después de seis horas seguidas interrogando a Lucía Márquez era todo un poema, fumándose cigarrillo tras cigarrillo hasta vaciar cartones con la misma celeridad de un condenado a muerte. Y todo para no conseguir arrancarle ni una sola confesión, después de mantenerla despierta toda la noche, a pesar de que había llegado mi turno: al contrario de los métodos de tortura utilizados por mis compañeros, de presión continua sobre la sospechosa robándole el sueño y negándole el reposo, métodos estos tan efectivos en ocasiones como cualquier otro, decidí darle un descanso a la presa número 6328. Unas horas de sueño no le vendrían mal. Prefería hablar con ella cuando estuviese más descansada. Mientras tanto aprovecharía el tiempo estudiando la escena del crimen con más detenimiento. La juez ya había dado la orden de levantar el cadáver, por lo que solo quedaba una informe y enorme mancha de sangre decorando la pared del vestuario a la izquierda de las duchas. Difícil cuadro para un principiante. Después de examinar de nuevo una y otra vez el lugar y llegar a la conclusión de que no me aportaría nada nuevo dicho examen a la hora de arrojar algo de luz sobre los hechos acontecidos, mi siguiente paso fue dejar correr el falso rumor entre las presas de que la prisionera forzada por los duros interrogatorios había delatado a los verdaderos culpables de la matanza, sin

demasiadas esperanzas de que este truco diera resultado me dediqué a repasar el expediente de la difunta con detenimiento. Viuda de Julio Corcuera, un marido al que asesinó, perteneciente a una de las familias más famosas del narcotráfico gallego. Parecía un claro caso de ajuste de cuentas. Pero había varias cuestiones dudosas que me quemaban, me arrasaban en lo más profundo de mi garganta. ¿Tenía algo que ver su muerte con la operación "Nécora IV"? ¿Había ordenado Lucía su asesinato al descubrir que esta colaboraba con la policía? ¿O por el contrario, Lorena había colaborado con La Reina en engañar a la investigación renunciando a su libertad?

Esta última hipótesis se me antojaba muy improbable, pues el perfil de la difunta se asemejaba más al de una asesina convulsiva en un momento de furia incontrolada, asesinaba a su marido en un arrebato de pasión, que al de la típica colaboradora del narcotráfico. Pero a veces los clásicos patrones con los que funcionan determinados delincuentes sufren, sometidos a diferentes presiones, sorprendentes cambios de comportamiento. Seguía sin creer que ese fuese el caso de Lorena Vázquez, en paz descanse.

Un desayuno completo con cereales, tostadas, leche y Cola Cao; si encima va acompañado de unas torradas de manteca de vaca, siempre se agradece en medio de la adversidad: no lo ignoraba por eso me encargué de facilitárselo a mi querida amiga Lucía Márquez. Ella me lo agradeció con una sonrisa cordial, cuyos ojos no se molestaron en verificar cansados, adormilados y pendientes únicamente de la comida, la dejé comer con calma y comencé mi interrogatorio sin insistir a pesar de que la repetición también es una técnica policial, en las directas acusaciones y amenazas, que ya habían perpetrado mis colegas durante toda la noche, su interrogatorio me lo había resumido el brigada Sánchez con una parsimonia poco habitual en un agente de la ley, como un repaso a la clase de relación mantenida entre las dos reclusas en la cárcel, trataron de sonsacarle un motivo, si es que existía, por el que Lucía podría odiar tanto a Lorena como para ordenar su asesinato. Lucía no se cansó de repetir que su relación con su compañera de celda era cordial y afectuosa, que se sentía indignada con su muerte y que estaba dispuesta a colaborar con la justicia en todo lo que pudiese para ayudar a detener a los verdaderos responsables del crimen.

Me ahorré comentarle al brigada mi creencia en la más absoluta inocencia de Lucía y le di las gracias por su colaboración. Ahora la prisionera pasaba igual que el caso a mis manos, la brigada central de la capital de la provincia había mandado a uno de sus más

inexpertos miembros para resolver el caso en pocos días.

Lucía estaba otra vez después de más de ciento veinte días y cuatro horas junto a mí. El corazón se me aceleró. Sentí un pálpito, que solo su presencia tan pura e inocente, pues solo así se siente a la persona amada, era capaz de hacer brotar de lo más profundo de mi pecho. Sentí deseos de abrazarla. Pienso que ella sintió lo mismo, pues en cuanto terminó de comer el desayuno y decidió enfrentar la mirada, que hasta ahora me había ocultado ante mis ojos rompió a llorar. Lo hizo en silencio, sin que sus labios emitieran un solo sonido que delatara su llanto. Le hice llegar un kleenex. Qué otra cosa podía hacer por ella. La envidié por poder desahogarse. Quise llorar yo también por todos los días que no habíamos podido estar juntos y los que nos quedarían. Pero mi posición de agente de la ley me lo impedía.

—Tranquila —dije—. Sé que tú no eres una asesina. Me gustaría ayudar a demostrarlo pero necesito tu colaboración.

Ella tras secarse las lágrimas me miró con esos ojos con los que solo una inocente es capaz de mirar.

—Te lo juro, no he tenido nada que ver con su muerte. Yo la quería. Sé que colaboraba con vosotros, lo supe desde el principio pero ella no os delató. Nunca lo hizo. Yo monté una operación ficticia. En realidad, lo hice para ayudar a Mireia en su libro. Te juro que estoy limpia. No sé nada de veinticinco mil kilos de farlopa. Todo fue un señuelo, un engaño desde el principio.

—Me lo suponía —contesté. Aunque existiese o no un desembarco masivo de estupefacientes para satisfacer los apetitos expansionistas de las mafias rusas, ya no me importaba nada en absoluto. Ese no era mi terreno, ahora trabajaba en homicidios.

—Siento, que tú estuvieras involucrado en mi juego —dijo Lucia.

—Al contrario, me alegro de haber fracasado. Estoy muy contento de haberme pasado al departamento de homicidios, en el fondo, me parece más digno perseguir a asesinos que a narcotraficantes.

— ¿En serio? —Parecía sorprendida—. No lo sabía. Será un alivio no tenerte encima. Quiero que sepas que estoy limpia. En realidad soy inocente: jamás trafiqué y no tengo nada que ver con las familias. Mi ex novio Alberto fue quien colocó la droga en mi

piso. Mi abogado me ha dicho que el tribunal ha decidido reabrir el caso. Es posible que en el nuevo juicio que se celebrará el diez de octubre salga en libertad sin cargos.

— ¡No lo sabía!, ¡es fantástico! —Esta vez el sorprendido era yo —. Me alegro por ti, es una noticia estupenda.

Apagué un momento la grabadora. Lo que iba a decirle era algo que solo nos concernía a los dos.

—Quiero decirte algo muy importante ahora que nadie nos escucha, un día te dije que no estaba enamorado de ti. No es que te mintiera. En realidad sí te quería pero realmente no lo sabía. — Lucía trató de decir algo. Hice un gesto con la mano para que se detuviese—. No quiero que digas nada, te esperaré, sé que tú también me amas; volveremos a estar juntos muy pronto de una forma o de otra. Ahora debo poner de nuevo en funcionamiento la grabadora. No quiera despertar sospechas, ya continuaremos esta conversación en otro momento.

Pulsé de nuevo al play y proseguí con el interrogatorio. Deseé poseer pronto los resultados de los análisis del forense y la científica para desenmascarar a las culpables y dar carpetazo al caso cuanto antes. Pero por si las moscas, por si las pruebas dactilares fallaban, traté de abrir nuevas vías de agua en la investigación. A diferencia de mis colegas, por supuesto todos muchos más curtidos que yo en el cuerpo, decidí abordar menudencias, pequeños detalles que podrían llevarme a alguna pista concreta, como la marca de colonia que usaba la víctima o sus hobbies, entre los que para mi sorpresa se encontraba la lectura, su tabaco preferido, Malboro Light... Así, con calma, pregunta tras pregunta, fui haciendo una pequeña radiografía sobre los gustos de Lorena. Luego proseguí, entrando ya en el terreno personal. De principio Lucía poco me aportó, salvo que Lorena no se arrepentía en absoluto de haber asesinado a su marido. Más bien se sentía prisionera de las leyes de este país, donde la violencia de género solo se castigaba cuando ya era demasiado tarde para ello. Solamente una vez que la víctima se había transformado en un fiambre, la policía comenzaba a tomar medidas al respecto. Convine con gesto afirmativo, que por desgracia esto era así. Estas cosas no se solucionaban con una simple orden de alejamiento. Pero en el caso que nos incumbía, no se descubrieron pruebas de malos tratos; aunque según las declaraciones de Lorena Vázquez estos habían existido y probablemente fuese así. Sin embargo el juez creyó que el móvil del crimen había sido el adulterio: se mostraron sendas pruebas de que

el difunto marido de Lorena había mantenido relaciones sexuales fuera del matrimonio y que Lorena estaba al tanto de sus infidelidades. Según el Jurado los celos la empujaron a poner fin con la vida de su marido.

— ¿Cualquier otro pequeño detalle que puedas contarme, por pequeño que sea, alguna bronca con alguna compañera de celda por algún insignificante motivo? —pregunté, mirándola directamente a los ojos.

— ¡Bueno! Puede que no sirva de mucho, —dijo Lucía, —pero hace un mes más o menos, un lunes por la mañana, llegó un grupo de novatas, "carne fresca" como le llaman por aquí. En principio varias presas las amenazaron con las típicas babosadas lésbicas, que prefiero ahorrarte. Lorena pareció no mostrar demasiado interés en ellas. Estábamos en la celda viendo circular a las nuevas por el pasillo cuando el rostro de Lorena pareció iluminarse como una bombilla. Una de las nuevas, Marina Barros concretamente, parecía tener una cuenta pendiente con ella, pues escupió en el terrazo cuando su mirada se enfrentó a la de Lorena. Era una pelirroja de metro ochenta, cintura ancha y ojos perezosos. Le pregunté a Lorena si la conocía. Al parecer se trataba de una prima lejana de su difunto marido Julio Corcuera, me contó Lorena. Una oveja descarriada, amante de los coches caros, las joyas y la cocaína; un auténtico ejemplar de primera calidad según Lorena. No se caían bien. Durante los días que coincidieron en prisión nunca se dirigieron la palabra.

— ¡Vaya! —aquello prometía—. ¿Te contó Lorena por qué se llevaban mal? —pregunté.

—No, solo me dijo que era una golfa y que no le gustaba. Durante el juicio por la muerte de su marido, Marina la había amenazado a la salida de los juzgados con hacerle pagar algún día el crimen que había cometido.

— ¡Vaya! Esto es muy interesante. Me extraña que no le contases nada al brigada Sánchez sobre esto.

—No me lo preguntó. Pensé que carecía de importancia. Espero que te sirva de algo.

A posteriori así fue. Me despedí de Lucía con la certidumbre de haber dado un paso de gigante en mi investigación. Si realmente Marina Barros, prima lejana de Julio Corcuera, tenía algo que ver

con la muerte de Lorena Vázquez, mi mermado prestigio subiría unos pocos puntos ante mis superiores.

Una hora más tarde entró en la sala de interrogatorios Marina Barros. Fui hacia la máquina expendedora de cafés a servirme uno bien cargado. Nunca me había gustado la cafeína, pero esta noche había dormido mal y me sentía cansado, necesitaba exprimir un poco más el cerebro antes de regresar a casa. No importaba el esfuerzo. Lo haría con gusto si con ello triunfaba en el siempre difícil arte de resolver un crimen y además demostraba la inocencia de mi dulce ángel de la guarda, Lucía Márquez, de la cual estaba convencido. Me senté en la mesa con dos cafés bien cargados, ofreciéndole uno a Marina que engulló con rapidez.

— ¡Vaya! —dijo—. Este café es cojonudo y no la basura que nos dan a nosotras en prisión. Debería venir aquí más a menudo.

—Me alegro que te guste. Ahora si no te importa, iré directamente al grano —dije sin más preámbulos.

— ¡Dispara jefe! Estoy para lo que haga falta —contestó Marina.

— ¿Conocías a Lorena Vázquez?

—Sí, pero solo de vista —. Su rostro comenzó a ruborizarse, entonces supe que había dado en el clavo y que estaba mintiendo, sería fácil sonsacarle la verdad, si la presionaba lo suficiente comenzaría a cantar.

—Sabemos que mientes, la conocías y bien, además de haberla amenazado de muerte delante de testigos.

—Le juro que yo no he sido, señor.

— ¡Mira! Eres la principal sospechosa. Te va a caer un paquete que cuando salgas de chirona estarás tan vieja, que no encontrarás ni un solo hombre que quiera estar contigo.

De repente asistí al triste espectáculo en cuya función la culpabilidad descarga todo su peso sobre la débil conciencia del ser humano. Marina comenzó a gimotear como una loca, pero para deleite de mi inagotable asombro no terminarían aquí las sorpresas.

—Lo sabía —dijo—. Sabía que me iban a cargar a mí el muerto. Se lo dije a Natasha. Fueron las rusas: ellas sabían que ella era una chivata, sabían que se la estaba jugando a La Reina, por eso la

mataron.

— ¿Estás segura de lo que dices?

— ¡Por favor, no digas nada de lo que te he dicho! Si se enteran me matarán a mí también —añadió atemorizada.

—Si declaras en un juicio te ofreceremos protección —traté de calmarla.

— ¡Protección! Necesitaré más, una nueva identidad, con un nuevo rostro. Con la mafia no se juega. Vendrán a por mí ¡Estoy muerta! ¡Maldita sea!

—Tranquila, tal vez no tengas que declarar, tenemos las huellas en el cuello de Lorena.

—No encontrarán ninguna huella ¿Piensas que son estúpidas? Habrán usado guantes de látex.

— ¡Mira Marina!, hay algo que no comprendo. Si sabían que te inculparían a ti ¿Por qué la asesinaron?

—Me dijeron que mantuviese la boca cerrada y no me pasaría nada.

No sé por qué pero no terminaba de creerme la historia de Marina Barros. A pesar de ello cualquier ser humano, mientras no se demuestre lo contrario es merecedor del cordial abrazo de la duda, encargué al brigada Sánchez que proporcionase a Marina una celda aparte y vigilancia especial a la espera de las pruebas del forense y la científica. Estas no llegaron a pesar de las prisas que les metimos, hasta dos días después. Renuncié a interrogar a Natasha y Milla a las que Marina acusaba del crimen hasta conocer los resultados. Recé para que Natasha y Milla no estuvieran implicadas. Nada me gustaría menos que verme las caras con la mafia rusa.

Conduje el viejo ZX, que el cuerpo me había asignado para el caso camino de Chandrexa. Esa noche sentí la lívido con toda su fuerza, necesitaba el contacto de un cuerpo femenino cuanto antes y mi nueva amiga Mireia siempre se prestaba agradecida para tales menesteres. Supuse que escribir tenía que ser un trabajo mucho más complejo que esclarecer asesinatos y el libro que estaba escribiendo sobre su amiga, aunque fuese en gran parte ficticio, se acercaba más a la realidad que el caso que nosotros estábamos investigando. Deseaba llegar pronto a casa. Ella llevaba rato esperándome,

después de darse una ducha, cubierta por un azulado albornoz sin ninguna ropa interior debajo, me preparó una suculenta cena a base de puré de zanahorias, judías, cachelos y entrecot de buey. Lástima que el capullo del Mercedes azul escondido tras mi retrovisor no parase de darme las largas. Parece ser que la cena tendría que esperar, pero nunca pensé que fuese durante tanto tiempo. Detuve el coche a la derecha, justo a la salida de Montederramo. El del Mercedes aparcó detrás, al lado de un bar en cuyo interior había dos hombres de avanzada edad y un camarero regordete, apoyado sobre la barra, que observaba como los ancianos repartían cartas. El del Mercedes giró la llave del coche para apagar el motor. Desabroché la funda del arma. Nunca se sabe cuando es necesario utilizarla. Primero se bajó el del asiento del conductor: Era un tipo musculoso y alto muy bien vestido de rostro afilado. No parecía de por aquí. Del asiento del acompañante surgió otro tipo, este era bajo, un gordinflón, pero igual de elegante que su amigo o tal vez más. Lucían unos trajes realmente caros o al menos eso aparentaban. Llevaba un palillo atravesado entre los dientes, que escupió al suelo según se acercaban a mi coche. Cuando se encontraban a dos metros, abrí la puerta de un tirón y salí a su encuentro cerrándola de nuevo de un portazo. Procuré que fuese lo suficiente fuerte para llamar la atención de los del bar. Si me freían a tiros al menos me gustaría que ocurriese delante de testigos. Pero tanto los viejos como el camarero seguían a lo suyo enfrascados en una emocionante partida de cartas. Lamenté no haber hecho suficiente ruido para robar su atención, pero tampoco era cuestión de ponerse a pegar gritos. Además, seguro que les provocaba más temor, yo con mi uniforme de picoleto, que ellos a mí con su aspecto de perros mafiosos. Normalmente solía dejar el coche en la central y cambiarme el uniforme antes de regresar a casa, pero hoy había salido muy tarde de la prisión y puesto que vivía lejos de la ciudad, el teniente de turno me concedió permiso para regresar a casa en el coche patrulla. Por eso todavía llevaba puesto el traje de faena a estas alturas de la tarde.

Escuché la voz del viento. Su sonido me tranquilizó: por lo menos tenía un invisible aliado de mi parte.

—Queríamos hablar con usted en privado —dijo el cachas.

Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies. Como para charlar a solas tranquilamente con aquel par de capullos.

— ¿Qué les parece esa cafetería? —Sugerí en un alarde de genialidad—. No creo que a esos señores les interese demasiado lo

que tengamos que tratar.

El alto dijo algo al oído del gordinflón. Este último parecía dubitativo.

— ¿Por qué no? De paso tomaremos una copa —afirmó el gordinflón finalmente.

Entramos en el local sin apenas hacer ruido. Nos dirigimos después de saludar brevemente al personal, a una mesa situada al fondo del bar. El local carecía de cualquier tipo de decoración. De las paredes desnudas colgaban un par de pósters del Real Madrid y del Club Deportivo de la Coruña. "¡Vaya, los equipos del gobierno!", pensé. El tabernero vestido con un mandil con el nombre del local cosido al forro, nos sirvió unas bebidas. Ellos pidieron unas cervezas; yo, respetando la regla de oro de no ingerir alcohol estando de servicio, pedí un agua mineral sin gas.

— ¡Bueno señores! —dije—. Me está esperando mi novia con una exquisita cena, así que les agradecería que fuesen derechos al grano por lo que prescindiremos de las presentaciones, pues doy por supuesto que saben quien soy yo y no tienen ningún interés en que sepa quiénes son ustedes ¿O acaso no estoy en lo cierto?

—Yo soy el señor Rojo y mi compañero el señor Azul. De momento eso le ha de bastar —dijo el gordinflón.

—Bueno, señor Rojo. Por su acento me arriesgo a afirmar que son ustedes rusos y que dominan con precisión el castellano.

—No se equivoca usted. En fin, iré al grano por no hacerle perder a usted su precioso tiempo. Nada más lejos de mi pensamiento, que retrasar el reencuentro de una pareja de enamorados —dijo el señor Rojo.

Me ahorré el explicarle que no era de Mireia de quien estaba enamorado, pues eso no era asunto de su incumbencia.

—Nosotros, señor Nicolás, somos hombres de negocios. Trabajamos para, digamos, llamémosle señor Verde.

Bien, pensé, de seguir así pronto tendríamos un arco iris.

—El caso es que este señor Verde tiene una propuesta que ofrecerle. Sabemos que está usted investigando un crimen en la prisión de Pereiro de Aguiar. Pues bien, al señor Verde, digámoslo

por decirlo de alguna manera, no le interesa que hurgue usted demasiado en el caso. A cambio, el señor Verde sabría ser generoso con usted pues los amigos del señor Verde son sus amigos. Aparte el señor Verde le recuerda que ustedes tienen una amiga en común. ¿Sabe de qué le hablo?

—Por supuesto, y para mí es algo más que una amiga.

—El señor Verde lo sabe y quiere que sepa que le tiene a usted en gran consideración y no duda de su honradez. Pero el caso que nos incumbe es diferente. El señor Verde nunca actúa con ligereza y sin premeditación, sino que estudia con calma todos los pasos que da y está dispuesto a ofrecerle por este favor una cantidad de dinero adecuada a su gratitud. Por eso me ha pedido que le deje su firma —extendió la mano para ofrecerme una tarjeta. Para mi asombro era una tarjeta del color de mi uniforme con un número de móvil—. El señor Verde espera su llamada lo antes posible ¡Ah!, y para terminar. El señor Verde nunca pide un segundo favor, si se le niega el primero.

Conocía el juego, ahora comenzaban las amenazas. Decidí poner fin a aquella mascarada.

— ¡Alto! —, dije haciendo acopio de mi autoridad como agente de la ley—. Creo que ya he oído demasiado. No soy hombre de grandes discursos, más bien de pocas palabras, por eso dígale al señor Verde que lo llamaré y le haré saber mi respuesta en el más breve tiempo posible. Ahora si me disculpa debo seguir mi camino —dije levantándome de la mesa y despidiéndome con un fuerte apretón de manos del señor Rojo y del señor Azul.

Me sentía más tranquilo sabiendo que se iba a abrir un nuevo juicio contra Lucía Márquez, pues el corrupto juez Manuel Marquina no había aceptado la prueba concluyente del anterior veredicto dictado por su honorable señoría Álvaro Quíntela, el juez encargado de dirigir el anterior proceso, que terminó con La Reina entre rejas. La prueba en cuestión eran unos saquitos de cocaína que el compañero sentimental de Lucía aseguró ante el Jurado que pertenecían a la acusada: los chapuceros de la científica, ayudados por la torpeza del comisario que mal llevó el caso, accidentalmente borraron las huellas de la acusada impresas en la mercancía que, al no ser halladas, el fiscal no pudo presentarlas como prueba. El alegato, presentado por el nuevo abogado de La Reina, uno de los mejores en su campo, que las mafias habían contratado, seguramente aconsejadas por el señor Verde, sería aceptado,

además de una cuantiosa bolsa de dinero, por el ávido juez Manuel Marquina. Por lo que al no haber pruebas más concluyentes que la declaración de Alberto contra Lucía, dio por hecho que esta saldría en libertad sin cargos, el próximo diez de octubre.

Yo sabía que Lucía mentía. Alberto no había introducido la droga en su piso, o al menos eso es lo que creo. El jurado tampoco se lo tragaría, pero al no existir huellas, cualquiera pudo haberlo hecho, y mientras no se demuestre lo contrario, todo el mundo es inocente ante los ojos de la justicia. Salí del bar inmerso en estos pensamientos, tratando de ponerlos en orden dentro de mi cabeza, mientras el señor Rojo y el señor Azul desaparecían con su Mercedes, tragados por el asfalto. El corazón comenzó a latirme más deprisa. ¡Muy pronto, Lucía volvería a ser mía! Ahora solo debía pensar en cómo arreglar las cosas con el señor Verde.

8 – El señor Rojo.

La biblioteca de la cárcel tiene todo lo que cualquier biblioteca pública posee: libros de historia, deportes, narrativa, ciencia, geografía, matemáticas, física, química, etc. Todos separados por secciones y ordenados alfabética y numéricamente, perfectamente codificados. Cada preso tenía derecho a exigir tres libros por semana. Después de la muerte de Lorena, Natasha es la escogida por La Reina para sustituirla en sus funciones. A partir de ahora, aparte de ayudarle en el mantenimiento de la biblioteca, se encargaría del reparto de los libros. Este se realiza todas las noches en un carro de cuatro ruedas, adaptado especialmente para esta misión. Cada presa recibirá su libro solicitado previamente, cubriendo para ello un impreso donde debe constar el título de la obra y su autor. Dicho impreso debe ser depositado por las reclusas en el buzón de sugerencias situado a la entrada de la biblioteca.

Lucía se encuentra esta noche en la sala de billares disputando una partida de champolín con Natasha, observando como por un extraño efecto de la gravedad, tras una leve fricción con el taco, las bolas van desfilando una tras otra hasta desaparecer por las oquedades de la tapizada alfombra verde tan tupida como el césped de un campo de golf. O, al menos, eso le gustaría que fuese a Natasha, que pensaba que el billar era un deporte para memos. En cambio si pudiera lanzar su swing arrojando la bola a través de la ventana llegaría hasta el despacho del director destrozando los cristales de su vidriera decorada con motivos románicos. Lo había intentado varias veces con el rabo de la escoba —a falta de un palo de golf— utilizando una patata a modo de pelota. La patata había salido disparada por la ventana del salón de juegos con la fuerza de un proyectil. Una de las veces el tubérculo había golpeado la cabeza de un guardia que paseaba despistado por el patio. Este había denunciado el hecho a la dirección, esa semana todas fueron castigadas sin postre, pero de ninguna boca de sus compañeras se emitió una sola protesta ni un solo comentario de desaprobación. Al contrario, todas se sometieron orgullosas al castigo. Si existiese un récord de los Guinness en la prisión, la acción de Natasha lo hubiese batido. El guardia había acudido a la enfermería con un ojo hinchado. Como siempre nadie conocía a la culpable, pues es un

hecho incuestionable que todas las cárceles del mundo están llenas de inocentes. ¿Por qué entonces esta iba a ser diferente? Siguiendo esa teoría Natasha también era inocente de la muerte de Lorena. Experimentó una fría sensación de placer al golpearle la cabeza contra el muro azulejado. Aquella pobre desgraciada se lo merecía. Por su culpa casi se fue al traste la mayor operación de contrabando de cocaína realizada hasta el momento por las costas gallegas. Por suerte La Reina decidió en el último momento, guiada por un presentimiento, traspasar el cargamento, que hasta ese día viajaba a bordo del "Nervión", a otro pesquero cuyo nombre, "Judas", coincidía con el del único apóstol que se reveló según las Escrituras contra el Hijo de Dios. San Judas, también conocido por ser el patrón de las causas perdidas, se convirtió desde aquel día en el ángel de la guarda de La Reina.

El traspaso según le explicó Lucía a Mateo Yánez, se había hecho por precaución pues tenía un mal pálpito: había demasiada gente implicada en la operación, además, los ordenadores podían, igual que los teléfonos estar pinchados. A pesar de que habían utilizado un lenguaje que consistía en alterar el orden de las sílabas en las palabras, era posible que alguien muy hábil hubiese descifrado los mensajes enviados por Internet; además, el "Judas", al contrario de lo que su nombre indicaba, era un barco cuyo capitán y tripulación siempre había sido leal a la causa de la Galicia Negra; la que se gana la vida infligiendo la ley y era capaz de navegar diez nudos más veloz que el "Nervión", por ser un barco más ligero y de menos tonelaje. Una vez depositada la carga en su nueva ubicación, quedaba la parte más complicada, el desembarco. Inmediatamente se avisó a los rusos del cambio de planes. Sus camiones tomaron nuevo rumbo al norte. La primera opción, atracar directamente en un puerto grande. Sanxenxo, Cangas do Morrazo o el Grove eran los preferidos. Se desestimó en un principio por miedo a llamar la atención, por la aparatosidad de la maniobra. Opción dos: hacerlo en un lugar más abierto con la ayuda de las "Baja 33 Outlaw" y las Zodiacs. El lugar escogido para tal menester era la playa de La Lanzada, debido a que las condiciones meteorológicas aquel diez de agosto eran favorables. Cielo despejado, niveles de viento rasante bajo mínimos.

Antes de tomar la decisión final, Lucía decidió posponer el desembarco hasta que el "Nervión" hubiese anclado según tenía previsto a las 4:00 P.M., en el puerto de Vigo. O sea dos horas después de realizarse la operación "Nécora IV" de haber seguido con los planes previstos. La nueva operación fue bautizada por La Reina, con el nombre "Llanto de tinieblas", en relación a los días

que esperaba fuesen pocos, le quedaban todavía por pasar encerrada en la cárcel. A las 2:00 P.M., Lucía recibió la noticia de la intercepción por parte de las patrullas de la policía del "Nervión", al este de las Islas Cíes. Lucía respiró hondo. Se había salvado por poco. Besó el Judas de oro que colgaba de su cadena y dio la orden de realizar el desembarco directamente por el muelle doscientos diez del puerto de La Coruña —en vez de la playa de la Lanzada como tenía planeado—, cuyos operarios eran gente fiable, trabajadores y poco entrometidos, acostumbrados a recibir buenas propinas por no hacer preguntas. Más de veinte brazos ayudaron a llenar de cajas la flota de furgonetas Wolkswagen requeridas para la ocasión, las cajas eran de madera. Llevaban las palabras "Embutidos Sánchez" grabadas en letras negras. Por supuesto no existía ninguna marca de embutidos en el mercado con ese nombre. Una vez llenas, las furgonetas partieron hacia rumbos desconocidos. La Reina había cumplido, el resto era cosa de los rusos. Estaba claro que tenían un topo en la organización filtrando información al enemigo. Lucía Márquez no sospechó de Lorena hasta horas más tarde.

A las doce de la mañana, Lorena fue requerida por un funcionario para responder una llamada telefónica. No era habitual que ella recibiera llamadas a aquellas horas. Eso hizo sospechar a Lucía. Cuando Lorena se puso al teléfono, un Nicolás irritado había firmado la sentencia de muerte de la reclusa, sin percatarse de ello. Lorena supo que tendría que cumplir íntegra su condena. Lucía no se creyó a su regreso, que la muerte de un familiar cercano había sido la causa de la llamada; aun así, después de darle el pésame, encargó a Mateo que lo comprobase. La coartada era falsa. La familia de Lorena Vázquez gozaba de una excelente salud. El topo había sido descubierto.

—La primera de nosotras que reciba una llamada del exterior, esa será la traidora, por lo que conviene tener los ojos bien abiertos —le había susurrado al oído Natasha a Lucia horas antes.

Veinticinco toneladas de cocaína eran demasiada droga para ser incautada por la policía. En ese caso provocaría grandes perjuicios para cantidad de adictos, entre ellos algunos miembros del Cuerpo Nacional de Policia a los que estaba destinada dicha mercancía. Aunque el desembarco por el muelle del puerto de La Coruña nunca figuró en los planes de Lucía. Esta opción, que planeada con anterioridad parecería un suicidio, debido a las circunstancias resultó un acierto. Lucía una vez más se mostró como una genial estratega actuando con la habilidad de un general, demostrando una capacidad de maniobra sorprendente siendo capaz de proveer

de la movilidad suficiente a sus tropas. Tomando las decisiones adecuadas sobre la marcha, adaptándose al terreno y actuando sobre él con sagacidad suficiente para no permitirse el lujo y la inseguridad que dan la fe ciega en un plan anteriormente preconcebido. La muerte de Lorena no figuraba en sus planes. Eso era asunto de los jefes. Aunque a ella le parecía tan absurdo como innecesario, también era consciente de que cada uno se labra su propio destino y el de Lorena ya estaba escrito hacía años, desde el asesinato de su marido Julio. Era cuestión de tiempo que la familia Corcuera consiguiera saciar su sed de venganza.

Antonio Corcuera, el hermano mayor de Julio, solicitó con todos sus respetos al señor Verde un pequeño favor personal si la operación "Nécora IV" se realizaba con éxito. Sobra comentar en qué consistía dicho favor. El señor Verde escogió para este menester a una profesional. No debían dejar huellas dactilares. No eran unos carniceros a pesar de lo que pensaba aquel gallego arrogante. Quien mejor para aquella operación que una ex-agente del KGB, atrapada por los infortunios de la vida, en la misma prisión que la futura víctima, a la reclusa Natasha le vino como anillo al dedo. A cambio de eliminar a Lorena el señor Verde le trasfirió a Natasha treinta mil euros a una cuenta a su nombre en Suiza.

A Natasha solamente le quedaban dos meses para la condicional, por lo que no le vendría mal el dinero. Había asesinado por mucha menos cuantía durante los años que trabajó para el compañero Stalin al servicio de La Vieja Patria, desde los desiertos campos de la estepa siberiana, hasta las profundidades del mar Caspio. Nadie conocía con seguridad la verdadera identidad del señor Verde, ni siquiera La Reina, pero todo apuntaba hacia las altas esferas de la sociedad. Podría ser cualquier cosa. Un magnate del petróleo, un fructífero empresario del sector textil, un presidente de un club de fútbol, cualquier cargo, cuya tapadera le resultaría perfecta, para maniobrar al margen de la ley con total impunidad, y sacar unos suculentos beneficios, a cuenta del tráfico de drogas, sin despertar sospechas. Poco a poco el señor Verde iría involucrándose en obras benéficas y ganándose el respeto y la admiración de toda la sociedad y con el tiempo alguna calle llevará una placa con su nombre. Incluso se esculpirán estatuas que decorarán plazas y fuentes con su imagen, puesto que el señor Verde siempre será considerado un ciudadano modelo y un ejemplo a seguir para el resto de la civilización.

La temida llamada del sargento Nicolás llegó. El señor Verde se puso al teléfono que le acercó uno de sus gorilas.

—Buenos días, dígame —sonó una voz ronca de mafioso, con acento ruso, al otro lado del hilo.

—Buenos días ¿El señor Verde? —respondió Nicolás con tono autoritario.

—El mismo.

—Soy el sargento Nicolás. Quiero que sepa que aunque usted piense lo contrario, tengo pruebas suficientes para encerrar a sus chicas una buena temporada.

— ¿Tiene pruebas? —preguntó sorprendido el señor Verde.

—Las suficientes —respondió el sargento.

—Lo dudo. Mi protegida es una profesional. Nunca ha dejado una huella dactilar en el cadáver de sus víctimas.

—Le sorprendería lo que tenemos. Sabemos que no estaba sola —añadió Nicolás.

—La otra no era más que una ayudante ¿No querrá encerrar a una inocente?

— ¡Inocente! ¿Usted cree? —dijo. Esta vez, su tono de voz sonó amenazante.

— ¡Está bien! Dígame lo que tiene y cuál es el precio de su silencio.

—Tengo una testigo que está dispuesta a declarar que lo ha visto todo. Además, en una pequeña bolsa guardo restos del cabello extraídos por el forense del cuello de la víctima. Si ordeno hacer un análisis de ADN tendré a la asesina en mis manos.

— ¡Muy bien! Le felicito sargento ¿Cuánto dinero cuesta su silencio y la libertad de mi chica?

—No quiero un duro de su jodido dinero. Mis condiciones son las siguientes. Quiero que no tome ningún tipo de venganza y respete la vida de mi testigo.

— ¡No faltaría más! ¿Alguna condición más? —Preguntó el señor Verde.

—Sé que han amañado el nuevo juicio de Lucía Márquez y que

pronto saldrá libre.

— ¿Es eso lo que desea, no? —inquirió el señor Verde, disminuyendo el tono de su voz, con la templanza de un cosaco.

—No solo eso. Quiero que la dejen en paz, se olviden de ella, que jamás vuelva a trabajar para ustedes, ni para ninguna organización similar. Quiero que le den su libertad. Hable con las familias. Deme su palabra de que si sale de su equipo no tomarán represalias contra ella. A cambio le prometo que mantendrá la boca cerrada. Piensen que les hago un favor. En cuanto La Reina ponga un pie fuera de la cárcel, los periódicos y las revistas del corazón le harán un marcaje tan férreo que ya no les será útil.

—Le doy mi palabra de bolchevique que es libre de irse. Si alguien le pone una mano encima yo mismo le mataré. Las familias no actuarán. Yo hablaré con todos los jefes. Concretaré una reunión mañana mismo. La Reina ya ha hecho bastante por nosotros. Si alguien en este país se merece una jubilación anticipada esa es ella. Solo por curiosidad ¿Qué piensan hacer cuando por fin vuelvan a estar juntos?

—Desaparecer para siempre.

CUARTA PARTE. OTOÑO 2004.

1- El rostro de la niña.

¿Estaba obrando bien al pactar con el señor Verde para salvarle el pellejo a Lucía? Eso era lo de menos. Mientras la química del amor siguiese actuando sobre su cerebro Nicolás haría cualquier cosa por estar cerca de ella. Ni siquiera un ciclón de dimensiones gigantescas sería capaz de alejarlo de sus proximidades. Enfiló con el todoterreno hacia la Ferrería, no sabía cómo pero tenía que romper definitivamente con Mireia. Era algo que ella ya esperaba. No sería ético seguirse acostando con ella cuando, tanto su corazón como su mente estaban en otra parte. No le contó nada sobre la posible liberación de La Reina. No quería que Mireia sospechase que un agente supuestamente íntegro como él, estaba involucrado en una operación encubierta de la mafia, cuya misión era liberar a Lucía Márquez, con un asesinato sin resolver por medio. Por un momento sintió asco de sí mismo. Cómo podía haber caído tan bajo después del tiempo que llevaba en el Cuerpo. Al menos debería conservar un ápice de dignidad y tratar de limpiar el memorándum de la difunta, Lorena Vázquez. Ella murió tratando de ayudarle, a atrapar a La Reina y localizar un importante alijo de droga. Fue una víctima injusta de la maquinaria del narcotráfico.

¿Qué sentido tenía para él seguir vistiendo de uniforme si permitía que asesinatos tan despiadados como aquél quedasen sin resolver? ¿Qué clase de relación podría empezar con Lucía cuyos pilares estuviesen manchados con la sangre de una inocente? Aquella idea tan horrible le obligó a refugiarse en el vino de mesa, que le sirvió Mireia aquella noche. Se acercaba el día del juicio de Lucía ¿Y si no merecía salir en libertad? Tal vez debía avisar a la brigada central, contarles todo y liberarse de aquel sucio asunto. Pero no lo haría. Era posible que lo suspendiesen del servicio y el señor Verde no dudaría en enviarle un par de ex combatientes de la guerra de los Balcanes para liquidarlo.

Aquella noche se sentía tan culpable y avergonzado de lo acordado con el señor Verde que decidió aplazar por el momento lo de su ruptura con Mireia. Un par de copas de vino más y le haría el

amor en el viejo sofá junto a la chimenea, un poco de sexo le ayudaría soltar el demonio que todos llevamos dentro. Al fin y al cabo nadie podría salvar a este corrompido mundo de su autodestrucción. Qué más daba un asesinato más o menos, si con el cambio climático y una vez que una superpotencia como China comenzase a producir en cadena, la raza humana no tardaría en extinguirse ni doscientos años. Qué más daba un fiambre más o menos cuando en el continente africano mueren cada día de hambre miles de seres humanos. ¿Para esto te has hecho policía?, pensó, para ser una basura como los demás. Se dejó caer de lleno en el sofá con el vino flotando en el recipiente cóncavo de cristal mientras contemplaba los leños secos colocados ordenadamente sobre la chimenea a la espera de la llegada del frío invierno. Mireia se colocó sobre él con las piernas separadas, apoyada sobre las rodillas. Le retiró la copa de vino de la mano, mientras le miraba directamente a los ojos jugueteando a ciegas con los botones del pantalón en su entrepierna. Lo buscó y lo encontró allí, la vergüenza fálica, siempre dispuesta para la batalla. Lo cabalgó suavemente y se dejó mecer con gusto. A él pareció no importarle en absoluto. Su mente estaba en otra parte. Apenas pudo concentrarse en su orgasmo.

Había un cadáver y un caso sin resolver. Mientras Mireia lo poseía le pareció ver el rostro de Lorena revolverse, furioso mirándole directamente a los ojos; le llamaba en la oscuridad por su nombre. Él cerró los ojos tratando de borrarlo pero este, aparecía de nuevo en su imaginación con una hilera de gusanos saliéndole por la boca y la nariz, mientras repetía una y otra vez con voz cadavérica: «Nicolás, Nicolásss….». Tenía que tratar de calmarse y parar de beber o terminaría volviéndose loco; fue entonces cuando llegó el clímax. Por unos instantes su cerebro se quedó en blanco. “Zumm”. Luego ella continuó moviendo las caderas en un intento de prolongar su orgasmo pero él ya no estaba operativo. Se había vuelto un amante avaricioso y egoísta. Normalmente no dejaba que esto ocurriera, solía ser complaciente con su pareja. Pero ahora estaba mucho más allá de la realidad. Lo que menos le interesaba en aquellos momentos, era la clase de juego amoroso que se traía con él; aquella escritora del demonio. Sin embargo no convenía ser grosero con una amante. Habían pasado muy buenos ratos juntos. Por qué no continuar esa amistad de momento. Qué futuro le esperaba relacionándose con una narcotraficante. A punto de salir de la trena a través de un proceso jurídico amañado y en parte responsable del descalabro social de muchas vidas humanas.

Nicolás se sentía en un callejón sin salida, sin nadie en quien

poder confiar para lograr salir de aquel embrollo. Quizás había ido demasiado lejos llevado por la pasión que aquella rubia de ojos castaños había despertado en él. Era cierto que Lucía era la primera chica con la que había hecho el amor en su vida pero también era cierto que apenas se conocían. Parecía ser que el corazón a veces no obedece a la razón, si no fuese así no estaría metido en semejante jaleo. Nicolás se despidió de Mireia con un largo y húmedo beso. Luego regresó a su casa. Podía haberse quedado con ella retozando desnudos toda la noche pero necesitaba estar solo para poner en orden sus pensamientos. Sabía que solo existía un hombre en el que podía confiar, con el que había compartido el caso de asesinato más espeluznante de toda su trayectoria como policía. Era el hombre con el que había trabajado durante dos años en el cuartelillo de Montederramo, ahora miembro de la brigada de estupefacientes y recién ascendido a sargento, al contrario que él, por méritos propios.

Ese hombre era el sargento Guillermo Troutía. Todavía recordaba con estupor el caso sin resolver de la niña muerta María Guzmán. Algo en su interior se negaba a aceptar que el motivo de su muerte fuera un simple ajuste de cuentas entre traficantes. Debía haber algo más. ¿A quién hacía daño una niña de doce años que traficaba con drogas para ganarse un sobresueldo con el que pagarse sus vicios? Los análisis de sangre habían confirmado que no era adicta a ninguna de las sustancias con que traficaba.

¿Por qué habían asesinado a María Guzmán? ¿Quién le suministraba la droga? Posiblemente Lucía Márquez. ¿Quién si no? Tal vez no lo hiciese directamente pero sí a través de alguno de sus proveedores. Quizás la proveían, algunos hombres de la banda de “el Sueco” o tal vez el tío Sam y sus moteros. Fuese como fuese parecía claro que la niña se había pasado de la raya; tal vez sabía demasiado, metió las narices donde no debía y decidieron quitarla del medio para no correr riesgos. ¿Pero que sabía María Guzmán para merecer la muerte? ¿Quizás algo tan importante que pusiese en peligro a toda una banda u organización? ¿Tendría algo que ver su muerte con el posterior asesinato de Lorena Vázquez?

En principio no parecía haber ninguna conexión entre las dos muertes. Demasiada sangre, demasiados casos sin resolver. Necesitaba la ayuda del hombre más efectivo que conocía y ese hombre era Guillermo Troutía. Al llegar a casa se preparó un café bien cargado. Necesitaba pensar. Si en realidad Natasha y Milla se habían cargado a Lorena Vázquez por orden del señor Verde; debería averiguar si alguna de las dos reclusas se encontraba de

permiso cuando ocurrió el asesinato de María Guzmán. Si habían asesinado una vez a sangre fría podrían haber hecho lo mismo en otras ocasiones. Poco o nada habían sacado en claro de la muerte de María Guzmán. Un cadáver de una niña de catorce años casi desnuda tirado en la carretera con signos de una posible violación que realmente no existió. Las huellas de las dos asesinas no figuraban en las fichas policiales lo que en principio descartaba a Natasha y Milla como las posibles asesinas. Claro que el ordenador podría haber fallado. Tal vez deberían comparar las huellas halladas en el cuerpo de la víctima con las de las dos rusas, algo que de momento nadie se había molestado en hacer.

Todo aquel tinglado, la niña con los muslos separados, las heridas de arma blanca halladas en las nalgas y los labios vaginales simulando una posible violación parecía un tanto chapucero. No era el estilo del señor Verde, demasiado meticuloso con los detalles como para dejar huellas en el cadáver. No parecía el estilo de Natasha y Milla que habían utilizado guantes de látex durante el asesinato de Lorena Vázquez. Entonces ¿Quién asesinó a María Guzmán? Era algo que no parecía importarle a nadie demasiado. Un crimen demasiado brutal para ser olvidado tan bruscamente. Al tratarse de un asunto de narcóticos la policía solía hacerla vista gorda. Pero esta vez se trataba solo de una niña, una joven y dulce adolescente cuyo único delito consistía en distribuir pequeñas cantidades de droga en el instituto de Montederramo ¿Por qué la asesinaron entonces? Nicolás se sirvió un vaso de whisky, antes de acostarse. Se encontraba demasiado agotado a pesar del sudor como para ducharse. Lo dejaría para mañana, debería vencer su vagancia y cuidar su higiene personal. La bebida tampoco era una buena salida para su problema. ¿Acaso lo es para alguno?

Al menos se cepilló los dientes. Luego se metió en cama. Estaba agotado. A la mañana siguiente le esperaba un duro trabajo. El agua fría de la ducha le ayudó a despejarse por la mañana, los cadáveres de Lorena Vázquez y María Guzmán parecían ducharse a su lado mientras se liberaban de la sangre que resbalaba por sus cuerpos. Siguió conversando con las víctimas. Luego mientras se afeitaba trató de excusarse con ellas por los retrasos en la investigación, se sirvió un café frío y unas tostadas. La cocina nunca había tenido un aspecto tan lamentable. Últimamente no disponía de tiempo ni de hacer la compra. Se pasaba más rato en la casa de Mireia que en la suya, era un lugar precioso, sobre todo en otoño. Las hojas caídas de los robles circulaban libremente a todo lo largo de las orillas del río Návea, danzando entre los arbustos impulsados por las tímidas ráfagas del viento del oeste. Le gustaba pasearse por allí por las

mañanas, acompañado de Tarzán, un pastor alemán que él había comprado en la tienda de animales para regalarle a Mireia. Caminando sobre las hojas caídas semejantes a las que medio cubrían el cadáver de Maria, cuando la encontraron muerta a orillas de la carretera; trataba de poner sus ideas en orden antes de comenzar sus labores diarias.

En otoño las hojas muertas se movían a lo largo de toda la sierra, en algunos lugares de mucha arboleda incluso cubrían la carretera dándole un aspecto más entrañable, parecido al de las antiguas calzadas romanas. Antes de poner el contacto del coche en marcha, Nicolás se imaginó el rostro de la niña con una hoja de laurel sobresaliendo de sus carnosos labios, vestida de negro, atrapada en medio de una espesa tela de araña como en "Lullaby", el vídeo de "The Cure", trataba de abrirse paso a través de la tela, tumbada en un lecho de sábanas malvas; rodeada de coronas de flores mortuorias, con el nombre de sus seres queridos grabados con letras doradas sobre cintas de colores diversos ¡Por fin!, parecía haber logrado apartar de su mente el rostro angelical de Lucía Márquez y volvía a concentrarse en su trabajo. Encerraría a todos esos cabrones entre rejas. Para eso le pagaban.

Llegó a Orense sobre las nueve de la mañana, se dirigió a la Comandancia. Allí había quedado con su ex compañero Guillermo Troutía. Este había conseguido permiso de sus superiores para colaborar con Nicolás en la investigación de los asesinatos de María Guzmán y Lorena Vázquez. Después de un fuerte apretón de manos charlaron amigablemente mientras desayunaban en la cafetería de la comisaría.

—Ahora la Policía Nacional colabora cada vez más con nosotros —apuntó Nicolás.

—La competencia es una estúpida manera de perder el tiempo, amigo mío, cuando se trata de defender los derechos de nuestros conciudadanos.

Nicolás le explicó a Guillermo los verdaderos motivos por los que le obsesionaba tanto la muerte de María Guzmán. Le habló de la infancia, de los malos tratos sufridos, la impotencia e indignación que le llevó a convertir en difíciles y tortuosas sus relaciones con el sexo opuesto. Como lo superó con la ayuda de una terapia de choque propuesta por el doctor Choper. Luego le habló de su relación con Lucía Márquez sin omitir detalle alguno salvo los que carecían de importancia para la investigación, para terminar le

habló del señor Rojo. La conversación telefónica que mantuvo con este hacía tan solo unas horas.

Guillermo escuchó asombrado el relato de su compañero del alma meditando una posible salida al embrollo en el que se había metido su colega. Tenían a las ejecutoras del asesinato de Lorena Vázquez en las manos. Pero ambos sabían que ellas no eran más que simples peones sobre el tablero. Lo único importante y decente sería encontrar al verdadero cerebro de la operación, el oscuro diablo que se ocultaba como un lobo tras la sombra, un lobo con pieles de cordero, una oveja descarriada del rebaño global con aires de profeta en un mundo podrido, probablemente rodeado de comodidades adquiridas con el dinero conseguida a base de amenazas, sobornos y crímenes cometidos sin ningún tipo de perjuicio. Aunque el señor Verde fuese el cerebro, sus colaboradores eran igual de culpables que él. Tanto el señor Rojo como el señor Azul, también deberían terminar entre rejas.

— ¿Tienes algún plan? —preguntó Guillermo Troutía. Nicolás Gallardo sabía que sería una auténtica locura ir directamente por el señor Verde exponiendo sus vidas.

—La única forma de atrapar al señor Verde, es ponernos de su lado, hacerle creer que formaremos parte de su equipo. Para así ganarnos su confianza—respondió Nicolás.

Guillermo removía el café con una cucharilla a modo de batidora con un nerviosismo impropio de él. Llevaba una hora en la comisaría revisando los informes del forense sobre la niña muerta, sin encontrar ninguna prueba concluyente. Después de comprobar que las huellas halladas en el cuerpo de la víctima no coincidían con las de las reclusas Milla y Natasha. Se le revolvió el estómago pensando que las verdaderas culpables del crimen, se encontraban en libertad paseando por las calles de su ciudad a sus anchas. Siendo conscientes de que la policía no poseía pruebas concluyentes para incriminarlas, puede que hiciesen la compra en el mismo supermercado al que iba su mujer o incluso pasearan por el mismo parque por donde paseaba su hija de cinco años. En una ciudad pequeña como Orense, era posible que sus miradas se cruzasen alguna vez por la calle, miradas vacías en las que estaba escrito un crimen grabado a fuego en sus ojos. Si los mirara directamente, sus pupilas, las delatarían; era imposible llevar dentro guardado un secreto tan oscuro, sin que segregara pus hacía fuera; ocultar dentro de uno los recuerdos de algo tan horrendo como en un espejo vacío que no reflejase nada, ni miedo, ni remordimientos, ni angustia, tan

solo frialdad. La indiferencia de alguien capaz de asesinar a sangre fría sin ningún tipo de dudas, como una loba hambrienta atenazada por el horror y excitada al mismo tiempo por el olor de la sangre joven y fresca de una joven virgen de catorce años; cuyo himen desgarrado a la fuerza con una navaja de fino acero, fue rasgado con una crudeza devastadora.

Era difícil sacar de la mente los gestos de horror de la víctima, antes de ser lentamente estrangulada, sus impulsivos intentos por atrapar el aire que no le llegaba a los pulmones, los ojos inyectados en sangre. Una muerte horrible y a cámara lenta llena de angustia y sufrimiento que ninguna criatura de este mundo se merecía. Pensó en su hija de cinco años y en todas las niñas que caminaban indefensas por la ciudad. Por su seguridad deberían atrapar a las culpables, antes de que un nuevo ser inocente y angelical cayese por descuido en sus manos. Pero Guillermo estaba seguro que las autoras de aquel crimen no obedecían a los patrones corrientes de comportamiento de las clásicas psicópatas asesinas de adolescentes. Su crimen obedecía más bien a motivos más oscuros relacionados con el tráfico de drogas, motivos que seguramente no andarían lejos del conocimiento de los traficantes de la ciudad y sin duda de su mayor protectora Lucía Márquez.

—La idea de ponerse de parte del señor Verde es buena —comentó Guillermo Troutía mientas le daba un pequeño sorbo al café que le había servido una joven camarera de dieciocho años, ojos azules y metro ochenta con la que se había atrevido a bromear.

A pesar de ser un hombre casado Guillermo seguía sintiéndose atraído, en especial por las chicas jóvenes y delgadas con el pelo largo, con cuerpo de modelo y poco pecho, de aspecto semejante al físico de su esposa.

—Pero por lo que me has contado, ya contamos con el favor del señor Verde. Por el momento no deberíamos insistir ni abusar de su amabilidad. Eso podría levantar sospechas. Dejemos las cosas como están. Mientras él piense que deseas ver a Lucía fuera de la cárcel sobre todas las cosas, estamos fuera de peligro. Tengo mujer e hijos. No correré riesgos absurdos. Si queremos atraparle sin despertar sospechas debemos olvidarnos por completo de la muerte de Lorena Vázquez y centrarnos en el caso de María Guzmán. Tengo el presentimiento de que si lo resolvemos, podríamos abrir una vía de agua que nos conduciría directamente hacia el señor Verde.

—Pero si no tenemos apenas nada —replicó Nicolás.

Guillermo sabía que en parte Nicolás tenía razón. Poco sabían del caso; durante las semanas posteriores al asesinato de la niña la policía había interrogado una y otra vez a sus compañeros de clase. Incluso se pidió una orden para comprobar sus huellas digitales por si alguna de ellas coincidía con las de las asesinas. Pero ninguna parecía tener nada que ver con el crimen.

Las presionaron durante días, pero ni sus mejores compañeras de clase parecían saber nada del asunto. Como mucho consiguieron la confesión de algunas que admitieron haberle comprado costo o maría en ocasiones esporádicas, tan solo eran unas niñas, jóvenes adolescentes; la mayor parte de ellas con cara de no haber roto nunca un plato, de principio, el análisis de huellas las exculpaba a todas ellas del crimen.

Su novio Abel Piñeiro también fue interrogado una y otra vez sin sacar nada en claro. Parecía un chico sincero y enamorado, frágil como una gacela. Rompió a llorar varias veces durante los interrogatorios. Se interrogó a sus vecinos. Nadie parecía haberla visto nada aquella madrugada.

Ni siquiera sus padres encontraron explicación que justificase el verdadero motivo por el que su hija había salido de su casa a las cinco y media de la madrugada aproximadamente. Escapando por la ventana de su habitación, colgándose de la parra como un chimpancé antes de saltar al jardín para luego caminar durante media hora por la carretera hasta encontrarse con las personas que pondrían fin a su vida.

¿Quién la había asesinado? ¿Por qué le apretaron la garganta hasta cortarle la respiración? La teoría principal a la que se habían agarrado los agentes durante la investigación que ellos mismos habían cerrado semanas después por falta de pruebas era la siguiente: María Guzmán quedó a las afueras del pueblo, camino del instituto de Montederramo, con dos de sus proveedoras habituales no fichadas por la policía para cerrar algún negocio relacionado con la compra de drogas. Es posible que María les debiese dinero por algún tipo de mercancía servida con anterioridad y discutiesen o la amenazasen en repetidas ocasiones. Tal vez María acudiese a la cita tratando de calmarlas, prometiéndoles el pago inmediato de la deuda y rogándoles siguiesen sirviéndole la mercancía para poder hacer frente al pago. Las camellas, no convencidas con la explicación de la niña, a la que no ven capaz de afrontar el pago, habían decidido que ya no les era útil y para evitar que las delatase a la policía decidieron quitársela del medio. A Guillermo le parecía

una teoría nada resolutiva. En caso de que fuese cierta no le parecía motivo de suficiente peso para cometer un asesinato tan violento. La deuda contraída por la niña no podía ser de una cuantía muy significativa pues las cantidades con que traficaba debían ser insignificantes.

El instituto de Montederramo era un centro de enseñanza venido a menos. Entre los distintos cursos no llegaban a sumar la cantidad de doscientos alumnos. El escaso profesorado se repartía las clases, viéndose a veces obligados a realizar horas extras. De esos doscientos alumnos es posible que solo una veintena consumiesen algún tipo de sustancia ilegal en ocasiones esporádicas, o aunque lo hiciesen habitualmente no podrían ser cantidades de gran importancia. Por lo que Guillermo deducía que tal vez el verdadero motivo del asesinato de María Guzmán iba más allá de un simple asunto de trapicheo de poca monta. Guillermo tuvo que confesarle a Nicolás que tenía razón, que el asesinato de María Guzmán seguía siendo un terrible misterio. Según su parecer tan solo una persona podría ayudarles a resolverlo.

—Deberías regresar a la cárcel y hablar con Lucía a ver qué puedes sacarle, háblale de tu conversación con el señor Verde. Dile que necesitas un pequeño favor de ella. Pues tus superiores te están presionando con el caso de la niña muerta y quieren ver resultados de inmediato.

— ¿Y si no sabe nada?

—Si es tan poderosa como creemos lo averiguará. Está desesperada por salir de la cárcel y volver contigo, hará cualquier cosa por ayudarte. Las redes de La Reina son muy extensas: políticos, jueces, narcos, camellos de diversa índole están bajo su poder. Sabe como seducirlos para conseguir cualquier tipo de información, además casi todos le deben favores. Harán por ella lo que sea necesario, nosotros no tendremos que preocuparnos por el caso de María Guzmán. Lucía Márquez nos entregará a las asesinas en bandeja.

— ¿Y si se niega?

—No lo hará. Hay mucho en juego, hablará con el señor Verde y este hará cualquier cosa por mantenerte contento. Sabe que tenerte como amigo tiene un precio que debe pagar. Sin duda más adelante te cobre el favor pero cada cosa a su tiempo.

Antes de entrevistarse con Lucía, Nicolás acompañado de Guillermo visitó la comandancia central de la Guardia Civil en la ciudad, se encontraba situada en la calle Melchor Velasco, en pleno barrio del Couto, el más poblado de la capital. Guillermo le presentó al teniente Álvaro Casado, jefe del Área de Identificación Facial, con más de veinte años dedicados al reconocimiento de individuos partiendo de un retrato robot construido con la ayuda de los recuerdos de los testigos. Asesinos, violadores, ladrones, terroristas admiten que camuflar sus facciones es complicado y demasiado fácil descubrirlas. Antes de la llegada de la informática las identificaciones se realizaban mediante una superposición de láminas o fotografías. Cada una de ellas contenía un rasgo de la cara por lo que se disponía de una amplia muestra de ojos, narices, orejas o labios diferentes, los cuales como si se tratase de cromos podías pasar horas combinando hasta dar con el rostro que la memoria te sugería. Después de que Guillermo hiciese las pertinentes presentaciones, Nicolás se sentó a su lado. Álvaro Casado y el padre de Guillermo, capitán de la Guardia Civil actualmente retirado, eran viejos amigos. Ambos habían influido bastante en la decisión final de Guillermo de ingresar en el Cuerpo.

— ¿Qué tal tu padre? —apuntó Álvaro.

—Muy bien, mi Teniente. Seguro que con ganas de que vuelva a hacernos una visita por casa como de costumbre.

—Cualquier día de estos, hijo mío, te lo prometo. Encontraré un hueco. Últimamente con tanto extranjero andamos a los topes de trabajo. No nos llegaban los delincuentes que tenemos aquí, para encima soportar esta invasión de maleantes que cada día cruza nuestras fronteras.

Nicolás se pasó el resto del día, con la ayuda del teniente, tratando de reflejar en la pantalla del ordenador, punto por punto, el dibujo de los rostros que su mente le sugería del señor Rojo y el señor Azul. A última hora de la tarde por fin logró conseguir un reflejo bastante similar, a las facciones de los hombres con los que se había sentado a charlar en un vulgar bar de pueblo hacía tan solo un par de días. Después de completar su trabajo la impresora escupió dos copias con los retratos robot de dos rostros que hasta ahora eran completamente desconocidos para ellos, rostros sin identidad, miembros de la mafia rusa, gánsteres en la noche protegidos por la niebla y una luna cruel, empeñada en ocultar sus delitos. Se comportaban como una manada de lobos aullando en la oscuridad, ocultos tras las lujosas puertas de prostíbulos o

habitaciones de hoteles de cinco estrellas, maquinando en la penumbra terribles crímenes y orgías siniestras; los lobos cazaban de noche y se ocultaban de día entre la manada urbana. Eran depredadores expertos en descuartizar pieza a pieza venados perdidos. Utilizándolos luego como cebo para conseguir capturar piezas más valiosas. Nicolás guardó las láminas en un sobre. Se despidió del teniente Álvaro Casado y salió disparado hacia la calle, hacía un calor demasiado espeso y pegajoso para encontrarse a finales del mes de septiembre. Eran más de las siete de la tarde. Hoy al menos había hecho tres horas extras, por las que los jefes no le iban a gratificar, pero daba igual. Tampoco merecía un sobresueldo. Lo importante era salir del embrollo en que estaba metido antes de que su pasado con Lucía fuese filtrado a la prensa; antes de que los lobos volvieran a salir de sus madrigueras sedientos de sangre para cazar más víctimas indefensas. Era hora de preparar las trampas, sembrar de minas el bosque para atrapar como sea a las fieras indomables. Las bestias llevaban días vigilando todos sus pasos ocultas en la oscuridad; aunque no las viese, él notaba su presencia, sabía que estaban allí escondidas tras la maleza, aullando a orillas del río Návea; espiaban con sigilo cada uno de sus pasos, camufladas con diversos disfraces, haciendo del mimetismo con el medio un arte, ocultaban sus verdaderos rostros, con diferentes máscaras.

Él era consciente de que le vigilaban. Al principio le aterraba su presencia, luego poco a poco fue acostumbrándose a ellas aunque simulase ignorarlas. Sabía que las bestias estaban observándole a cada minuto levantando barricadas a su paso, informando puntualmente a su jefe a cada instante de sus movimientos. Se lo había comentado con la voz baja en tono falsete al sargento Guillermo. Él le dijo que lo sabía también notaba su presencia. Debían actuar con sigilo. Las fieras eran agentes a sueldo que velaban sin duda por la seguridad del señor Verde, o de “La Reina del Noroeste”, o tal vez por la de ambos. Las tendrían encima mientras durase la investigación. Por eso debían mantener toda la información que obtuviesen en secreto, soltando pistas falsas de vez en cuando, haciéndoles creer que tan solo estaban interesados en el caso de María Guzmán. Ni una palabra sobre Lorena Vázquez, nada que las fieras pudiesen intuir como una amenaza a la seguridad de su señor. Estaban muy cerca de algo gordo, nunca antes ninguna línea de investigación policial había tenido tan cerca a las cabezas operativas de la mafia del narcotráfico en Galicia. Era tarde. Se encontraba conduciendo el ZX por la carretera vieja de Ponferrada. En media hora estaría de nuevo en la herrería con los retratos robot

en el bolsillo.

Por mucho que tratase de cotejar los rostros del señor Azul y el señor Rojo, pasando incontables horas revisando la documentación de ciudadanos, afincados en España y provenientes de la antigua Unión Soviética, junto con los miles de emigrantes venidos del resto de países de Europa del Este; jamás conseguiría descubrir su verdadera identidad. El sargento Guillermo consiguió contar con la ayuda de media comandancia, pero después de comprobar una y otra vez las fotografías de los extranjeros cuyas facciones y nivel económico se aproximaba más a la imagen proyectada del señor Azul y el señor Rojo en los panfletos diseñados anoche por el teniente Álvaro. Los agentes decidieron dar la búsqueda por concluida. Era como buscar una aguja en un pajar, removiendo una y otra vez el heno, a la espera de encontrar una prenda íntima olvidada por dos amantes que podrían haber pasado por allí por casualidad una fría noche de invierno, ya muy lejana en el tiempo. Ni rastro del señor Verde y el señor Rojo. Tal vez Nicolás había distorsionado en su mente sus verdaderos rasgos, después de haber visto tantas caras diferentes, desde que había comenzado la investigación; cierto era que aquellos hombres, uno con el rostro afilado, la barbilla alargada y la nariz recta con la rigidez de una escultura griega, y el otro con la cara redondeada, los ojos grandes muy hundidos en sus cuencas y la nariz chata en sus bordes, se asemejaban a centenares de rostros, por muy digitalizada que tuviese la memoria Nicolás, siempre habría un margen de error; como en un montaje de un largometraje, que después de haber muerto el actor principal, a la falta de terminar el metraje, se suplanta su ausencia con otro actor de facciones similares, o si no se conseguiría creando una imagen virtual del fallecido por ordenador.

— ¿Qué opinas del caso? —inquirió el Sargento Nicolás.

Se encontraban tomando unas Coca Colas en la cafetería Alaska, situada al lado del parque de San Lázaro en pleno centro de la ciudad.

—No lo sé, pero no conviene obsesionarse demasiado con el caso. A veces es mejor tomarse un pequeño respiro antes de volver a la carga. Tal vez el señor Rojo y Azul se hayan operado el rostro, o cambiado de nombre o nacionalidad y no dispongamos en los archivos de una foto de su imagen actual. Muchos mafiosos lo hacen, es una forma de borrar su rastro y comenzar una nueva vida con una identidad diferente. De todas formas dudo que esta gente tenga antecedentes penales —contestó Guillermo.

—Mirémoslo por el lado positivo. Mientras no sepamos la verdadera identidad de nuestros amigos, nuestras vidas no correrán peligro y los lobos nos dejarán en paz. De todas formas aunque la supiéramos no podríamos encerrarlos. No tenemos pruebas contra ellos.

—Eso si no logramos la confesión de Natasha y Milla —replicó de nuevo Guillermo.

—Nunca hablarán. Cuando las detengamos por asesinato, se sentirán acorraladas. Saben que si dicen una sola palabra sobre la verdadera identidad del señor Verde, correrán la misma suerte que Lorena Vázquez —dijo Nicolás.

—No si les ofrecemos protección. Verás, tanto Natasha como Milla son adictas a la heroína, le impediremos el acceso a la droga. Cuando el mono aparezca hablarán, por un viaje al ciberespacio esas dos no dudarán en largar como cotorras.

—Me sorprendes una vez más Guillermo. Veo que lo tienes todo calculado ¿Entonces por qué no las detenemos de una vez?

—Cada cosa a su tiempo amigo. De momento las dejaremos en libertad, por lo menos hasta que obtengamos la información que necesitamos del señor Verde sobre el caso de María Guzmán, así mataremos dos pájaros de un tiro.

—Eres un genio, compañero. Sabía que si alguien podía sacarme de este embrollo ese serías tú. ¿Si algo puedo hacer por ti después de que hayamos resuelto este caso, no dudes en pedírmelo?

—Sí. Te agradecería que no vuelvas a llamarme nunca más, te quiero con toda mi alma pero jamás me imaginé metido en un lío así.

—Te lo compensaré amigo algún día, ¡no lo dudes! —respondió Nicolás.

—Cuando esté amenazado de muerte por la CIA o un grupo de terroristas quiera eliminarme, te llamaré. Mientras tanto preferiría tenerte lejos, compañero.

2— Tras las rejas.

En horario de verano la cena era a las ocho. A las nueve de vuelta a la celda tras el segundo recuento del día, no fuera que alguna presa fuera a fugarse por las tuberías del desagüe. Cada día lo mismo, aquello le recordaba a los primeros años de la infancia en el colegio de las Carmelitas con las monjas actuando de sargentos. A ella nunca le gustó acatar las normas y reglas de los demás y aún menos si estas eran aplicadas con férrea disciplina militar. Estaba agotada de la vida en la cárcel donde todos los días eran iguales. Ella no poseía la imaginación de su amiga Mireia para poder evadirse de aquella soporífera realidad. Al menos le quedaban los libros de la biblioteca. A través de sus páginas podía viajar a otros universos paralelos llenos de vida, acción y aventuras. Le había gustado especialmente "El conde de Montecristo", pues se sentía bastante identificada con el personaje principal de la novela; había palidecido con obras como "Los miserables" o "Crimen y castigo" pues las vidas de los protagonistas eran todavía más tristes y absurdas que la suya; vidas sin esperanza, condenadas al fracaso. Desde que le habían retirado los ordenadores y controlado las visitas del exterior había comenzado a caer en un estado depresivo que, se aceleraba cada día con la presión mediática. Sus enemigas "las Amebas" volvían a trabajar juntas para su desgracia. Aunque los artículos aparecidos en "Interviú" los firmaba solo Susana Seoane, ella sabía de buena tinta que Ruth colaboraba en la sombra con ella. Se notaba su mano negra en los dos últimos artículos que hablaban de sobornos en el nuevo juicio contra ella. Juicio que cada vez dudaba más que llegase a celebrarse, pues las pruebas incriminatorias en su contra eran cada vez más claras, tras la declaración de los agentes de la Guardia Civil que habían colaborado con Alberto en la investigación que terminó con su detención.

Las declaraciones las habían hecho en el programa televisivo "Informe Semanal" delante de seis millones de espectadores, inducidos por la acreditada periodista Susana Seoane que colaboró en la dirección del reportaje titulado "Las redes de la Reina". La foto de su ficha policial fue vista por medio país y publicada por primera vez en numerosos periódicos y revistas. A pesar de lo

mucho que se había esforzado Lucía por ocultar su imagen, todo intento había resultado infructuoso debido a la agudeza de “las Amebas”, que ella no se imaginaba cómo se las habían ingeniado para conseguir los negativos.

A partir de ahora sus días como La Reina estaban contados. Por una parte se alegraba de abandonar su trono. Todavía era muy joven para comenzar una nueva vida. Puede que echase de menos los buenos momentos del pasado al lado de la banda del Sueco, Peluso, el tío Sam y los suyos. Pero seguro que el futuro le deparaba una vida más digna. En el fondo de su corazón aunque rechazaba el mundo de los narcóticos, adoraba la vida de lujos y placeres que lo rodeaba. Lo cierto es que su situación se había complicado bastante. Debía haberse cargado a esas malditas periodistas mientras hubiese podido antes de que arruinasen su vida. Pero ella no era una asesina. A diferencia de Natasha y el señor Verde. Ella nunca aprobó la muerte de Lorena Vázquez. Por eso quizás estaba fracasando en el mundo del narcotráfico. No tenía lo que hay que tener para este negocio: agallas y fría determinación para apretar el gatillo o empuñar un puñal cuando hace falta. De eso era mejor que se encargaran otros. No quería mancharse las manos con la sangre de nadie. Pero en el fondo de su alma ella sentía que también había tenido parte de culpa en la muerte de Lorena, igual que de otras muchas, pues siempre había guardado silencio. Jamás había movido un dedo para evitar ninguna de ellas. Con su silencio las había consentido, cada una de ellas. Desde el día en que presenció a Peluso asesinar a Rudesindo disparándole a quemarropa al corazón cuando apenas tenía nueve años hasta la muerte de Lorena.

Sintió un gran alivio al sentir el agua resbalar por sus pechos desnudos. Hacía meses que las manos de ningún hombre le rozaban. Echaba de menos la callosidad de su tacto, pero ninguno de los cuatro grandes amantes de su vida, Rodríguez Carpintero, Manuel Marquina, Alberto Conde y como no, su gran amor, Nicolás Gallardo, se encontraban en condiciones de arriesgar su reputación compartiendo tres horas de intimidad una vez al mes en un bis a bis con una famosa presa, había pasado a convertirse en pocos meses de una heroína a la mujer menos deseada por los brazos de sus amantes más preciados. Quizás reprimidos por el miedo a un escándalo mediático lo cierto era que ni un político, juez, abogado o guardia civil eran las personas más adecuadas para relacionarse con una convicta. Al fin y al cabo solo se trataba de sexo putrefacto y mal oliente dentro de una habitación cerrada, probablemente acolchada, parecida a esos habitáculos donde encierran a los dementes en los psiquiátricos. Casi podía verse a sí misma

amordazada con los brazos atados a la altura del pecho, pegando saltos, incapaz de moverse, con el cuerpo desnudo y musculoso del sargento Nicolás a su lado sin poder tocarlo, muerta de deseo, sintiendo un fuego en el interior de los ovarios que le quema las entrañas. Muriéndose de las ganas de engancharse con un arnés a su gigantesco miembro fálico, colgándose de él como de uno de esos enormes cables que sujetan los puentes colgantes. Pero la camisa de fuerza la mantiene inmovilizada.

El agua sigue resbalando por su cuerpo para perderse en el sumidero del suelo. Alcanza una toalla y se envuelve en ella. Se seca. La vuelve a colgar en la percha y se enfunda un albornoz de color gris. Si alguna vez sale de la cárcel jamás volverá a vestir nada de ese color. A continuación se dirige a la pileta para arreglarse un poco. Hoy además de tener cita con su abogado por la tarde recibirá la visita del sargento Nicolás. Le tiemblan las piernas solo de pensarlo. Sus ojos la delatan, el pulso se acelera ¡Maldita sea! Otra vez le palpita el corazón fuertemente. Odia esa desconcertante sensación momentánea de pérdida de control. Es la excitación nerviosa. No puede dejar dominarse por ella. Respira hondo, con fuerza. ¡Tranquila! ¡Tranquila! Repite mentalmente una y otra vez. Solo se trata de un sueño. Pero la gente en su situación necesita algo en que creer. Una ilusión, algo a que agarrarse para tratar de sobrevivir. Dos horas más tarde Amadeo Montero estaba sentado frente a ella en la sala de visitas. Las paredes desnudas carentes de decoración le daban un aire funesto al local. A ella le recordaba a uno de esos laboratorios siniestros pertenecientes a los servicios de inteligencia americana, donde a principios de los ochenta se hacían experimentos con seres humanos, generalmente varones en edad universitaria a cambio de pequeñas sumas de dinero. Una mesa de aglomerado barato de color blanco se interponía entre ellos. Amadeo fue el primero en hablar, sus palabras surgían a través del humo de su cigarrillo como de un reactor del ejército. El escándalo provocado por el reportaje emitido en “Informe Semanal” sobre su nuevo juicio había reducido las posibilidades de ganarlo, según le explicó Amadeo.

—Lo mejor es rendirse. Si renunciamos al nuevo juicio, la fiscalía nos concederá una reducción de condena de ocho a cinco años. Lo más coherente sería aceptar la oferta. Al no tener antecedentes y debido a tu comportamiento ejemplar desde tu ingreso en la cárcel, en un mes te concederán permisos de fin de semana y cinco años pasan rápido. Te aconsejo que aproveches el tiempo estudiando, deberías sacar un título universitario. Te vendría bien un trabajo honrado cuando salgas a la calle. Tan solo

tendrás treinta años, todavía te quedará toda una vida por delante.

—Aceptaré el trato. No quiera más escándalos con la prensa. Cinco años aquí dentro serán toda una eternidad, pero si puedo salir los fines de semana, lo soportaré.

Amadeo le tendió unos papeles con la documentación oportuna para realizar las peticiones adecuadas y gestionar el nuevo trato que estaban a punto de alcanzar con la fiscalía, si seguían adelante con lo del juicio era posible que ganaran pero si perdían tendrían que cumplir los ocho años de condena íntegra, además de un año más por pasar seis meses huida de la justicia, la fiscalía había aceptado olvidar ese cargo si al final se realizaba el acuerdo. Tras la rúbrica correspondiente Amadeo se despidió de Lucía con un fuerte apretón de manos, deseándole toda la suerte de este mundo. A la una de la tarde se sirve la comida. Las presas ocupan sus asientos sin número ni nombre que parecen llevar ya tiempo destinados a la misma persona. Es un acto sagrado, ninguna presa se atreve a ocupar el sitio de otra como si estuvieran predestinados de por vida a sentarse en ese lugar.

Cada una se sienta con las suyas en la mesa en la que se siente más segura. Aquí no hay mezclas raciales ni de bandas. A pesar de ello predomina el silencio. Solo interrumpido por el bullicioso tintineo provocado por las cucharas y tenedores al sumergirse una y otra vez en el líquido brebaje que semeja ser un potaje. Antes de terminar la comida ninguna se atreve a separar la mirada del plato. Nadie hace ningún comentario sobre nada. Los interinos permanecen vigilantes por si alguna presa se pasa de la raya, pero por esta vez en el comedor parece que reina una armonía preconcebida. Dos lámparas redondas de luz blanca similares a las que cuelgan de muchas fábricas reparten la luz en la estancia, parece que fuera está lloviendo. Lucía come en silencio, por la tarde a las seis se encontrará con Nicolás. Es un buen chico y ella lo sabe, todavía retiene el sabor de sus besos en su memoria, desde la última vez que estuvieron juntos en Chandrexa en aquel duro colchón. Jamás había sentido nada igual por nadie, nunca antes. Era la primera vez que alguien la hacía sentir mujer en toda la extensión de la palabra.

Jamás conseguiría olvidar su cálida mirada, la primera vez que sus ojos se cruzaron el pasado fin de año en la taberna, ella estaba tras la barra poniendo copas, se sintió atraída por él al momento. Se le había puesto la piel de gallina, el corazón le había pegado un fogonazo, la misma sensación de infarto que sentía ahora cada vez

que oía pronunciar su nombre en la prisión; aunque nunca se hubieran acostado juntos y llegasen a hacer el amor, seguiría sintiendo lo mismo al verlo, era como una enfermedad algo visceral como un impulso animal que su mente no podía dominar y contra el que no valía la pena luchar.

3—El secreto de Susana.

Susana Seoane jamás lograría borrar de su mente aquel lejano día, hacía tan solo cinco años atrás. Era un jueves del mes de diciembre, caminaba lenta y pausadamente a través de las aceras de hormigón. En busca del amparo de las robustas paredes de piedra del edificio donde está ubicada la Subdelegación del Gobierno. Tratando de protegerse del fuerte viento y la lluvia con nada más que un ajustado chubasquero, propio de épocas más cálidas que de aquella estación tan fría. Da una calada profunda a su cigarrillo con esa ansiedad con que un segurata aburrido observa el paso lento de las horas en su reloj de pulsera, a la espera del final de su turno. Eran las nueve y cuarto, le aguardaba otro aburrido día de tomar apuntes y escuchar con ojos de moribunda los dictados de los profesores. Tal vez debiera dedicarse como su amiga Lucía a vender hierba. Seguro que se sacaría una pasta guapa, pero era demasiado arriesgado si te cogen vas lista.

Debería de estar orgullosa de sí misma de cómo le están saliendo las cosas, pero hay veces que una se levanta con una pereza absurda, como si los parpados le pesaran toneladas, parece que la monotonía se adueña de todo a su alrededor. A cada paso que da se harta de contemplar el mismo absurdo parque medio desierto, salvo por los vagabundos que pululan por sus bancos a la espera de una temprana limosna de los ataviados estudiantes que lo cruzan a toda velocidad, sin deparar en ellos, camino de las clases; cargados con sus carteras soportando su peso como si en realidad no contuviesen más que oxígeno, igual que esas botellas con que los buzos se sumergen una y otra vez en las profundidades del océano.

Al otro lado del parque atravesando la calle se encuentra el edificio San Martín: la torre más alta de la ciudad, le recuerda a una de esas feas edificaciones construida durante los años sesenta, claro símbolo de una ciudad en decadencia. Pero eso no es todo, más adelante se encuentra de lleno con los escaparates de la tienda de Adolfo Domínguez, el millonario empresario. Uno de los más competentes emprendedores e inteligentes de toda la provincia, además de famoso por sus diseños, cuyas colecciones de ropa se venden por todo el mundo. Prendas fabricadas en China con costes mínimos, se exponen en sus vidrieras a precios prohibitivos para su

bolsillo.

Susana avanza lentamente por la acera, necesita una dosis de cafeína para despertar. La universidad que está a la vuelta de la esquina, se le antoja lejana como las montañas del Himalaya. Tras dejar el escaparate de Autos Santa Rita a la izquierda repleto de lujosos autos, se acerca al edificio de la Policía Nacional. Justo cuando fija la vista en él, una melodía familiar surge de su bolso, son las notas de la banda sonora de Misión Imposible que emite su Nokia 8410 de última generación, sonando a un ritmo frenético. Como está medio aturdida agradece el alboroto de la música que le ayuda a desperezarse. Era Ruth, dice que esta vez esta decidida a abandonar a su novio José Ramón bla, bla, bla…. El mismo pregón de siempre. La escucha pacientemente mientras sigue caminando deja atrás la comisaría. Pasa bajo el puente de la vía férrea. Queda con Ruth en tomar un café por la noche, cuelga el teléfono y vuelve a guardar el móvil en el bolso. Susana ataja por una calle sin demasiado tránsito a aquellas horas de la mañana, que se perdía paralela a la comisaria. No recuerda en que momento tras fijar la vista en el contenedor de vertidos domésticos le dio un vuelco el corazón. Quizás tras divisar sobresaliendo de su interior entre los desperdicios el blanquecino brazo de una chica. Susana se acerca aterrada ¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra bien? No hay contestación. Levanta la tapa del contenedor y nota como las venas del cerebro se le hinchan con el terror, se acerca lo suficiente para comprobar que aquel rostro exangüe le resulta familiar.

Le recuerda a una infancia pérdida en la casa de sus tíos paternos, jugando entre los juncos, corrían a través del enorme patatal de la finca, saltando por el empedrado suelo de la casa cogidas de la mano, ella y la chica del contenedor: su prima materna Nuria Estévez Lameiros, heroinómana a los veintidós años, muerta por sobredosis, hallada por casualidad por Susana Seoane a las nueve y veinte de una fría mañana de diciembre. Se trataba de una tragedia sin precedentes en su vida. Susana le guardaba un cariño muy especial ¡Pobre chica! Durante su infancia Nuria tuvo que soportar en silencio los pasos de un padre borracho crujiendo en la escalera, profiriendo exabruptos e injurias contra una madre frágil y abandonada a los abusos de un patán sin escrúpulos, que siempre la desmereció. Las palizas se sucedían generalmente los domingos de madrugada, cuando el regresaba ebrio del bar del pueblo después de emborracharse con coñac de barril junto a sus amigos. Unos fascistas de mala uva, gente déspota sin escrúpulos de ningún tipo, dispuestos a imponer por la fuerza sus ideales, gente de la peor calaña igual que su padre. Después de emprenderla a gritos

con su madre desahogándose con las peores sandeces y ocurrencias que le venían a la mente, corría sin tino por toda la casa.

Nuria permanecía oculta tras las piernas del abuelo aterrorizada, guarnecida tras el calor de su protector bastón de avellano. Para Susana, durante mucho tiempo Nuria había sido la mejor amiga de su infancia, le dolía verla allí en aquel estado de catarsis con los ojos abiertos, mirando hacia ninguna parte, como si la muerte le sobreviniese por sorpresa, sin haber sido invitada; víctima de una apoplejía provocada por el efecto de la droga. Susana se quedo mirándola con cara de perplejidad, a su alrededor comenzó a juntarse un coro de personas que observaba la escena a una prudente distancia.

Estudiantes que no parecían tener demasiada prisa por llegar a clases, funcionarios en busca de algo nuevo que contar en sus aburridas horas de despacho y algún corredor que simulaba ponerse en forma mientras media su ritmo cardíaco en un pulsómetro, abuelos que salían a la calle a dar sus últimos pasos antes de dejar este mundo; todos se quedaron petrificados mirando a la chica, sin decir nada, como si se tratara de un espectáculo circense. Atónitos por el impacto de su visión a nadie se le ocurrió coger un móvil y llamar a urgencias, por si aún quedara algún aliento de vida en aquella figura desaliñada. No era necesario, Susana sujetó su muñeca tratando de encontrarle el pulso, pero este había dejado de palpitar hacía ya horas. Un dolor angustioso se apoderó de su pecho, pobre Nuria, nunca tuvo suerte. Su padre la había violado en varias ocasiones durante su infancia. Cansado de los continuos abusos de su hijo, un día el abuelo cargó la escopeta de caza que colgaba de la pared del salón a la izquierda de la cabeza de jabalí disecada, que junto con otras piezas de caza decoraban la estancia, dirigiéndose hacia el padre de Nuria le puso el cañón en el pecho, pero le tembló el pulso antes de apretar el gatillo. El otro había conseguido arrancarle el arma de un manotazo, del golpe que le propinó al viejo que, hasta entonces gozaba de inmejorable salud. Le rompió varias costillas. A partir de ahí el abuelo jamás volvió a ser el mismo.

La Benemérita no hizo nada, simplemente dijeron que se había caído por las escaleras de todas formas aunque hubiesen dicho la verdad, Susana dudaba que aquel mal nacido recibiera ningún castigo. Susana recordaba la adolescencia de Nuria como una época traumática para ella, los problemas familiares habían ido a peor. Las palizas de su padre a su madre se habían multiplicado. Después de fallecer el abuelo, ya no tenía dónde esconderse salvo en la calle;

a partir de entonces Susana le perdió la pista enfrascada en sus estudios rodeada de sus mejores amigas. Ahora lamentaba no haberle ayudado más, seguro que si hubiese sabido de su vida y se hubiese preocupado más por ella… Hoy todavía estaría viva, Susana desde aquel día comenzó a engendrar un odio en su interior hacia el mundo de las drogas y todo aquello que lo rodeaba.

Era triste que su prima terminase de aquella forma rodeada de bolsas de basura, tratando de esconderse de la crueldad de un mundo que siempre le fue hostil. Un mundo cuyas divergencias, contraste de culturas y creencias no suele albergar en su seno un lugar para los más débiles. Tan necesitados a veces de un refugio donde cobijarse. Susana nunca lograría borrar de su mente los ojos de aquella niña asustada pertrechada entre las piernas de Don Tomasino, a la espera de evitar la cólera de su padre. Las bofetadas, los tocamientos obscenos tan dolorosos, que jamás logró superar y que la llevaron a practicar felaciones con desconocidos en lugares oscuros a la procura de dinero para poder costearse una mísera dosis de la peor calidad. Cuando Nuria viajaba con la heroína, lo hacía a un lugar tranquilo, carente de dolor, una especie de nirvana extrasensorial, dónde una paz inmensa invadía todos sus sentidos, inundándolos de un aroma intenso de calma y espiritualidad plena, incolora, transparente y tranquila de efecto sedante. Pero que sin intuirlo la acercaba cada vez más a una muerte lenta y desoladora.

Durante el funeral Susana ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras, después de haber pasado la noche en vela derramando lágrimas por su vieja amiga. Le dolía haberla perdido de aquella manera tan estúpida, sin poder al menos despedirse, dignamente antes de haberse ido en un último viaje sin retorno a un lugar del que ni los más iluminados regresan nunca. Un lugar donde tal vez algún día se reencuentren para no volver a separarse nunca más. Ruth sujetaba el brazo de Susana durante el sepelio de su prima, mientras los hombres bajaban el ataúd proveídos de cuerdas. Acompañando el acto con las oraciones del cura y el llanto hipócrita de unos parientes que siempre le dieron la espalda mientras vivió y ahora derramaban lágrimas cargadas de teatro tras su muerte; en un vano intento de tranquilizar sus conciencias. De regreso al coche se encontraron con Lucía que había llegado tarde al entierro, pues acababa de regresar de un viaje en avión de Centroamérica.

—Lo siento. No pude llegar antes —dijo a modo de disculpa dirigiéndose a Susana.

Llevaba puesto un vestido color caqui muy escotado, bastante

inapropiado para la ocasión, en México el clima era cálido y no había tenido tiempo de ir a casa para cambiarse. Por el camino Don Silvio le había prestado un abrigo de astracán para protegerse del frío. Susana se quitó las gafas del sol y le clavó una mirada llena de cólera que a Lucía tardaría tiempo en borrársele de la mente.

—Podías haber sido cualquier cosa que te hubieses propuesto y has elegido la peor opción avergonzando a tu familia y amigas. Nunca perdonaré que gente como tú y ¡Tus malditos camellos!, hayáis llevado a mi prima a la tumba. ¡Maldita seas!, ojala te pudras en lo más profundo del infierno. ¿Por qué, por qué has elegido el camino del terror? Mírame a la cara y dímelo ¡Hija de puta!

Por la cabeza de Lucía pasaron todo tipo de cosas, pero ante aquella reacción de Susana tan violenta, decidió dar media vuelta y desaparecer. Desde aquel momento su amistad con Susana había terminado para siempre.

Aquello había ocurrido hacía muchos años. Ahora sentada frente al portátil Susana escribía un artículo sobre el vergonzoso acuerdo que La Reina había alcanzado con la fiscalía, tan solo condenada a cinco años de prisión. Era posible que en tres por buen comportamiento saliese en libertad condicional ¿Y luego qué? ¿Tanto esfuerzo por encerrarla entre aquellos barrotes para qué? Susana se consideraba una privilegiada por trabajar para revistas tan cotizadas como “Interviú”, “GQ” o “El País Semanal” y poder hacerlo desde su propio estudio sin horarios fijos, prisas o cualquier tipo de presiones. Cierto era que a pesar de que trabajar para ellas le proporcionaba una gran libertad, también se gastaba parte del sueldo que ganaba pagándole a sus informadores. Una de las mejores colaboradoras de Susana era su amiga Ruth, cuyo trabajo en el reportaje “Las redes de La Reina” emitido por Televisión Española en el programa “Informe Semanal” resultó primordial en el éxito final de la emisión; habían puesto a Lucía contra las cuerdas y dejado en pañales la precariedad de un corrupto sistema judicial en una ciudad caótica. Le dolió profundamente que mientras La Reina vagó por Chandrexa huída de la justicia, lo hiciese utilizando como tapadera los datos personales de su prima. Lucía jamás se podría comparar a Nuria en nada. Que Lucía y Nuria nunca llegaron a ser la misma persona era una verdad ignominiosa por mucho que aquella fanática llegase a creer que por el simple hecho de apoderarse de las señas de su prima, podría borrar de golpe su pasado y crearse una identidad nueva. Aquello era algo que no podía ser ¿Cómo diablos puede uno apoderarse del alma de alguien

sin dejar rastro de su propia existencia? Sin arrastrar sus pecados como una pesada carga a través del largo trayecto de la vida. Lucía tenía un pasado quisiera o no: debería pagar en la cárcel por sus delitos, una vez cumplida su condena y cerrada su deuda con la sociedad, se le ofrecería la oportunidad que todo ser humano merece de empezar de nuevo.

4— La entrevista.

A las cuatro y treinta, fin de la siesta, el sargento Nicolás la espera. Ella se desliza nerviosa por los pasillos del corredor como a través de una autopista cortada en el filo del horizonte, por un paisaje anaranjado en cuyo centro se divisa la vertiente de una montaña.

Ella desearía conducir a través de esa autopista sin límite de velocidad en su Chrysler Levaron descapotable de color rojo con la melena flotando en el viento, sin horarios camino de la libertad, huyendo de aquel lugar angustioso donde no está permitido llevar el pelo demasiado largo ni las uñas pintadas. Lucía echa de menos sentirse de nuevo mujer. Mira al frente siguiendo al carcelero. Ojalá nunca tuviese que pasar por aquella situación de pánico constante. Jamás había sentido nada igual ante la visita de un hombre y no eran precisamente los galones del sargento los que la asustaban, no menos que la presencia del ser que más había deseado los últimos meses.

—Es toda suya, sargento.

El funcionata desapareció dejándolos a solas. Lucía se sentó temblorosa perdiéndose en la belleza de sus ojos masculinos.

— ¿Cómo te encuentras? —preguntó Nicolás.

—No tan bien como debería. Estaría mejor en un crucero pero no puedo quejarme. Tengo lo que me merezco.

— ¡No digas eso!

—Es cierto. Siempre me he comportado como una estúpida, ignorante y egoísta, pude haber afrontado la vida de otra forma pero...

— ¡Vamos! —, la interrumpió Nicolás, sujetándole con fuerza la mano izquierda sobre la mesa—. A mí no tienes que darme explicaciones. Quién no ha tenido problemas en esta vida. Todavía estás a tiempo de cambiar y con la fortuna que debes tener oculta, podrás comenzar de nuevo. En cualquier lugar donde te propongas.

— ¡No sin ti! — dijo Lucía mientras las lágrimas le resbalaban por la cara. Nicolás le acercó un pañuelo de papel para que pudiera secarse la cara.

—Tienes la cara y los ojos más preciosos que he visto en mi vida.

—Muchas gracias, amor —dijo ella mientras terminaba de limpiarse el rostro—. Llevo semanas aquí encerrada pensando que jamás vendrías a verme, imaginándote con ella a todas horas, perdido entre sus brazos.

— ¡Vamos! —dijo él tratando de calmarla—. Tú sabes bien que es a ti a quien amo.

—Lo sé, amor. Aun así no puedo evitar que los celos me corroan las entrañas. Te deseo tanto que me quitaría la vida si tú me lo pidieras.

—Nunca lo haría y tú lo sabes. Ahora lo mejor es que nos centremos en la manera de sacarte pronto de aquí.

Lucía puso al tanto a Nicolás de su situación actual con respecto a la ley, a él le cogió de sorpresa la anulación del nuevo juicio. Eso desbarataba parte de sus planes. Luego le informó de su conversación con el señor Verde. Ella confesó estar al tanto de todo y le agradeció su interés. Pero ahora con la anulación del nuevo juicio todo había cambiado y al no salir Lucia de la cárcel, el trato de Nicolás con el señor Rojo quedaba anulado. El señor Rojo no se fiaba de un sargento novato, Lucía lo sabía. Había charlado con un emisario del señor Verde por la mañana, los lobos estaban nerviosos por el giro que estaban dando los acontecimientos.

—El señor Verde lamenta que yo no pueda salir en libertad. Pero te avisa que si metes en la cárcel a Natasha y Milla, nosotros dos terminaremos pronto sirviendo de comida a los gusanos. Sin embargo si mantienes la boca cerrada, él estará dispuesto a recompensártelo con algún otro pequeño favor.

— ¡Perfecto! —. Lucía se lo había puesto en bandeja—, pues hay un pequeño favor que pienso pedirle a cambio de mi silencio.

— ¡Soy toda oídos! —Respondió Lucía sorprendida por la procacidad de su reacción.

—Llevo tiempo tratando de resolver el caso de María Guzmán, la

niña muerta hace casi un año en Montederramo. Mis superiores están que trinan. Quieren resultados pero los quieren ¡Ya! Dile al señor Verde que si me da el nombre de las culpables y el móvil del crimen podré acallar las bocas de mis superiores y dejaré en paz a sus chicas y sus culos de bolcheviques se sentirán más seguros. Adviértele también al señor Verde que soy consciente de que sus hombres nos vigilan a cada momento. Si alguna desgracia o accidente me ocurriera a mí o a mi compañero, le informó de que varias personas de confianza poseen una copia de los resultados de los análisis de ADN practicados sobre las muestras de cabello, sustraídas del escenario del crimen por nuestros expertos y que revelan a Natasha Paskavic y Milla Kurchina como las autoras materiales del asesinato de Lorena Vázquez. Además dichas personas tienen en su poder varias copias de esta cinta.

Nicolás entregó una cinta a Lucía. Esta la cogió y la guardó rápidamente en un bolsillo de su chaqueta.

— ¿Qué es? —preguntó Lucía.

—Es la declaración jurada de una testigo protegida que asegura haber presenciado como Natasha y Milla asesinaron a Lorena Vázquez.

—Bien, ¿Qué ocurriría si el señor Verde aceptara el trato? ¿Qué garantías le dais de que no iréis contra él?

—Si acepta ocultaremos las pruebas y el caso será archivado para siempre con el tiempo. ¿Garantías?, ¿qué garantías puedo darle? Acaso voy a poner en peligro mi vida o la de Guillermo y su familia iniciando una persecución sin sentido sobre él y sus hombres. Acaso no ha sido suficiente con la muerte de Lorena. Que no me subestime. Solo soy un simple guardia que a duras penas llega a fin de mes. No pienso jugarme la vida tontamente iniciando una guerra contra la mafia por un estúpido juramento de justicia y lealtad a la patria. Todo hombre tiene un precio. Este es el mío.

—Mi consejo como amiga es el siguiente. En cuanto al caso de la niña muerta os estáis moviendo en un terreno muy peligroso. Proponedle al señor Verde que os de las claves para resolverlo sería como ataros una soga al cuello.

— ¿Por qué? —preguntó sorprendido Nicolás.

—Como comprenderás, mi situación como colaboradora del señor Verde no me permite ofrecerte más información. Sin embargo

por tu bien, olvidaré comentarle nada sobre el caso, si en algo aprecias tu vida.

— ¡Muchas gracias! No lo presionaremos con eso si tú no lo crees conveniente. La verdad que llevamos tiempo moviéndonos a ciegas en este caso por lo que creímos que al señor Verde no le importaría echarnos una mano.

—No cuando esa mano puede estar manchada de sangre —dijo Lucía irónicamente.

—Eso lo ignorábamos, como casi todo lo demás del señor Verde.

—A mí nunca me pareció buena idea exigirle al señor Rojo el esclarecimiento del crimen de María, pero Guillermo insistió por si colaba. Por lo que ves somos un desastre como investigadores. ¿Qué nos recomiendas entonces?

—Que sigáis siendo igual de malos. Eso os mantendrá con vida más tiempo. Por mi parte actuaré como si esta conversación no hubiese tenido lugar. Le comunicaré al señor Verde que seguís nadando a ciegas en un mar de ignorancia y lo único que pides a cambio por tu silencio, además de la ocultación de pruebas, es que yo sea liberada de cualquier cargo que tenga que ver con el mundo del narcotráfico, para poder casarnos cuando al fin salga de la cárcel. Él cree que estás totalmente enamorado de mí y que la pasión te ciega hasta el punto de olvidar tus obligaciones como policía. Por qué no dejar que siga creyéndolo.

—De acuerdo Lucía. ¿Qué me dices del caso de María Guzmán? —trató de insistir Nicolás.

—Solo puedo decirte que el señor Verde está igual de implicado que en el de Lorena Vázquez por lo que deberías andar con pies de plomo.

— ¿Quién la mató?, ¿lo sabes?

—Por supuesto, por algo soy La Reina. Sin embargo lo mismo que nunca he sido una asesina ni he aprobado este tipo de actuaciones, tampoco soy una delatora. Pero si mi vida por casualidad corriese algún tipo de peligro no dudaría en hablar.

— ¿Por qué iba a correr peligro?

—Una chica enamorada podría cometer cualquier estupidez y

una de ellas podría ser unirse al enemigo.

—Pero tú no eres estúpida y eso el señor Verde lo sabe.

—Eso espero por su bien —sentenció Lucía.

Nicolás Gallardo trató de poner sus ideas en orden antes de seguir interrogando a la prisionera, Lucía estaba en lo cierto. En su foro interno Nicolás siempre supo que los asesinatos de María Guzmán y de Lorena Vázquez estaban relacionados. Dos muertes supuestamente relacionadas con el mundo de las drogas en un espacio tan corto de tiempo en una provincia tan pequeña como Orense, donde raras veces ocurre nada, cuya ejecución en ambos casos corriese a cargo de una pareja de mujeres. Demasiadas casualidades. Sin embargo había algo extraño en aquellos asesinatos que no encajaba.

¿Por qué un jefe de la mafia rusa había ordenado la ejecución de dos crímenes que no parecían más que ajustes de cuentas, uno por venganza respecto al asesinato de Lorena y el otro debido a un asunto de narcóticos? ¿Qué tenía que ver la mafia rusa con ello? ¿Por qué alguien al parecer tan importante como el señor Verde se mancha las manos de sangre con gente de baja calaña, arriesgándose a terminar encerrado en la sombra por asesinato? ¿Por qué no dejar que las mafias gallegas limpien su propia mierda? La pregunta a contestar era la siguiente: ¿Qué ganaba el señor Verde con aquellos crímenes? Nicolás se percató de que se hallaba al principio de un túnel cuya salida no se adivinaba cercana. Era consciente de que no podría presionar mucho más a Lucía. Su situación no era fácil. La chica estaba jugando a dos bandas. Por una parte debía permanecer fiel a la justicia para tratar de salir en libertad cuanto antes y al mismo tiempo tratar de que su cuello no corriese peligro. Pero por otro lado le debía fiel obediencia al señor Verde. A saber qué clase de negociaciones se traía con su banda, probablemente asuntos de narcóticos incluyendo como paga extra un par de homicidios. Nicolás se negaba a creer que el señor Vede no tuviese nada personal contra Lorena Vázquez y María Guzmán, que simplemente hubiese actuado como un mercenario, asesinándolas a cambio del dinero proveniente de las mafias gallegas. Antes de proseguir con el interrogatorio. Nicolás hizo que les trajeran un par de cafés. Todo se veía más claro a veces con una buena dosis de cafeína en el cuerpo.

—Lo que no entiendo —prosiguió Nicolás—. ¿Qué hace la mafia rusa metida en todo este tinglado?

—Los rusos hace tiempo que intentan abrirse un hueco en nuestro mercado. Aunque la mayoría de sus negocios se encuentran ubicados en la Costa Brava. El constante reclamo turístico experimentado por las Rías Baixas en los últimos años ha llamado su atención.

Cierto era que la especulación urbanística había aumentado de forma ostensible por toda la costa suroeste gallega, sobre todo la zona comprendida entre Bayona y Sanxenxo, donde habían proliferado las urbanizaciones de forma descontrolada, sin ningún tipo de planificación urbanística que estuviese en consonancia con las características de la inmaculada belleza paisajística de aquel paraíso atlántico.

—Se trata pues de una posible invasión bolchevique de nuestras tierras —comentó Nicolás en tono irónico.

— ¿Acaso no hicieron lo mismo las tropas de Napoleón hace dos siglos? —respondió Lucía.

Nicolás no contestó, se hacía tarde además se encontraba cansado. Se despidió de Lucía con un fuerte apretón de manos reprimiendo las ganas de abrazarla y besarla allí mismo. Lucía le deseó suerte en la investigación advirtiéndole que tuviese cuidado, sus enemigos eran gente sin escrúpulos que no dudarían en matar si se sentían acorralados.

—Cuídate tu también, ¡amor mío! —añadió él.

Cuando sus manos se desprendieron un desolador y terrible dolor se adueñó de sus almas. Pero lo importante ahora era que seguían vivos, respirando y deberían aguantar así hasta que pudiesen volver a estar juntos. Antes de irse Nicolás le prometió ir a buscarla en cuanto tuviese el primer permiso de fin de semana y que dejaría de acostarse con su amiga Mireia.

5—Viejas amigas.

Mireia se entretuvo un rato observando el ojo de la lavadora girando sobre sí mismo. Cuando sonó el timbre. Era su amiga Susana Seoane. Estaba preciosa, vestida con un traje oscuro como en sus tiempos de punk, aunque los chicos de ahora le llamen gótico. Las modas siempre vuelven. La periodista llevaba un piercing como una tachuela clavada a la nariz, Mireia se alegraba de verla después de tanto tiempo sin venir a visitarla. Era algo habitual en Susana que la sorprendiese con un nuevo look. Pero no esperaba que hubiese retrocedido de esa manera hacia lo retro. Los años ochenta hacía tiempo que habían quedado atrás, se abrazaron con fuerza. Mireia sacó unas cervezas de la nevera, como había cesado la lluvia decidieron salir al exterior de la casa para disfrutar del aire puro mezclado con olor a ganado que desprendía la sierra, se sentaron frente al puente de troncos de madera que cruzaba el río Queixa. Mientras charlaban el sonido de sus palabras se mezcla con el bullicio de las aguas a su paso por el cauce del río. Gradualmente según el alcohol va haciendo su efecto el bullicio parece ir descendiendo para transformarse en un agradable ruido de fondo. Se encontraban a finales de septiembre. El cielo estaba encapotado pero no hacía frío. La temperatura permanecía estable a pesar de que pasaban de las seis de la tarde, la silueta de un gavilán apareció, desplazándose por la pantalla del cielo, su visión llamó especialmente su atención. La tranquilidad del enclave quedó de repente perturbada por el ronroneo de un motor.

— ¿Has quedado con alguien? —preguntó Susana.

—Sí. Un amigo que viene a verme de vez en cuando.

— ¿No será ese sargento tan guapo de que me has hablado por teléfono?

—Sí, el mismo que investiga el caso de Lucía y con el que has tratado de entrevistarte varias veces.

— ¡No tenía ni idea! —añadió Susana sorprendida.

Dos minutos después Mireia hizo las correspondientes

presentaciones, Nicolás no se alegró demasiado de conocer a la periodista que había revolucionado media prensa hasta hacer naufragar el nuevo juicio de La Reina. Sin embargo no le guardaba rencor por ello, al fin y al cabo ese era su trabajo. Susana insistió para que Nicolás se quedara a cenar con ellas. Durante la cena Nicolás no paró de intercambiar miradas con aquella atractiva desconocida. Le gustaba como se amoldaban sus piernas sobre las botas de militar negras decoradas con un par de gigantescas hebillas plateadas, tenía unas nalgas preciosas que desaparecían bajo una minifalda negra de cuero. Le gustaba su aspecto de chica dura. Era muy atractiva.

Mireia lanzó un leño tratando de reavivar el fuego que parecía menguar bajo el peso de la chimenea, la cena fue lenta y ceremoniosa. Todos trataron de retardar lo más posible como si de un pacto entre caballeros se tratase, el momento de hablar de trabajo. El viento soplaba con fuerza agitando las copas de los árboles a su paso. Nicolás pensó en los lobos siberianos. Estarían allí fuera esperando. La cosa se estaba poniendo fea. Se les estaba agotando el tiempo y no sabían nada sobre los rusos. ¿Quiénes eran? ¿A qué jugaban? Y lo más grave: ¿Por qué permitían que dos asesinas a sueldo caminaran a sus anchas por la cárcel? Lo cierto era que no tenían realmente pruebas suficientes para detenerlas. Tan solo unas muestras de cabello de Natasha que hallaron en una de los platos de ducha, no en el cadáver de la víctima, como Nicolás le había contado al señor Verde. Esas muestras no probaban nada. Podría habérsele desprendido alguna mecha mientras se duchaba por la mañana, horas antes de ser cometido el crimen. En cuanto a la cinta se trataba de la declaración carente de credibilidad de una colombiana, enemiga de las rusas e íntima amiga de la víctima que juraba haberlas visto asesinar a Lorena.

Después de la declaración de Marina Barros y su entrevista con los rusos. Nicolás no dudaba de su culpabilidad. Sin embargo tanto las declaraciones de Marina y la colombiana Patricia Garbajosa no serían admitidas en ningún tribunal como pruebas lo bastante consistentes como para encerrar a las rusas por el asesinato de Lorena Vázquez. Solo cabía esperar que el señor Verde se tragase todas las mentiras con que le había amenazado, se pusiese nervioso y diese algún paso en falso. Nicolás era consciente de su peligrosa situación pero le gustase o no aquél era su trabajo y debería andar con los ojos abiertos. Si realmente el señor Verde tenía algo que ver con el asesinato de María Guzmán, la hija de la peluquera de Montederramo, merecía arder en el infierno. Era tan solo una niña, nada más. Qué daño podía hacer a las ansias expansionistas de los

rusos, una inocente cría de doce años. Sin pruebas suficientes no podrían conseguir una orden de arresto para Natasha y Milla tal como pretendía Guillermo, encerrarlas en una celda de aislamiento y mantenerlas sin drogas hasta que cantaran. Los abogados del señor Verde jamás permitirían que algo así ocurriese. Le entraron ganas de contarle a Susana Seoane todo lo que sabía del señor Verde pero tal vez fuese llegar demasiado lejos. No estaba preparado para emprenderla a tiros con los lobos. No al menos de momento, mientras hubiese otro camino para atraparlos. Tal vez lo hubiese pero de momento no se le ocurría ninguno. Tras la cena se sentaron en los sofás frente a la chimenea, Susana fue la primera en hablar dirigiéndose a Nicolás.

— ¿Podrías contarme algo, por muy irrelevante que sea, sobre la investigación en curso del asesinato de Lorena Vázquez?

—Por desgracia, nuestra investigación exige un eclipse total de información hacia los medios, pero en cuanto obtengamos resultados no pondré reparos en concederte una entrevista en exclusiva.

—Eres muy amable ¿Sabes qué tipo de relación mantenía Lucía Márquez con la víctima? ¿Es cierto lo que dicen, de que eran amantes?

—Eso solo deben ser chismorreos sensacionalistas, para contentar a las adictas a la prensa rosa y amantes de la telebasura.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Lucía no era lesbiana, al menos cuando la conocí, ni tampoco creo que sea una asesina. Aunque pudo haber cambiado en todo este tiempo, al lado de todos esos mafiosos con los que trabajó tantos años.

—Te refieres a Diego Suances, Don Silvio, Peluso y el resto de la banda. Lo cierto es que ignoro casi todo sobre ellos.

—Igual que todos —intervino Mireia—. Susana está celosa porque nunca la dejaron tomar parte en ninguna de sus correrías.

Susana se removió inquieta en el sofá.

—Debería vigilarlos, sargento. Esa gente es de lo más peligrosa.

— ¿Cómo puedo hacerlo si nunca los he visto?

Entonces Mireia recordó las fotos que había recogido de la

habitación de sus padres anoche, en la ciudad para mostrárselas a Nicolás.

—Eso tiene fácil arreglo, tengo fotos de ellos con Lucía cuando tenía catorce años. Las fotos fueron sacadas hace diez años aproximadamente. No creo que hayan cambiado mucho desde entonces. Solo tengo cuatro —dijo Mireia mostrándoselas a Nicolás. Diego Suances y Peluso abrazan a Mireia en la primera de las fotografías.

—Dos tipos duros y atractivos. Parecen actores —comenta Nicolás.

—Darían el pego en Hollywood sin duda si no fuesen unos mafiosos —dijo Susana.

—En esta se encuentran Lucía, Don Silvio, Diego Suances y Ramón González —dijo Mireia mostrándole otra de las fotos a Nicolás.

Los rostros de aquellos hombres, de repente se le hicieron terriblemente familiares. Los reconoció al momento. A pesar de que la foto, había sido tomada diez años atrás. Sin duda se trataba de los señores Rojo y Azul.

—Pero, estos hombres son rusos —fue lo primero que se le ocurrió comentar.

—No te equivocas, son gallegos de pura cepa. Es posible que te suene su cara. Hace años trabajaron como actores en una obra de teatro ambientada en plena guerra civil, interpretaban a dos miembros de las brigadas internacionales de origen soviético. No era un papel demasiado largo, pero les exigía pleno dominio del acento ruso —repuso Mireia

—Ya decía yo que parecían actores, lo recuerdo, yo estuve en esa obra. Tal vez me suene su cara de eso —mintió Nicolás, en realidad no los conocía de nada.

Nicolás se sintió como un niño de cuatro años después de pegarse un porrazo contra la cabecera de la cama, todavía no se explicaba como podía haberse dejado engañar tan fácilmente. Una gratificante sensación de alivio le invadió al descubrir que la mafia rusa no andaba tras sus pasos, todo había sido un montaje muy bien planificado por sus enemigos. Ahora por fin parecía que después de duros días de investigación, comenzaban a encajar las piezas dentro

de aquel espeluznante puzzle. Si el señor Rojo era Ramón González y el señor Azul, Don Silvio, el señor Rojo no podía ser otro más que Diego Suances la mano derecha de Lucía y el jefe de la banda, Nicolás decidió aceptar la invitación de Mireia y pasar la noche con ellas. No le vendría nada mal relajarse, ahora que había descubierto que sus enemigos no eran tan poderosos como el creía. De todas formas mañana no tenía que madrugar, pues le tocaba el turno de tarde y no entraba en servicio hasta las dos del mediodía. Entonces ya habría tiempo de informar a Guillermo sobre sus avances en la investigación.

Sobre las doce, después de charlar amigablemente de diversos temas. Nicolás se despidió de las chicas y se retiró a una de las habitaciones que daban al norte. Necesitaba relajarse y poner en orden sus ideas. Pero se encontraba demasiado cansado para pensar. Sabía las verdaderas identidades de sus enemigos, al menos ahora los lobos tenían rostro. Desde que había conocido a Lucia y probado la suavidad de su piel, le costaba acostumbrarse a la soledad, las noches y los días en invierno eran demasiado largos para pasarlos sin la compañía de una mujer. A pesar del cansancio, su cabeza no paraba de dar vueltas. Si conseguía que los lobos del Noroeste se enfrentaran a su reina sería su fin. Se preguntaba hasta que punto confiarían en ella. Le torturaba la idea de que Lucía pudiese correr cualquier tipo de peligro en la cárcel, mientras, él, se encontraba descansando tan apaciblemente en casa de su mejor amiga.

6— Ajuste de cuentas.

Lucía no pudo cerrar ojo en lo que llevaba de noche pendiente de los movimientos de Natasha. Intuía que ella podía ser su próxima víctima. Ni ella sabía de qué parte estaba, si de la de Nicolás o de la del señor Verde. Si estallaba la guerra entre ambos, como parecía que iba a suceder, debería tomar partido por uno u otro bando antes de que fuese demasiado tarde. Conocía a Diego Suances desde hacía tiempo, si se empeñaba en considerarla una traidora iría a por ella igual que hizo con Lorena. Tras entrevistarse con Nicolás esta tarde telefoneó directamente a Diego desde la prisión. Uno de sus gorilas le comunicó que se encontraba ocupado con unos asuntos. En media hora la llamaría.

Diego Suances nunca la hacía esperar, ambos sabían que sus llamadas siempre tenían prioridad. Algo extraño debía estar pasando por la mente del señor Verde. Tal vez estuviese ocupado planeando su asesinato. Cuando al fin sonó el teléfono Lucía hizo un esfuerzo para dominar sus nervios. Debía controlar el tono de su voz. Si Diego intuía que estaba asustada, su desconfianza hacia ella aumentaría. Lucía habló con una fingida seguridad tratando de convencerlo de algo en lo que ni siquiera ella misma creía.

—Es un pobre tonto. Está enamorado de mí, para mi desgracia. Dice que quiere casarse conmigo e invitarlo a usted a la boda.

— ¿Y las pruebas, qué pasa con las pruebas?

—Las tengo, me las ha entregado. Tengo la cinta con la declaración de una testigo que presenció el crimen y las muestras del cabello de Natasha para que usted proceda a su destrucción.

Lucía había arrancado un mechón de su propio pelo de tonalidad similar a los cabellos de Natasha y los había guardado en una pequeña bolsa de plástico con precinto. Se lo entregaría junto con la cinta al emisario del señor Verde una hora más tarde.

— ¿Y si tiene copias?

—No lo creo. Es un pobre tonto.

—Mira Lucía, no te preocupes. Debes seguir fingiendo, confiamos en ti como siempre —dijo Diego Suances.

Tras cortar la comunicación Lucía se puso en contacto telefónico con Nicolás para informarle de su conversación con el señor Verde. Este se encontraba en su coche camino de Chandrexa.

—Ten cuidado amor. Tal vez no se lo haya creído, vigila tus espaldas —le dijo antes de colgar.

Debería tratar de dormir algo pero le era imposible y ya eran más de las tres de la madrugada, se tranquilizó pensando que Natasha jamás intentaría atacarla en la celda, eso la convertiría en sospechosa de asesinato. Tal vez lo intentase mañana, en los vestuarios del gimnasio, tal como hicieron con Lorena. Si así ocurría estaría preparada. Lucía notó el contacto frío del acero de su navaja en la entrepierna, oculta bajo las bragas. Tenía que descansar como fuese, pensó en Nicolás: en realidad el destino lo había convertido en su único aliado. Ahora por fin sabía de qué lado estaba.

Ocho horas más tarde tras su sesión matinal de gimnasio Lucía recogió su toalla y se dirigió hacia las duchas. Unos pasos sin dueño la seguían inquietos a su espalda. Si tenía que ocurrir cuanto antes mejor. Era hora de vengar la muerte de Lorena. Ese sería su cometido. Miró inquieta hacia ambos lados. La estancia estaba vacía. No había un alma en los vestuarios. Sus enemigas no podrían tenerlo más fácil. Abrió el candado de la taquilla, se quitó la ropa y la introdujo dentro. Ató la toalla a la cintura de forma que la navaja quedara semioculta entre la tela, había dejado de escuchar los pasos pero sabía que estaban cerca, a la espera. En cuanto abriese la llave de la ducha entrarían dentro. La reyerta sería desigual. Dos contra una. Sabía que eran superiores en número y en fuerza. Además poseían más experiencia. Pero ya era tarde para retroceder. Si tenía que ocurrir mejor ahora que estaba preparada a que la cogiesen desprevenida, igual que a Lorena. El corazón le latía con fuerza. ¡Ay, Nicolasito! ¡Va por ti, mi amor! Se dirige decidida hacia las duchas y descalza. Pues teme que las chancletas le resten libertad de movimientos. Le tranquiliza sentir el frío tacto de las baldosas bajo las plantas de los pies.

Las oye entrar. Parece que las perras tienen prisa. En vez de entrar en las duchas se encierra en uno de los lavabos y se sube al inodoro colgándose del muro divisor. Las observa en silencio. Llevan puestos los guantes de látex. Todo igual, como la otra vez. Piensan asesinarla destrozándole el cráneo contra el alicatado. El

mismo modus operandi. Más o menos a la misma hora que asesinaron a Lorena, nada ha cambiado. El mismo lugar. El mismo crimen. La misma manera de actuar. A Lucía le entran escalofríos solo de pensarlo. No puede evitar orinarse encima presa del pánico. Los ojos enrojecidos por la rabia, sabe que es su única oportunidad. Si no termina con todo esto ahora mañana será demasiado tarde. Se baja del inodoro de un salto. Corre el cerrojo. Abre la puerta de una patada. Encerrada allí está en desventaja prefiere combatirlas en terreno abierto. La sorpresa sería su gran baza. Blande el afilado acero de la navaja ante el asombrado rostro de sus enemigas que pronto sacan las suyas: semiautomáticas, más o menos del tamaño de la de Lucía.

Sorprendidas por su repentina aparición, las rusas habían retrocedido un par de pasos. Allí se encuentran las tres en el centro de los pasillos de los vestuarios. A la derecha las duchas. A la izquierda los lavabos. Al fondo tras Natasha y Milla las taquillas.

Detrás de Lucía un ventanuco semi abierto, como un eclipse, deja entrever un poco de luz. Los ojos de Lucía se mueven rápidamente de izquierda a derecha observando inquietos como las rusas se acercan.

— ¿Seguro que sabes manejar eso? —dice Natasha.

«Lo cierto es que tiene razón», piensa Lucía. Entonces le viene a la mente olvidadas escenas del cine del director japonés Akira Kurosawa respecto de la forma de actuar de los samuráis. «Utiliza el corazón». «No pienses, actúa». Si aquellos viejos guerreros habían sobrevivido a decenas de batallas, por qué no iba a lograrlo ella. Tenía que atacar con rapidez, la improvisación sería su mejor arma. Ante la sorpresa de sus enemigas Lucía desenredó la toalla que tenía atada al pecho y quedándose desnuda la abrió como si fuera un capote y la arrojó a la izquierda sobre el rostro de Natasha, la más sanguinaria de las rusas, entorpeciéndole por unas décimas de segundo su visión. Décimas que aprovechó para lanzarse a fondo navaja en mano, hacía donde Lucía intuyó que se encontraba su corazón. Y lo hizo profiriendo un grito brutal, descomunal, cuyo eco rebotó contra las paredes del vestuario extendiéndose por toda la cárcel, la estocada fue mortal. La hoja se hundió entera sobre el pecho de Natasha que cayó al momento desplomada al suelo. Con lo que no contó Lucía fue con la reacción de Milla que la sorprendió por la espalda pinchándola en el costado derecho mientras ella sustraía el frío acero teñido de rojo del corazón de Natasha. Por suerte para Lucía la herida aunque muy dolorosa, no logró alcanzar

ningún órgano vital ni arteria principal.

Cuando al fin consiguió recuperar su arma Lucía se revolvió furiosa contra su enemiga que retrocedió asustada sobre sus pasos. Trató de frenar la sangre que corría a borbotones por su costado apretando la herida con fuerza con su mano izquierda. Intuyó que todavía no había llegado su hora. Lo más difícil estaba hecho. Si conseguía mantener a raya a su contrincante antes de que llegaran los guardias de la prisión estaría salvada. Lucía sabía que Milla sin Natasha era mucho menos peligrosa pero de todas formas no debía confiarse. La herida le dolía cada vez más. Debería atacar rápido antes de exponerse a que la continua pérdida de sangre la debilitase demasiado, pero a duras penas podía caminar. Rezó para que alguien en prisión hubiese escuchado su grito. Milla se interponía ahora entre ella y los cinco metros que la separaban de la única puerta de salida blandiendo la navaja con energías renovadas.

—Vas a morir hija de puta, igual que le ocurrió a Lorena. Las traidoras todas acabáis igual.

—Ven si te atreves ¡Estúpida del demonio! —gritó Lucía con todas sus fuerzas, con la esperanza de que ahí fuera alguien la oyese y acudiese en su ayuda.

Milla ante las palabras de Lucía se revolvió furiosa como una gigantesca cobra en medio del fango, tratando de derribar con su letal mordedura a su infalible enemiga que se mantenía de pie, navaja en mano, con la mirada fija en su rival, sin ceder un palmo de terreno. Lucía esquivó sus terribles embestidas con gran habilidad y entereza produciéndole varios cortes en los brazos de la rusa.

— ¿Es eso todo lo que sabes hacer? No me extraña, después de tantos años haciendo la calle para el señor Verde.

Esta vez las palabras de Lucía hirieron en lo más profundo de su ser a Milla. Lucía tenía razón. Durante los primeros años de su estancia en nuestro país Natasha y Milla habían vendido su cuerpo, a cambio de dinero en un club regentado por el señor Verde; aunque nunca llegaron a trabajar en la calle como sugería Lucía. Si lo habían hecho además de en el club, como prostitutas de lujo a domicilio. Su anuncio figuró durante meses en el diario local: «Jovencísimas viciosas llegadas del Este. Cuerpazos de modelo, sumisas y con experiencia. Francés, griego o lo que a ti te guste. Hotel o domicilio.»

Milla intentó de nuevo entrar en el campo defensivo de Lucía, lanzando estocadas a diestro y siniestro tratando de encontrar un hueco por donde penetrar con el filo de su acero. Pero Lucía, aunque a la expectativa, se mantenía firme, defendiéndose con movimientos circulares tratando de alcanzar los pálidos brazos de Milla. La herida le dolía ahora de forma mucho más aguda. Si no paraba de moverse y le practicaban rápido un vendaje acabaría perdiendo demasiada sangre y sería su fin. Las fuerzas comenzaban a fallarle y pronto su adversaria se aprovecharía de su debilidad para acabar con su vida. El pulso comenzaba a temblarle. Pronto no podría ni siquiera sostener el arma. Debía atacar y debía hacerlo ¡Ya!

Pero no tenía fuerzas para intentarlo. Se encontraba mucho más debilitada de lo que pensaba. «Hasta aquí has llegado. Lo siento mi amor, casi lo consigues». De repente las piernas ya no le responden. Todo comenzó a dar vueltas a su alrededor, se ve obligada a apoyarse en una columna, para tratar de mantener el equilibrio. Milla se percata de su situación y se precipita sobre ella con un voraz ataque, utilizando la navaja como punta de lanza, arremete con una estocada mortal contra su adversaria. Lucía se tiró de espaldas al suelo tratando de evitar la trayectoria del arma. Lo consiguió por unas milésimas de segundo. El acero pasó a tan solo unos milímetros de su pecho, casi rozándolo. Se había salvado por poco. Daba igual. En el lance había perdido su navaja. Ahora estaba desarmada a los pies de Milla. Al caer se había golpeado con la nuca en el suelo y había perdido parcialmente la consciencia, se encontraba entregada y agotada a merced de su enemiga.

— ¡Ya te tengo! —Dijo Milla—. ¡Adiós a la Reina del Noroeste!

Arrodillándose sobre el cuerpo de Lucía, alzó el brazo dispuesta a apuñarla hasta matarla. Fue entonces cuando una pelota de goma lanzada por uno de los guardianes de la prisión le dio de lleno en el rostro. El impacto la cogió desprevenida haciéndole soltar el arma y casi perder el sentido. Cuando intentó coger de nuevo la navaja fue molida a porrazos por tres guardias uniformados que la golpearon sin piedad hasta que terminó por desvanecerse.

7—Sombras Paralelas.

Despertar siempre es agradable, sobre todo cuando alguien te trae un café caliente a la cama, si por encima viene acompañado de un beso en la frente de unos labios sensuales y la suavidad del tacto de una caricia proporcionada por una de las chicas más atractivas de la zona, hace que uno se sienta mucho mejor. Nicolás lo sabe y se lo agradece, le gustaría tumbarla allí a su lado, lamenta no tener el valor suficiente para hacerlo. Mireia le observa regalándole una interesante panorámica de su ajustado sujetador, parcialmente visible a través de su escotado camisón. Otra vez el deseo surge como un perro sin amo, como tantas otras veces, ella le ofrece su cuerpo a cambio de nada. No puede evitarlo, tal vez no le ame, pero la rigidez de su escultural cuerpo masculino, repleto de vello corporal hasta en los más oscuros rincones la atrae constantemente. Sabe que no la ama, que su corazón lo ocupa otra persona. Ello la hace sentir como una solitaria invasora, allanadora de moradas ajenas, ladrona de los deseos y anhelos de otra, caminante desorientada en un campo de minas. Por alguna extraña razón, su peculiar situación anula su consciencia, eximiéndola de los crueles devaneos de la conciencia humana, liberándola al mismo tiempo de cualquier sentimiento de culpabilidad.

Esta vez él la detiene, no puede, jamás se ha sentido tan cerca de otra persona como se siente en aquellos instantes de Lucía. Ahora que pronto podrán volver a estar juntos, pasear de nuevo a través de la verdura de prados interminables y campos repletos de lirios bajo un cielo plagado de estrellas, amorfas, iluminándoles el camino. Se disculpa apartando las sábanas, quizás no fue buena idea quedarse allí esa noche. Él era consciente del deseo oscuro, sucio, manchadizo que su presencia profería sobre ella. Admitía sentirse cómodo bajo la fogosidad de sus miradas y a pesar de que nada le impedía aprovecharse de su aventajada posición, decidió que ya era hora de dejar que Mireia buscase su propio destino. Jamás volvería a cruzarse en su camino, ella merecía algo más que aquellos besos prestados, regalados sin ser poseídos, besos sin dueño lanzados al abismo, cuyo afecto ella nunca recuperaría, besos sin significado feroces como el llanto de un niño, destinados a perderse en el vacío.

Se vistió ignorando sus miradas fugaces y el refugio de unas caderas, ofreciéndole por ultima vez, la desventura de sus desvelos. Susana se había ido al despuntar el alba por lo que se encontraban los dos solos. Apuró a ajustarse los tejanos con un férreo tirón de cinturón, al mismo tiempo que encajó la hebilla plateada en el hueco correspondiente con la precisión de un furrier. Sus zapatos estaban brillantes, se encajó la camisa que había colocado con cuidadoso esmero sobre la silla, tratando de evitar arrugas indeseadas en su anatomía, por último se calzó una cazadora de aviador, cuyo forro de pelo de oveja le protegía de la llegada de los primeros aires helados del otoño.

Se despidió de ella, no sin darle un último beso en la mejilla, se hacía tarde, dirigió su auto hacia su casa, tardó apenas cinco minutos en llegar. Nada más bajarse del coche le invadió la extraña sensación de que algo no estaba en su lugar, a pesar de que las legumbres del huerto permanecían con su habitual inmovilismo bajo la sombra de los manzanos, la puerta de la casa cerrada y las ventanas con los postigos echados tal como las dejó al marchar. Algo extraño parecía rondar en la calidez de la mañana como una sombra fugaz agachada tras las cocheras. La sombra tardó en hacerse ver, pareció mutarse en dos formas humanas paralelas e indivisibles que corrieron de repente hacia él. Eran dos almas sin rostro, este permanecía cubierto por un pasamontañas de color verde militar. Le ordenaron que no se moviera mientras le apuntaban con dos pistolas con silenciador incorporado, innecesario en un lugar tan apartado como aquel donde dudaba mucho, que se encontrase ningún alma a cientos de metros de distancia a aquellas horas de la mañana.

Las figuras paralelas eran de idéntica estatura y similar tamaño, clones sacados del esbozo de un dibujante de cómics de superhéroes, siluetas de espíritus de viejos guerreros cuyos éxitos precedieron a posteriores calamidades. Según se fueron acercando a él, Nicolás se percató de considerables diferencias en su anatomía, mientras el de su izquierda parecía haberle tomado la medida a la diferente maquinaria que compone la sala de un gimnasio, el de su izquierda exhibía con descarada vergüenza una considerable panza verbenera, propia de la buena vida del ciudadano medio de cualquier ciudad moderna. Nicolás alzó los brazos obedeciendo sus órdenes. Uno de los hombres lo registró a fondo hasta dar con el arma reglamentaria que todo buen agente siempre lleva encima como si se tratase de un segundo miembro. Tras desarmarlo le ordenaron entrar en la casa. Una vez dentro, su rostro había palidecido hasta el punto de que su piel ofrecía un aspecto níveo,

similar al maquillaje de un bailarín de danza clásica. Cualquiera que lo observase podría confundirlo con el nuevo Billy Eliot orensano. Pero lo cierto era que un extraño terror estático se había apoderado de su interior. Tal vez había llegado demasiado lejos con aquella investigación, de todas formas ahora ya era demasiado tarde para lamentarse, llegados hasta este punto no había marcha atrás, debería centrarse para tratar de salvar su vida y no dejarse dominar por el nerviosismo ni la precipitación, debía actuar con cautela y tratar de satisfacer fuesen cuales fuesen las exigencias de aquellos hombres, que se empeñaban en seguir hablándole con voz autoritaria y amenazante.

Pasaron al salón y le ordenaron sentarse en el mismo sofá que tantas veces había poseído a Mireia, ellos tomaron asiento frente a él, mientras le seguían apuntando con las armas. El mobiliario de la instancia presentaba un aspecto austero, que estaba en consonancia con el desorden de la misma, el polvo se acumulaba en los anaqueles, sobre los libros y diferentes adornos, ofreciendo una imagen desastrosa, impropia de la pulcritud y disciplina de un agente perteneciente a una jerarquía militar. La casa había conocido mejores días, sobre todo cuando su relación con la periodista estaba en sus mejores momentos, según esta fue decayendo, Nicolás fue dejando de lado sus quehaceres cotidianos; quizás demasiado ocupado tratando de resolver los casos de asesinato que tenía pendientes.

—Venimos por las pruebas que tienes ocultas sobre el asesinato de Lorena Vázquez —dijo uno de los encapuchados.

—Pero si se las he entregado a Lucía ayer por la tarde.

—Y un cuerno, hemos analizado los cabellos que nos entregó y no son de Natasha, en cuanto a la cinta seguro que posees una copia.

—Es cierto, si os la entrego junto con la muestra original de los cabellos ¿Nos dejareis en paz de una vez?

¡Pero qué voy a entregarles! Si aquí no tengo nada, pensó Nicolás, si al menos hubiera tenido la precaución de haber metido una falsa muestra de cabellos en una bolsa, en cuanto a la cinta. Podré entregarles una copia, de todos modos ¿Quién podría asegurarles que no tendríamos cientos de ellas en la comandancia? Ellos deberían saber que aquella prueba, sin una declaración jurada de la testigo ante un juez, no valía un pimiento.

—Si nos entregas todas las copias de la cinta que posees junto con la verdadera muestra de los cabellos de Natasha, no solo lograrás salvar tu vida, sino también la de tu compañero y su familia —dijo el musculoso.

El primer impulso de Nicolás fue prevenirlos sobre las temibles consecuencias que para ellos supondrían asesinar a sangre fría y en su casa a un agente de la Guardia Civil, pero al momento abandonó la idea, con aquellos hombres cualquier tipo de razonamiento era inútil. Seguro que no era la primera vez que aniquilaban a alguien, probablemente se tratase de asesinos a sueldo a las órdenes de Diego Suances y los suyos, con la orden de tratar de recuperar las pruebas, antes de asesinarlo y si no lo conseguían eliminarlo de todos modos. Lo de las pruebas no era algo prioritario, sin duda su verdadera misión era matarlo. ¿Por qué si no se habían tomado tantas molestias en enviar aquel par de matones a su casa aquellas horas de la mañana? Si solo pensaban asustarlo ¿Para qué los silenciadores? Acaso no les bastaba con unas armas más convencionales.

Nicolás se alegró de no haber tratado de convencerles que realmente no poseían ninguna prueba concluyente contra ellos. Después de tantas mentiras en este caso, seguro que la verdad no sería bien recibida. También pudo haberles contado que las pruebas que buscaban, no se encontraban en ese momento en su posesión, tal vez consiguiese ganar tiempo o quizás ya le hubiesen incrustado una bala en la sien. Por lo que solo le quedaba una oportunidad, si fallaba estaba perdido. Se acordó de la vieja caja de cartón en el desván donde guardaba su arma de repuesto, escondida entre un montón de papeles. Debía tratar de calmarse, cualquier paso en falso sería su final. Rezó para que no hubiese dejado el seguro puesto, esas milésimas de segundo que tardase en quitarlo, le supondrían unos cuantos balazos en el cuerpo. El arma estaba cargada, esa lección al menos la tenía bien aprendida. Un arma sin balas, era como tratar de acostarse con una chica desconocida sin preservativo un sábado por la noche.

—Está bien —dijo al fin, tratando de medir al máximo sus palabras—, os daré la muestra que me pides, junto con las cintas, tengo tres, os juro que no existen más copias puedes decirle al señor Rojo que esté tranquilo.

—Se lo diremos, pero antes queremos las pruebas —dijo el de la barriga mágica.

Las sombras paralelas le persiguen ahora a través del pasillo camino del desván, sus sentidos del olfato y el oído se agudizan de pronto como los de un animal herido, casi puede percibir el olor de aquellos perros asesinos, un olor a sudor rancio y suciedad empapa sus rostros, igual que una segunda piel, proporcionándoles una especie de película protectora de efecto impermeable. Nicolás trata de reducir el impulso de los latidos de su corazón al mínimo. Tranquilo muchacho solo son unos perros viejos demasiado seguros de si mismos después de haber toreado en muchas plazas. Lo peor que puede pasarte es morir por envenenamiento de plomo, no es tan grave. Mucho peor es morir asfixiado como le ocurrió a Maria Guzmán, sintiendo dentro de ti como se hinchan las venas del cerebro sin poder hacer nada para evitarlo. No debes mostrar miedo eso seria tu final, mantente firme en todo momento. Recuerda a Al Pacino en la primera parte del padrino recogiendo aquel manipulado revólver del interior de la cisterna de uno de aquellos antiguos retretes suspendidos a dos metros de altura del suelo.

Luego volviendo otra vez de nuevo al restaurante con el arma oculta en el bolsillo de aquella elegante chaqueta. Podría haber perdido los nervios y comenzar a dispararles como un loco, pero en vez de ello, se sienta de nuevo tranquilamente a la mesa con aquellos aborrecidos gangsters que intentaron asesinar a su padre unos días antes. En la siguiente escena la cámara enfoca su rostro. Sus ojos se mueven inquietos mirando hacia todas partes. Si sus confiados enemigos le hubiesen tenido en mayor consideración no perderían de vista su mirada, vigilarían sus ojos. Estos sin duda le delatarían, tendrían tiempo suficiente para ser conscientes de que Mikel Corleone estaba tramando algo. Sacarían sus armas y lo aniquilarían a balazos; sin embargo, cometieron el mayor error que puede cometer un gangster, el exceso de confianza y pagaron su error con una bala en el centro del cráneo cada uno. Nicolás trató de mostrarse torpe y asustado, incluso simulando tropezar contra una banqueta, cuando entró en la cocina a buscar las llaves del desván. Esperando lo tomasen por un gallina y se relajasen. Pero los lobos no son tontos, no cesan de apuntarle con sus armas cuando abre uno de los cajones de la cocina para coger las llaves. Atentos a cualquier movimiento sospechoso, que pudiese cometer, parecen verdaderos profesionales. Nicolás comienza a ser consciente de la realidad. Será difícil despistarlos su vida corre un grave peligro.

Por unos momentos, lamenta haber conocido a Lucía Márquez. Se arrepiente de ese pensamiento al instante. Si no fuese por ella su vida no tendría ningún aliciente. En realidad merecía la pena morir por aquel par de ojos. Para él eran como las ventanas de un alma

inmortal, celeste, angelical y eternamente joven como una diosa del olimpo. Moriría las veces que fuesen necesarias por pasar aunque solo fuese un minuto más con ella. Todo lo demás carecía de la menor importancia. Estos pensamientos le animaron mientras trepaba por la escalera de madera que llevaba a la entrada del desván. Nicolás abrió una especie de boca en el techo, sin incisivos, premolares, muelas postizas, dientes de oro o cualquier otro tipo de pieza dental que pudiese devorarlos, por mucho que Nicolás lo deseara, simplemente se trataba de la trampilla por la que se entraba al desván. Una vez dentro, Nicolás pensó en cerrar de golpe la trampilla en las narices de sus perseguidores. Pero no le habría servido de mucho, por desgracia el cerrojo de la misma, se encontraba por la parte de afuera del desván y desde el interior le sería prácticamente imposible trabarla.

El desván estaba prácticamente en penumbra, tan solo entraba un tenue halo de luz del exterior a través de dos ventanucos situados en el fondo de la estancia, pensó en encender la luz, la llave se encontraba a su derecha, pero desistió de la idea, la oscuridad le convenía más para sus propósitos. Buscó la caja vigilado de cerca por las bocas de las armas de sus enemigos. Se alegró de que esta se encontrara en la zona más sombría del lugar. Cuanto más oscuridad, más confusión. Rezó para que no se les ocurriese vaciar la caja y dieran con el arma antes que él. Eso sería sin duda el final. Seguramente lo harían eran muy astutos, mafiosos de verdad, no cometían errores infantiles como en las películas. Era probable que decidieran trasladar la caja a una zona de más luz para poder examinarla con más calma. Pidió a Dios que esto no sucediese así. Tenía que pensar algo rápido o estaba perdido. Al lado de la caja, donde estaba escondida el arma había varias cajas más, llenas de libros, fotografías antiguas, discos en vinilo y toda clase de reliquias inútiles, que guardaba sin saber muy bien porque desde el bachiller. Nicolás se acercó a una de las cajas dubitativo. «Creo que es esta», dijo a sabiendas de que aquella no era. No sabía muy bien lo que estaba haciendo tratando de confundirlos, tal vez cavar su propia tumba. Al fin escuchó de boca de uno de los hombres lo que más temía oír.

—Deberíamos trasladarlas todas a una zona de más luz y volcarlas en el suelo, hasta que encuentres lo que estamos buscando.

Aquel cabrón parecía leerle el pensamiento, estaba perdido no podría engañarlos y sacar el arma a tiempo. Tal vez debería encender la luz, que más daba morir ahora que más tarde, allí que

en otro lugar. Si no se ocurría algo pronto estaba perdido. Sintió unas nauseas horribles atravesándole el estómago como puñales. Piensa, piensa ¡Maldita sea! Se te acaba el tiempo.

—Son demasiadas y pesan mucho, mejor enciendo la luz así las veo con más claridad encontraré rápido la que contiene las pruebas.

Los hombres parecieron dudar un momento. Tras el cual, aceptaron su idea, se dirigió hacia el interruptor de la luz con el pulso a más de mil revoluciones por segundo y encendió la luz; tal vez en el fondo no fuese mala idea, recordó que los lobos veían mejor en la oscuridad, por suerte el trastero estaba mucho más desordenado de lo que él pensaba. Eso podría darle más opciones. Tenía que convencerlos de que no vertieran las cajas en el suelo o escucharían el sonido del arma al caer.

—Creo que es esta —dijo, esta vez se dirigió a otra caja diferente a la anterior, donde creía haber guardado el arma. Continuaba con el pulso acelerado, tenía que disimular los nervios como fuera, trató de que no le temblaran las manos cuando la señaló, uno de los hombres, volcó la caja en el suelo. Los papeles se esparcieron por todas partes, le extrañó no haber oído el sonido del arma al caer, al momento se dio cuenta del motivo se había equivocado de caja. Los hombres comenzaron a revolverlo todo como locos, la caja estaba llena de apuntes de la academia pertenecientes a su época de la oposición.

—Diablos me lo desordenasteis todo, así no las encontrareis nunca, menos mal, que creo que me he equivocado de caja —dijo Nicolás encolerizado.

El más fortachón comenzaba a perder los nervios, le apoyó el cañón del arma en la frente y con voz irritante, le dijo:

—Encuéntralas de una vez, montón de heces o esparciré tus sesos por toda esta ¡Maldita cuadra!

Nicolás agachó la cabeza obediente y arrodillándose frente a otra de las cajas, movió con cuidado los papeles. Tenían que estar allí ¿Pero como podía hacer para dispararles si no cesaban de apuntarle? Mientras con la mano izquierda simulaba buscar las pruebas entre un montón de documentos con la derecha metió la mano hasta el fondo de la caja, allí estaba. Noto el frió tacto del cañón en sus dedos. Asió el arma por la empuñadura, asegurándose de tener el dedo índice en el gatillo. Como estaba de espaldas a

ellos, no pudieron ver como sus ojos se movían alocadamente sin mirar hacia ningún lugar fijo. Totalmente fuera de control, presa del nerviosismo, el pánico parecía mantenerlo inmovilizado, solo tendría una oportunidad no podía fallar.

Ahora solo le quedaba volverse e intentar dispararles. Sin que se percataran de lo que estaba ocurriendo, pero estaban demasiado encima de él, si lo intentaba, aunque fuese el pistolero mas rápido del oeste. No podría evitar que le incrustasen alguna bala en el cerebro. Ellos eran dos, él tan solo uno. Debía conseguir como fuera que se relajasen ¿Cómo podía hacerlo, si no dejaban de apuntarle a la cabeza? Entonces escuchó de pronto un ruido de un auto a lo lejos acercándose a la casa.

—Debe de ser el sargento Guillermo —dijo esperanzado.

Aquello funcionó, consiguió que los hombres, desviaran la mirada por un instante hacia la claraboya del fondo, alertados ante la posibilidad de la llegada de otro agente. La luz cenital surgida del exterior les deslumbró. Fueron tan solo unas milésimas de segundo, pero suficientes para que Nicolás extrajera el arma del fondo de la caja y disparara a bocajarro contra ellos con la velocidad y precisión que le llevó a sacar la nota más alta en los ejercicios de tiro en tiempos de la academia militar.

Estaba hecho, los hombres cayeron al suelo desplomados por las balas. Les había disparado con rapidez directamente al corazón, cuando les retiró los pasamontañas pudo comprobar que estaba totalmente equivocado. Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió, que no se había cargado a un par de asesinos a sueldo, si no a los mismísimos señores Azul y Verde. Los cadáveres de Diego Suances y Don Silvio flotaban ahora en medio de un charco de sangre de considerable tamaño. Nicolás se apartó, tratando de no mancharse los zapatos, como explicaría él ahora aquel desbarajuste era lo de menos. Lo importante era que la vida le había dado una nueva oportunidad y no pensaba desaprovecharla. Recibió el ronroneo de aquel desconocido motor, como a la estela de un Mesías que acababa de iluminarle con su luz, liberándole al instante de una terrible enfermedad mortal. Si no fuese por aquel desconocido automóvil, que se acababa de detener frente a su casa, probablemente a estas horas estaría muerto. Seguramente se tratase del panadero o de la furgoneta del correo. Daba igual, bajó a recibir a aquel desconocido como si se tratase de un profeta en aquella tierra de ganaderos y despropósitos.

Las sorpresas no cesaban de sucederse, ese día, como una sucesión de corrientes continuas que no parecían tener fin. Cuando Nicolás abrió la puerta de la casa y se encontró de golpe con las sombras paralelas de cuatro hombres armados con fusiles de asalto AK 44, fue consciente de que su suerte al fin parecía haberse agotado. Había terminado con los jefes de la manada; pero el resto de los lobos se encontraban allí, frente a él, tal como los había descrito Mireia en sus famosos relatos, tantas veces leídos que casi podía distinguir quien es quien. El de la izquierda, que al igual que el resto no cesaba de apuntarle con el arma, era sin duda Ramón González o sea el señor Rojo, a su lado el de la cabellera rubia y delirantes ojos azules, no podía ser otro que Isaac Jiménez más conocido en el mundo del balón pie como Peluso, a continuación se encontraban dos incondicionales de la banda: Abellás que a pesar de sus años no parecía temblarle el pulso a la hora de sostener el arma y Don Pablo cuatro años más joven que este, cuyo fino bigote recorría con suma elegancia su varonil rostro.

Era el final, cerró los ojos esperando que sus balas le barriesen por completo. Al menos no sufriré ¡Vamos cabrones disparad de una vez! En un instante vio pasar toda su vida de golpe ante sus ojos. Cuando volvió al fin a abrirlos, se extrañó que todavía siguiese con vida. Le pareció encontrarse frente a un pelotón de fusilamiento en el cual, nadie se atrevía a dar la orlen de abrir fuego. De repente para su sorpresa, todos bajaron las armas a unísono. ¿Por qué continuaba con vida? ¿Qué diablos estaba ocurriendo?

—Llevamos días vigilando tus pasos por orden de Lucía —. Peluso fue el primero en hablar—, ante el temor de que Don Silvio y Diego Suances intentasen asesinarte, lamentamos haberte perdido la pista esta mañana. Nos encontrábamos desayunando y no te vimos salir con el coche de la herrería, cuando nos percatamos de tu ausencia en la casa hemos venido hasta aquí lo antes posible ¿Qué diablos ha pasado ahí dentro?

—Me he cargado a vuestros jefes, eso ha ocurrido ¡Maldita sea! Cuando os he visto con todo ese material, casi me meo en los pantalones.

—Lo siento amigo, pero no todos los gangsters, somos unos asesinos, más bien lo contrario. Solo somos hombres de negocios. Ellos dos eran la excepción, nos has hecho un favor librándonos de ellos, ahora seremos menos a la hora de repartir el pastel. Podremos seguir nosotros con el negocio, ya que Lucía se ha empeñado en abandonarnos en cuanto deje la cárcel, os deseo lo mejor en vuestra

nueva vida juntos.

—Muchas gracias amigos —contestó Nicolás—, podéis iros, yo me encargaré de este marrón. No os conviene estar aquí cuando llegue toda la comitiva, debo de apresurarme, tal vez la vida de Lucía pueda correr peligro de un momento a otro.

Nicolás observó atónito como aquellos hombres, todos vestidos elegantemente con trajes de etiqueta abandonaban su casa en un lujoso vehículo. Fue entonces cuando sonó su móvil, era Guillermo Troutia le informó de lo acontecido a Lucía con las rusas en la cárcel. Ella se encontraba descansando en la enfermería había recobrado el conocimiento y estaba deseando verlo. Tras ponerlo al tanto de lo acontecido en la casa y de las verdaderas identidades de sus enemigos, Nicolás le pidió que se encargara de los fiambres, que continuaban desangrándose en el desván, mientras él se acercaría hasta la prisión a visitar a su amada.

Epílogo

Todavía recuerdo con nostalgia aquel día en que ambos vimos la muerte tan de cerca. Me gustaría contar que aquella experiencia nos unió para siempre, que nos juramos amor eterno y todas esas cosas que los enamorados suelen decirse a todas horas con desesperada desidia, producto del miedo a perder al otro y quedarse en soledad para siempre. Pero lo nuestro no ocurrió así. Cuando nos vimos, no fueron necesarias promesas desesperadas tipo te amaré para siempre, no te dejaré nunca, estaré a tu lado hasta que la muerte nos separe y demás tópicos similares. Promesas que la mayor parte de las ocasiones se quedan en el olvido y las parejas siguen repitiendo durante años, arrastradas por la inercia, aunque la pasión se haya esfumado hace tiempo de sus vidas.

En cambio nosotros de momento, a pesar de los años que llevamos juntos, todavía sentimos ese frío cosquilleo producto de la electricidad que siguen emitiendo nuestros cuerpos cada vez que se cruzan nuestras miradas. No es que no haya deseado a otras. El deseo sigue ahí a la vuelta de la esquina en cada escote de cada chica con la que me cruzo por la calle. Esa dulce ventana a la que uno siempre le tienta asomarse, porque nuestra naturaleza masculina nos conduce precisamente a ese punto sin retorno en el que nos convertimos en víctimas constantes del vagar de lo femenino, sin poder evitarlo, prisioneros de esa sensación difícilmente controlable de perderse en la sombra de unos pechos, o las curvaturas de unas caderas; o la hendidura de un ombligo; o el morbo de un tatuaje en las cervicales; o el incontenible taconeo de cualquier desconocida impregnándote con su perfume al pasar. Dejándote paralizado, más pendiente de volverte para observarla a tu espalda trotar, que de la farola que casi embistes al pasar.

Ese mismo deseo incontrolable y perturbador que siento ante el paso de cualquier desconocida con las piernas largas, los tacones de aguja, los conteneos salvajes, el sensual vuelo de las faldas; sigue vivo dentro de mí cada minuto del día, que me cruzo con Lucía. Por eso ninguno de los dos ve necesario hablar de amor eterno, matrimonio, pareja de hecho o cualquier otro tipo de eufemismo, que termine convirtiendo la palabra deseo en algo forzado; o más bien condicionado por la rutina o la desesperación, tratando de

evitar el final de un ciclo que terminará definitivamente con la ruptura de la pareja.

Los dos hemos visto demasiado de cerca la muerte, aquel lejano día de principios de octubre 2004. Cuando toda tu vida pasa delante de tus ojos en tan solo unos segundos, sientes esa extraña sensación, mezcla de terror y calma. La calma que te proporciona el aceptar, que todo ya se acabó ¡Vas a morir! No importa demasiado todo el mundo se muere algún día. A veces me siento como si hubiera muerto aquel día, cuando los lobos me apuntaron con sus armas, sin pestañear un segundo. Tal vez desde aquel día, lleve paseándome como un fantasma por toda la ciudad, preguntándome si en realidad alguna vez he nacido o si mi vida no es más que un interminable sueño sin final.

La veo a ella tan guapa, sensible, cariñosa, simpática y al mismo tiempo, tierna y bondadosa. Al verla no me queda otro remedio que admirar su valor, como abandonó el difícil mundo de los narcóticos, sin dudas, sin siquiera pestañear; borrando todo su pasado de golpe para refugiarse entre mis brazos. No puso objeciones a mi elección de la ciudad de Santander como nuevo destino, tan lejos de la tierra que tanto ha amado. Pero en la que también ha sufrido y llorado presa del infortunio, en la que a punto estuvo de perder la vida y conseguir al mismo tiempo terminar con la mía. Por las noches mientras la abrazo, trato de trasmitirle todo mi afecto; sin embargo siempre recibo mucho más de lo que entrego o ese mismo afecto multiplicado por diez, en forma de suaves caricias y dulces besos salidos de sus sensuales labios, estrellándose contra la muralla de mi frente, la blandura femenina de mi cuello o la suave frondosidad del valle de mi garganta, para terminar cayendo en la espumosidad de mi boca hasta llegar a juntar las lenguas, regalándome su saliva con infinita generosidad. Para luego retirarse con impúdica vergüenza, exhibiendo una tierna sonrisa, sabiendo que si quiero más, solo tengo que pedirlo con extrema delicadeza y yo me dejo llevar por su juego, arrastrándome, mientras se deja caer de espaldas sobre la cama, observando en la penumbra como poco a poco la voy desnudando con extrema y medida lentitud. Mis manos parecen obedecer más sus deseos, que mis propias ordenes víctimas de mis instintivos impulsos, continúan retirando con sumo cuidado, prenda tras prenda, dejando poco a poco entrever pequeñas lagunas de la inmaculada blancura de su piel.

Con calma le voy retirando las últimas prendas. Es mi momento preferido, el más excitante, me siento como un niño rasgando el envoltorio de un regalo por navidad. Primero le quito esos gruesos

calcetines de invierno de los cuales tanto se avergüenza, luego continuo con esas braguitas rojas, que tanto le aprietan y que le gusta exhibir a menudo por encima de los tejanos. Las retiro sin prisas, mientras descubro lentamente a través del prisma de mis ojos la desordenada hermosura del vello púbico, contrayéndose al mismo tiempo que tu vientre, porque no puedes evitar respirar tan profundamente. Tal vez presa de la excitación, deslizo la prenda lentamente pasándola por tus rodillas para sacarlas más adelante por el trampolín de tus talones liberándote finalmente de su peso. Procedo, entonces con el Velcro del sostén librando tus pechos de la opresión del sujetador, con tu mirada de víctima me pides que te los apriete con rabia como si fuese la primera vez, sintiendo su blandura deshaciéndose en al palma de mis manos.

En vez de ello los beso con suavidad, atrapando con la boca el pezón como un rosado fruto, empapando mi paladar con su agridulce sabor mientras lo siento agrandarse en mis labios. Tú tratas de atraparme con tus nalgas rodeando mi cintura, me incorporo sobre las rodillas, te separo un poco más las piernas. Después de haberte masajeado los tobillos y los dedos de los pies. Continúo saboreando con la punta de la lengua tus rodillas y la frondosidad de tus muslos, sigo ascendiendo despacio empapando la piel con un rastro de saliva. Entonces alcanzo tu vello y hundo el rostro en él con suavidad, igual que si besara unos labios, moviendo la lengua en ondulaciones circulares, izquierda y derecha, arriba y abajo. Te noto convulsionarte como una culebra. Las piernas muy abiertas al límite hasta casi sentir el chasquido de los huesos, los pies oscilando a los bordes de la cama, tus dedos sujetando con fuerza mi nuca. Retorciéndote de placer. Los ojos en blanco volcados mirando hacia el techo como en un exorcismo. Tu rostro palidece ante la terrible agitación de tus jadeos. Alzo el rostro sonriente, me tumbo a tu lado sobre la cama, te abrazo lateralmente con las piernas, entreabro las tuyas, dirigiendo el sexo con los dedos hasta conseguir penetrarte lateralmente, trato de contenerme, hasta que alcances el clímax, intento compartir ese instante contigo, dejándote sumida en una charca de humedad, donde se mezclan sin remedio nuestros fluidos.

Enciendes un cigarro. Piensas en la lejana Chandrexa, el hermoso lugar donde nos conocimos, lanzas el humo al aire. Te acuerdas de la sierra de Queixa, el aromático perfume de los árboles que envuelve el aire con esa candidez que solo poseen los pueblos de montaña.

Debido a tu colaboración en el esclarecimiento de los crímenes

de María Guzmán y Lorena Vázquez. La fiscalía te concedió el tercer grado y pudiste salir de la cárcel mucho antes de lo esperado. Nunca creíste recuperarte con tanta rapidez de la puñalada que Milla te asestó por la espalda en la reyerta que sostuvisteis navaja en mano en los vestuarios de la prisión, Milla fue condenada a cinco años de cárcel por intento de homicidio. Sin embargo no pudimos probar su implicación en el asesinato de Lorena al carecer de las pruebas pertinentes para ello. No fue necesario, por su muerte ya habían pagado con sus vidas Don Silvio, Natasha y Diego Suances. Lorena podía darse por satisfecha al fin su alma podría descansar en paz, de no ser así su espíritu debería regresar del otro mundo para consumar su venganza personalmente. Por lo que a mi respecta me doy por satisfecho con lo conseguido. Milla ha dejado de ser asunto mío.

El caso de María Guzmán superó en crudeza y maldad al de Lorena Vázquez por la tenebrosidad de sus raíces. Durante años Margarita Pascual ocultó a su marido y a su hija la verdadera identidad del padre de María. No se trataba de un amante vulgar al que había conocido una noche de embriaguez en una tasca de mala muerte y con el que cometiera adulterio en una pensión de tres al cuarto, sino de un caballero adinerado de modales refinados y vestimenta elegante que la sedujo, para él solo fue un mero entretenimiento, una diversión de alcoba para ocupar las tardes de los viernes. Se citaban en hoteles de lujo. Ella era muy joven e inexperta. Tan solo llevaba dos años de casada y todavía no conocía otro hombre que no fuese su marido. Rodríguez Carpintero la conoció un día en que acudió a cortarse el pelo a una academia de peluquería, donde ella solía hacer las prácticas por aquella época. Convencerla para tomar un café, no fue demasiado complicado para un galán apuesto y adinerado como él, ya había hecho lo mismo con otras conquistas en otras ocasiones. Al fin y al cabo solo se trataba de una inocente pueblerina, demasiado joven e ingenua como para resistirse a sus artimañas de seductor en campaña. En su último encuentro, ella le comunicó que se había quedado embarazada y que estaba segura que el feto que crecía en su interior era de él. Carpintero palideció tanto que pareció fundirse con la pared, desaparecer, borrarse, diluirse en el aire. Sin que ella le preguntara. Él ya había decidido por los dos que debería de abortar de inmediato. Ante la negativa de Margarita, Carpintero la amenazó de muerte. Margarita Pascual rompió a llorar y le comunicó que a pesar de todo era su hija y pensaba tenerla. Su marido nunca sabría nada de la verdadera paternidad de la criatura. Le prometió que se llevaría el secreto a la tumba con ella.

Carpintero le dejó claro, que seria bajo su única responsabilidad. Si algún día se descubría la verdad regresaría para matarlas a las dos.

En realidad Margarita Pascual, nunca se tomo demasiado en serio las amenazas de Rodríguez Carpintero con el paso de los años y debido al deterioro constante de su relación con su marido Juan Guzmán y al ascenso cada día mas vertiginoso de Rodríguez Carpintero en el mundo de la política, una noche dos años antes de su fallecimiento, decidió contar a María toda la verdad sobre su verdadera identidad. Para una niña de doce años aquel descubrimiento supuso un duro varapalo del que nunca llegaría a recuperarse. La figura paternal en cuyos pilares se había sustentado parte de su educación y los valores de una infancia hasta entonces feliz, se derrumbaron de repente. Quien diablos era aquel desconocido al que siempre había venerado y seguido como una prolongación de su ser, cuya sangre sentía correr por sus venas como si se tratase de su propia sangre. Compañero infatigable de juegos de infancia, amigo intimo e impersonal, al que había amado sin reservas desde antes de tener uso de razón. Cuando siendo tan solo un bebé sus infantiles labios pronunciaron por primera vez su nombre. Justo a la entrada de la pubertad cuando más le necesitaba fue consciente de que aquella figura a la que había entregado parte de su vida. No se trataba más que de un plagio, un extraño del cual, cada vez comenzó a distanciarse más sin poder remediarlo. Tratando de huir de su pasado. Avergonzada de su falsa identidad. Lo odiaba del mismo modo que odiaba a su madre por no haberle contado antes la verdad, tal vez no debería habérselo dicho nunca. Llevándose su secreto con ella a la tumba, ella hubiese seguido con su vida, cobijada bajo el abrazo protector de su padre, centrada completamente en sus estudios y sus amistades de siempre.

Pero algo cambió en el interior de María Guzmán desde aquel día. La inocente niña de papá desapareció para siempre para transformarse en una adolescente inquieta y rebelde propensa a las malas compañías. Sus desventuras llegaron pronto a los oídos de Rodríguez Carpintero. Presa del pánico como un perro rabioso cuya avaricia no carece de límites. Sintió el mundo tambalearse a sus pies. Ahora, que estaba a punto de alcanzar de nuevo la cima de su carrera, tras superar el escándalo mediático que supuso su relación con la narcotraficante Lucía Márquez. Un simple análisis de ADN, probaría su verdadera paternidad sobre la niña, un escándalo de esas dimensiones, sería el final de su carrera política. Si Billy Clinton perdió la presidencia del país más poderoso del planeta, por culpa de sus aventuras de alcoba con una modelo. No se imaginaba lo que podría ocurrirle a él. Tras haber dejado en estado a la esposa

de otro hombre y después de dar a luz, desentenderse de ella y su hija, despreocupándose totalmente de su existencia. Sus rivales en el mundo de la política se le echarían encima como aves de rapiña y jamás volvería a levantar cabeza. Tenía miedo. Por lo que decidió reunirse en secreto con Diego Suances y ponerlo al tanto del asunto.

Diego le informó, que miembros de su banda le suministraban a Maria directamente pequeñas cantidades de hachís, marihuana e incluso en esporádicas ocasiones cocaína. Indagando entre las amistades de la niña, descubrieron que María era conocedora de la verdadera identidad de su padre. Era solo cuestión de tiempo que dicha información fuese filtrada a la prensa, trataría de evitarlo como fuera. Por desgracia, tan solo existía una manera. Deberían acallar a María Guzmán para siempre. En cierto modo, que estuviese involucrada en asuntos de narcóticos, para él era una bendición. Pues todas las sospechas sobre su muerte recaerían sobre una posible reyerta entre traficantes. Justo el tipo de asuntos que la policía suele archivar.

Rodríguez Carpintero pagó una gran suma de dinero a Diego Suances para que ejecutara sus deseos. Este prefirió que se encargaran del asunto, gente ajena al negocio, por eso contrato a dos colombianas que, tras cometer el crimen viajaron de nuevo a su país. Donde hoy en día todavía permanecen ocultas. Tras tu declaración corroborada por la madre de la niña, Margarita Pascual, confirmando la verdadera paternidad de la niña, no fue necesario exhumar el cadáver en busca de pruebas más científicas. Rodríguez carpintero fue procesado y condenado por la muerte de María Guzmán. Fuiste muy valiente el día del juicio y te mostraste implacable a la hora de declarar la verdad ante el juez. Esa declaración te hizo merecedora de la simpatía de la prensa e incluso tu mayor detractora Susana Seoane, escribió un gran artículo ensalzando tu actitud y coraje durante el tiempo que duró tu exposición ante el tribunal.

A veces mirando al cielo trato de intentar comprender, lo que pasa por la mente de un criminal capaz de ordenar el asesinato de su propia hija. Solo alguien muy enfermo de vanidad, perverso hasta la saciedad, atrabiliario, sin perjuicios y con la sangre muy fría. Puede tramar el asesinato de una joven e indefensa criatura. Ni siquiera la mayoría de los criminales de la historia de la humanidad serían capaces de aniquilar a alguien de su misma sangre con la crueldad y ostracismo con que fue asesinada María Guzmán. El concejal socialista era un hombre cuyo discurso era comedido y liberal, quién podría sospechar, que tras esa mascarada de

demócrata y defensor de las libertades del pueblo, se escondía el más taimado y sádico de los asesinos de la provincia.

Ahora cada vez que hablamos de Chandrexa no podemos dejar de recordar aquella muerte. Vemos apagarse lentamente las últimas luces del pueblo en nuestra mente. Aunque tratamos de evitar el tema, hay veces que el pasado nos supera; entonces vuelve a nuestra memoria con fuerza la imagen de Mireia. Su novela sobre tu vida no fue tan exitosa como esperabas, por una parte te alegraste de haber dejado de ser noticia en las revistas y periodicuchos de turno. Afortunadamente el mundo sigue su curso sin detenerse a esperar por nadie. Lo que hoy sale en primera plana enseguida pasa al olvido. La novela le sirvió a Mireia de trampolín para conseguir un puesto de trabajo como reportera en el National Geographic. Sus descripciones sobre la orografía de Chandrexa sorprendieron gratamente a los promotores de la revista, al menos podrá viajar a lugares desconocidos y remotos y podrá fotografiar paisajes sublimes, cuya hermosura traspasa nuestras fronteras y le seguirán recordando en parte a la frondosidad de Chandrexa.

La última vez que hablé con ella se encontraba en Laponia, cubriendo un reportaje sobre el hábitat natural de la zona, inmersa en gigantescos bosques de abetos, atravesando en canoa lagos inmensos y fotografiando a familias de renos. Estudiando su forma de vida en especial sus métodos de apareamiento, para terminar refugiándose al caer la noche en pequeñas tiendas de campaña con formas de iglú o con un poco de suerte accediendo a cómodas cabañas de madera, construidas al pie de los lagos que, normalmente sirven de refugio a los turistas llegados a aquellas lejanas tierras en busca de tranquilidad; disfrutando de la mansedumbre propia de los habitantes de la zona, evitan internarse en la espesura de la fragua por temor a la irrisoria compañía de los mosquitos.

Ourense, veintidós de noviembre del dos mil cinco.